

ISSN 0187-5795

XXV ANIVERSARIO

# Argumentos

ESTUDIOS CRÍTICOS DE LA SOCIEDAD

Edición  
conmemorativa  
1987-2012

AN  
Año 47

mayo-agosto 2012

69



XXV NIVERSARIO

# Argumentos

ESTUDIOS CRÍTICOS DE LA SOCIEDAD





## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

**Rector general:** Enrique Fernández Fassnacht

**Secretaría general:** Iris Santacruz Fabila

## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO

**Rector:** Salvador Vega y León

**Secretaría:** Patricia E. Alfaro Moctezuma

## DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

**Director:** Jorge Alsina Valdés y Capote

**Secretario académico:** Carlos Alfonso Hernández Gómez

**Jefe de la Sección de Publicaciones:** Miguel Ángel Hinojosa Carranza

**Tiraje:** 1 000 ejemplares

**ISSN:** 0187-5795

DR © 2012 UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

**Universidad Autónoma Metropolitana**

**Unidad Xochimilco**

Calzada del Hueso 1100

Colonia Villa Quietud, Coyoacán

04960, México DF

**Argumentos. Estudios críticos de la sociedad.** Revista cuatrimestral publicada por la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-Xochimilco. Inscrita en el índice de revistas mexicanas de investigación científica y tecnológica del Conacyt. Se puede consultar en el Catálogo comentado de revistas mexicanas sobre educación e investigación educativa (Camex) [<http://www.unam.mx/cesv>]. Aparece en abril, agosto y diciembre. Certificado de Licitud de Título número 5303; Certificado de Licitud de Contenido número 4083; otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación; Certificado de Reserva al Uso Exclusivo del Título número 04-1999-1103160800100-102; distribución: librería de la UAM-Xochimilco, Edificio Central, planta baja, 5383 7328/29 [<http://libreria.xoc.uam.mx/index.html>], Calzada del Hueso 1100, Colonia Villa Quietud, CP 04960, Delegación Coyoacán, México, Distrito Federal. Edición e impresión Vólksu editores, Tenorios 222-24-202, Colonia Ex Hacienda Coapa, 14300, México, Distrito Federal, 4623 9053 y 5594 9341, [vaksu\\_entrepalabras@yahoo.com.mx](mailto:vaksu_entrepalabras@yahoo.com.mx).

**Impreso y hecho en México / Printed and made in Mexico.**

XXV NIVERSARIO

# Argumentos

ESTUDIOS CRÍTICOS DE LA SOCIEDAD



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**  
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades



**Argumentos**

*Estudios críticos de la sociedad*

**Director, Germán A. de la Reza**

**Comité editorial**

Arturo Lara Rivero (UAM-X), Carmen Patricia Ortega (UAM-X), Felipe Campuzano Volpe (UAM-X),  
Gustavo Leyva Martínez (UAM-I), Jaime Aboites Aguilar (UAM-X)

**Consejo científico**

Álvaro Matute Aguirre (IIH-UNAM), Ambrosio Velasco Gómez (IIF-UNAM),  
Atilio Borón (Clacso, Buenos Aires), Carlos Antonio Aguirre Rojas (IIS-UNAM),  
Carlos Alba (CEI-Colmex), Francisco Venegas-Martínez (IPN), François Lartigue Menard (Ciesas),  
Georges Couffignal (Credal, Universidad de París III), Holloway (BUAP), Michel Husson (IRES, París),  
Jaime Preciado Coronado (UdeG), Jorge Basave Kunhardt (IIEc-UNAM), Michael Löwy (CNRS, París),  
Paulina Fernández Christlieb (CIICH-UNAM), Pierre Salama (Universidad de París XIII),  
Raúl Zibechi (Multiversidad Franciscana de América Latina, Montevideo)

**Editor responsable:** Miguel Ángel Hinojosa Carranza

**Diseño de portada:** Irais Hernández Güereca

**Portada e ilustraciones:** Germán A. de la Reza

**Asistente editorial:** Alina Sánchez Uribe

<http://argumentos.xoc.uam.mx>

# ÍNDICE

## Edición conmemorativa 1987-2012

- 7 **Presentación**
- 13 **John Womack, Jr.** • La economía de México durante la Revolución, 1910-1920: historiografía y análisis [*Mexican economy during the Revolution, 1910-1920: historiography and analysis*]
- 59 **Immanuel Wallerstein** • Paz, estabilidad y legitimidad, 1990-2025/2050 [*Peace, stability and legitimacy, 1990-2025/2050*]
- 81 **Niklas Luhmann** • ¿Puede la sociedad moderna evitar los peligros ecológicos? [*Can modern society avoid ecological hazards?*]
- 101 **Marc Bloch** • Tipos de estructura social en la vida rural francesa [*Types of social structure in rural French life*]
- 111 **Sergio Raúl Arroyo García** • Andrei Tarkovsky: devolver a la naturaleza sus enigmas [*Andrei Tarkovsky: return to nature its enigmas*]

- 131 **Adolfo Gilly** • José María Arguedas, Mario Vargas Llosa y el Papacha Oblitas  
[*José María Arguedas, Mario Vargas Llosa, and the Papacha Oblitas*]
- 147 **Gerald Martin** • Mario Vargas Llosa: caballero errante de la imaginación liberal  
[*Mario Vargas Llosa: knight-errant of the liberal imagination*]
- 169 **Jacques Bidet** • Foucault y el liberalismo: racionalidad, revolución, resistencia  
[*Foucault and Liberalism: rationality, revolution, resistance*]
- 187 **Jaime Osorio** • Elementos para una construcción teórica sobre América Latina  
[*Elements for a theoretical construction on Latin America*]

### CRÍTICA DE LIBROS

- 205 **Germán A. de la Reza** • El Brasil en el Congreso Anfictiónico de Panamá de 1826
- 207 **Miguel Ángel Hinojosa Carranza** • El futuro está escrito en el cine
- 211 **Ángela Ixkic Bastian Duarte** • Un fantasma recorre el siglo

- 215 **LOS AUTORES**

## PRESENTACIÓN

El número fundacional de *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, publicado en 1987 bajo el impulso de Hermann Bellinghausen, María Eugenia Ayala, Bernardo Recamier y una Universidad Autónoma Metropolitana todavía en sus albores, buscaba implantar un enfoque editorial capaz de conjugar la promoción de trabajos científicos en las ciencias sociales y la seducción del lector mediante gráficos, imágenes artísticas y un diseño cuidadoso. Un cuarto de siglo después es evidente que su apuesta ha ganado un espacio permanente entre las principales publicaciones académicas de México.

A pesar de su juventud fue una de las primeras publicaciones en ser incluida en el índice de revistas mexicanas del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) y hoy en día se encuentra registrada en ocho índices nacionales y cinco internacionales. Bajo la conducción de sus sucesivos directores, *Argumentos* ha publicado a especialistas de renombre mundial y una pléyade de investigadores que en México y gran parte de América y Europa alimentan y dan seguimiento a los más importantes debates científicos contemporáneos.

La comunidad de académicos que ha hecho posible la permanencia de *Argumentos* y la celebración de su 25 aniversario es una de las más amplias e internacionalizadas del medio académico mexicano. Sus colaboradores y dictaminadores provienen de aproximadamente 100 universidades del mundo, y para asegurar la calidad y prontitud de sus procesos de dictaminación se ha beneficiado del apoyo de casi 590 expertos en las diversas disciplinas de las ciencias sociales.

Como homenaje a esa trayectoria de convergencias y creatividad científica, este número se consagra a una selección de artículos emblemáticos de *Argumentos*, sea por la trascendencia de los autores, por la importancia seminal de los temas o por el número de consultas. A no dudarlo, la selección fue la parte más difícil de la estructura del número. La primera lista fue revisada y modificada en varias ocasiones en razón de la gran cantidad de trabajos que honrarían cualquier antología. Tuvimos que rendirnos a la evidencia de que toda selección peca de arbitraria y que la lista final es simplemente ilustrativa de los mejores contenidos de *Argumentos*.

John Womack abre este tomo como lo hizo con el número 1 hace un cuarto de siglo. Su reflexión sobre la Revolución Mexicana presenta luces sugestivas al ser leída luego de la celebración del Centenario y muestra cuán cerca estamos todavía de ese partaguas histórico. Desde una tradición intelectual diferente, Immanuel Wallerstein, define los escenarios del mundo capitalista en los años 2025 y 2050, los cuales ve dominados por la escasez de paz, estabilidad y legitimidad. Su relectura 15 años después de su publicación alumbró los fundamentos y limitaciones de la teoría del sistema-mundo. Niklas Luhmann aborda un tema importante –los peligros ecológicos– a partir de su influyente enfoque sistémico. No obstante el tiempo transcurrido desde su presentación como ponencia, el texto conserva su frescura y fertilidad intelectual. Marc Bloch, el siguiente autor en este número de *Argumentos*, presenta una visión holística de la labor de investigación histórica. Su resistencia a tratar la individualidad del campesinado francés la fundamenta en la necesidad de alcanzar la plena comprensión de la historia de ese país, un argumento todavía irrefutable y de actualidad.

Con el trabajo de Sergio Arroyo García ilustramos un aspecto importante de los contenidos de *Argumentos*: la exploración de nuevos valores de la cultura. Su estudio sobre Andrei Tarkovsky nos lleva a través de las películas de este director de cine y compone un paisaje narrativo interesante, bien informado y que mantiene su vigencia como material de apoyo para la docencia especializada. Dos trabajos tienen por tema el más reciente Premio Nobel latinoamericano: Mario Vargas Llosa. El primero, de Adolfo Gilly, analiza en clave de crítica literaria de segundo grado la visión que tiene Vargas Llosa de un compatriota suyo, el escritor José María Arguedas. Gerald Martin opera un acercamiento integral del peruano y aunque también destaca su deriva ideológica, se concentra en la comparación de la calidad literaria de sus novelas. Ambos trabajos se leen con provecho hoy en día y sirven para recordar la manera como se veía a Vargas Llosa antes del merecido galardón sueco.

Los últimos trabajos de esta selección son los más recientes. Jacques Bidet explora los vínculos del filósofo francés Michel Foucault, conocido por sus estudios críticos de las instituciones sociales, con la ideología liberal. Para ello investiga su posición ante el marxismo y provisto de ese análisis revisa los componentes ideológicos de Foucault. Jaime Osorio trae a discusión un tema poco tratado últimamente aunque no por ello menos esencial para la tarea intelectual de nuestro continente: la conceptualización de lo que es y representa América Latina. Osorio repone el tema en tanto que problema teórico y lo ofrece como punto de partida para la superación de las fronteras disciplinarias.

*Germán A. de la Reza*  
Director



*Blandiana* (2009), óleo, aluminio y polvo de mármol sobre madera,  
32x24 cm, col. particular, Ciudad de México.

**Edición conmemorativa 1987-2012**





# LA ECONOMÍA DE MÉXICO DURANTE LA REVOLUCIÓN, 1910-1920: historiografía y análisis\*

John Womack, Jr.

Él fue decidido. Se unió a las tropas de Carranza.  
Ese es el verdadero valor, mi amigo.

MARIANO AZUELA  
*Las Moscas* (1918)

**E**l presente artículo examina las diversas interpretaciones de la Revolución Mexicana de 1910. Se centra en particular en el debate sobre las consecuencias económicas de la Revolución, uno de los aspectos menos tratados. En su conjunto, representa una crítica del enfoque positivista que prevalece en gran parte de la literatura de especialidad.

## ABSTRACT

This article examines the various interpretations of the Mexican Revolution of 1910. It focuses in particular on the economic consequences of the Revolution, one of the least discussed. As a whole, it represents a critique of the positivist approach that prevails in much of the literature of specialty.

El 20 de noviembre de 1910 se inició una revuelta a nombre del “pueblo mexicano” contra el gobierno de México. Después de muchas batallas y varios gobiernos, el 20 de noviembre de 1920, se conmemoró la Revolución, por primera vez en forma oficial, y se proclamó el triunfo de *La Revolución Mexicana*, pero, conmemorar no era explicar. Pese al acuerdo nacional respecto al triunfo de la Revolución, pocos fueron los que convinieron en su significado.

\* A Marvin D. Bernstein le debo la idea de este ensayo. A John H. Coatsworth, Nancy Folbre, Albert O. Hirschman, Friedrich Katz, Donald B. Keesing y Clark W. Reynolds les agradezco sus críticas a un borrador previo. Ninguna de estas personas es responsable de los errores, argumentos deficientes o juicios equivocados que se encuentren en ese trabajo. Publicado en *Perspectivas Marxistas*, invierno de 1978. Publicado en *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, núm 1, junio de 1987, UAM-Xochimilco, México (Nota: por la exhaustiva revisión bibliográfica las notas de este artículo aparecen al final del mismo).

A 60 años de distancia, aún se sigue discutiendo el significado de la Revolución. ¿Debe clasificarse como uno de los primeros grandes movimientos del siglo XX contra el capitalismo, hacia el socialismo?, ¿debe figurar como una de las últimas campañas del siglo XIX para liberar el capital y el trabajo? Pese a toda su violencia, ¿debe considerarse siquiera como una revolución que “lleva a una nueva clase al poder y le permite remodelar la sociedad a su propia imagen”?, ¿por qué no sólo como una guerra civil, un movimiento militarista o simplemente como un nuevo giro político?<sup>1</sup>

El problema de interpretación surge del positivismo que ha dominado las perspectivas históricas de México, por lo menos durante un siglo.<sup>2</sup> Por la fuerza de sus enseñanzas, la abundante literatura que existe sobre la Revolución pone énfasis propiamente en las cuestiones sociales y políticas.<sup>3</sup> ¿Fueron los conflictos imperialistas los que provocaron la violencia? Si así fue, ¿cómo crearon éstos las divisiones en la sociedad mexicana, desataron los combates y luego detuvieron las batallas? O, ¿fue sólo el conflicto de clases, generado en forma natural, el responsable de diez años de disturbios? En ese caso, ¿qué clases influyeron más?, ¿cómo se convirtió su lucha en guerra civil?, ¿cómo terminó la guerra?, ¿fueron los intereses o condiciones sociales los que produjeron las desavenencias cruciales en una clase? Si así fue, ¿quiénes constituían los grupos de contienda?, ¿cuáles eran sus objetivos?, ¿qué representa la victoria del grupo triunfador?

Las respuestas a estas preguntas dependen de las respuestas a ciertas interrogantes económicas. ¿Qué sucedió con la acumulación del capital nacional y extranjero, durante la década revolucionaria?, ¿qué pasó con la producción en sí?, ¿hasta qué punto continuaron las tendencias y ciclos ya establecidos?, ¿dónde los obstaculizó la violencia?, ¿qué fue de las fuerzas obstruidas, pero aún productivas? Si la violencia desalentó una línea o incluso una forma de producción, ¿a qué otra u otras favoreció?, ¿cómo afectó la violencia de una región a la producción de otra, que no estaba tan desgarrada por la guerra?, ¿qué tan fuerte fue la carga económica?, ¿quién la soportaba?, ¿quién se escapó?, ¿quién se aprovechó?, ¿hubo ciclos de violencia? Si fue así, ¿cuál era su economía?, ¿cómo pudo soportar el país tanta violencia durante tantos años?, ¿se terminó totalmente en 1920? Si no fue así, ¿hubo otros motivos económicos que la hicieron disminuir?

La historia positivista no tiene respuestas para estas preguntas. Por ejemplo, durante los últimos 15 años, los historiadores de México han publicado algunas historias económicas bastante instructivas.<sup>4</sup> Pero todavía bajo la influencia de Comte, casi todos los historiadores, conscientes o no, se han negado a pensar que sin “orden” puede haber “progreso”, que sin paz puede haber producción. Han trabajado específicamente bajo la influencia de teorías económicas recientes, pasando por alto el tema de conflicto, ya sea evitando los episodios de violencia o refiriéndose a ellos generalmente, como política y batallas. Quienes han considerado la década revolucionaria casi siempre

han supuesto que, desde el punto de vista económico, no debe haber habido más que destrucción, desorganización y desolación.<sup>5</sup>

En las historias de México profesionales y los artículos de las principales revistas históricas, sólo existen siete estudios de temas económicos fechados entre 1910 y 1920. Uno de ellos es una polémica poco convincente sobre los problemas financieros de los ferrocarriles más importantes durante la Revolución. Los demás que le hacen más justicia a sus temas, tratan sobre la emigración a los Estados Unidos, 1916-1920; la distribución villista de la tierra; 1913-1915; la industria ganadera, 1910-1920; una pequeña compañía minera norteamericana en Sonora, 1911-1920; las políticas económicas de Carranza, 1915-1920; y los conflictos económicos angloamericanos en México, 1917-1918.<sup>6</sup>

Algunas otras monografías y artículos con enfoque económico cubren, al menos en parte, la década revolucionaria.<sup>7</sup> Sin embargo, la mayoría presenta a la Revolución en sí, nada más como una tormenta que simplemente padecieron las empresas, los grupos y los individuos. Sólo cuatro autores le dan un tratamiento importante a los asuntos económicos. Frank Tannenbaum analiza los cambios de las instituciones sociorurales y hace proyecciones en forma de tablas, de los cambios de la tenencia de la tierra entre 1910 y principios 1920, para indicar las principales diferencias regionales. También estudia las promesas económicas de la nueva Constitución de 1917, y advierte que no tuvo mucho efecto sino hasta después de 1920. Marvin Bernstein clasifica geográficamente las principales compañías mineras y hace una reseña minuciosa de sus diferentes altas y bajas durante los años de violencia. Lorenzo Meyer investiga la pujante expansión de las compañías petroleras norteamericanas e inglesas de la costa del Golfo durante la “época de oro” de la industria en México. Lo más notable es la diferencia que hace Friedrich Katz sobre los principales intereses ingleses norteamericanos, franceses y alemanes en la banca, el comercio, los transportes. Los servicios públicos, la minería, el petróleo, la agricultura y la ganadería. Expone claramente su distribución geográfica, y la forma en que a veces planearon la violencia en vez de padecerla. Asimismo, establece las diferencias geoeconómicas entre los orígenes sociales de las diferentes facciones revolucionarias y contrarrevolucionarias y explica las razones geoeconómicas de sus diversas políticas extranjeras.

Historiadores aficionados han escrito biografías sobre las dos destacadas empresas extranjeras de petróleo mexicano, abarcando desde principios del siglo hasta la década 1920.<sup>8</sup> Pero éstas contribuyen muy poco a la historia de la industria de esos años. Únicamente las memorias del vicecónsul inglés en Gómez Palacio constituyen un informe útil del movimiento desde 1910 hasta 1920.<sup>9</sup>

También existe una gran cantidad de estudios realizados por sociólogos, demógrafos, antropólogos, geógrafos, abogados, ingenieros y científicos con orientación de historiadores. Aunque ninguno aborda específicamente la década revolucionaria, en unos

cient estudios se le menciona.<sup>10</sup> Más de la mitad adopta un enfoque institucional que revela poco de la verdadera producción de bienes y servicios. Los estudios sobre población y otros sobre industrias, bienes de consumo y temas agrarios específicos constituyen un buen material de reflexión para los historiadores orientados hacia la economía, pero con excepción del libro de Arturo Warman sobre la gente del campo del Estado de Morelos ninguno le presta constante atención de los procesos productivos.

En general, estos ciento cincuenta y tantos estudios históricos no revelan mucho sobre la Revolución. Además, aunque en todos se manifiesta por lo menos cierto conocimiento respecto a los conceptos centrales de la teoría económica —marxismo clásico, o neoclásico— todos, salvo el de Warman, carecen de los elementos necesarios de un análisis económico.

Los resultados que han obtenido los economistas han sido todavía más desalentadores. Los tratamientos económicos más directos sobre la Revolución se encuentran en varios informes periodísticos o consultivos de los archivos de las décadas de 1910 y 1920.<sup>11</sup> Pero éstos se concentran en las posibilidades o resultados inmediatos a la Revolución y no en su dinámica material. Para clasificar este cúmulo, diremos que hay alrededor de 500 monografías y artículos económicos bien documentados sobre el México moderno. Pero, de éstos, sólo doce se centran en la década revolucionaria; cuatro en asuntos monetarios y en la banca, dos en la agricultura, dos en la hidroelectricidad y la industria y uno en cada una de las siguientes materias: geografía económica, pesca, silvicultura y migración. Si por casualidad analizan la Revolución otros economistas, éstos se refieren a ella muy por encima para dar cabida a tratamientos sustanciales de cuestiones posteriores. Pese a la demanda de obras con un enfoque más histórico, la regla es que mientras más reciente es un estudio, menos histórico resulta.<sup>12</sup>

Entre los economistas que se refieren, de hecho a la Revolución, tal vez unos 85 mencionan superficialmente ideas útiles para llevar a cabo una historia de la economía de 1910 a 1920. No es de sorprender que la mayoría se refiere a la agricultura, muchos otros a las finanzas, al comercio exterior y a las inversiones, a los impuestos y aranceles, al petróleo y a la industrialización.<sup>13</sup> Los comentarios sobre la Revolución, que se mencionan en forma tan superficial, por útil que sea la información histórica, quedan como opiniones accidentales. Aun cuando algunos de los estudios constituyen buenas historias tradicionales, en particular la de Ernesto Galarza y la de Miguel Wionczek, ambas sobre temas de electricidad, todas, salvo una, carecen de lo que en la actualidad se requeriría en un análisis histórico. La excepción es el artículo de Donald Keesing sobre la estructura ocupacional.

Aun así, analizada críticamente, la literatura histórica y económica contiene lo suficiente para sugerir varias tesis interesantes:

1. Independientemente del desorden y la violencia, de 1910 a 1920 funcionó una economía mexicana. Era una economía predominantemente capitalista, aunque no estable, sus regiones se desarrollaban en forma desigual: las más desarrolladas eran el noroeste, el noreste, el Distrito Federal y el Golfo. Y la menos desarrollada el lejano sur: la producción del petróleo y el henequén floreció durante toda la década.
2. Las circunstancias del ramo productivo, durante la Revolución, eran muy diferentes en cada región y año con año. En general, eran más violentas en las regiones centrales del norte y del sur, en particular en las áreas de ferrocarriles, minería, ganadería, algodón y azúcar; no eran tan violentas en las de la costa oeste ni en las del lejano sur; eran todavía menos violentas las del Golfo y Yucatán; y las menos violentas eran las de la Ciudad de México. La violencia llegó a su cúspide en 1915, casi en todas partes. Al principio de la década, muchas minas pequeñas se cerraron por todo el periodo. Pero la Guerra Mundial aumentó tanto la demanda del exterior, que las compañías mineras más grandes podían cubrir los costos más elevados y mantuvieron sus operaciones durante los peores combates.
3. La población no pudo crecer durante esa década. Su distribución cambió ligeramente mediante emigraciones a las regiones del noroeste y del Golfo y a las ciudades, sobre todo a la Ciudad de México. La emigración a los Estados Unidos aumentó en forma considerable, sobre todo de la región del centro norte, particularmente después de que Estados Unidos entró a la Guerra en Europa.
4. La muerte, la emigración, el reclutamiento y el recogimiento a niveles de subsistencia redujeron todas las ofertas del trabajo. Pero, en los grandes centros fabriles aumentó la oferta y la demanda.
5. En la mayor parte de las regiones, cambiaron de manos algunas de las propiedades rurales y urbanas, pero esta redistribución cambió muy poco el patrón de la concentración, salvo durante un tiempo, en unas cuantas regiones del centro del sur. En este sentido, el patrón se amplió particularmente en Morelos. En 1917, la nueva Constitución transfirió la propiedad “original” de los recursos naturales del país a la “nación”. Sin embargo, el control particular quedó intacto.
6. Los cambios en el uso de la tierra ocurrieron más extensamente en las regiones del centro norte, donde la sierra se devolvió a los lagartos y a los halcones, y se desarrollaron granjas en las malezas; en el noroeste, donde se cambió fuertemente a las cosechas comerciales de algodón y garbanzo; y en las regiones del centro sur, donde las cosechas comerciales retrocedieron en parte a las malezas y en parte cedieron su lugar al maíz, los frijoles y el chile para la subsistencia. La producción agrícola de 1915 fue la más baja a nivel nacional, ya que se redujo prácticamente a la mitad de su volumen normal. Las mayores pérdidas de exportación fueron en azúcar y arroz. El ganado vacuno, las ovejas y las cabras se agotaron.

7. La destrucción y el deterioro físico de los ferrocarriles fueron graves después de 1913. Les resultó más costoso usar el ferrocarril a las facciones militares y políticas, lo que estimuló los mercados negros y la extorsión. Se duplicó, durante esa década, la cantidad de mulas y burros. Empezaron a usarse los camiones y los aeroplanos.
8. Debido a la guerra, en algunos lugares se cerraron muchos talleres de artesanías, pero se abrieron muchos otros en otras partes. Fue poco el daño físico que se produjo en las plantas manufactureras, en ocasiones perdieron a sus clientes distantes pero ampliaron sus mercados inmediatos. Los problemas de transporte provocaron grandes desplomes en la mayoría de los centros manufactureros de las provincias del norte y del centro en 1913 y en la Ciudad de México en 1914-1915. Sin embargo, los centros importantes aumentaron constantemente su producción desde 1916 hasta finales de la década, cuando la mayoría había, por lo menos, recuperado sus niveles desde 1910. La potencia mecánica de estos centros provenía cada vez más del petróleo y de la hidroelectricidad. Sin embargo, a causa de la Revolución, los empresarios industriales mexicanos perdieron algunas de las oportunidades que ofrecía la Guerra Mundial para sustituir las importaciones, que sus contrapartes de Argentina, Brasil y Chile estaban aprovechando.
9. En algunos lugares cambiaron las interrelaciones de producción. En las regiones del centro norte y de Yucatán, decayó el sistema de peones, en las del centro sur desapareció, y reaparecieron las pequeñas comunas tradicionales. En las industrias, principalmente de los transportes, minería, imprenta, electricidad y textiles, al igual que entre los empleados comerciales, se organizaron sindicatos y trataron de confederarse a nivel nacional. Aunque todos eran débiles, los más fuertes eran los del Distrito Federal, Hidalgo, Puebla y Veracruz. A partir de la Constitución de 1917, tanto los sectores de capitalistas como los de los trabajadores padecieron fuertes, aunque desarticuladas, presiones políticas. El gobierno mismo administraba las haciendas expropiadas del norte y del sur, las principales redes ferroviarias de todo el país, y las ventas de henequén de Yucatán.
10. Pese a las dificultades del transporte interno, las compañías petroleras no sólo abastecieron un mercado nacional creciente, que en 1920 consumió casi el doble de petróleo del que consumió en 1910, sino que también cubrió la intensa demanda de los mercados extranjeros, que fue casi nada en 1910, 50% de una producción mucho mayor en 1912, y 95% de una producción extraordinariamente superior en 1920.
11. El colapso del sistema bancario en 1914 dispersó la autoridad financiera en 1915-1916, obligó a improvisar créditos, y le permitió a los constitucionalistas, quienes controlaban los principales centros comerciales, librar económicamente sus más duras campañas militares.

12. Tras la promulgación de la nueva Constitución, que coincidió con la beligerancia de Estados Unidos en la Guerra Mundial, la economía de México inició una recuperación mucho más dependiente que nunca del desarrollo de los Estados Unidos.

En resumen, los costos de producción se elevaron en todo el país, pero por diferentes razones en las diferentes regiones, y no tanto, ni por tanto tiempo en algunas regiones como en otras. En general, en una economía que ya se desarrollaba con desigualdad, la Revolución redistribuyó las fuerzas productivas a través de regiones y sectores todavía con mayor desigualdad. En teoría, esto debería haber fomentado las empresas y las negociaciones.<sup>14</sup>

Aunque la literatura monográfica aún no justifica un intento de síntesis, desde hace mucho demostró que entre 1910 y 1920 no cesó la actividad económica de México. De hecho, parece evidente que durante todos los arrebatos de violencia, la inmensa mayoría de los mexicanos se mantuvo en el trabajo productivo. Sin embargo, con las mismas suposiciones positivistas que ciegan a la mayoría de los monografistas, también los generalistas escriben como si nada material, salvo la destrucción, hubiera ocurrido entre 1910 y 1920.

Herbert Priestley, el primero en asentar la ley general, observa “características de un genuino deseo de realizar reformas sociales y económicas” en el campo constitucionalista, pero en la práctica no hubo más que “traiciones, ambiciones personales, malversaciones, teorías falsas y viles asesinatos internos, e... intereses egoístas e ignorancia y una falta de comprensión externa”. En una “interpretación moderna”, Alfonso Teja Zabre se refiere a las “tendencias” hacia la “independencia económica y a las reformas agrarias y al trabajo”, y advierte que Carranza introdujo en México “los métodos más avanzados de la ciencia y la industria modernas”. Estos resultan ser “talleres (*sic*) y escuelas de aviación y estaciones de radiotelégrafos” que hacen que su argumento resulte trivial o falso. Henry B. Parkes ve surgir nuevas “necesidades” económicas de la Revolución: “la reforma agraria comparada con los terratenientes, la protección a las clases trabajadoras comparada con los industriales, y la soberanía nacional comparada con el capitalismo extranjero...”. Pero sólo después de “padecer la violencia de la guerra civil, México [...] aseguraría la reforma mediante los lentos y graduales procesos de legalidad [...] La Constitución de 1917 [...] fue una declaración de aspiraciones”. La lucha para alcanzarlas “sólo iba a comenzar en 1920”.<sup>15</sup>

En el mismo tono, Tannenbaum se refiere a la “insurrección de las masas” de 1910 a 1916, sin ninguna forma de realidad económica. En la Constitución de 1917 descubre “el origen de una profunda revolución social y económica”, pero nuevamente, esto se dio a conocer después de 1920. Howart Cline se refiere a los diez años de 1910 a 1920 como “un proceso demoledor”, en el que “la economía estaba empantanada”. José Mancisidor

se refiere mucho a la legislación, pero no dan ninguna explicación sobre el desarrollo económico hasta después de 1920. N.M. Lavrov trae las acciones de las “grandes masas populares” en la “feroz lucha de clases”, y se explaya sobre la Constitución “muy radical” –“la más democrática de las constituciones burguesas de la época”. Pero, concluye, la causa “popular” siguió siendo “espontánea”, es decir, ciegamente destructiva. La historia económica de la década, de Manuel López Gallo, sólo repite los decretos sobre la tierra y el petróleo. Y Moisés González Navarro ha persistido en la conclusión de que, salvo por el auge petrolero de Tampico, la historia económica de México durante la Revolución no significó más que muerte, pérdidas y destrucción.<sup>16</sup>

Sólo cinco historiadores han analizado la experiencia del país, durante estos años violentos, con algún sentido de su complejidad económica. Harry Bernstein, el primero en desconectarse de la tradición de identificar a la Revolución con la *destrucción*, señala la reanudación del transporte en mulas, el regreso a los caminos antiguos, “el aumento de la riqueza particular con el petróleo y el henequén”, y “la lucha renovada entre las fuerzas regionales”. José Valadés dedica, en su obra de diez volúmenes que constituye la historia general más completa sobre la Revolución, en cualquier idioma, varias secciones pequeñas a describir en forma específica el desarrollo económico entre 1910 y 1920. Pone énfasis en la destrucción, pero también señala las variaciones regionales y sectorales en una narrativa muy bien detallada que distingue las peores épocas de las menos malas. Al igual que Cline, Charles Cumberland se refiere a las “ruinas”: “La característica abrumadora de esta era revolucionaria fue el caos total”. Él mismo se contradice, para mejorar, cuando se refiere al auge petrolero en el Golfo y al del henequén en Yucatán, y a la presión de la Guerra Mundial sobre determinadas operaciones mineras.<sup>17</sup>

Sin embargo, ninguno de estos tres autores hace más que describir los cambios económicos del país durante la Revolución. El primero en analizarlos fue un “aficionado”, el teórico revolucionario Adolfo Gilly. También él insiste en la destrucción pero la presenta con claridad, por regiones y en etapas; y es el único de los generalistas que trata de demostrar los cambios forzados popularmente en las relaciones de producción. Arguye que la lucha que estalló en 1910-1911 no fue la Revolución, sino sólo una escaramuza entre las facciones capitalistas rivales, una de las cuales se autodenominó *revolucionaria*.

La verdadera Revolución fue más bien el movimiento de las masas anticapitalistas en el conflicto de 1912-1915: campesinos que esperaban restaurar una economía precapitalista, trabajadores que querían realizar un sueño poscapitalista. Cuando acabó por imponerse una de las facciones capitalistas sobre las demás, en 1915-1916, ésta recurrió a confinar, corromper y oprimir a sus enemigos naturales, tarea que consumó entre 1917 y 1920, “interrumpiendo” la Revolución y constituyendo un Termidor.

Pero, “la lucha de las masas” había ido tan lejos, concluye Gilly, que algunas ganancias fueron irrevocables y se abrieron las puertas del socialismo en México.<sup>18</sup>

De la misma manera, Jean Meyer, en la mejor historia breve que existe sobre la Revolución, toma la destrucción no como contexto sino como método. Detrás de los episodios de violencia, él perfila perfectamente las principales desigualdades regionales, sectoriales y otras, e insinúa, con habilidad, las ventajas que obtuvieron, de ellas, los grupos revolucionarios. En una extraordinaria comparación, señala una cohesión material básica: según la “curva de crecimiento [...] la historia económica de México no se diferencia, en esa época, de la de Brasil o Argentina”.<sup>19</sup>

Si las investigaciones monográficas no han impresionado mucho a los historiadores generalistas, difícilmente han hecho mella en los economistas. El primer análisis económico documentado que cubre la década revolucionaria, evidentemente, es el de Alberto Carreño, quien vive la Revolución y la trata seriamente como una experiencia económica. Pero todo lo que significa para él es que “hubo desórdenes en el comercio, retrocedieron las industrias y se destruyeron los ferrocarriles”.<sup>20</sup> La gran mayoría de sus sucesores da totalmente por perdida la experiencia.

Durante los primeros años de la década de 1950, Sanford Mosk establece los términos formales con tres fuertes críticas: “Los primeros diez años de la Revolución fueron años de guerra civil, en los que se logró poco de manera positiva”. La primera encuesta económica de la CEPAL sobre América Latina, en la sección de México, sólo hace tres proposiciones respecto a la década revolucionaria: una eufemista en cuanto a “la etapa activa de la Revolución Mexicana”, otra se refiere a “los disturbios”, y la tercera a los trastornos revolucionarios, después de los cuales “México pudo reanudar su crecimiento económico”, olvidándose también de la investigación acumulada, el informe del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (IBRD) “informe [...] sobre las tendencias de la economía mexicana a largo plazo” se refiere una sola vez, en forma pasajera a la Revolución, cuando señala en un planteamiento sobre los ferrocarriles “un proceso de declive que se inicia durante el periodo prolongado de lucha civil después de 1910”.<sup>21</sup>

Con estas directrices, haciendo a un lado tanto la historiografía como la economía, otros economistas siguen su ejemplo. Para Tomme Call, de 1910 a 1920 no hay más que “luchas internas” y “ruina revolucionaria”. Henry Aubrey sólo percibe “violentas luchas civiles” de 1910 a 1917 cuando, según comenta, empezó “la estabilización política y económica”. James Maddox la mira como “casi una década” de “guerra intermitente [...] de derramamiento de sangre y confusión”, cuya única consecuencia evidente fue un “cambio en el control político” y una nueva Constitución. William Glade dice tan sólo: “el impacto inicial de la revolución fue negativo”. En su famosa versión del desarrollo de México, Raymond Vernon considera la década revolucionaria

simplemente como “años perdidos para México, por lo menos desde el punto de vista de su crecimiento corriente”.<sup>22</sup>

Alonso Aguilar Monteverde alaba la Revolución de su país, observando, sin embargo, que las mejoras subsecuentes se produjeron “en gran parte, gracias a que se acabó con el antiguo orden de cosas”. Morris Singer declara abiertamente:

Es inútil hablar del desarrollo económico [...] durante la Revolución de 1910. En las luchas resultantes perdieron la vida alrededor de un millón de mexicanos. Contra este hecho, no tiene importancia el declive concomitante de la producción nacional.

Max Link hace el mismo juicio:

La destrucción que se forjó entre 1910 y 1920 fue tan desastrosa que, económicamente, se perdió la década. Decayó la producción de casi todos los bienes de consumo. La industria petrolera fue el único punto brillante [...] Pero hasta su nacionalización, en 1938, estaba integrada tan débilmente en el resto de la economía mexicana que ni ésta era de prosperidad (de 1910 a 1921) ni el marcado declive de la producción, después del año récord de 1921, tuvieron mucha influencia en la consideración total de la economía.<sup>23</sup>

Roger Hanson apoya categóricamente la reflexión desconsoladora. “Los largos años de revuelta desorganizaron en forma muy seria la economía de México”, comenta: “La destrucción de los ferrocarriles [...] fue grave, en particular”, y se produjeron “grandes bajas de producción” en la minería, la manufactura y la agricultura. Hace poco, Manuel Gollás y Adalberto García Rocha repitieron la sapiencia convencional acerca de la pérdida de la población, los daños a los ferrocarriles y la declinación de los productos agrícolas y el ganado. “El periodo revolucionario”, insisten, “fue de estancamiento, asociado con inflación acelerada, deterioro de salarios y desempleo”.<sup>24</sup>

En los análisis generales, muy pocos economistas dan indicios de algún desarrollo material durante los años de Revolución. Ernesto Flores señala que la violencia brutal y la amenaza de expropiación del campo contribuyeron a que entre 1915 y 1920 se acumulara el capital en las ciudades. Enrique Pérez López no sólo observa el auge petrolero sino también el aumento en la producción de transportes, “debido a que durante esta época empezaron a usarse ampliamente los motores de combustión interna”. Frank Brandenburg también hace referencia al auge del petróleo y a los inicios de las empresas automotrices y de aviación. Timothy King menciona un aumento en la producción de zapatos, textiles y sobre todo del petróleo.<sup>25</sup>

Leopoldo Solís, la principal autoridad mexicana sobre la historia económica del México moderno, opina que de 1910 a 1915, su país padeció “una vertiginosa caída de todos los aspectos de su vida económica”. Según sus índices, durante toda la década revolucionaria se

produjeron declives absolutos en las áreas de agricultura, ganadería, minería, manufactura y en la producción comercial así como en el producto interno bruto (PIB).

Pero, como él mismo señala en esos mismos índices, hubo aumentos absolutos en petróleo, silvicultura, construcción, electricidad, transportes, gobierno, y una cantidad considerable pero mal descrita de “otros”, además de que gracias al petróleo se triplicó el valor de las exportaciones.<sup>26</sup>

A lo sumo, estos economistas describen la situación económica de México durante la Revolución. Sólo Clark Reynolds la analiza. Observa que, en general, los economistas se enfocan ya sea hacia los años anteriores a 1910 a los posteriores a 1940, e insinúan, si no es que afirman en forma explícita, “que el periodo de revolución y reforma de 1910 a 1940 fue una época de desorden económico y que los cambios institucionales que ocurrieron durante esas tres décadas tuvieron como importancia, relativamente, en el periodo subsecuente de crecimiento acelerado”. Por el contrario, Reynolds aborda el tema a partir de principios del siglo hasta mediados de la década de 1960, y hace estimaciones de “las influencias positivas y negativas del proceso de la revolución y reforma” en la economía del país. Y en su división por periodos, considera los años de 1910 a 1940 como la segunda “época de crecimiento”, con el punto decisivo alrededor de 1925.<sup>27</sup>

Sin ser original, pero con una certeza sin precedentes, Reynolds afirma que la expansión económica ocurrida entre 1900 y 1910 tuvo receso entre 1910 y 1914, que tal vez se convirtió en contracción en 1915-1916, pero que en 1920 recuperó los niveles de 1910. Si desglosamos su información vemos que sus argumentos más originales se refieren a los cambios en la estructura de producción y empleo, a la distribución de ingresos por sectores entre la agricultura y la industria, y a la producción agrícola per cápita de 1910 a 1930.<sup>28</sup> Deduce, con razón, que de 1910 a 1920 aumentó la proporción de la fuerza de trabajo agrícola, la manufactura y la minería se recuperaron de sus crisis, con menos trabajadores que antes; la participación rural en el ingreso nacional declinó considerablemente; y la historia de la agricultura fue bastante diferente en cada región; en el noroeste, la producción per cápita aumentó desmesuradamente, en el norte aumentó bastante y en las demás regiones decayó en forma más o menos seria, la más baja se obtuvo en el centro del país.

Lo más interesante es que Reynolds indica cómo cambiaron el patrón y la estructura del comercio exterior durante la década revolucionaria. Los minerales y el petróleo mexicanos, que estaban bajo el control inglés y norteamericano, se convirtieron absoluta y relativamente en exportaciones mucho más valiosas, en tanto que otros renglones que controlaban los alemanes, españoles, franceses y mexicanos se volvieron mucho menos valiosos; y por el incumplimiento de la deuda externa se pudieron aumentar las importaciones de alimentos y otros bienes de consumo.<sup>29</sup>

De todos los análisis económicos que se han publicado sobre los años de la Revolución, el de Reynolds es el más inteligente, bien razonado y estimulante.

Debido a la cantidad de literatura que presenta a la Revolución como mera destrucción, se ha fomentado una interpretación generalmente aceptada, pero que no se basa en el significado de la misma. Las preguntas que se discuten tienen comprobación histórica. ¿Qué importancia tuvo la Revolución en el desarrollo de México a largo plazo, digamos de 1880 a 1940?, ¿cambió el papel de México en la economía internacional durante este periodo? A nivel interno, ¿inició, aceleró, retrasó, bloqueó o reorganizó la expansión del capitalismo? Las respuestas no se obtienen en la historia sino en la teoría.<sup>30</sup>

A la primera pregunta, pese a la falta de información general, la gran mayoría de los historiadores y economistas de todas las ideologías responde que los movimientos de 1910 a 1920 produjeron un gran cambio en la historia moderna del país. Al tomar como modelo la serie de argumentos, ahora anticuados; acerca de las revoluciones en la historia del mundo, tanto los historiadores como los economistas consideran que las transformaciones estructurales son simultáneas en todas las esferas de la vida del país. Casi de manera unánime convienen en que la Revolución Mexicana tuvo una importancia tan drástica en la historia de México como suponen que la tuvo la Revolución Francesa en la historia de Francia o la Rusa en la historia de ese país.

La evaluación de Glade está expresada en forma peculiar pero, en otros sentidos, es típica de su consenso. “El significado básico de la Revolución radica en la naturaleza de la revolución misma, como fenómeno social completo que inicia un proceso arrasador de cambio y transformación en casi todos los componentes del complejo cultural. Este derroche de energías, en México, provocó nada menos que una profunda reestructuración de todo el ambiente económico y, como consecuencia, un patrón radicalmente nuevo de interacción económica.”<sup>31</sup>

Resulta extraordinario dadas las rivalidades ideológicas explícitas, que la mayoría de los historiadores y economistas convengan en que el gran cambio fue institucional. Haciendo a un lado la retórica, el planteamiento no se deriva ni de Marx ni de Marshall sino de Schmoller, Sombart o Veblen. Según Tannenbaum y muchos otros, la Revolución fue “una ruptura del sistema de hábitos, leyes y tradiciones que durante tanto tiempo había definido de la estructura social de México.”<sup>32</sup>

Es particularmente interesante aquí al retroceso de los neoclásicos. Debido a la separación estricta que hacen éstos de las fuerzas “económicas” y las no “económicas”, pero sin una teoría “económica” de cambio, los neoclásicos tienen que recurrir a los “factores no económicos” para caracterizar a la Revolución. Reynolds coincide con ellos en que: “habría sido imposible predecir las consecuencias de la Revolución [...] en la economía después de 1910, basándose solamente en las relaciones económicas observadas con anterioridad”.<sup>33</sup>

Lo más extraordinario, dada la desaprobación general de la violencia, es el argumento predominante que presenta el cambio institucional como liberación. En cuanto a la pregunta sobre la economía internacional. Tannenbaum responde rápido y bien:

La Convención Constitucional expresó el autodescubrimiento de México, la maduración de un pueblo que trataba de resolver sus propios problemas y de liberarse del tutelaje, de ser llevados de la mano por extranjeros que se consideraban más inteligentes o más fuertes. En un sentido, fue el verdadero nacimiento de un pueblo nuevo en el mundo, con un lugar y una influencia propios.

Sobre la pregunta que se refiere a lo interno, quizá la opinión de Vernon sea la que pase más ahora:

La reanudación [...] del crecimiento de la economía [...] fue más que una simple expansión del crecimiento de la era porfiriana [...] Ahora se estaban derribando aceleradamente las barreras físicas e institucionales entre el mundo moderno y el tradicional del México dividido, permitiendo un flujo rápido de trabajo y capital a través del muro divisorio. Además, el sector público estaba surgiendo en forma gradual, del papel relativamente pasivo que había ejercido antes de 1920, a una participación activa en el proceso de crecimiento.<sup>34</sup>

La interpretación reconocida por estos acuerdos entre historiadores y economistas es clara. Lógicamente, pasa por una serie de tres fases distintas. En la primera, de 1880 a 1910, la economía dependía, en el exterior, de Gran Bretaña y Estados Unidos, y en el interior estaba confinada a las haciendas en las que se desperdiciaba la tierra, el capital y la mano de obra.<sup>35</sup>

En la segunda, entre 1910 y 1920, la Revolución destruyó la antigua organización económica. Aunque destruyó mucho capital y mató a mucha gente, abatió la independencia internacional del país, acabó con las haciendas, y liberó el capital interno y la mano de obra para atender operaciones más eficientes. También emancipó el espíritu mexicano, al liberar las actividades empresariales y cooperativas de la producción. De ahí la importancia de la política y legislación revolucionaria y, sobre todo, de la Constitución de 1917, que frena a los extranjeros, prohíbe el monopolio y penaliza a los propietarios o usufructuarios que no producen.

En la tercera, sobrevino la fase constructiva. Al repudiar el abandono al institucionalismo anterior, los marxistas y los neoclásicos reanudan sus lineamientos y lenguajes respectivos. Después de 1920, a causa de la destrucción revolucionaria, el país disfrutaba supuestamente de más independencia y facilidad y de más cambios premeditados en las fuerzas productivas. Los mexicanos tuvieron más años de vacas gordas que flacas

y acumularon una ganancia sustancial en productos, particularmente en producto manufacturado, con incrementos para su propio uso. En la jerga marxista, aumentó el “excedente económico real”, invirtieron en instalaciones productivas. En la jerga neoclásica, el “desarrollo económico”, que dio por resultado el “crecimiento”.

Estadísticamente, los dos estudios que se acercan más a la economía mexicana moderna están de acuerdo con las tendencias y casi lo están en cuanto a las tasas. Solís calcula que de 1921 a 1940 el PIB real llegó a más del doble, el “crecimiento” real per cápita tuvo un promedio de 2.4% anual durante las dos décadas. Mientras que, según sus cálculos, la producción manufacturada per cápita tuvo en promedio un aumento real anual de 4.4 por ciento.

Reynolds hace sus estimaciones en forma diferente, pero calculándolas en forma modesta vemos que el promedio de “crecimiento” real per cápita es aproximadamente de 1.7% anual, en este periodo, y el promedio del aumento real per cápita en un producto manufacturado fue aproximadamente de 3.4 por ciento.<sup>36</sup>

De hecho, las autoridades prevaletientes afirman que la destrucción que ocasionó la Revolución fue una inversión social, como de “Renovación Urbana”. Reynolds opina que “a falta de revolución y reforma más favorable habría aumentado únicamente (*sic*) 18%, respecto a los niveles de 1940 [...] En realidad, los niveles hipotéticos se alcanzaron a mediados de la década de 1940”. Por tanto, si amortizamos la Revolución en 25 años, ésta habría producido el “crecimiento económico acelerado a partir de 1940”<sup>37</sup> (Cuadro 1).

En cuanto a preguntas secundarias, como por ejemplo, ¿qué hizo que se determinaran los cambios de las fuerzas productivas en las décadas de 1920 y 1930? El consenso se divide en dos. Algunos institucionalistas afirman que la Revolución, representada por el Estado, les liberó recursos sin restricciones, a los mexicanos, para que decidieran cómo usarlos y que sabiamente se decidieron por una “economía mixta”, en la que cooperarían tanto los empresarios particularmente como el Estado. Otros institucionalistas, en su mayoría marxistas, y los neoclasicistas, argumentan que la Revolución liberó la capacidad productiva del país hacia el mercado y que sólo en las crisis acudían al Estado para que la dirigiera.<sup>38</sup>

Por lo que se refiere a la calidad y a la oportunidad de “desarrollo” y “crecimiento” del país, el consenso se divide en tres. Según algunos institucionalistas, todo el proceso ha sido un buen “desarrollo” que resultó en “crecimiento” desde cierto momento entre 1917 y 1920 pasando por 1940 hasta la actualidad.<sup>39</sup> Según otra escuela, un consorcio de institucionalistas y marxistas, la economía tuvo un “desarrollo” bueno e independiente en la década de 1920 y en particular en la de 1930, y sus beneficios se distribuyeron ampliamente en todo el país, pero después de 1940, el “desarrollo” fue casi constantemente, dependiente y malo –en realidad fue un “subdesarrollo”, con

CUADRO 1  
*Índices de Solís y Reynolds del producto interno bruto manufacturado per cápita*  
*(cifras en millones de pesos de 1950) 1985-1940*

Año	Población <sup>a</sup> en miles		PIB según Reynolds		P.M. según Solís		PIB/c/según Solís		PIB/c/según Reynolds		P.M./c/según Solís		P.M./c/según Reynolds	
	Solís	Reynolds	Solís	Reynolds	Solís	Reynolds	Solís	Reynolds	Solís	Reynolds	Solís	Reynolds	Solís	Reynolds
1985	12 632	6 483	—	—	890	—	513	—	—	—	70	—	—	—
1900	13 607	8 250	8 540	—	1 360	1 131	605	—	—	—	100	—	—	87
1910	15 160	11 650	11 825	—	1 836	1 620	768	780	—	—	121	—	—	107
1920	—	—	—	—	—	1 249	—	—	—	—	—	—	—	—
1921	14 335	11 273	11 468 <sup>d</sup>	—	1 669	1 649 <sup>e</sup>	786	800 <sup>f</sup>	—	—	116	—	—	115 <sup>g</sup>
1925	15 500 <sup>b</sup>	14 816	17 081	—	2 085	2 076	969	1 102	—	—	135	—	—	134
1930	16 553	15 540	14 946	—	2 416	2 489	939	903	—	—	146	—	—	150
1940	19 654 <sup>c</sup>	22 889	21 658	—	4 264	3 889	1 165	1 075	—	—	217	—	—	193

<sup>a</sup> Tomada del censo oficial de población que utilizan tanto Solís como Reynolds. Salvo en b y c, como se indica a continuación.

<sup>b</sup> Interpolada por Reynolds a partir de los censos oficiales.

<sup>c</sup> Ajustada a 20 143 000 conjuntamente por la Secretaría de Hacienda y el Banco de México, y aceptada por Reynolds.

<sup>d</sup> Derivado de los cálculos de Reynolds del PIB per cápita en 1921, véase nota f, más adelante.

<sup>e</sup> Derivado de los cálculos de Reynolds de producto manufacturado per cápita, en 1921, véase nota g, más adelante.

<sup>f</sup> Calculado a partir de las observaciones de Reynold (*The Mexican Economy*, 321, 26) en cuanto a que la disminución de la población durante la Revolución, provocó que aumentara el producto bruto per cápita.

<sup>g</sup> Calculado a partir de las mismas observaciones, pero bajo la suposición de que el aumento de la producción manufacturada fue relativamente mayor.

Fuente: Leopoldo Solís, *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas* (México, 1970), Tablas III-1 y III-2; y Clark W. Reynolds, *The Mexican Economy: Twentieth-Century Structure and Growth* (New Haven, 1970).

Apéndice. Tablas B.1, B.6, B.9, B.10, C.2, E.2, y E. 11.

demasiados beneficios para los extranjeros y unos cuantos mexicanos.<sup>40</sup> Una tercera escuela, puramente neoclásica, dice que “los cambios institucionales” continuaron hasta 1940, para preparar a la economía e iniciar entonces el “crecimiento” que más tarde parecería milagroso.<sup>41</sup>

Pero, la gran mayoría de historiadores y economistas convienen en cuanto a la gran diferencia que hizo la Revolución. A la larga, el significado de la Revolución Mexicana consiste en repudiar los controles extranjeros en el país y en destruir el sistema bloqueado internamente, lo que permitió la reorganización subsecuente de la tierra, el capital y la mano de obra de un sistema dinámico. Según esta interpretación, la Revolución logró acabar con la tradición de una oligarquía dependiente internacionalmente, semifeudal y semiconsumadora y sustituirla por una burguesía auténtica y cambiar una dictadura neocolonial por un partido nacionalista que inspirara a un amplio consentimiento popular.

De tal suerte, que la lección se presenta, por ejemplo, en los influyentes escritos de Arnaldo Córdova y Juan Felipe Leal.<sup>42</sup>

Los desacuerdos en este punto de vista han carecido de coherencia y respeto profesional. Están muy lejos de constituir una interpretación de la minoría, y al parecer consisten sólo en objeciones, algunas indirectas, otras contradictorias, otras más morales y hasta de autoservicio. Pero durante los últimos tiempos, en particular desde hace diez años, estas protestas han ido ganando terreno. Y, a diferencia del argumento común, tienen bases históricas.<sup>43</sup> Sus denotaciones son sumamente importantes.

La primera objeción desafía llanamente la suposición de cambiar el papel internacional de México. En vez de que los procesos productivos del país se volvieran independientes, gracias a la Revolución, de hecho incluyeron más operaciones extranjeras que antes.

Durante la década de la Revolución y la siguiente, aumentó la posesión de riqueza norteamericana e inglesa en México, tanto en forma absoluta, como relativa. En la década de 1930, durante la depresión, la posesión de activos extranjeros agregados en México disminuyó en forma absoluta, pero aumentó proporcionalmente la posesión de activos norteamericanos<sup>44</sup> (Cuadro 2).

La compra y venta en el exterior hizo más profundos estos nexos. Después de la Revolución, aunque la proporción del comercio exterior de México respecto a su producto interno siguió más o menos igual que antes (alrededor del 20% de PIB), el patrón del comercio ajustó aún más el país a la economía de Estados Unidos. En 1990, México compraba, en general, entre 50 y 60% de sus importaciones a los Estados Unidos; en las décadas de 1920 y 1930 le compraba entre 60 y 70%. Su dependencia en el mercado norteamericano disminuyó y México sólo le enviaba del 50 al 60% de exportaciones. Pero hacia 1940 la proporción que se mandaba al “Coloso del Norte” se retrajo en más del 80%<sup>45</sup> (Gráfica 1).

CUADRO 2  
*Riqueza nacional de México e inversión extranjera, 1880-1940*  
*(cifras en millones de pesos)*

Año	Riqueza nacional	Inversión extranjera	Participación extranjera	Inversión norteamericana(b)	Inversión inglesa(c)
1880					327.0
1890					498.0
1897				400.4	
1900					664.0
1902				1 006.0	
1903	7 557.8	1 511.60	20%		
1908				1 345.0	
1910					984.0
1911		3 401.0			
1913				1 600.0	1 614.0
1914				1 707.0	
1918					1 640.0
1919				1 817.8	
1922				1 303.6	1 339.2
1924				2 071.9	1 643.0
1926		3 500.0(a)			
1928				3 222.0	2 068.2
1929	10 024.5	4 009.8	40%	2 024.1	2 147.6
1930				1 718.7	
1932		7 488.2		2 748.9	2 945.1
1935				3 283.3	
1938				2 976.9	361.7(d)
1939	14 768.3	2 572.0(a)	17%	1 385.0(a)	162.0(a)

<sup>a</sup> Solamente inversión directa.

<sup>b</sup> Conversiones de dólares a pesos: 1887-1922, 1 peso=US\$0.50, 1924, 0.4851; 1925, 0.494; 1928, 0.4811; 1929, 0.4818; 1930, 0.4713; 1932, 0.3185; 1935, 0.2778; 1938, 0.2212; 1939-1940, 0.2779. Según *The Foreign Trade of Latin America* (El comercio Exterior de América Latina) de la Comisión de Aranceles de Estados Unidos (Washington, 1940), 3 partes en 4 volúmenes, parte 2, sección 17, p. 41.

<sup>c</sup> Conversiones de libras a dólares: 1880-1939, 1 libra =US\$5.00 reconvertidas a pesos.

<sup>d</sup> Del total de inversiones calculadas en US\$880 millones, sólo US\$80 millones no son "obsoletos, no se debe, etcétera", *The United States and Foreign Investment Problems* (Estados Unidos y los problemas de inversión extranjera) por Cleona Lewis (Washington, 1948), 321.

FUENTES: Emilio Alanís Patiño, "La riqueza nacional", *Investigación económica*, XV (1955), pp. 66-69; Raymond W. Goldsmith, *The Financial Development*, núm. 73; Frederic M. Halsey, "Investments in Latin America", United States Department of Commerce, Bureau of Foreign and Domestic Commerce, Special Agent Series, CLXIX (1918), 20; Eduardo Lehmann, "Der Aussenhandel Mexikos in der Nachkriegszeit mit besonderer Berücksichtigung de Handelsbeziehungen zu Deutschland" (unpub. doct. diss., Leipzig University, Leipzig, 1926), 9. Cleona Lewis, *America's Stake in International Investments* (Washington, 1938), 606, 613, y *The United States*, 321; Alfredo Navarrete R., "El financiamiento del desarrollo económico", en Beltrán *et al.*, *México: Cincuenta años de revolución* (México, 1970) 513, 521; J. Fred Rippy, *British Investments in Latin America, 1822-1949: A case in Study in the Operations of Private Enterprise in Retarded Regions* (Minneapolis, 1959), 94; Royal Institute of International Affairs, *The Problems of Foreign Investment* (Londres, 1937) 187; Edgar Turlington, *México an Her Foreign Creditors* (Nueva York, 1930), 1; Naciones Unidas, *External Financing in Latin America* (Nueva York, 1965), 9; United States Department of Commerce, Bureau of Foreign Commerce, *Investment in México: Conditions and Outlook for United State Investors* (Washington, 1955), 16; United States Tariff Commission, *The Foreign Trade*, Parte 2, Sección 17, p. 16; Marx Winkler, *Investment of United States Capital in Latin America* (Nueva York, 1928) pp. 224, 275, 280, 283.

NOTA: las estimaciones del valor de las inversiones en cartera varían considerablemente a partir del desplome de 1929. Por lo tanto, las estimaciones de las inversiones norteamericanas e inglesas de 1929, tomadas de diferentes fuentes, son superiores a la suma de todas las inversiones extranjeras, pero no exageradamente superiores.

En principio, no hay que buscar en México las explicaciones básicas de estos cambios, sino en la economía mundial en la tremenda competencia del monopolio capitalista entre Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania para concentrar y centralizar internacionalmente el capital. La explicación inmediata, por lo menos a partir de principios del siglo, la historia económica de México ha dependido en gran parte, y cada vez más, de la función histórica de la economía de Estados Unidos<sup>46</sup> (Gráfica 2).

Una segunda objeción se refiere al concepto común del “crecimiento”. Como lo han señalado los historiadores de otras áreas y han enfatizado los mismos economistas, el “crecimiento” sólo registra los cambios en los productos que se miden en dinero. Desde un punto de vista histórico, por lo tanto, se sobrestiman los cambios de la producción total durante la monetización de las economías arcaicas y feudales y durante los periodos de acumulación primitiva. En el transcurso del tiempo, los historiadores no sólo deberían tomar en cuenta el valor de los productos que van al mercado capitalista, sino que también deberían evaluar los que se manejan fuera de él. Estos cálculos no podrían ser tan precisos como los que se consideran en la actualidad para calcular el PNB, pero revelarían con más verdad los grandes cambios que se producen en la verdadera riqueza de una país. En México, entre 1880 y 1940, éstos indicarían que el gran cambio ocurrió durante la década de 1890.<sup>47</sup> Fue entonces, y no después de la Revolución, que se impuso la producción capitalista y se inició la expansión moderna de la producción total.

La tercera objeción se refiere a la diferencia que hizo la Revolución en la forma de producir del país. Si ya hubiera imperado el capitalismo antes de la Revolución, y si hubiera seguido dominando después de ella, hasta llegar a prosperar, ¿qué hubiera logrado, a la larga, la Revolución?

La tesis de Gilly en este sentido es significativa. Deduce que, puesto que los campesinos y la clase trabajadora seguían siendo fuertes en 1920, mantuvieron las posibilidades de reanudar la Revolución, bajo el liderazgo adecuado –abiertamente al socialismo. Pero una conclusión más histórica le daría más respeto que la que él ofrece a la clase que triunfó, en realidad, en la ronda de 1910-1920 y que sigue teniendo el control hasta la fecha. Después de todo, la contienda específica, que los victoriosos le han enseñado al mundo a llamar la Revolución Mexicana, constituyó la derrota de la primera lucha popular masiva contra el capitalismo en México. La diferencia que hizo la llamada Revolución a la historia moderna del país no fue, por lo tanto, una transformación radical sino simplemente una reforma, alcanzada mediante métodos violentos pero dentro de límites ya establecidos. Si quisiéramos basarnos en un modelo de historia europea, no sería ni en la Revolución Francesa ni en la Rusa, sino en el *Risorgimento* italiano o en la Revolución Española de 1868-1874.<sup>48</sup>

En cuarto lugar vendrían las objeciones al institucionalismo, en realidad y en teoría. En realidad, en cuanto a la hacienda: 1) ya antes de la Revolución muchos estados funcionaban como empresas capitalistas; 2) la Revolución no terminó con ellas, salvo en muy contados distritos;<sup>49</sup> 3) aún en 1940, más de las tres quintas partes de las granjas y ranchos del país todavía eran grandes tenencias particulares (mil hectáreas o más), de las cuales, dos quintas partes constituían posesiones muy grandes (diez mil hectáreas o más) (Cuadro 3).

Por lo que se refiere a los capitalistas: 1) ya antes de la Revolución había muchas sociedades anónimas en la economía de México, y después de ella, proliferaron; 2) los cambios que ordenaba la nueva Constitución para muchas empresas –provisión de casa, escuelas, etcétera, para sus trabajadores– reimpuso un paternalismo moribundo; 3) las sociedades de empresas, regionales y nacionales, creadas durante la Revolución, promovieron políticas para proteger a las empresas contra la competencia y no para aumentar la productividad.<sup>50</sup>

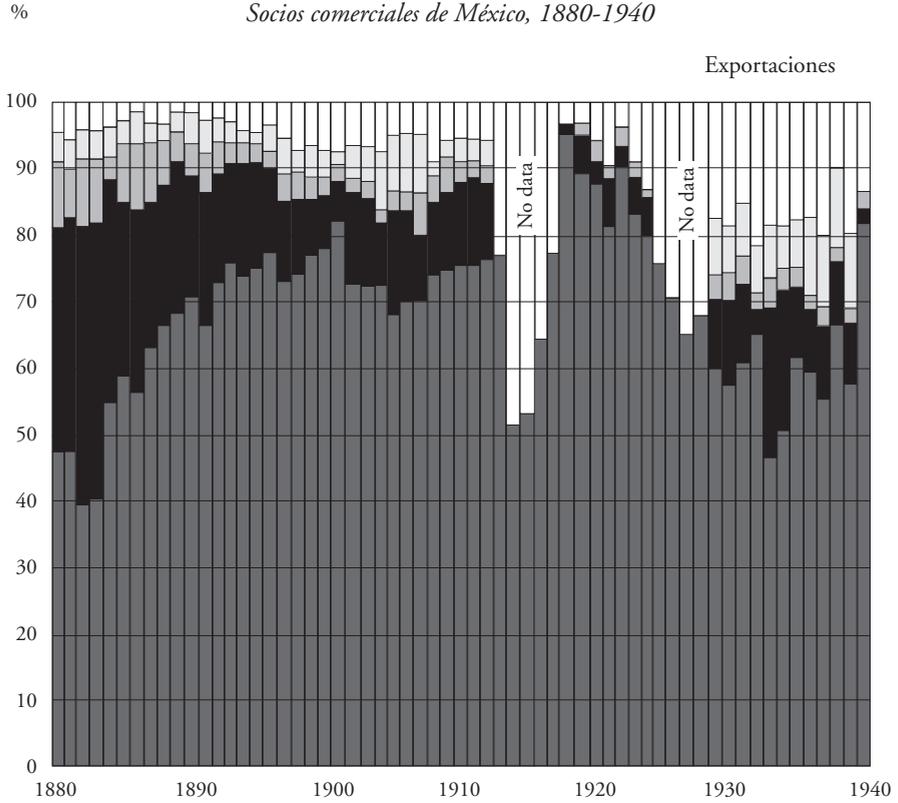
En cuanto al estado de ánimo: puede ser que hubiera más libertad. Desde las primeras apuestas al nacionalismo hasta la última especulación sobre el *ethos* revolucionario, es muy notorio que la Revolución hizo más emprendedores a los propietarios mexicanos y más cooperativos a los campesinos y a los trabajadores. Pero hasta ahora, ningún estudioso ha demostrado ni diferencias ni semejanzas entre el estado de ánimo prevaleciente antes o después de la Revolución.<sup>51</sup> Hasta que alguien lo demuestre, las afirmaciones de que “el factor psicológico” explica el “desarrollo” seguirán sirviendo de propaganda para los neófitos.

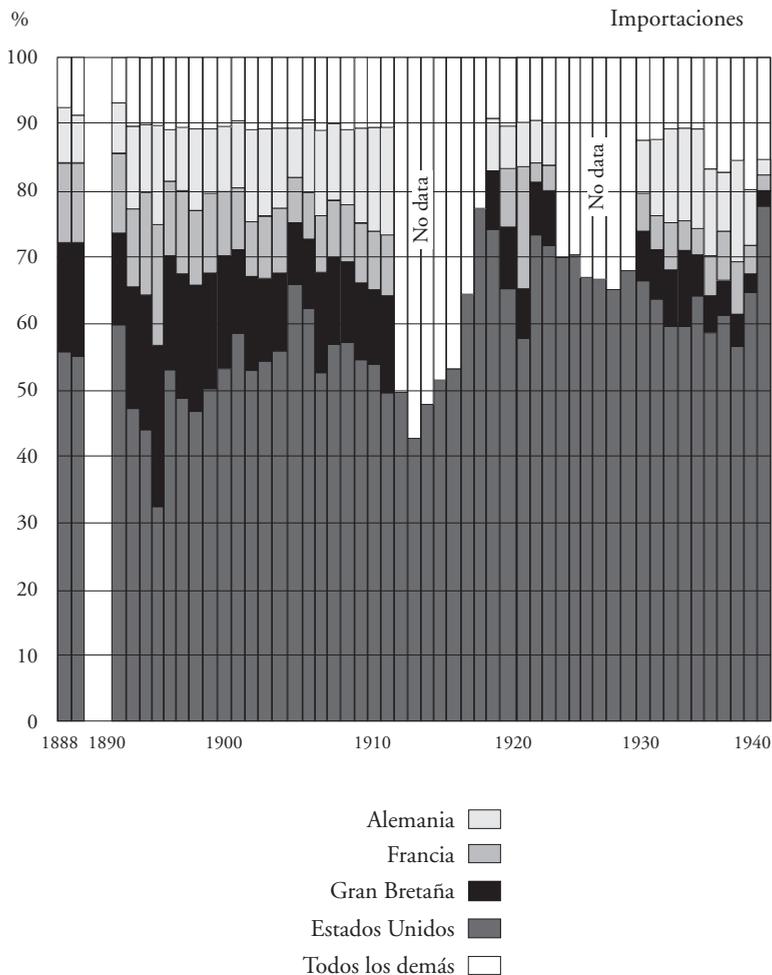
Si, no obstante, hubo cambios en los movimientos de capital regional, sectoral e industrial, en el uso de la tierra, y en las relaciones de producción durante la década revolucionaria así como industrialización y “crecimiento” posteriores a ella, ¿cómo ocurrieron teóricamente?

La explicación de este desacuerdo debe observarse, primero, analizando los mercados. Si ya había crecido la economía mexicana moderna antes de la Revolución, entonces, la razón básica de su productividad posterior no se debía, ni a hábitos ni a políticas, ni a leyes, sino a las nuevas circunstancias materiales en las que los capitalistas buscaban utilidades y los trabajadores, salarios. Esquemáticamente, mientras la violencia de la década revolucionaria hizo más profundas las ya serias desigualdades regionales, la economía aumentó su tasa de acumulación, que por lo menos se mantuvo durante las décadas de 1920 y 1930, para formar la capacidad de la enorme expansión posterior. Si queremos llegar a los refinamientos teóricos, podemos decir que Schmoller, Sombart o Veblen son menos claros, que los análisis regionales de Losch, Perroux, Hoover o North.

Sólo en esto términos las instituciones forman parte de la explicación. Al mismo tiempo que durante la Revolución, cambiaban con rapidez las fuerzas productivas, éstas

GRÁFICA 1  
*Socios comerciales de México, 1880-1940*



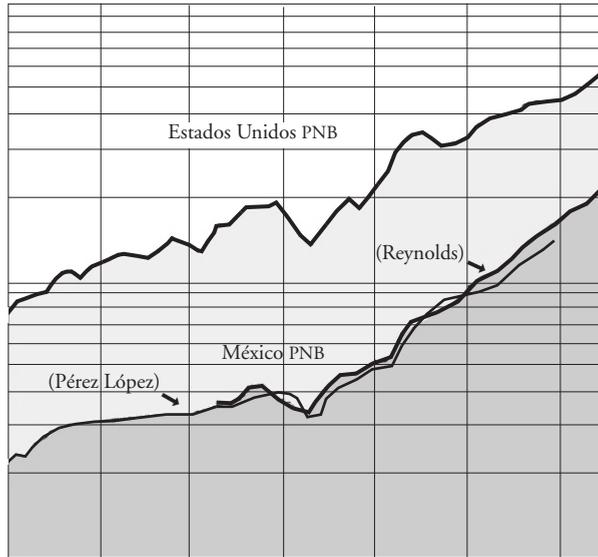


Fuente: Banco Nacional de Comercio Exterior, Departamento Técnico, *México exportador* (México 1939), pp. 12, 73, 99, 115, 117, 182; El Colegio de México, *Estadísticas económicas del Porfiriato: Comercio Exterior de México, 1877, 1911* (México, 1960), pp. 518, 524, 426, 543, 549; International Bank for Reconstruction and Development, The Combined Mexican Workin, Party, *The Economic Development of Mexico* (Baltimore, 1953), p. 372; Lehmann, “Der Aussenhandel Mexikos”, pp. 19, 21; Pan American Union, Division of Economic Research, *The Foreign Trade of Latin America since 1913* (Washington, 1952), pp. 157, 159, 164-165; United States Tariff Commission, *Foreign Trade*, Part. 1, pp. 112, 116-117, 121, 122, Part. 2, p. 42.

se traducían social y políticamente conforme a los nuevos arreglos enmarcados en la Constitución de 1917. No representaban una liberación, sino únicamente un nuevo orden de control capitalista. Y más tarde, la nueva organización capitalista se consolidó como la condición y el código básico para elaborar el nuevo Estado.

La quinta objeción al consenso prevaleciente, que ya en las décadas de 1920 y 1930 advirtieron los defensores de la libre empresa de México, le niega el crédito a la Revolución por el “crecimiento” o “desarrollo” posrevolucionario. El “desarrollo” y el “crecimiento” subsecuente a la Revolución no demuestran que sean resultados de ésta. Más bien, el país simplemente se recuperó de la Revolución, para reanudar los ciclos que había interrumpido la violencia (Gráfica 3). Keesing confirmó hace poco este argumento insistiendo en que la Revolución sólo fue una interrupción y que el “desarrollo exitoso” del Porfiriato constituyó la fuente directa, la fuerza y el diseño del “crecimiento” posrevolucionario.<sup>52</sup>

GRÁFICA 2  
*Crecimiento comparativo de las economías  
de México y Estados Unidos, 1900-1965*



Fuente: Reynolds, *Mexican Economy*, gráfica 6.1.

Nota: las dos series de México se basan en índices de millones de pesos de 1950; la serie de Estados Unidos en uno de miles de millones de dólares de 1958.

CUADRO 3

*Estimaciones de distribución de la tierra para granjas y ranchos en México, 1910-1970 (en hectáreas)*

Año	Tierras en ejidos		Solares (0.1 - 10)		Granjas y ranchos (200.1 - 1 000)		Total (1 000.1 - 10 000)		Haciendas (10 000.1 - más)		TOTAL						
1910	2 373 877	1.6%	1 800 000 <sup>a</sup>	38 200 000 <sup>b</sup>	8 988 937	7.6%	12 579 351	23 261 357	26.6%	27 101 764	18.0%	80 898 236	53.8%	108 000 000	71.8%	150 373 877	100%
1923	3 098 571	2.6%	1 693 069	8 988 937	8 988 937	7.6%	12 579 351	23 261 357	19.6%	26 073 186	21.9%	66 573 234	55.9%	92 646 420	77.9	119 006 348	100%
1930	8 344 651	6.3%	1 421 255	7 545 645	7 545 645	5.7%	11 401 400	20 368 270	15.5%	34 137 600	25.9	69 744 000	52.2	102 881 600	78.2%	131 594 521	100%
1940	28 922 808	22.5%	1 564 158	8 733 214	8 733 214	6.8%	10 167 028	20 464 400	15.9	24 947 000	19.4	54 415 000	42.3%	79 362 000	61.6%	128 749 225	100%
1950	38 893 899	26.7%	2 065 600	11 314 300	11 314 300	7.8%	12 269 000	25 648 900	17.6%	28 209 500	19.4%	52 764 600	36.3	80 974 100	55.6%	145 516 943	100%
1960	44 497 075	26.3%	2 006 900	14 404 400	14 404 400	8.5%	15 526 400	31 937 700	18.9%	32 276 892	19.1%	60 372 508	35.7%	92 649 400	54.8%	169 084 208	100%
1970	69 724 102	49.9%	1 658 643	12 422 949	12 422 949	8.9%	14 222 359	28 303 951	20.2%	22 368 958	16.0%	19 471 179	13.9%	41 840 237	29.9%	139 868 191	100%

<sup>a</sup> posesión de 0.1 a 100 hectáreas de tierra.

<sup>b</sup> posesión de 101 a 1 000 hectáreas de tierra.

Fuente: Aguilera Gómez, *La reforma agraria en el desarrollo económico de México* (México, 1969), tabla 13; Manuel Bonilla, *Apuntes para el estudio del problema agrario* (Hermosillo, 1914) en Silva Herzog (ed.), *La cuestión*, núm. 11, pp. 244-248, 254-256; El Colegio de México, *Estadísticas sociales del Porfiriato, 1877-1910* (México, 1956), pp. 1-61; Eyeley N. Simpson, *The Ejido: Mexico's Way out* (Chapel Hill, 1937), Appendix A, tablas 17, 30 y 39; Frank Tannenbaum, *The Mexican Agrarian Revolution* (Washington, 1929), pp. 53-55, 91-95, 335-337, Appendix C., Tables IV, XIII, XIV; Carlos Tello, *La tenencia de la tierra en México* (México, 1935), pp. 18-19, 28-29, 32, 34, 48, 40, 42, 56, 58, 61, 63 y tablas 3, 5, 10 y 19; Nathan L. Wetten, *Rural Mexico* (Chicago, 1948), tabla 23; e información particular. Nota: para deducir la tabla ver el apéndice.

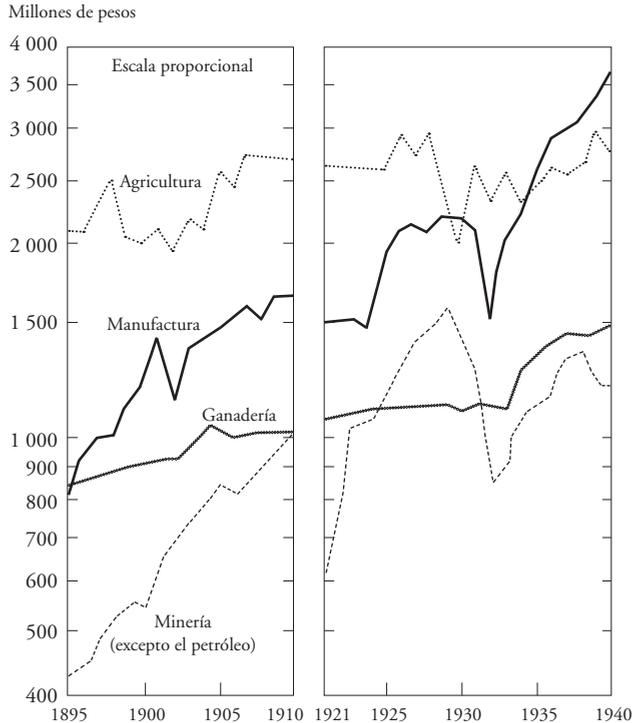
Aunque esta variedad de objeciones no podría aglutinarse con facilidad en una posición de disenso definida, el análisis reciente de Jean Meyer ofrece un posible avance de la inminente discusión revisionista. En esta interpretación, la historia marcha no por una serie de etapas positivistas sino en forma dialéctica y las contradicciones ocurren constantemente. La Revolución significa el fortalecimiento de Estados Unidos contra el imperialismo británico; las muchas ventajas nuevas que los capitalistas nacionales y extranjeros obtuvieron en las regiones más desarrolladas del país fueron tantas, que incluso durante las peores revueltas continuó el crecimiento agregado; y la desesperanza de la clase trabajadora, a la que los revolucionarios exhortaban a exigir justicia, pero que fue oprimida por los mismos revolucionarios cuando esta clase luchó por sí misma para obtenerla.<sup>53</sup>

Por lo tanto, la Revolución no representaría una sustitución histórica de un *ancien régime* por una república nueva, sino la falla histórica de la burguesía mexicana que jamás se definió como clase predominante —ni antes, ni durante, ni después de las revueltas de 1910 a 1920. De ahí que la burguesía siempre diera tumbos en los conflictos entre las facciones sumamente ambiciosas y las arraigadas en la localidad, perdiera peligrosamente la confianza popular, durante la Revolución, confiara en que una facción regional terminaría con la violencia, acudiera finalmente al Estado para que condujera la reforma social y política, fuera incapaz de inspirar el consentimiento popular, y apoyara la tiranía de manera constante aunque con tacto.<sup>54</sup>

Tranquilizaría muchas inquietudes históricas y políticas si ahora se diera lo que significó la Revolución. Estamos recopilando formalmente las historias profesionales de las luchas sociales y las contiendas entre facciones, de la década, pero aún tenemos que apoyarlas en las historias de producción y distribución que justifiquen la solidez de los juicios.

Quedan por explorar muchísimos temas económicos. No queda nada especial en cuanto a estudios enfocados hacia las regiones, por ejemplo, del Noreste, el Distrito Federal, Guadalajara, La Laguna, La Frontera, El Bajío, Orizaba, La Mixteca, Chiapas o Yucatán. Se han introducido temas más difíciles que los de las industrias del ganado, el algodón, de los transportes, del azúcar, el café, de los textiles, los zapatos, cerveceras o tabacaleras. Resultaría habitual estudiar instituciones, como por ejemplo la sociedad anónima, el sindicato, la casa de empeño o la comisión reguladora. Sería más difícil, aunque no imposible, estudiar determinadas empresas, como por ejemplo los ferrocarriles, la ASARCO, el Águila, o las plantaciones. Ya abundan fuentes con este tipo de información en los archivos públicos, por ejemplo, en los archivos consulares norteamericanos o europeos, escasamente aprovechados, o en los registros notariales mexicanos, casi sin utilizar en el periodo moderno. La manifestación de responsabilidad profesional y la simple cortesía pueden abrir muchos archivos particulares. Tal vez los

GRÁFICA 3  
*Producción de los principales sectores de la economía mexicana, 1895-1940*  
 (cifras en millones de pesos de 1950)



Fuente: Raymond Vernon, *The Dilema of Mexico's Development* (Cambridge, Mass., 1963), 83, basado sobre Enrique Pérez López, "El producto nacional", en Enrique Beltrán *et al.*, *México: cincuenta años de revolución* (México, 1960), 4 vols., 1, pp. 588-589.

estudios más sencillos serían los que se refieren a las políticas e ideas económicas. En cuanto a esto, la mayoría de las fuentes se constituyen de documentos públicos.

Los historiadores de la Revolución quizá traten de explicar, algún día, la indiferencia de sus antecesores hacia estos problemas. Tal vez sospechen que de manera inconsciente, al menos, nos hemos resistido a entender lo que significó la Revolución. Por último, tendrán que tratar de entender la cultura en la que hemos trabajado, en la que la Revolución se convirtió en fetiche, el análisis de cuadrículas de constantes y variables, y una interpretación materialista tan difícil de lograr como la camaradería.

APÉNDICE. ESTIMACIONES DE LA DISTRIBUCIÓN  
DE LA TIERRA PARA GRANJAS Y RANCHOS, 1910-1960

Hasta donde yo sé, el Cuadro 3 es el primer intento impreso de demostrar la trayectoria de continuidad y de cambios en el tamaño de las tenencias de tierra del México moderno. De ahí su crudeza. Esperamos que provoque investigaciones más sutiles y elaboradas.

Las cifras son una combinación de estimaciones y estadísticas oficiales. Todas las de 1910 son estimaciones, debido a la falta de un censo agrícola oficial. Para mencionar la cantidad aproximada de tierra para granjas y ranchos que entonces era de ejidos, tomé la estadística oficial de los ejidos de 1930, esto es, 8 344 651 hectáreas, y le resté toda la tierra concedida en forma definitiva como restitución, dotación y ampliación de ejidos a partir del inicio de la reforma agraria en 1915, hasta 1930, esto es, 5 970 774 hectáreas.<sup>55</sup> El resultado fue 2 373 877 hectáreas, que es lo que aparece. El 1.58% que representan el área del total de las tenencias en 1910 es con toda seguridad muy aproximado al porcentaje que los contemporáneos informados calculaban en general para los ejidos.

La estimación general de 40 millones de hectáreas de tierra en solares, granjas y ranchos en 1910 se tomaron directamente de un estudio de Manuel Bonilla, la única autoridad contemporánea en asuntos agrarios que se ha aventurado a hacer estimaciones brutas de la distribución de las tenencias de tierra por tamaño.<sup>56</sup> Bonilla no menciona ninguna distribución de propiedades en la categoría “pequeña.” Sin embargo, las estadísticas compiladas en el Seminario de Historia Moderna de El Colegio de México muestran esta distribución, con diferentes categorías a las mías, pero dentro de mis límites (0.1-100 y 101-1,000 hectáreas), por 15 estados en 1910.<sup>57</sup> Estas pequeñas propiedades en conjunto hacen un total de 367 382 hectáreas. Suponiendo que las proporciones de las dos categorías del Colegio, en un total de 15 estados, fueron iguales al total de Bonilla en todos los estados y territorios, es decir, 4.5% para el primer tamaño y 95.5% para el segundo, llegué a calcular 1 800 000 y 38 200 000 hectáreas en tenencias de 0.1-100 y de 101-1 hectáreas, respectivamente.

También obtuve el cálculo de la tierra en haciendas en 1910 a partir del estudio de Bonilla. Él calcula que entonces había 11 mil haciendas en México, con un promedio de 8 mil hectáreas cada una, lo que hace un total de 88 millones de hectáreas.<sup>58</sup> Nada más en “las pequeñas propiedades” menciona una distribución por tamaño entre estas tenencias grandes. Sin embargo, las estadísticas de El Colegio de México sí muestran tal distribución en los 15 estados.<sup>59</sup> El total de estas grandes tenencias comprenden 16 242 332 hectáreas. Suponiendo, otra vez, que el porcentaje de cada tamaño del total parcial de El Colegio de México fue igual que el total de Bonilla, es decir, 30.8% en tenencias del 1 001 a 10 000 hectáreas, y 69.2% en y tenencias mayores de 10 mil hectáreas, obtuve una estimación de 27 101 764 hectáreas, en las propiedades grandes y de 60 898 236 hectáreas, en las

propiedades muy grandes. A esta última cifra luego le agregué el cálculo de Bonilla de 20 millones de hectáreas, en manos de compañías especuladoras, bajo la suposición de que estas tenencias tenían más de 10 mil hectáreas.<sup>60</sup> De esta manera llegué a la estimación final de 80 898 236 hectáreas, en las propiedades muy grandes, en 1910.

En conjunto, las estimaciones de tierra ejidal y tenencias particulares en 1910, asciende al gran total de 150 373 877 hectáreas. Esta cifra es muy aproximada a lo que según Bonilla era la superficie total del país (198 720 100 hectáreas), menos las tierras públicas (20 millones de hectáreas), menos las tierras sin trazar (20 millones de hectáreas), menos la tierra urbana 5%, o 9 936 005 hectáreas) –esto es, 148 748 095 hectáreas.<sup>61</sup>

Las cifras para 1923 son más confiables. La tierra ejidal la calculé mediante un procedimiento similar al que utilicé para 1910, tomé la tierra que se calculaba que era ejidal en 1910, le añadí la tierra que se concedió en forma definitiva como restitución, dotación y ampliación de 1915 a 1923, esto es, 724 694 hectáreas, y llegué al total de 3 098 571 hectáreas, que se muestra. Las cifras de las tenencias particulares las tomé de Tannenbaum, indirectamente, según los nuevos cálculos de Aguilera Gómez para mostrar la distribución desde una décima de hectárea hasta mil hectáreas y directamente de los cálculos de las propiedades desde más de mil hectáreas.<sup>62</sup>

El gran total que muestro, esto es, 119 006 348 hectáreas, es 40 100 017 hectáreas inferior al gran total de Tannenbaum. La diferencia está en las tenencias que van desde una décima de hectáreas hasta las mil hectáreas. Las cifras de Tannenbaum no pueden ser correctas.<sup>63</sup>

Las cifras de 1930 también son bastante confiables. Las de los ejidos las tomé de Tello. Las que se refieren a las tenencias de una décima de hectárea a 200 hectáreas, de las estadísticas de Simpson para las tenencias de una a 200 hectáreas, esto es, 8 866 800 hectáreas, además de sus estadísticas de 100 070 hectáreas, en tenencias de menos de una hectárea. Dentro de esta categoría, la distribución entre las propiedades de una décima de hectáreas a 10 has., y de 10.1 a 200 has., la calculé suponiendo que la proporción de éstas, en 1923, siguió siendo la misma en 1930. Las cifras de las tenencias grandes las obtuve directamente de Simpson.<sup>64</sup>

El gran total que se muestra en las tenencias de 1930, esto es, 131 594 521 has., es casi igual al total oficial de Tello, o sea, 131 494 480 has., más las 100 070 has., de las tendencias de menos de una hectárea que no incluye Tello.<sup>65</sup> La diferencia final, de sólo 29 has., tal vez se daba a que se redondearon las cifras.

Las características de las cifras de 1940 son parecidas a las de 1930. La tierra ejidal según Tello, al igual que el total de las tenencias desde una décima hasta mil hectáreas. Sin embargo, la distribución de las tenencias por tamaño, dentro de esta categoría, son cálculos míos basados en los de Whetten a partir de estadísticas preliminares. Con sus

porcentajes, calculé las hectáreas de cada uno de los tres tamaños de esta categoría, los que, ya sea debido a que sus porcentajes se redondearon antes de tiempo, o a que a las estadísticas preliminares les faltó un conteo final, sólo se llegó a un total de 20 213 628 has., 250 712 has. menos del total oficial de Tello en esta categoría, que fue de 20 464 400 has. Los cálculos que aparecen aquí los obtuve suponiendo que las proporciones de Whetten entre los tamaños de esta categoría serían iguales a los que se basaron en las estadísticas finales. Las cifras sobre las haciendas y el gran total son las de Tello.<sup>66</sup> La diferencia entre la suma real y el gran total que se muestra, de sólo 17 has., se debe a que se redondeó.

Todas las cantidades de 1950 son directamente las de Tello.<sup>67</sup> La diferencia de 44 has., entre la suma real y el gran total que se muestra, se debe a que las cifras se redondearon.

También las cifras de 1960, con excepción de la distribución entre las propiedades grandes y la muy grandes son directamente las de Tello.<sup>68</sup> No pude entender su distribución entre las propiedades grandes y las muy grandes porque el censo agrícola de 1960, que es su fuente, los dividió no como antes en 10 mil has., sino en 5 mil hectáreas.<sup>69</sup> La distribución que muestro aquí la calculé bajo la suposición de que la proporción entre la tierra en propiedades de 1 000.1 a 10 000 has., y la tierra en propiedades de más de 10 000 has., en 1950, siguió siendo la misma en 1960. Debido a que se redondearon las cifras hay una diferencia de 33 has., entre la suma real y el gran total que se muestra.

Las cifras de 1970, salvo la que se refiere a la distribución entre las propiedades grandes y las muy grandes, las obtuve en un comunicado particular que me fue enviado sobre el censo agrícola y ganadero de 1970. Calculé la distribución entre las propiedades grandes y las muy grandes bajo la suposición de que la proporción, en 1950, entre las propiedades grandes y las muy grandes no tuvo cambios no sólo en 1960 sino tampoco en 1970. Pese a que la suposición es más cuestionable en cuanto a 1970 que en cuanto a 1960, aun así no es extraordinaria y suscita interesantes posibilidades. Quizá la diferencia de 1 hectárea, entre la suma real y la del gran total, que se muestra, se debe a los redondeos.

El estudioso podrá observar el enorme aumento repentino del último renglón de la segunda columna, una transferencia asombrosa que representa, en conjunto, un territorio del tamaño del Reino Unido. Pero yo paso al costo la explicación de mis informantes —que las transferencias ocurrieron mucho más en estadísticas que en títulos. Y exhortaría a que se hicieran investigaciones críticas de todos los censos mexicanos, tanto demográficos como económicos, de 1895 a 1980.

## NOTAS

<sup>1</sup> Cf. Luis Cabrera, *Veinte años después: El balance de la Revolución, La campaña presidencial de 1934, Las dos revoluciones* (México, 1934), pp. 241-295; Peter Calvert, "The Mexican Revolution: Theory of Fact?", *Journal of Latin American Studies*, núm. 1 (1969), pp. 51-68; Adolfo Gilly, *La Revolución interrumpida* (México, 1971), pp. 385-399, N.M. Lavrov, "La revolución mexicana de 1910-1917", de M.S. Alperovich, B.T. Rudenko, y N.M. Lavrov, *La revolución mexicana: cuatro ensayos soviéticos* (México, 1960), pp. 89-125; Jorge Vera Estañol, *La revolución mexicana: orígenes y resultados* (México, 1957), pp. 763-775; y de Eric R. Wolf, *Peasant Wars of the Twentieth Century* (Nueva York, 1969), pp. 3-48. La cita es de Friedrich Engels, "On Social Relations in Russia," de Karl Marx y Friedrich Engels, *Selected Works* (Moscú, 1958), 2 vols., pp. 11, 53.

<sup>2</sup> Cf. Charles A. Hale, *Mexican Liberalism in the Age of Mora, 1821-1853* (New Haven, 1968), pp. 2-5; Josefina Vázquez, *Nacionalismo y educación en México* (México, 1970); y Leopoldo Zea, *Positivism in Mexico* (Austin, 1974) y *Apogeo y decadencia del positivismo en México* (México, 1944).

<sup>3</sup> Como guías a la literatura; Roberto Ramos, *Bibliografía de la revolución mexicana* (México, 1959-1960), 3. vols.; Luis González y González (ed.), *Fuentes de la historia contemporánea de México: periódicos y revistas* (México, 1965-1966), 2 vols.

<sup>4</sup> Tradicionalmente, los historiadores mexicanos han reducido la economía del país a periodos de control y de conmoción. Para ver estudios hasta 1960, consulte Harvard University, Bureau for Economic Research in Latin America, *The Economic Literature of Latin America: A tentative Bibliography* (Cambridge, Mass., 1936) 2 vols., II, pp. 20-103; México, Secretaría de Economía Nacional, Dirección Nacional de Estadísticas, *Bibliografía mexicana de estadística* (México, 1942), 2 vols., José Bullejos, *Diez años de literatura económica: bibliografía básica sobre la economía de México, 1943-1953* (México, 1954), *Bibliografía industrial de México, 1952-1953* (México, 1954), "La bibliografía económica y sus fuentes en México", *Investigación económica*, XIV (1954), pp. 569-591, *Índice bibliográfico de obras y estudios especiales* (México, 1954), y *La bibliografía económica de México* (México, 1956); González y González, *Fuentes*, pp. 1, 352, 359-405, 533-541, II, 3-356; Ross, *Fuentes*, pp. 1, 15-39, 404-404, 922-935, 963-970, II, 92-112, 228-235, 295-306, 346-373, 458-522, 746-768; y de Enrique Florescano y Alejandra Moreno Toscano, "Historia económica y social", *Historia mexicana* XV (1965-1966), pp. 310-378. Para obtener comentarios sobre la situación del campo hasta 1960, véase Miron Burgin, "Research in Latin American Economics and economic History", *Inter-American Economic Affair*, núm. 1 (1947), pp. 3-22; Sanford A. Mosk, "Latin American Economics The Field and its Problems", *ibid.*, III (1949), pp. 55-64; Robert C. Beyer *et al.*, "The Teaching of University Courses on Latin American Economic Problems A Symposium", *ibid.*, III (1950), pp. 41-87; Charles Gibson y Benjamin Keen, "Trends of United States Studies in Latin American History", *American Historical Review*, LXII (1957), pp. 855-877; Sanford A. Mosk, "Economics", en Howard F. Cline (ed.), *Latin American Studies in the United States* (Washington, 1959), pp. 51-54; y de Robert A. Potash, "The Historiography of Mexico Since 1821", *Hispanic American Historical Review*, XL (1960), pp. 412-414. Las guías para la obra de los últimos 15 años son: William P. McGreevey y Robson B. Tyrer, "Recent Research on the Economic History of Latin America", *Latin American Research Review*, III (1968), pp. 89-117; Enrique Florescano, "Perspectivas de la historia económica de México", *Investigaciones contemporáneas sobre historias de México: memorias de la tercera reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos* (México, 1971), pp. 317- 338; Clark W.

Reynolds, "The Economic Historiography of twentieth Century Mexico", *ibid.*, pp. 339-357; Stanley J. Stein y Shane J. Hunt, "Principal Currents in the Economic Historiography of Latin American", *Journal of Economic History*, XXX (1971), pp. 222-253; Enrique Florescano, "Situación y perspectivas de la historia económica en México", Enrique Florescano, (ed.), *La historia económica en América Latina* (México, 1972), 2 vols., I, pp. 163-206, y "Bibliografía de la historia económica de México", *ibid.*, II, pp. 214-272; William P. McGreevey, "Quantitative Research in Latin American History of the Nineteenth and Twentieth Centuries", en Val R. Lorwin y Jacob M. Price (eds.), *The Dimensions of the Past: Materials, Problems, and Opportunities for Quantitative Work in History* (New Haven, 1975), pp. 477-501; John J. TePaske, "Quantification in Latin American Colonial History", *ibid.*, pp. 431-476, y "Recent Trends in Quantitative History: Colonial Latin American", *Latin American Research Review*, X (1975), pp. 51-62; y de Enrique Florescano, "México," en Roberto Cortés Conde y Stanley J. Stein (eds.), *Latin America: A Guide to Economic History, 1830-1930* (Berkeley, 1977), pp. 435-543.

<sup>5</sup> Prueba de su error es la multitud de estudios históricos de otras economías en tiempos de guerra, entre ellos, los más de 150 libros en Carnegie Endowment's "Economic and Social History of the (First) World War". Véase James S. Shotwell, *Autobiography of James S. Shotwell* (Indianapolis, 1961), pp. 134-155.

<sup>6</sup> Osgood Hardy, "The revolution and the Railroads of Mexico", *Pacific Historical Review*, III (1934), pp. 249-269; Lawrence A. Cardoso, "Labor Emigration to the Southwest, 1916-1920: Mexican Attitudes and Policy", *Southwestern Historical Quarterly*, LXXXIX (1976), pp. 400-416; Friedrich Katz, "Agrarian Changes in Northern Mexico in the Period of Villista Rule, 1913-1915", en James W. Wilkie, Michael C. Meyer y Edna Monzón de Wilkie (eds.), *Contemporary Mexico: Papers of the IV international Congress of Mexican History* (Los Angeles, 1976), pp. 259-273; Manuel G. Machado, Jr., "The Mexican Revolution and the Destruction of the Mexican Cattle Industry", *Southwestern Historical Quarterly*, LXXIX (1975), pp. 1-2; David M. Pletcher, "And American Mining Company in the Mexican Revolutions of 1911-1920", *Journal of Modern History*, XX (1948), pp. 19-26; Douglas W. Richmond, "El nacionalismo de Carranza y los cambios socioeconómicos, 1915-1920", *Historia mexicana*, XXVI (1976), pp. 107-131; Emily S. Rosenberg, "Economic Pressures un Anglo-American Diplomacy in Mexico, 1917-1918", *Journal of Inter-American Studies and World Affairs*, XVII (1975), pp. 123-152. No hemos considerado aquí varios estudios históricos con temas posiblemente económicos pero con enfoque social, por ejemplo, Raymond Th. J., "Peasant Movements, Caudillos, and Land reform (*sic*) during the Revolution (1910-1917) in Tlaxcala, Mexico", *Boletín de estudios latinoamericanos del Caribe*, XVIII (1975), pp. 112-152; Jean Meyer, "Les ouvriers dans la Revolution mexicaine; les bataillons rouges", *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, XXV (1970), pp. 30-55; Ramón E. Ruiz, *Labor and the Ambivalent Revolutionaries: Mexico, 1911-1923* (Baltimore, 1976); or *my own Zapata and the Mexican Revolution* (Nueva York, 1969).

<sup>7</sup> Jan Bazant, *Historia de la deuda exterior de México (1823-1946)* (México, 1968); Marvin D. Bernstein, *The Mexican Mining Industry, 1890-1950: A Study of the interaction of Politics, Economics, and Technology* (Albania, 1964); Jorge A. Bustamante, "The Historical Context of Undocumented immigration from Mexico to the United States", *Aztlán*, III (1972), pp. 257-281; Raymond Carr, "Mexican Agrarian Reform, 1910-1960", en Eric. L. Jones y S.J. Woolf (eds.), *Agrarian Change and Economic Development: The Historical Problems* (Londres, 1969), pp. 151-168; Scherburne F. Cook y Woodrow Borah, *Essays in Population History: Mexico and the Caribbean* (Berkeley, 1971-1974), 2 vols.,

I, pp. 300-375, II, pp. 1-179, 271-331, 358-435; Arthur F. Corwin, "Causes of Mexican Emigration to the United States", *Perspectives in American History*, VII (1973), pp. 557-635; William H. Dusenberry, "The Mexican Agricultural Society, 1879-1914", *Americas*, XII (1956), pp. 385-398; Mario T. García, "Racial Dualism in the El Paso Labor Market, 1880-1920", *Aztlán*, VI (1975), pp. 197-218; Juan Gómez Quiñones, "The First Steps: Chicano Labor Conflict and Organizing, 1900-1920", *ibid.*, III (1972), pp. 13-49; Moisés González Navarro, "Tenencia de la tierra y población agrícola (1877-1960)", *Historia mexicana*, XVIII (1969), pp. 569-614, y *Población y sociedad en México (1900-1970)* (México, 1974), 2 vols.; Manuel González Ramírez, *La revolución social de México* (México, 1960-1966), 3 vols., III; Friedrich Katz Díaz, *Deutschland and the mexikanische Revolution: Die deutsche Politik in Mexiko, 1870-1920* (Berlín, 1964) y "einige Grundzüge der politik des deutschen imperialismus in Lateinamerika von 1898 bis 1941", en Helmuth Stoecker (ed.), *Der deutschen Faschismus in Lateinamerika, 1933-1943* (Berlín, 1966), pp. 9-69; Clifton B. Kroeber, "La cuestión del Nazas hasta 1913", *Historia mexicana*, XX (1971), pp. 428-456; Henry Lepidus, *The History of Mexican Journalism* (1928; reeditado, Nueva York, 1976); Frederic Mauro, "Apropos d'une Barcelone mexicaine: Monterrey et son historie", en Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras, *Homenaje a Jaime Vicens Vives* (Barcelona, 1967), 2 vols., II, pp. 395-408, y "Le développement économique de Monterrey (1890-1960)", *Caravelle: Cahiers du monde hispanique et luso-bresilien*, II (1964), pp. 35-126; Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)* (México, 1968); J. Fred Rippy, "French Investments in Latin America", *Inter-American Economic Affairs*, II, 2 (1948), pp. 52-71, "French Investments in México", *ibid.*, II, p. 3 (1948), pp. 3-16, "German Investments of Citizens of the United States in Latin America", *ibid.*, XXII (1949), pp. 17-29, "Italian immigrants and Investments in Latin America", *Inter-América Economic Affairs*, III, 2 (1949), pp. 25-37, "The Japanese in Latin America", *ibid.*, III, 1 (1949), pp. 50-65, y *British Investments in Latin America, 1822-1949: A Case Study in the Operations of Private Enterprise in Retarded Regions* (Minneapolis, 1959), pp. 95-104; Merrill Rippy, *Oil and the Mexican Revolution* (Leiden, 1972); Robert F. Shafer, *Mexican Business Organizations: History and Analysis* (Syracuse, 1974); Robert F. Smith, *The United States and Revolutionary Nationalism in México, 1916-1932* (Chicago, 1972); Frank Tannenbaum, *The Mexican Agrarian Revolution* (Washington, 1929); Isidro Vizcaya Canales, *Los orígenes de la Industrialización de Monterrey: una historia económica y social desde la caída del Segundo imperio hasta el fin de la revolución, 1867-1920* (Monterrey, 1969); James W. Wilkie, *The Mexican Revolution: Federal Expenditures and Social Change since 1910* (Berkeley, 1967); y Mira Wilkins, *The Emergence of Multinational Enterprise: American Business Abroad from the Colonial Era to 1914 to 1970* (Cambridge, Mass., 1974), pp. 33-39.

<sup>8</sup> Gabriel A. Menéndez, *Doheny el cruel: valoración de la lucha sangrienta por el petróleo mexicano* (México, 1958); J.A. Spender, Weetman Pearson, *First Viscount Cowdray* (Londres, 1930); Desmond Young, *Member for Mexico: A Biography of Weetman Pearson, First Viscount Cowdray* (Londres, 1966). También los historiadores aficionados merecen crédito por varios estudios históricos sobre la tierra, la mano de obra y el periodismo durante la Revolución, por ejemplo, Luis Araiza, *Historia del movimiento obrero mexicano* (México, 1964); Diego Arenas Guzmán, *El periodismo en la revolución mexicana (de 1908 a 1917)* (México, 1967); Silvano Barba González, *La Lucha por la tierra: Emiliano Zapata* (México, 1960); Antonio Díaz Soto y Gama, *La revolución agraria del Sur y Emiliano Zapata su caudillo* (México, 1923). Sin embargo, sus enfoques se centran tanto en los movimientos sociales y políticos que prácticamente no contienen nada para los historiadores que manejan el desarrollo económico.

<sup>9</sup> Patrick O’hea, *Reminiscences of the Mexican Revolution* (México, 1966).

<sup>10</sup> Diez enfoques en regiones: Ángel Bassols Batalla, “Consideraciones geográficas y económicas de la configuración de las redes carreteras y vía férreas de México”, *Investigación económica*, XIX (1959), pp. 41-82, “Bosquejo histórico-geográfico del desarrollo de la red de caminos de México”, *ibid.*, XIX (1959). “Bosquejo histórico-geográfico de la red de vías férreas en México”, *ibid.* (1960), pp. 733-774; Ángel Bassols Batalla *et al.*, *Seminario sobre regiones y desarrollo en México* (México, 1973); Claude Bataillon, *Les régions géographiques au Mexique* (París, 1967); George F. Deasy y Peter Gerhard, “Settlements in Baja California: 1768-1930”, *Geographical Review*, XXXIV (1944), pp. 574-586; Samuel N. Dicken, “Monterrey and Northeastern Mexico”, *Annals of the Association of American Geographers*, XXIX (1939), pp. 127-158; Manuel Gamio (ed.), *La población de Teotihuacán: el medio en que se ha desarrollado. Su evolución étnica y social, iniciativas para procurar su mejoramiento por la Dirección de Antropología* (México, 1922), 2 vols., en 3; Jean Revel-Mouroz, *Mexique: Aménagement et colonisation du tropique humide* (París, 1972); y de George C. Shattuck *et al.*, *The Peninsula of Yucatán: Medical, Biological, Meteorological and Sociological Studies* (Washington, 1933). Once estudios versan sobre movimientos demográficos: Eduardo E. Arriaga, *New Life Tables for Latin American Population in the Nineteenth and Twentieth Centuries* (Berkeley, 1968), 99. pp. 163, 216; Raúl Benítez Zenteno *et al.*, *Dinámica de la población de México* (México, 1970); Andrew Collver, *Birth Rates in Latin America: New Estimates of Historical Trends and Fluctuations* (Berkeley, 1965), pp. 130-150; S.W. Cushing, “The Distribution of Population in Mexico”, *Geographical Review*, XI (1921), pp. 227-242; Julio Durán Ochoa, *Población* (México, 1955); René Espinosa Olvera, “Movimientos migratorios internos”, en *Memoria del Congreso Científico Mexicano* (México, 1953), 13 vols., XIII, pp. 355-367; Gilberto Loyo, *La política demográfica de México* (México, 1935); Gustavo M. de la Luna Méndez, “La natalidad y la mortalidad en el marco de la Revolución Mexicana”, *Revista Mexicana de Sociología*, XXI (195), pp. 103-126; Eduardo Pontones Chico, “La migración interna en México”, *Investigación económica*, XXVIII (1968), pp. 197-210, y “La migración en México”, Meyer y Wilkie (eds.), *Contemporary Mexico*, pp. 135-163; y de Richard W. Wilkie, “Urban Growth and the Transformation of the Settlement Landscape of Mexico, 1910-1970”, *ibid.*, pp. 99-134. Dieciséis estudios misceláneos sobre diferentes industrias y artículos: Manuel Aguilar Uranga, “El progreso ferroviario de los transportes y sus efectos”, en *Congreso Científico*, XIII, pp. 110-128; Donald D. Brand, “Dividi and Sesame in México”, *Economic Geography*, XVII (1941), pp. 141-154; y “The Early History of the Rangel Cattle Industry in Northern Mexico”, *Agricultural History*, XXXV (1961), pp. 132-139; Gonzalo Cámara Zavala, “Historia de la Industria henequenera hasta 1919”, *Enciclopedia Yucatanense* (México, 1947), 8 vols., III, pp. 657-725; Fernando Camargo Núñez, Aurora Velázquez E., y Manuel Ramírez Valenzuela, “Historia del derriengue en México (1881 a 1950)”, en *Congreso Científico*, XI, pp. 265-294; Samuel N. Dicken, “Cotton Regions of Mexico”, *Economic Geography*, XIV (1938), pp. 363-371; Gabriel Ferrer de Mendiola, “Historia de la comunicaciones”, *Enciclopedia Yucatanense*, III, pp. 507-626; Vicente Fuentes Díaz, *El problema ferroviario de México* (México, 1951); Lorene A. Garloch, “Development of the Laguna Región”, *Economic Geography*, XX (1944), pp. 221-227; Francisco González Díaz Lombardo, “Datos históricos sobre el cooperativismo en México”, *Revista Mexicana del Trabajo*, quinta época IX (1962), pp. 9-21; José López Portillo y Weber, “Nacimiento de la industria del petróleo”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, XVIII (1959) pp. 352-382, y “A los 25 años de la expropiación petrolera. La obra de los mexicanos”, *ibid.*, XXIII (1964), pp. 32-415; Ezequiel Ordóñez, pp. 186-230; Miguel A.

Quintana, "Historia monetaria de México", *Memorias y Revistas de la Academia Nacional de Ciencias "Antonio Alzate"*, LI (1929/1930), 255-283; Ismael Reyes Retana, *El petróleo en México: algunos apuntes sobre perforación de pozos petroleros en la República Mexicana, Historia de las empresas petroleras que han estado conectadas con el gobierno de la Nación* (México, 1937); y de Federico Sánchez Fogarty, "Breve historia del desarrollo del cemento y el concreto en México", en *Congreso Científico*, II, pp. 416-434. Quince estudios sobre la emigración a los Estados Unidos: Louis Bloch, "Facts about Mexican immigration Before and Since the Quota Restriction Laws", *Journal of the American Statistical Association*, XXIV, n.s. (1929), pp. 50-60; Leo Grebler, *Mexican Immigration to the United States: The Record and its implications* (Los Ángeles, 1966); Leo Grebler, Joan W. Moore y Ralph C. Guzmán, *The Mexican-American People; The Nation's Second Largest Minority* (Nueva York, 1970); J. Blaine y Social Science, XCIII (1927), pp. 126-130; Max. S. Handman, "Economic Reasons for the Coming of the Mexican Immigrant", *American Journal of Sociology*, XXXV (1930), pp. 601-611; José Hernández Álvarez, "A Demographic Profile of the Mexican Immigration to the United States, 1910-1950", *Journal of Inter-American Studies*, VIII (1966), pp. 471-496; Ricardo Romo, "Responses to Mexican immigration, 1910-1930", *Aztlán*, VI (1975), pp. 173-194; James L. Slayden, "Some Observations of Mexican Immigration", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, XCIII (1927), pp. 121-126; y de Paul S. Taylor, *Mexican Labor in the United States: imperial Valley* (Berkeley, 1928), *Mexican Labor in the United States: Migration Statistics* (Berkeley, 1929-1933), 3 partes, *Mexican Labor in the United States: Valley of the South Platte-Colorado* (Berkeley, 1929); *Mexican Labor in the United States, Bethelhem, Pennsylvania* (Berkeley, 1930); *Mexican Labor in the United States: Dimmit County, Winter Garden District, South Texas* (Berkeley, 1930); *Mexican Labor in the United States: Chicago and the Calumet Region* (Berkeley, 1932), y *A Spanish-American Pesant Community: Arandas in Jalisco, Mexico* (Berkeley, 1933). Veinte estudios sobre asuntos agrarios: Ángel Caso, *Derecho agrario, Historia, Derecho positivo Antología* (México, 1950); Martha Chávez Padrón, *El derecho agrario en México* (México, 1974); Paul Friedrich, *Agrarian Revolt in a Mexican Village* (Nueva York, 1970); Marte R. Gómez, *Las condiciones agrarias del sur* (México, 1961) y *La reforma agraria en las filas villistas, años 1913 a 1915 y 1920* (México, 1966); Laura Helguera R., Sinécio López M., y Ramón Ramírez M., *Los campesinos de la tierra de Zapata, la Adaptación, cambio y rebelión* (México, 1974); Francisco Hernández y Hernández, "El Movimiento campesino", de Enrique Beltrán et al., *México: cincuenta años de revolución* (México 1960); 4 vols., II, pp. 205-247; Antonio de Ibarrola, *Derecho agrario: el campo, base de la patria II*, pp. 205-247; Antonio de Ibarrola, *Derecho agrario: el campo, base de la patria* (México, 1975); Oscar Lewis, *Life in a Mexican Village: Tepoztlán Restudied* (Urbana, III, 1951) y *Pedro Martínez, A Mexican Peasant His Family* (Nueva York, 1964); George M. McBride, *The Land Systems of Mexico* (Nueva York, 1923); Luis Mendieta y Núñez, *El problema agrario de México y la ley federal de reforma agraria* (México, 1972); Andrés Molina Enríquez, *Esbozo de la historia de los primeros diez años de la revolución agraria de México (de 1910 a 1920)*; *Hecho a grandes rasgos* (México, 1937), 5 vols.; Helen Phipps, *Some Aspects of the Agrarian Question in Mexico: A Historical Study* (Austin, 1925); Robert Redfield, *Tepoztlán: A Mexican Village* (Chicago, 1930); Robert Redfield and Alfonso Villa Rojas, *Chan Kom: A Maya Village* (Washington, 1934); Eyler N. Simpson, *The Ejido, Mexico's Way Out* (Chapel Hill, 1937); Arturo Warman... *Y venimos a contradecir: los campesinos de Morelos y el Estado nacional* (México, 1976); Ronald Waterbury, "Non- Revolutionary Peasants: Oaxaca compared to Morelos in the Mexican Revolution", *Comparative Studies in Society and History*, XVII (1975), pp. 410-442; y de Nathan L. Whetten, *Rural*

Mexico (Chicago, 1948). Hemos excluido como fuentes primarias los folletos y documentos de Jesús Silva Herzog (ed.), *La cuestión de la tierra* (México, 1960-1962), 4 vols. Veinte estudios sobre el trabajo: Jorge Basurto, *El proletariado industrial en México (1850-1930)* (México, 1975); Néstor de Buen Lozano, *Derecho del trabajo* (México, 1974), 2 vols.; Lorenzo Camacho Escamilla, "Antecedentes históricos de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social", *Revista Mexicana del Trabajo*, quinta época, VIII (1961), pp. 7-54; Maximiliano Camiro, *Ensayo sobre el contrato colectivo de trabajo* (México, 1924); José Castillo y Peña, *Cuestiones sociales* (México 1934); J. Jesús Castorena, *Tratado de derecho obrero* (México, n.d., 1952?); Roberto de la Cerda Silva, *El movimiento obrero en México* (México, 1961), Marjorie R. Clark, *Organized Labor in Mexico* (Chapel Hill, 1934); Mario de la Cueva, *Derecho mexicano del trabajo* (México, 1969), 2 vols.; Horace B. Davis, "Labor and the state in a Semi-Colonial Country; México", *Weltwirtschaftliches Archiv*, LXXXIV (1952), pp. 283,306; Euquerio Guerrero, *Manual de derecho del trabajo* (México 1973); Severo Iglesias, *Sindicalismo y socialismo en México* (México, 1970); Alfredo de Lara Isaac, "La inspección federal del trabajo en México", *Revista Mexicana del Trabajo*, quinta época, v (1958), pp. 23-49; Vicente Lombardo Toledano, *La libertad sindical en México* (México, 1927); Alfonso López Aparicio, *El movimiento obrero en México: antecedentes, desarrollo y tendencias* (México, 1952); Joaquín Márquez Montiel, *La doctrina social de la iglesia y la legislación obrera mexicana* (México 1958); Felipe Remolina Roqueñi (ed.), *El artículo 123* (México, 1974), Guadalupe Rivera Marín, "El movimiento obrero", en Beltrán *et al.*, México, II, pp. 252-286; Rómulo Sánchez Mireles, "El movimiento burocrático", *ibid.*, 289-305; Alberto Trueba Urbina, *Evolución de la huelga* (México, 1950).

<sup>11</sup> Clarence W. Barron, *The Mexican Problem* (Cambridge, Mass., 1917); John W. Brown, *Modern Mexico and Its Problems* (Londres, 1927); Francisco Bulnes, *The Whole Truth About Mexico: President Wilson's Responsibility* (Nueva York, 1916), *El verdadero Díaz y la Revolución* (México, 1920), y *Los grandes problemas de México* (México, 1926); Manuel Calero *et al.*, *Ensayo sobre la reconstrucción de México* (Nueva York, 1920); Alden B. Case, *Thirty Years with the Mexicans: In Peace and Revolution* (Nueva York, 1917); Robert G. Cleland (ed.), *The Mexican Year Book: The Standard Authority on Mexico, 1920-1921 and 1922-1924* (Los Ángeles, 1922-1924), vols.; Will B. Davis, *Experiences and Observations of an American Consular Officer during the Recent Mexican Revolution* (Los Ángeles, 1920); Carlos Díaz Dufoo, *México y los capitales extranjeros* (París, 1918); E.J., Dillon, *Mexico on the Verge* (Nueva York, 1921); Toribio Esquivel Obregón, *Influencia de España y los Estados Unidos sobre México* (Madrid, 1918); Fernando González Roa, *The Mexican People and Their Detractors* (Nueva York, 1916); Ernest Gruening, *Mexico and Its Heritage* (Nueva York, 1928); Chester L. Jones, *Mexico and Its Reconstruction* (Nueva York, 1921); Philip H. Middleton, *Industrial Mexico: 1919 Facts and Figures* (Nueva York, 1919); Karl T. Sapper, *Mexiko: Land, Volk and Wirtschaft* (Vienna, 1928); Hermann Schnitzler (ed.), *The Republic of Mexico: Its Agriculture, Commerce and Industries* (Nueva York, 1924); G. Butler Sherwell, *Mexico's Capacity to Pay: A General Analysis of the Present International Economic Position of Mexico* (Washington, 1929); James J. Shirley, "México", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, LXVIII (1916), pp. 196-206; Joshep E. Sterrett y Joshep S. Davis, *The Fiscal and Economic Condition of Mexico: Report submitted to the International Committee of Bankers on Mexico* (Nueva York, 1928); Thomas R. Taylor y Bernard H. Noll, "Mexico as a field for American trade Expansion", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, XCIV (1921), pp. 76-80; Wallace Thompson, *The People of Mexico: Who They Are and How They Live* (Nueva York, 1921) y *Trading with Mexico* (Nueva York, 1921); Edward D. Trowbridge, *Memorandum on the Mexican*

*Situation* (Detroit, 1916), *Mexico Today and Tomorrow* (Nueva York, 1919), y “The United States And Mexican Finance”, *Annals of the American Academy of Political Social Science*, LXXXIII, (1919), pp. 155-166; Máximo Valdés (El Conde de Fox), *De México a Necaxa* (México, 1919).

<sup>12</sup> La “bibliografía selectiva” más confinable contiene 407 libros y artículos del periodo 1900-1969. Véase Clark W. Reynolds, *The Mexican Economy: Twentieth-Century Structure and Growth* (New Haven, 1970), pp. 414-431. El Land Tenure Center de la Universidad de Wisconsin cuenta con algunos estudios en ramas afines como por ejemplo en antropología, historia y sociología, en lista 352 títulos sobre México en su serie *Agrarian Reform in Latin America: An annotated Bibliography* (Madison, 1974), 2 vols., II, pp. 368-430. Sobre temas monetarios y la banca véase Edwin W. Kemmerer, *Inflation and Revolution: Mexico's Experience od 1912-1917* (Princeton, 1940); Antonio Manero, *La reforma bancaria en la revolución constitucionalista* (1913-1925) (México, 1958); Enrique Martínez Sobral, “La curva estadística del papel moneda mexicana”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, quinta época, IX (1919), pp. 379-393; y de Francisco Valdés, “Datos estadísticos acerca de la acuñación en la Casa de Moneda”, *ibid.*, quinta época, IX (1919), pp. 407-423. Sobre agricultura véase Julio Riquelme Inda, “Aspectos de la agricultura nacional”, *ibid.*, quinta época, VIII (1918), pp. 319-344, y “Las cosechas de maíz en el año de 1916”, *ibid.*, quinta época, IX (1919), pp. 131-144. Sobre energía hidroeléctrica véase Gabriel M. Oropesa, “Las obras hidroeléctricas de Necaxa, Puebla”, *Memorias y Revista de la Academia Nacional de Ciencias “Antonio Alzate”*, XXXVII (1920), pp. 249-266, y “La influencia de la política en el desarrollo de las industrias en el Distrito Federal, durante la última década”, *Revista Mexicana de Ingeniería y Arquitectura*, I (1923), pp. 83-102. Otros artículos de Carlos Díaz Dufo, “Geoografía económica mexicana”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, quinta época, VIII (1918), pp. 243-280; Genaro Estrada, “La pesca en los mares mexicanos”, *ibid.*, quinta época, VIII (1918), pp. 281-298; y de José Romero, “La inmigración y emigración en México durante el último año económico”, *ibid.*, quinta época, V (1912), pp. 23-32. Sobre una acusación histórica, véase Víctor L. Urquidí, “Nuevas consideraciones sobre la investigación económica en América Latina”, *Trimestre Económico*, XXXII (1965), p. 694. Sobre una defensa pasiva que ignora la acusación, véase Leopoldo Solís, *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas* (México, 1970).

<sup>13</sup> Agricultura: Manuel Aguilera Gómez, *La reforma agraria en el desarrollo económico de México* (México, 1969); Juan Ballesteros Porta, *¿Explotación individual o colectiva? El caso de los ejidos de Tlabualillo* (México, 1964); Dorothy W. Douglas, “Land and Labor in Mexico”, *Science and Society*, IV (1940), pp. 127- 152; Folke Doving, “Land Reforma and Productivity in Mexico”, *Land Economics*, XL (1970), pp. 264-274; Marco A. Durán, *La redistribución de la tierra y la exploración agrícola ejidal* (México, 1937), y *El agrarismo mexicano* (México, 1967); Ramón Fernández y Fernández, “Evolución económica del jornalero del campo”, *Crisol*, V (1931), pp. 17-33, 88-103, “Historia del trigo en México”, *El Trimestre Económico*, I ( 1935), pp. 429-444, y el *Trigo en México: el comercio* (México, 1939); Edmundo Flores, “The Significance of Land-Use Changes in the Economic Development of Mexico”, *Land Economics*, XXXV (1959), pp. 115-124, y *Tratado de economía agrícola* (México, 1961); Gonzalo González H., *El trigo en México: análisis estadístico de la producción* (México, 1938); James Maddox, “Mexican Land Reforma”, *American Universities Field Staff Reports: Mexico and Caribbean Area Series*, IV ( 1957), pp. 94-128; Manuel Mesa Andraca, “El problema agrario mexicano”, *Problemas agrícolas e industriales de México*, I (1949), pp. 3-48 y “Proceso y situación actual de la reforma agraria”,

*Historia mexicana*, X (1961), pp. 439-460; Moisés T. de la Peña, *El pueblo y su tierra: mito y realidad de la reforma agraria en México* (México, 1964); Sergio Reyes Osorio, *Reforma agraria* (México, 1969); Jesús Silvia Herzog, *El agrarismo mexicano y la reforma agraria: exposición y crítica* (México, 1959); Carlos Tello, *La tenencia de la tierra en México* (México, 1968). Finanzas: Charles W. Anderson, "Bankers as Revolutionaries: Politics and Development Banking in Mexico", en William P. Glade, Jr. y Charles W. Anderson, *The Political Economy of Mexico Crises, 1864-1940* (Ann Arbor, 1957); Heliodoro Dueñas, *Los bancos y la revolución* (México, 1945); Raymond W. Goldsmith, *The Financial Development of Mexico* (París, 1966); Ernesto Lobato López, *El crédito en México: esbozo histórico hasta 1925* (México, 1945), y "La política monetaria mexicana", *Investigación económica*, XVIII (1958), pp. 559-581; Antonio Manero, *La revolución bancaria en México 1865-1955. Una contribución a la historia de las instituciones de crédito en México* (México, 1957), Walter F. McCaleb, *Present and Past Banking in Mexico* (Nueva York, 1920), y *The Public Finances of Mexico* (Nueva York, 1921); O. Ernest Moore, *Evolución de las instituciones financieras en México* (México, 1963); Gilberto Moreno Castañeda, *La moneda y la banca en México* (Guadalajara, 1955); Manuel Sánchez Cuen, *El crédito a largo plazo, Reseña histórica: El Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas, S.A.* (México, 1958); y de David H. Shelton, "The Banking System, Money and The Goal of Growth", en Raymond Vernon (ed.), *Public Policy and Private Enterprise in Mexico* (Cambridge, Mass., 1964), III, p. 189. Comercio e inversiones extranjeras: José L. Ceceña, *México en la órbita imperial* (México, 1970); Robert W. Dunn, *American Foreign Investments* (Nueva York, 1926); Cleona Lewis, *America's Stake in International Investments* (Washington, 1938); Pan American Union Division of Economic Research, *The foreign Trade of Latin America since 1913* (Washington, 1952); Enrique Sarro, "La deuda exterior de México: su historia, su estado actual, su liquidación", *Revista de Hacienda*, IV (1939), pp. 153-169; Edgar Turlington, *Mexico and her Foreign Creditors* (Nueva York, 1930); United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Economic Commission for Latin America, *Foreign Capital in Latin America* (Nueva York, 1955), y *External Financing in Latin America* (Nueva York, 1965); United States, Department of Commerce, Bureau of Foreign Commerce, *Investment in Mexico: Conditions and Outlook for United States Investors* (Washington, 1955); Wilkins, *Emergence and Maturing*; y de Max Winkler, *Investments of United States Capital in Latin America* (Nueva York, 1928). Impuestos y aranceles: Carlos Arroyo Crotte, "Historia de los aranceles aduanales mexicanos y su influencia en nuestro comercio exterior", *Revista de Hacienda*, 2 partes, 1, 2 (1937), pp. 17-25, y 1, 3 (1937), pp. 31-42; Daniel Cosío Villegas, *La cuestión arancelaria en México: historia de la política aduanal* (México, 1932); Ernesto Flores Zavala, *Elementos de finanzas públicas, mexicanas: los impuestos* (México, 1963); Alberto J. Pani, *La política hacendaria y la revolución* (México, 1926); Moisés T. de la Peña, "La industrialización de México y la política arancelaria", *Trimestre Económico*, XII (1945), pp. 187-218; Ramírez Cabañas C., "Los ingresos federales de México durante los años de 1876 a 1936", *Revista de Hacienda*, II, 2 (1938), pp. 7-25; Armando Servín G., "Apuntes históricos del impuesto sobre la renta", *ibid.*, III, 12 (1939) pp. 3-21 y *Las finanzas públicas locales durante los últimos cincuenta años (1900-1949)* (México, 1956); Carlos J. Sierra y Rogelio Martínez Vera, *Historia de la Tesorería de la Federación* (México, 1972); y de Manuel Yañez Ruiz, *El problema fiscal en las distintas etapas de nuestra organización política* (México, 1958); 5 vols. Petróleo: José Colomo y Gustavo Ortega, *La industria del petróleo: su aspecto legal y su reglamentación y el estado actual de esa industria* (México, 1927); Carlos Díaz Dufoo, *La cuestión del petróleo* (México, 1921); José D. Lavin, *Petróleo: pasado, presente y futuro de una industria*

mexicana (México, 1950); Miguel Manterola, *La industria del petróleo en México* (México, 1938), y “El petróleo de México”, *El Trimestre Económico*, V (1938), pp. 343-374; Gustavo Ortega, *Los recursos petroleros mexicanos y su actual explotación* (México, 1925); Félix Palavicini et al., *México: historia de su evolución constructiva* (México, 1945), 4 vols., III, pp. 68-109; Joaquín Santaella, *Los costosos de la industria petrolera en México: factor económico* (México, 1937); y de Jesús Silva Herzog, “La cuestión de petróleo en México”, *El Trimestre Económico*, VII (1940), pp. 1-74, Véase también México, Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, Departamento del Petróleo, *Bibliografía del petróleo en México* (México, 1927). Sobre observaciones respecto a la historia de la manufactura, durante la Revolución, véanse Raúl Béjar Navarro y Francisco Casanova Alvarez, *Historia de la industrialización del Estado de México* (México, 1974); Antonio Carrillo Flores, *La revolución industrial de México* (México, 1945) y “El desarrollo económico de México: reflexiones acerca de un caso latinoamericano”, *Cuadernos Americanos*, LXI (1948), pp. 42-59; Paul Lamartine Yates, *El desarrollo regional de México* (México, 1961); Ernesto López Malo, *Ensayo sobre la localización de la industria en México* (México, 1960); Salvador Mendoza Olguín, “Las industrias mediana y ligera mexicana en el periodo 1900-1950”, en *Congreso Científico*, XIII, pp. 174-180; Moisés T. de la Peña, *El Trimestre Económico*, XII, pp. 187-218; y de Gonzalo Robles, “Noticia sobre la industrialización de México”, *ibid.*, XI (1944), pp. 256-283; Ferrocarriles: Fernando González Roa, *El problema ferrocarrilero y la Compañía de los Ferrocarriles Nacionales de México* (México, 1915); Gustavo Molina Font, *El desastre de los Ferrocarriles Nacionales de México* (México, 1940); Andrés Ortiz, “Los Ferrocarriles Nacionales de México”, *Investigación económica*, IV (1944), pp. 241-270; Sergio Ortiz Hernán, *Los ferrocarriles de México: una visión social y económica* (México, 1974); Fred W. Powell, *The Railroads of Mexico* (Boston, 1921); Jesús Silva Herzog, *Los salarios y la empresa de los Ferrocarriles Nacionales de México* (México, 1931); y de Antonio E. Vera, *La pesadilla ferrocarrilera mexicana* (Guadalajara, 1943). Electricidad: Ernesto Galarza, *La industria eléctrica en México* (México, 1941); José Herrera y Lasso, *La industria eléctrica en México: lo que al público le interesa saber* (México, 1933); Rodolfo Ortega Mata, “La nacionalización de la industria de servicios eléctricos públicos”, *Congreso Científico*, XIII, pp. 186-205; y de san Miguel S. Wionczek, “Electric Power: The Uneasy Partnership”, *Vernon, Public Policy*, pp. 21-110. Salario, mercados laborales y estructura ocupacional: Carlota Castro de la Lama, “El mercado de mano de obra en México”, *Revista Mexicana del Trabajo*, quinta época, II (1955), pp. 75-87; Donald B. Keesing, “Structure from 1985 to 1950”, *Journal of Economic History*, XXIX (1969), pp. 716-738; Silva Herzog, *Los salarios*, y de Emilio Uribe Romol, “La fuerza de trabajo de México: un análisis de su estructura, sus características y su evolución”, *Estadística. Journal of the Inter-American Statistical Institute*, XIII (1955), pp. 185-210. Henequén: Enrique Aznar Mendoza, “Historia de la industria henequenera desde 1919 hasta nuestros días”, *Enciclopedia Yucatanense*, III, pp. 727-787; Gustavo Molina Font, *La tragedia de Yucatán* (México, 1941); y de Julio Riquelme Inda, “La crisis económica del henequén”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, quinta época, XI (1928), pp. 63-73. Formación de capital: Napoleón Gómez Urrutia, “El proceso de formación de capital en México”, *Investigación económica*, XXX (1971), pp. 749-775; y de James R. Himes, “La formación de capital en México”, *El Trimestre Económico*, XXXII (1965), pp. 153-179. Guayule: Rodolfo Vázquez E., “El guayule”, 2 partes, *Revista Hacienda*, II, 9 (nov. 1938), pp. 15-28, y II, 10 (dic. 1938), pp. 11-23. Minería: Jenaro González Reina, *Minería y riqueza minera de México* (México, 1944); y de Moisés T. de la Peña, “La industria minera de México”, *Investigación económica*, IV (1944), pp. 20-62. Aviación: Palavicini et al., México, III, pp. 154-159.

Sociedades Comerciales: Julio Riquelme Inda, *Cuatro décadas de vida, 1917-1957*. Obras Públicas: Francisco González de Cossío, *Historia de las obras públicas de México* (México, 1971). Tabaco: Rodolfo Vázquez E., “La industria de tabacos labrados y la legislación fiscal federal sobre la materia”, *Revista de Hacienda*, II, 7 (1938), pp. 27-39. Sobre información dispersa de unas treinta líneas de producción, durante la Revolución, véase Diego G. López Rosado, *Curso de historia anímica de México* (México, 1963), *Problemas económicos de México* (México, 1963), e *Historia y pensamiento económico de México* (México, 1968-1972), 5 vols.

<sup>14</sup> Cf., Curtis P. Nettles, “Economic Consequences of War, Costs of Production”, *Journal of Economic History*, III, Supplement (1943), pp. 1-8. Sobre desigualdad y empresas, véase Joseph Schumpeter, *The Theory of Economic Development* (Cambridge, Mass. 1934), pp. 57-94. Cf. George H. Borts, “The Equalization of Returns and Regional Economic Growth”, *American Economic Review*, L (1960), pp. 319-347; Albert O. Hirschman, *The Strategy of Economic Development* (New Haven, 1958), pp. 11-24; Simon Kuznets, “Quantitative Aspects of the Economic Growth of Nations: VIII. Distribucion of Income By Sice”, *Economic Development and Cultural Change*, XI (1963), Parte 2, pp. 45-58; y Jeffrey G. Williamson, “Regional Inequality and the Process of National Development: A Description of the Patterns”, *ibid.*, XIII (1965), Parte 2, pp. 3-84. Sobre esfuerzos históricos aceptables sobre México, en estos términos véase Kirsten A. de Appendini, Daniel Murayama, y Rosa Ma. Domínguez, “Desarrollo desigual en México, 1900 y 1960”, *Demografía y Economía*, VI (1972), pp. 1-40 y de Wolfdietrich Bennewitz, *Probleme des regionalen Ungleichgewichts in Entwicklungslandern, Dargestellt am Beispiel von Mexiko* (unpub.doct.diss., Ludwig-Maximilian University, Munich, 1968). En general, no hay historia en David Barkin y Timothy King, *Regional Economic Development: The River Basin Approach in Mexico* (Cambridge, Mass., 1970); Eliseo Mendoza Berrueto, “Implicaciones regionales del desarrollo económico de México”, *Demografía y Economía*, III (1969), pp. 25-63; ni en Claudio Stern, “Un análisis regional de México”, *ibid.*, I (1967), pp. 92-117.

<sup>15</sup> Herbert I. Priestley, *The Mexican Nation: A History* (Nueva York, 1923), p. 435. Alfonso Teja Zabre, *Guide to the History of Mexico: A Modern Interpretation* (México, 1935), pp. 337, 343, 346-347; Henry B. Parkes, *A History of Mexico* (Boston, 1938), pp. 360-362-363. Véanse también Charles W. Hackett, *The Mexican Revolution and the United States, 1910-1926* (Nueva York, 1926), p. 342; J. Fred Rippy, “The United States and Mexico, 1910-1927”, en J. Fred Rippy, José Vasconcelos y Guy Stevens, *American Policies Abroad: Mexico* (Chicago, 1928), p. 9; Charles P. Howland (ed.), *Survey of American Foreing Relations, 1931* (New Haven, 1931), p. 203; Lesley B. Simpson, *Many Mexicos* (Nueva York, 1941), pp. 296, 300-301; y de Palavicini *et al.*, México, II, pp. 11-113, 123-127, 135-137.

<sup>16</sup> Frank Tannenbaum, *Mexico: The Struggle for Peace and Bread* (Nueva York, 1930), pp. 54, 59, 61, 63; Howard F. Cline, *The United States and Mexico* (Cambridge, Mass., 1953), p. 113; José Mancisidor, *Historia de la Revolución Mexicana* (México, 1958); pp. 283-292; Lavrov, en Alperovich, Radenko y Lavrov, *La Revolución Mexicana*, pp. 98, 103, 108-109, 119-120, 122-125; Manuel López Gallo, *Economía y política en la historia de México* (México, 1965), pp. 356-385, 416-435; Moisés González Navarro, “México; The Lop-Sied Revolution”, en Claudio Veliz (ed.), *Obstacles to Change in Latin America* (Nueva York, 1965) pp. 209-213. “Le développement économique et sociale du Mexique”, *Annales: Economies-Sociétés-Civilisations*, XXI (1966), pp. 844-847, y *Población y sociedad*, I, p. 74. Véase también González Ramírez, *La revolución social*, I, pp. 422-427, 644-708, II, pp. 412-414, 441-442, 482-492, 516-522, III, pp. 192-251.

<sup>17</sup> Harry Bernstein, *Modern and Contemporary Latin America* (Chicago, 1952), pp. 116, 120-121, 126; José Valadés, *Historia general de la revolución mexicana* (México, 1963-1967), 10 vols., I, pp. 27-133 (Nueva York, 1968), pp. 241-242, 248-251.

<sup>18</sup> Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, pp. 45-48, 325-339, 385-399.

<sup>19</sup> Jean Meyer, *La révolution mexicaine* (París, 1973), pp. 69-93, 109-113.

<sup>20</sup> Albero Carreño, “La evolución económica de México en los últimos cincuenta años”, *Memorias y Revista de la Academia Nacional de Ciencias “Antonio Alzate”*, LIV (1934), pp. 63-152.

<sup>21</sup> Sanford A. Mosk, *Industrial Revolution in Mexico* (Berkeley, 1950), VII; United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Economic Commission for Latin America, *Economic Survey of Latin America, 1949* (Nueva York, 1951), pp. 396-468; International Bank for Reconstruction and Development, The Combined Mexican Working Party, *The Economic Development of Mexico* (Baltimore, 1953), p. 89.

<sup>22</sup> Tomme C. Call, *The Mexican Venture: From Political to Industrial Revolution in Mexico* (Nueva York, 1953), pp. 40, 79; Henry G. Aubrey, “Mexico: Rapid Growth”, en Harold F. Williamson y John A. Buttrick (eds.), *Economic Development, Principles and Patterns* (Nueva York, 1954), p. 512; James Maddox, “Economic Growth and Revolution in Mexico”, *Land Economics*, XXXVI (1960), p. 268; William P. Glade, Jr., “Revolution and Economic Development: A Mexican Reprise”, en Glade y Anderson, *The Political Economy*, 23; Raymond Vernon, *The Dilemma of México’s Development* (Cambridge, Mass., 1963), p. 79.

<sup>23</sup> Alonso Aguilar Monteverde, “La Revolución Mexicana 50 años después”, *Cuadernos Americanos*, CXLIX (1966), p. 58; Morris Singer, *Growth, Equality, and the Mexican Experience* (Austin, 1969), 16; Max Link, *Die Ursachen des Industriellen Aufstiegs Mexikos* (Zurich, 1970), p. 119.

<sup>24</sup> Roger D. Hansen, *The Politics of Mexican Development* (Baltimore, 1971), pp. 29-30; Manuel Gollás y Adalberto García Rocha, “El desarrollo económico reciente de México”, en Vilkie, Meyer y Wilkie (eds.), *Contemporary Mexico*, p. 409.

<sup>25</sup> Flores, en *Land Economics*, XXXV, pp. 115-119-120; Enrique Pérez López, “El productor nacional”, en Beltrán *et al.*, *México* I, p. 575; Frank R. Brandenburg, *The Making of Modern Mexico* (Englewood Cliffs, N.J., 1964), pp. 272, 296, 300; Timothy King, *Mexico: Industrialization and Trade Policies since 1940* (Londres, 1970), p. 9.

<sup>26</sup> Solís, *La realidad*, 88, pp. 96-97. Cf. Leopoldo Solís, “Hacia un análisis general a largo plazo del desarrollo económico de México”, *Demografía y Economía*, I (1967), pp. 53-54.

<sup>27</sup> Reynolds, *The Mexican Economy*, 3, pp. 8-11, 15.

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 200-206.

<sup>29</sup> *Idem.*

<sup>30</sup> Para obtener otras apreciaciones, véase Jean A. Meyer, “Croissance et développement au Mexique”, *Annales: Economies-Sociétés-Civilisations*, XXIX (1974), pp. 498-503; y la reseña de John Sheahan en *Journal of Economic Literature*, X (1972), pp. 85-87.

<sup>31</sup> Glade, en Glade y Anderson, *Political Economy*, 98. Ditto: Bernstein, *Modern and Contemporary Latin America*, pp. 114-115; González Ramírez, *La revolución social*, I, pp. 4, 39; y Enrique Padilla, “La historia de México y los ciclos económicos”, *El Trimestre Económico*, XXI (1968), p. 710. Para obtener información sobre un desacuerdo, véase Cline, *The United States and Mexico*, p. 163.

<sup>32</sup> Tannenbaum, *Mexico*, 51. Ditto: Flores, en *Land Economics*, XXXV, pp. 115-117; Maddox, *ibid.*, XXXVI, 270-271; Singer, *Growth*, pp. 116-118; y Teja Zabre, *Guide*, pp. 346-347.

<sup>33</sup> Reynolds, *The Mexican Economy*, 12. Véase también Solís, *La realidad*, 87.

<sup>34</sup> Frank Tannenbaum, *Peace by Revolution. An Interpretation of Mexico* (Nueva York, 1933), pp. 167-168; Vernon, *Dilemma*, 78. Véase también Link, *Die Ursachen*, pp. 119-120; Aguilar Monteverde, en *Cuadernos Americanos*, CXLIX, pp. 57-59.

<sup>35</sup> Hasta hace 15 años aproximadamente, muchos especialistas discutían que la economía había estado atada al feudalismo (o por lo menos al “semifeudalismo”), lista para explotar. Véanse B.T. Rudenko, “México en vísperas de la revolución democrático-burguesa de 1910-1917”, en Alperovich, Rudenko y Lavror, *La revolución mexicana*, pp. 11-85; Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la revolución mexicana* (México, 1960), 2 vols., I, pp. 7-41; Teja Zabre, *Guide*, pp. 329-334, 343-345; y Tannenbaum, *Mexican Agrarian Revolution*, pp. 102-133. Cf. Jan Bazant, “Un estudio comparativo de la revolución mexicana”, *Cuadernos americanos*, XXXVIII (1950), pp. 81-98; y Luis Chávez Orozco, *Historia económica y social de México: ensayo de interpretación* (México, 1938), pp. 169-171. Para las declaraciones sobre esta discusión, véase Alonso Aguilar Monteverde, *Dialéctica de la economía mexicana: del colonialismo al imperialismo* (México, 1968), pp. 29-42, 204-207; Sergio de la Peña, “Interpretación e incógnitas del desarrollo regional”, en Bassols Batalla *et al.*, *Seminario*, pp. 116-121; Singer, *Growth*, pp. 48-55.

<sup>36</sup> Durante los últimos 10 o 15 años del porfiriato, tanto Reynolds como Solís mencionan una tasa de “crecimiento” del PIB mayor que la que se obtuvo posteriormente. Sin embargo, Reynolds señala que el “crecimiento prerevolucionario sufrió grandes fugas debido al servicio de la deuda externa, en tanto que el posrevolucionario fue mucho más estricto, de manera que durante el porfiriato, el PNB fue inferior al PIB y aumentó con menos rapidez, mientras que de 1920 a 1940 fue mayor y aumentó más rápido, lo que preparó la etapa del “crecimiento” espectacular subsecuente. Véase *Mexican Economy*, 43.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 325-326.

<sup>38</sup> Para tener un ejemplo del planteamiento anterior, véase González Ramírez, *La revolución social*, II, pp. 441-600. Para ver ejemplos de lo último, véase Ceceña, México, pp. 112-124; López Malo, *Ensayo*, pp. 75-76, 80-81; Anatol Shulgovski, *México en la encrucijada de su historia: La lucha liberadora y antimperialista del pueblo mexicano en los años treinta y la alternativa de México ante el camino de su desarrollo* (México, 1968), pp. 23-90, 109-128, 167-192; y Solís, en *Demografía y Economía*, I, pp. 54-59.

<sup>39</sup> Por ejemplo, Cumberland, *México*, pp. 272-323.

<sup>40</sup> Alonso Aguilar Monteverde y Fernando Carmona, *México: riqueza y miseria* (México, 1967), pp. 125-135; Daniel Cosío Villegas, “Las crisis de México”, *Cuadernos Americanos*, XXXII (1947), pp. 29-51; Gilberto Loyo, “La Revolución no ha terminado su tarea”, *Revista de la Universidad de Yucatán*, I (1959), pp. 101-113. Para obtener diferentes perspectivas de este lineamiento, véase Manfred Mols y Hans W. Tobler, *Mexiko: Die institutionalisierte Revolution* (Colonia, 1976), pp. 49-108; y Stanley R. Ross (ed.), *Is the Mexican Revolution Dead?* (Nueva York, 1966), pp. 3-34.

<sup>41</sup> Por ejemplo, Solís, *La realidad*, pp. 99-122.

<sup>42</sup> Arnaldo Córdova, *La información del poder político en México* (México, 1972), *La ideología en la revolución mexicana: la formación del nuevo régimen* (México, 1973), *La política de masas del*

*cardenismo* (México, 1974), y “La transformación del PNR en PRM; El triunfo del corporativismo en México”, en Wilkie, Meyer y Wilkie (eds.), *Contemporary Mexico*, pp. 204-227; Juan Felipe Leal, *La burguesía y el Estado mexicano* (México, 1974). Parte de la obra de Leal aparece en inglés: “The Mexican State, 1915-1973: An Historical Interpretation”, *Latin American Perspectives*, II (1975), pp. 48-63. Otras discusiones que valen la pena, en esta dirección, son: Victor Flores Olea, “Poder, legitimidad y política en México”, en *El Perfil de México en 1980* (México, 1970-1972), 3 vols., III, pp. 479-497; Julio Labastida Martín del Campo, “Los grupos dominantes frente a las alternativas de cambio”, *ibid.*, III, pp. 103-111, 163-164; Lorenzo Meyer, “Cambio político y dependencia: México en el siglo XX”, *Foro Internacional*, XIII (octubre, 1972), pp. 101-138, “Continuidades e innovaciones en la vida política mexicana del siglo XX: el antiguo y el nuevo régimen”, *ibid.*, XVI (1975), pp. 37-63, y “El Estado mexicano contemporáneo”, *Historia mexicana*, XXIII (1974), pp. 722-752; y José Luis Reyna, “Movilización y participación políticas: Discusión de alguna hipótesis para el caso mexicano”, en *El Perfil*, III, pp. 507-535, y “Control político, estabilidad y desarrollo en México”, *Cuadernos del Centro de Estudios Sociales* (México, 1974); pp. 9-17. En esencia lo mismo, pero en tono diferente, en Hansen, *The Politics*, pp. 38-40.

<sup>43</sup> Para tener un reporte bien balanceado, véase David C. Bailey, “Revisionism in Mexican History (Recent Mexican Historiography): The Revolution” (documento preparado para la reunión de la American Historical Association, Atlanta, diciembre 29 de 1975).

<sup>44</sup> Además de las fuentes mencionadas en el Cuadro 2, véanse Roberto Cortés Conde, *The First Stages of Modernization in Spanish America* (Nueva York, 1974), pp. 78-114; Dunn, *American Foreign Investments*; Jorge Espinosa de los Reyes, *Relaciones económicas entre México y los Estados Unidos 1870-1910* (México, 1951); Willi Feuerlein y Elizabeth Hannan, *Dollars in Latin America: An old Problem in a New Setting* (Nueva York, 1941); Katz, Díaz y Stoecker (eds.), *Der deutscher Faschismus*, pp. 9-69; Javier Márquez, *Inversiones internacionales en América Latina: problemas y perspectivas* (México, 1945); Raymond F. Mikesell, *Foreign Investment in Latin American* (Washington, 1955); Luis Nicolau d’Olwer, “Las inversiones extranjeras”, en Daniel Cosío Villegas (ed.), *Historia moderna de México: el Porfiriato, vida económica* (México, 1964), 2 vols., II, pp. 973-1185, Pan American Union, *Foreign Trade*; Rippy, en *Inter-American Economic Affairs*, II, 2 (1948), pp. 52-71, *ibid.*, II, 3 (1948), pp. 3-16, *ibid.*, III, I (1949), pp. 50-65, *ibid.*, III, 2 (1949), pp. 25-37, *Journal of Business of the University of Chicago*, XXI (1948), pp. 63-73, e *ibid.*, XXII (1949), pp. 17-29; Gerald Thiesen, “La mexicanización de la industria en la época de Porfirio Díaz”, *Foro internacional*, XII (1972), pp. 497-506; Alfred Tischendorf, *Great Britain and Mexico in the Era of Porfirio Díaz* (Durham, N.C., 1961), pp. 42-127; United Nations, *Foreign Capital*; y Wilkins, *Emergence and Maturing*.

<sup>45</sup> Además de las fuentes que se citan en la Gráfica 1, véanse Espinosa de los Reyes, *Relaciones económicas*; Bernard Kapp, “Les relations économiques extérieures du Mexique (1821-1911), d’a près les sources francais”, en Bernard Kapp y Daniel Herrero, *Ville et commerce (Deux essais d’histoire hispano-américaines)* (París, 1975); Katz, Díaz y en Stoecker (ed.), *Der deutscher Faschismus*, pp. 9-69; Reynolds, *Mexican Economy*, pp. 200-209; Fernando Rosenzweig, “El comercio exterior”, en Cosío Villegas (ed.), *Historia moderna*, II, pp. 635-729; Warren Schiff, “The Germans in Mexican Trade during the Díaz Period”, *The Americas*, XXIII (1967), pp. 279-296; y Tischendorf, *Great Britain*, pp. 128-138.

<sup>46</sup> Sobre el vínculo Estados Unidos-México véanse Howard F. Cline, *Mexico: Revolution to Evolution, 1940-1960* (Nueva York, 1962), pp. 291-298; Walter Goldfrank, "World System, State Structure, and the Onset of the Mexican Revolution", *Politics and Society*, v (1975), pp. 417-439; y Reynolds, *Mexican Economy*, pp. 239-251. Sobre su situación apretada de los últimos años, véase Gilberto Escobedo, "México ante la encrucijada mundial", *Foro internacional*, XVI (1975), pp. 122-130; Romeo Flores Caballero y María de los Ángeles Moreno, "El endeudamiento externo de México: 1970-1974", *El Trimestre Económico*, XLIII (1976), pp. 805-817; Donald B. Keesing, "El financiamiento externo y los requerimientos de la plena modernización en México", *Foro internacional*, XVI (1975), *ibid.*, XVII (1976), pp. 10-36; Edmundo Sánchez Aguilar, "The International Activities of United States Commercial Banks, A Case Study: Mexico", Graduate School of Business Administration, Harvard University, Cambridge, 1973; René Villarreal, "The Policy of import-Substituting Industrialization, 1929-1975", en José Luis Reyna y Richard S. Weinert (eds.), *Authoritarianism in Mexico* (Philadelphia, 1977), pp. 67-107; United Nations, Economic Commission for Latin American, *Economic Survey of Latin America*, 1974 (Nueva York, 1976), pp. 15-26, 278-291. De publicación más reciente, *Latin America Special Report, Mexico*, XI Supplement (1977), pp. 10-11; *Latin America Economic Report*, v (1977), pp. 54, 95, 180-181, 252-253; y John C. Boland, "Up Mexico Way", *Barron's*, enero 30, 1978, pp. 11-21.

<sup>47</sup> Ningún historiador o economista ha discutido el punto explícitamente, todavía, pero para tener sugerencias conducentes véase Sergio de la Peña, *La formación del capitalismo en México* (México, 1975), pp. 157-237; Fernando Rosenzweig, "La industria", en Cosío Villegas (ed.), *Historia moderna*, I, pp. 326-339; Solís, *La realidad*, 65-67; y José C. Valadés, *El porfiriismo: historia de un régimen, El crecimiento* (México, 1948), 2 vols., I, pp. 222-223, 276-298, 318-330, II, p. 298.

<sup>48</sup> Italia y España serían, por supuesto, modelos diferentes, ya que en Italia "ganó" Piedmont mientras que en España "perdió" Cataluña. Cf. Calvert, en *Journal of Latin American Studies*, I, pp. 51-68.

<sup>49</sup> Por ejemplo Jan Bazant, *Cinco haciendas mexicanas: tres siglos de vida rural en San Luis Potosí (1600-1910)* (México, 1975), pp. 103-119, 123-179; Friedrich Katz, "Labor Conditions on Haciendas in Porfirian Mexico: Some Trends and Tendencies", *Hispanic American Historical Review*, LIV (1974), pp. 1-47; Warman..., *Y venimos*, pp. 53-89, McBride, *The Land Systems*, pp. 160-181; Phipps, *Some Aspects*, pp. 131-148; y Tannenbaum, *Mexican Agrarian Revolution*, pp. 315-369.

<sup>50</sup> Brandenburg, *The Marking*, pp. 264-317, Ceceña, *México*, pp. 51-80, 86-94, Joaquín Ibañez, Jr., "Estudio de nuestra actual legislación obrera que presenta al Congreso el Lic. Joaquín Ibañez, Jr., representante del Centro Industrial Mexicano de Puebla", en *Algunos documentos relativos al Primer Congreso Nacional de Industriales organizado bajo el patrocinio de la Secretaría de Industria y Comercio* (México, 1971), pp. 81-139; Tomás Reyes Retana *et al.*, "Dictamen sobre Art. 123 de la Constitución Federal que presenta al Congreso la Comisión nombrada al efecto", *ibid.*, pp. 227-236; Marco A. Alcázar, *Las agrupaciones patronales en México* (México, 1970), p. 37, Alberto Henkel, "Brindis... pronunciado en el banquete ofrecido por los delegados al señor presidente de la República y al señor secretario de Industria y Comercio", en *Algunos documentos...*, pp. 335-336, Riquelme Inda, *Cuatro décadas*, 20 ff. Shafer, *Mexican Business*, pp. 26-30, Sherwell, *Mexico's Capacity*, pp. 109-110.

<sup>51</sup> Cf. Hansen, *Politics*, pp. 36-40; y Reynolds, *The Mexican Economy*, pp. 52-56. El mejor enfoque al problema sigue siendo el de Frederick C. Turner, *The Dynamic of Mexican Nationalism* (Chapel Hill, 1968). Sin embargo, Turner equivoca los deseos de los nacionalistas mexicanos por su impacto en la

historia de México. Para tener un buen estudio sobre la forma en la que los nacionalistas mexicanos han tratado de lograr que sus esperanzas tengan un efecto ideológico, véase Vázquez, *Nacionalismo*, pp. 133-259. Para los efectos en la política económica, véase Leopoldo Solís, “La política económica y el nacionalismo mexicano”, *Foro Internacional*, IX (1969), pp. 235-248, y “Mexican Economic Policy in the Post-War Period: The Views of Mexican Economists”, *American Economic Review*, LXI (1971), pp. 1-67. Un argumento fuerte respecto a que el nacionalismo influyó profundamente en el México posrevolucionario, pero como un medio complejo de contradicciones (“paradojas”), y no como una simple liberación, véase Carlos Monsiváis, “La cultura mexicana en el siglo XX”, en Wilkie, Meyer y Wilkie (eds.), *Contemporary México*, pp. 624-670.

<sup>52</sup> Keesing, en *Journal of Economic History*, XXIX, pp. 720-721, y n. 13.

<sup>53</sup> Meyer, *La revolución*, pp. 301-307; cf. Bailey, “revisionism”, pp. 12-13.

<sup>54</sup> Para ver las tendencias hacia esta discusión, véase Jorge Carrión y Alonso Aguilar M., *La burguesía, la oligarquía y el Estado* (México, 1972); Ricardo Cinta G., “Burguesía nacional y desarrollo”, en *El perfil*, III, pp. 16-199; John H. Coatsworth, “Los orígenes del autoritarismo moderno en México”, *Foro Internacional*, XVI (1975), pp. 205-232; Mols and Tobler, *Mexiko*, pp. 31-48, 115-170; Sergio de la Peña; “Comentario”, en *El perfil*, III, pp. 200-208; Shulgovski, *México*, pp. 37-68; y Manuel Villa A., “Las bases del Estado mexicano en su problemática actual”, en *El perfil*, III, pp. 426-460. Para tener una historia de la facción redentora, véase Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada, Sonora y la revolución mexicana* (México, 1977). Al maestro que hay que estudiar para este análisis es Antonio Gramsci, en particular sus notas sobre la historia italiana, en *Selections from the Prison Notebooks* (Nueva York, 1971), pp. 44-120. Pero el estudio de México tendrá que ser original. Para tener una idea de las severas críticas que les aguardan a quienes tratan superficialmente su trabajo intelectual, véase A. William Salomone, “The Risorgimento Between Ideology and History: The Political Myth of rivoluzione mancata”, *American Historical Review*, LXVIII (1962), pp. 38-56.

<sup>55</sup> Tello, *La tenencia*, p. 18; Simpson, *Ejido*, Apéndice Tabla 17 (no eliminé la tierra confirmada como ejido, bajo la premisa de que a pesar de que la tierra estaba en disputa en 1910, los pueblos la estaban usando).

<sup>56</sup> Bonilla, *Apuntes*, p. 246. Consideré que siguió la usanza típica de su época, la pequeña propiedad en tenencias hasta de mil hectáreas, la hacienda en más de mil hectáreas. Véase McBride, *The Land Systems*.

<sup>57</sup> El Colegio de México, *Estadísticas sociales*, tabla 1-61.

<sup>58</sup> Bonilla, *Apuntes*, p. 245.

<sup>59</sup> El Colegio de México, *Estadísticas sociales*, tabla 1-61.

<sup>60</sup> Bonilla, *Apuntes*, p. 246.

<sup>61</sup> *Ibid.*, pp. 244, 246.

<sup>62</sup> Aguilera Gómez, *La reforma*, Tabla 13; Tannenbaum, *Mexican Agrarian Revolution*, pp. 91-95. 335-357, Apéndice, C, tablas IV, V, XIII, XIV.

<sup>63</sup> *Ibid.*, 92 Apéndice C. Tabla XIII. Las cifras de Tannenbaum en cuanto a estas tenencias en *ibid.*, pp. 54-55. Para tener una crítica respecto a este método, véase Aguilera Gómez, *La reforma*, Tabla 13, n. 1.

<sup>64</sup> Tello, *La tenencia*, p. 18; Simpson, *The Ejido*, p. 201, n. 27, y Apéndice Tabla 39.

<sup>65</sup> Tello, *La tenencia*, p. 18.

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 28; *Rural Mexico*, tabla 23.

<sup>67</sup> Tello, *La tenencia*, pp. 38, 40, 42, y tabla 5.

<sup>68</sup> *Ibid.*, pp. 56-58, 61, 63, y tablas 10 y 19.

<sup>69</sup> Observe la errata de imprenta de Tello de 10 000 en vez de 5 000, *ibid.*, p. 63, se repite en Sergio Reyes Osorio (ed.), *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México* (México, 1970), 3 vols., I, tablas 1-7.



*Cáliz* (2009), óleo y aluminio sobre madera,  
28x35 cm, col. particular, Ciudad de México.

# PAZ, ESTABILIDAD Y LEGITIMIDAD, 1990-2025/2050

Immanuel Wallerstein

**E**n este artículo se examinan las perspectivas del sistema mundial en el futuro próximo, a la luz de la teoría del sistema mundo capitalista. De acuerdo con esto, el presente y sus perspectivas de desarrollo posible son examinados en tres dimensiones históricas: el plazo corto, en el cual se define la situación presente en términos de los ciclos de Kondratieff; las tendencias seculares del sistema, donde el periodo es definido como el de la decadencia de la hegemonía estadounidense, y por último, la imprevisibilidad propia del periodo oscilatorio en que ha entrado el sistema en su conjunto y que abre la perspectiva de su propia transformación. En este marco se examinan algunos procesos actuales que constituyen problemas sociales y políticos; se les imputa un sentido y se establecen conexiones que les dan coherencia conjunta, lo cual permite hacer pronósticos de alguna precisión.

## ABSTRACT

In this essay Wallerstein examines the perspectives of the world system for the near future in the light of the theory of the capitalist world system. In accordance with this view three historical dimensions: In the short run, in which the present situation is defined in terms of Kondratieff cycles; according to the secular tendencies of the system where the present is defined as characterized by the decadence of North American hegemony; and, finally, with respect to the unforeseeability proper to the oscillatory period in which the system as a whole has entered and which opens up the possibility of its own transformation. Within this framework some contemporary processes, which constitute social and political problems, are examined and connections are established, this giving coherence to the whole picture and permitting prognoses of some precision.

\* Publicado originalmente en Geir Lundestad (ed.), *The Fall of Great Powers*, Scandinavian University Press, Oslo, 1994. Traducción de Ricardo Yoclevsky. Publicado en *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, UAM-Xochimilco, México, núm. 22, abril de 1995.

En el periodo que va de 1990 al 2025-2050, muy probablemente escaseará la paz, escaseará la estabilidad y escaseará la legitimidad. Esto se debe en parte a la declinación de Estados Unidos como potencia hegemónica en el sistema mundial, pero, en mayor medida a la crisis del propio sistema mundial como tal.

En el sistema mundial, hegemonía significa por definición que existe una potencia en una posición geopolítica dada que le permite imponer una concatenación estable en la distribución social del poder. Esto implica un periodo de “paz”, por el cual se entiende fundamentalmente la ausencia de confrontación militar –no de toda confrontación militar–, pero de confrontaciones militares entre grandes potencias.

Un periodo semejante de hegemonía requiere, y al mismo tiempo engendra, la “legitimidad”, si por ésta se entiende el sentimiento entre los actores políticos mayores (incluyendo grupos amorfos tales como las “poblaciones” de los diferentes Estados) de aprobación del orden social o la concepción de que el mundo (“la historia”) se está moviendo rápida y sostenidamente en una dirección con la que ellos estarían de acuerdo.

Esos periodos de hegemonía real –durante los cuales la capacidad de la potencia hegemónica para imponer su voluntad y su “orden” a las otras potencias mayores permanece sin enfrentar serios desafíos– han sido relativamente cortos en la historia del moderno sistema mundial. Desde mi punto de vista, hubo sólo tres: el de las Provincias Unidas a mediados del siglo XVII, el del Reino Unido a mediados del siglo XIX y el de Estados Unidos a mediados del siglo XX. Sus hegemonías, definidas de esta manera, duraron alrededor de 25 a 50 años en cada caso.<sup>1</sup>

Al concluir tales periodos, es decir, cuando la potencia hegemónica ha terminado por ser una vez más, simplemente un poder mayor entre otros (aun cuando si por algún tiempo continúe siendo la más fuerte desde el punto de vista militar), el resultado es entonces, obviamente, menor estabilidad y, correlativamente, menor legitimidad. Esto implica menor paz. En este sentido el periodo actual, que sigue a la hegemonía de Estados Unidos, no es esencialmente diferente del que siguió a la hegemonía británica a mediados del siglo XIX o a la holandesa a mediados del XVII.

Pero, si esto fuera todo lo que tenemos para describir el periodo 1990-2025 o 1990-2050 o 1990-?, habría muy poco que valiera la pena discutir, excepto las cuestiones del manejo técnico de un orden mundial inestable (que es la manera como muchos políticos, diplomáticos, académicos, y periodistas han estado discutiendo en los hechos).

Sin embargo, hay más, probablemente mucho más que decir, acerca de la dinámica del próximo medio siglo, más o menos, dado el gran desorden mundial en el que hemos

<sup>1</sup> Véase “The Three Instances of Hegemony in the History of the Capitalist World-Economy” en Immanuel Wallerstein, *The Politics of the World-Economy: The States, the Movements and the Civilization*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984, pp. 37-46.

entrado. Las realidades geopolíticas del sistema interestatal no descansan exclusiva, ni siquiera primariamente, en la correlación de su fuerza militar dentro de ese subconjunto privilegiado de Estados soberanos que llamamos las grandes potencias; es decir, aquellos Estados que son lo suficientemente grandes y ricos como para tener la base de ingresos necesaria para desarrollar una fuerte capacidad militar.

En primer lugar, sólo algunos Estados son tan ricos como para tener una base impositiva de tal magnitud, puesto que esa riqueza es más la fuente que la consecuencia de su fortaleza militar, a pesar de que, por supuesto, éste es un proceso de reforzamiento circular y la riqueza relativa de estos Estados respecto de otros, es una función tanto de su tamaño como de la división del trabajo que constituye un eje de la economía-mundo capitalista.

La economía-mundo capitalista es un sistema que implica una desigualdad jerarquizada de distribución, basada en la concentración de ciertos tipos de producción (relativamente monopolizada y, por lo tanto, producción altamente rentable) en ciertas zonas limitadas, las cuales, a partir de esto y, por lo tanto, se transforman en el foco de la acumulación más grande de capital. Esta concentración hace posible el reforzamiento de las estructuras estatales, que a su vez buscan garantizar la supervivencia de los monopolios relativos. Pero, como los monopolios son inherentemente frágiles, ha habido una reubicación constante, discontinua y limitada pero significativa, de estos centros de concentración a través de toda la historia del moderno sistema mundial.

Los mecanismos de cambio están constituidos por ritmos cíclicos, dos de los cuales son los de mayores consecuencias. Los ciclos de Kondratieff tienen una duración de alrededor de 50 o 60 años. Sus periodos *A* reflejan esencialmente el lapso de tiempo durante el que un monopolio económico significativo puede ser protegido; sus periodos *B* son de reubicación geográfica de aquellas clases de producción cuyos monopolios han sido agotados, así como el periodo de lucha por el control de los prospectos de nuevos monopolios. Los ciclos hegemónicos más largos involucran una lucha entre dos Estados —de los más importantes por la sucesión del poder hegemónico del periodo anterior—, por la vía de su transformación en el foco principal de la acumulación de capital. Este es un proceso largo que, eventualmente, implica tener la fuerza militar para ganar una “guerra de 30 años”. Una vez que una nueva hegemonía es sustituida, su mantenimiento requiere pesados costos que conducen eventual e inevitablemente, a una declinación relativa del poder hegemónico actual y a una nueva lucha por establecer una hegemonía sucesora.

Este modo de reestructuración y recentración repetida de la economía-mundo capitalista, lento pero seguro, ha sido muy eficaz. El auge y caída de las grandes potencias ha seguido el mismo tipo de proceso que el auge y caída de las empresas. Los monopolios se sostienen por un largo tiempo, pero al final resultan minados por

las mismas medidas que se toman para mantenerlos. Las “bancarrotas” subsecuentes han sido mecanismos de limpieza, que liberan al sistema de aquellos monopolios cuyo dinamismo se ha agotado y los reemplazan por sangre fresca. Por medio de todo esto, las estructuras básicas del sistema han permanecido intactas.

Todos los sistemas (físicos, biológicos, sociales) dependen de tales ritmos cíclicos para restaurar equilibrios mínimos. La economía-mundo capitalista ha demostrado ser una variedad resistente del sistema histórico y ha florecido exuberantemente hasta hoy por alrededor de 500 años –considerado mucho tiempo para un sistema histórico–; pero los sistemas tienen tendencias seculares así como ritmos cíclicos, y las tendencias seculares siempre exacerban las contradicciones (que todos los sistemas contienen). Se llega a un punto en el cual la agudización de las contradicciones conduce a fluctuaciones cada vez más grandes, lo que en el lenguaje de la nueva ciencia significa la irrupción del caos (la aguda disminución de lo que puede ser aplicado por ecuaciones determinadas); el que, a su vez, conduce a fluctuaciones cuya ocurrencia es cierta, pero cuya forma es inherentemente impredecible, y de las que surge un nuevo orden sistémico.

La cuestión es, si el sistema histórico en que vivimos, la economía-mundo capitalista, ha entrado o está entrando en una era de “caos”. Me propongo evaluar los argumentos respecto a este asunto, aventurar algunas especulaciones acerca de las formas que tal “caos” podría asumir, y discutir qué cursos de acción se abren ante nosotros.

## LOS MARCOS TEMPORALES Y LAS GRANDES POTENCIAS

No me propongo discutir largamente los elementos que considero reflejos “normales” de una fase *B* de Kondratieff o de la fase *B* de una hegemonía; sólo las resumiré.<sup>2</sup> Sin embargo, dejaré en claro que, a pesar de que un ciclo hegemónico es mucho más largo que un ciclo de Kondratieff, el punto de inflexión de un ciclo hegemónico coincide con el de un ciclo de Kondratieff (por supuesto no con todos). En este caso el punto se ubica alrededor de 1967-73.

Los fenómenos sintomáticos de una fase *B* de Kondratieff normal son: la desaceleración del crecimiento de la producción y, probablemente, una declinación de la producción mundial per cápita; alza de las tasas de empleo en los trabajadores

<sup>2</sup>Cada uno de los puntos resumidos aquí ha sido elaborado con mayor extensión en muchos ensayos que he escrito en los últimos 15 años, de los cuales se reúne una buena colección en mi *Geopolitics and Geoculture: Essays in a Changing World-System*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

asalariados; una relativa reubicación de las fuentes de ganancias, desde la actividad productiva a las ganancias que resultan de la manipulación financiera; aumento de la deuda pública; reubicación de las industrias “más viejas” en zonas de salarios más bajos; aumento del gasto militar, cuya justificación no es realmente de naturaleza militar sino más bien una creación de demanda anticíclica; caída de los salarios reales en la economía formal; expansión de la economía informal; caída de la producción de alimentos de bajo costo; creciente nivel de “ilegalidad” de las migraciones interzonales.

Los fenómenos sintomáticos de la declinación hegemónica son: creciente fortaleza económica de las potencias “aliadas”; inestabilidad monetaria; declinación de la autoridad en los mercados financieros mundiales con el surgimiento de nuevas ubicaciones de los centros de decisión; crisis fiscal del Estado hegemónico; declinación de la polarización y tensión política mundial (en este caso la guerra fría), que desempeñaba un papel organizador (y estabilizador); declinación de la disposición popular para invertir vidas en el mantenimiento del poder hegemónico.

Todo esto, como ya he dicho, me parece que ha sido “normal” e históricamente era de esperarse. Lo que debería ocurrir ahora, en el curso “normal” del proceso cíclico, es el surgimiento de estructuras de reemplazo. Deberíamos, dentro de 5-10 años, entrar en una nueva fase *A* de Kondratieff, basada en nuevos productos líderes monopolizados, concentrados en nuevas localizaciones. Japón es la ubicación más obvia, Europa Occidental la segunda y Estados Unidos la tercera (pero de la que puede resaltar un “triste tercer lugar”).

También deberíamos ver ahora el comienzo de una competencia por la hegemonía. En la medida que la posición de Estados Unidos se desmorona, lenta pero visiblemente, dos aspirantes a la sucesión deberían estar “calentando sus músculos”. En la situación actual, ellos pueden ser solamente Japón y la Comunidad Europea. De acuerdo al patrón seguido por las dos sucesiones anteriores –Inglaterra contra Francia para suceder a los holandeses y Estados Unidos contra Alemania para suceder a Gran Bretaña– deberíamos esperar en teoría, no inmediatamente pero sí en el periodo de los próximos 50-75 años, que la potencia marítima/aérea, Japón, transforme a la potencia hegemónica anterior, Estados Unidos, en su socio menor y comience a competir con la potencia de base territorial, la Comunidad Europea. Su lucha debería culminar en una “guerra (mundial) de treinta años” con el triunfo putativo de Japón.

Debo agregar de inmediato que no espero que esto ocurra, o más bien no exactamente así. Creo que ambos procesos de reorganización –tanto el del sistema mundial de producción como el de la distribución mundial del poder estatal– han comenzado ya, y en la dirección del patrón “tradicional” (o “normal” o anterior). Sin embargo, espero que el proceso sea interrumpido o desviado debido a la entrada en el cuadro de nuevos procesos o vectores.

Para analizar esto con claridad, creo que necesitamos tres marcos temporales distintos: los años próximos; los siguientes 25-30 años; el periodo que les seguirá.

La situación en la que nos encontramos hoy (digamos, desde 1991 hasta 1995/7/9) es bastante “normal”. No es todavía lo que yo llamaría una situación “caótica”; es más bien la subfase aguda final (o el momento culminante) de la actual fase *B* de Kondratieff –comparable con 1932-1939, o 1893-1897, o 1842-1849, o 1786-1792... Las tasas mundiales de desempleo son altas, las tasas de ganancia bajas. Hay gran inestabilidad financiera, que refleja un agudo y justificado nerviosismo en los mercados financieros acerca de las fluctuaciones en el corto plazo. El creciente malestar social refleja la incapacidad política de los gobiernos para ofrecer soluciones plausibles de corto plazo y así recrear un sentido de seguridad. La búsqueda de chivos expiatorios, dentro de los Estados, y el “arruina a tu prójimo”, entre Estados, resultan más atractivos políticamente en una situación donde los remedios de ajuste usuales parecen proveer muy poco alivio inmediato a los problemas.

En el curso de este proceso un gran número de empresas individuales reducen su actividad, son reestructuradas o quiebran, en muchos casos para siempre. Grupos particulares de trabajadores y empresarios específicos resultarán perdedores permanentes. Aun cuando todos los Estados se verán afectados, el grado en que sufrirán variará enormemente. Al final del proceso, algunos Estados habrán ascendido y otros descendido en fortaleza económica comparativa.

En momentos como éstos, a menudo las grandes potencias se encuentran paralizadas militarmente a causa de una combinación de inestabilidad política interna, dificultades financieras (y, por lo tanto, reticencia a cargar con costos militares) y concentración en los dilemas económicos inmediatos, lo cual conduce a la popularidad del aislacionismo. La respuesta del mundo a la guerra que siguió al colapso de Yugoslavia es un ejemplo típico de tal parálisis. Todo esto, insisto, es “normal”, es decir, es parte de los patrones previsibles de funcionamiento de la economía-mundo capitalista.

A partir de esto, deberíamos entrar normalmente en un periodo de recuperación. Después de sacudirse el desperdicio (tanto del consumismo suntuario como del descuido ecológico) y las ineficiencias (ya sea que se deban a reciprocidades debidas a compromisos, subsidios o rigideces burocráticas) se esperaría un nuevo impulso dinámico, magro y mezquino, de nuevas industrias líderes monopolizadas y de segmentos de compradores mundiales de reciente creación que aumenten la demanda efectiva total. Dicho brevemente, una renovada expansión de la economía-mundo enfilada hacia una nueva era de “prosperidad”.

Los tres nodos, ya sugeridos y vastamente aceptados, serán Estados Unidos, Europa Occidental y Japón. Los primeros diez años, más o menos, de esta nueva fase *A* de Kondratieff se verá sin duda una aguda competencia entre los tres centros, cada uno con

el fin de sacar ventaja para su variación particular de productos. Como lo ha mostrado Brian Arthur en sus escritos, cuál variación particular gane es algo que depende del poder y tiene que ver con la eficiencia técnica.<sup>3</sup> Al poder se puede agregar la persuasión, sólo que, en esta situación, la persuasión es, en gran medida, función del poder.

El poder del que estamos hablando es, fundamentalmente, poder económico, pero respaldado por el poder del Estado. Por supuesto que esto constituye un ciclo autorreforzado, donde un poco de poder conduce a un poco de persuasión, que crea más poder y así en lo sucesivo. Es cuestión de que un país tome la punta y corra con ella. En algún punto se pasa un umbral. Los productos Beta pierden y quedan los monopolios VHS. Mi apuesta es simple: Japón tendrá más productos VHS que la Comunidad Europea y los empresarios de Estados Unidos negociarán con los empresarios japoneses para obtener una parte del pastel.

Lo que los empresarios estadounidenses obtengan de ese arreglo, en la medida en que se vayan comprometiendo entre los años, digamos 2000 y 2012 es bastante obvio, especialmente tres cosas: 1) si Estados Unidos es un socio, entonces no es competidor; 2) Estados Unidos será todavía la potencia militar más fuerte y Japón, por muchas razones (la historia reciente y su impacto en la política interna y en la diplomacia regional más las ventajas económicas de un gesto militar reducido) preferirá ampararse bajo el escudo militar estadounidense todavía por un tiempo; 3) Estados Unidos todavía tiene la mejor estructura de investigación y desarrollo en la economía-mundo, aun cuando sus ventajas en este terreno también desaparecerán eventualmente, pero las empresas japonesas reducirán costos aprovechando esta estructura.

Enfrentados a esta gran alianza económica, los miembros de la Comunidad Europea dejarán de lado sus rencillas menores, si es que no lo han hecho y desde mucho antes. La Comunidad Europea, muy probablemente, para entonces, habrá incorporado ya a los países de la Asociación Europea de Libre Comercio, pero *no* a los países de Europa Oriental y del Centro (excepto quizás en un área de libre comercio limitada, posiblemente del tipo de relación que se prevé entre México y Estados Unidos dentro del TLC de América del Norte).

Europa (es decir, la Comunidad Europea) constituirá un segundo megalito económico y un serio competidor para el condominio Japón-Estados Unidos. El resto del mundo se relacionará de múltiples maneras con las dos zonas de este mundo bipolar.

<sup>3</sup> Véase inter alia W. Brian Arthur, "Competing Technologies, Increasing Returns and Lock-in by Historical Events", *Economic Journal*, XLIX, núm. 394, marzo de 1898, pp. 116-131; y W. Brian Arthur, Yu M. Ermoliev y M. Kaniowski, "Path-Dependent Processes and the Emergence of Macro-Structure", *European Journal of Operations Research*, XXX, 1987, pp. 292-303.

Desde el punto de vista de los centros económicos de poder habrá tres consideraciones cruciales acerca de la importancia que atribuyan a estos otros países: el grado en que sus industrias sean esenciales u óptimas para la operación de las cadenas de mercancías clave; el grado en el cual países particulares sean esenciales y óptimos para mantener una demanda efectiva adecuada a los sectores más rentables de la producción; el grado en el cual países particulares sirvan a necesidades estratégicas (localización geomilitar y/o poder, materias primas claves, etcétera).

Los dos países que aún no han sido integrados significativa o suficientemente en las dos redes en proceso de creación, pero que es esencial incluir por las tres razones mencionadas arriba, son China para el condominio Japón-Estados Unidos, y Rusia para la Comunidad Europea. Para que estos países resulten bien integrados deberán mantener (y en el caso de Rusia primero alcanzar) un cierto nivel de estabilidad interna de esta legitimidad. Que puedan lograrlo, y quizás ser ayudados por las partes interesadas, es una cuestión todavía abierta, pero creo que las probabilidades son moderadamente favorables.

### ¿PAZ Y PROSPERIDAD OTRA VEZ?

Supóngase que este cuadro es correcto: el surgimiento de una economía-mundo bipolar con China como parte del polo Japón-Estados Unidos y Rusia como parte del polo Europa. Supóngase también que ocurre una nueva, incluso muy grande, expansión de la economía-mundo entre, digamos, los años 2000 y 2025 más o menos, sobre las base de nuevas industria líderes monopolizadas. ¿Qué podemos esperar entonces? ¿Tendríamos de hecho una repetición del periodo 1945-1967/73, *los treinta glorieuses* de prosperidad mundial, paz relativa y, sobre todo, gran optimismo acerca del futuro? No creo.

Habrà varias diferencias que son evidentes. La primera, y la más obvia para mí, es que estaremos en un sistema mundial más bipolar que unipolar. Categorizar al sistema mundial entre 1945 y 1990 como unipolar no es un punto de vista que sea compartido muy ampliamente. Va en contra de la autodesignación del mundo como en “guerra fría” entre dos superpotencias. Pero, ya que esta “guerra fría” estaba basada en un arreglo entre los dos antagonistas, por el cual el balance geopolítico estaría esencialmente congelado, y dado que (a pesar de todas las declaraciones públicas de conflicto) este congelamiento geopolítico nunca fue violado de manera significativa por ninguno de los dos antagonistas, prefieren pensarlo como un conflicto coreografiado (y por lo tanto extremadamente limitado). En realidad, los que tomaban las decisiones en Estados Unidos eran los que llevaban la batuta y sus contrapartes soviéticos deben haber sentido el paso de esta realidad una y otra vez.

Por contraste, no espero que en los años 2000-2025 pudiéramos decir que Japón-Estados Unidos o la Comunidad Europea lleve la batuta. Su poder real, económico y geopolítico, estará demasiado balanceado. En asuntos tan elementales y sin importancia como los votos en las agencias interestatales no habrá mayoría automática, o siquiera fácil. Seguro que en esta competencia puede haber muy poco de ideológico. La base puede ser casi exclusivamente el propio interés material, lo cual no necesariamente hace menos agudo el conflicto; de hecho, será más difícil remendarlo con meros símbolos. En la medida en que la forma del conflicto se vuelve menos política, ésta puede asumir una forma más mafiosa.

La segunda diferencia mayor deriva del hecho de que, en los años 2000-2025, el esfuerzo mundial de inversión puede concentrarse en China y Rusia en un grado comparable a como se concentró en Europa Occidental y Japón en los años 1945-1967/73. Pero esto significa que el monto sobrante para el resto del mundo debe ser diferente en 2000-2025 de lo que fue en 1945-1967/73, prácticamente la única área “vieja” donde hubo inversión continuada fue Estados Unidos. En 2000-2030, la inversión continuada tendrá que cubrir Estados Unidos, Europa Occidental y Japón (y de hecho unas pocas otras áreas como Corea y Canadá). La cuestión por lo tanto es, después que se ha invertido en las áreas “viejas” y las “nuevas”, cuánto queda (aunque sea en pequeñas dosis) para el resto del mundo. La respuesta será seguramente que mucho menos que en el periodo 1945-1967/73.

Esto, a su vez, se traducirá en una situación bastante diferente para los países del sur (de cualquier manera que se los defina). Mientras en 1945-1967/73, el sur se benefició de la expansión de la economía-mundo, al menos de sus migajas, en 2000-2030 arriesgan no obtener ni siquiera eso. De hecho, la actual desinversión (de la base *B* de Kondratieff) en la mayor parte del sur más que revertirse, puede verse continuada en el periodo *A* que viene. Aún así, las demandas económicas del sur no disminuirán sino que aumentarán. Por una razón: la conciencia de la prosperidad de las zonas del centro del sistema, y de la magnitud de la brecha norte-sur, es mucho mayor hoy de la que era hace 50 años.

La tercera diferencia tiene que ver con la demografía. La población mundial continúa por el momento con el mismo patrón que ha seguido por casi dos siglos. Por un lado hay crecimiento mundial, alimentado fundamentalmente porque, para los cinco sextos más pobres de la población del mundo, las tasas de mortalidad han declinado (por razones tecnológicas) en tanto que las tasas de natalidad no lo han hecho, o no en la misma medida (debido a la ausencia de incentivos socioeconómicos suficientes). Por otro lado, el porcentaje de la población mundial de las regiones ricas del mundo ha ido declinando, a pesar de que la declinación de su tasa de mortalidad ha sido mucho más pronunciada que las de las regiones menos ricas, a causa de que en las regiones ricas la

caída de la natalidad ha sido todavía más pronunciada (fundamentalmente como una manera de optimizar la posición socioeconómica de las familias de clase media).

Esta combinación ha creado una brecha demográfica paralela (que quizás sobrepasa) a la brecha económica norte-sur. Por supuesto que esta brecha se presentaba ya en 1945-1967/73, pero era menor entonces debido a la persistencia en el norte de barreras culturales que se oponían a la limitación de la tasa de natalidad. Esas barreras han sido dejadas de lado en buen parte precisamente durante el periodo 1945-1967/73. Las cifras demográficas de 2000-2025 reflejarán una mucho más aguda disparidad en las prácticas sociales.

La respuesta que podemos esperar es una previsión verdaderamente masiva por migrar del sur al norte. El empuje se presentará en forma clara no sólo por parte de aquellos dispuestos a aceptar empleos urbanos mal pagados, sino *a fortiori* también de grupos significativamente crecientes de personas educadas del sur. Una atracción, aún mayor que antes, también se presentará a raíz, precisamente, de la división bipolar en las zonas del centro y la consecuente presión aguda que esto pondrá para que los empleadores reduzcan los costos del trabajo mediante el empleo de migrantes (no sólo como personal de baja calificación sino también como cuadros de nivel medio).

Habrà, por supuesto, como ya la hay, una aguda reacción social en el norte –la demanda de legislación más represiva para limitar el ingreso de inmigrantes y para limitar los derechos sociopolíticos de aquellos que sí ingresen. El resultado puede ser el peor de todos los arreglos de facto: una incapacidad para impedir efectivamente la entrada de inmigrantes combinada con la capacidad de asegurar a los inmigrantes un estatus político de segunda. Esto implicaría que alrededor del 2025 en Estados Unidos, la Comunidad Europea y (aun) en Japón la población definida socialmente como de origen “sureño” puede alcanzar porcentajes de 25-50, y aún más alto en algunas subregiones y en los grandes centros urbanos pero como muchas (quizás la mayoría) de estas personas no tendrán derecho a voto (y quizás sólo un acceso limitado, en el mejor de los casos, a los servicios de bienestar social), habrá una alta correlación entre aquéllos que desempeñen los trabajos urbanos peor pagados (y para entonces la urbanización habrá alcanzado nuevas alturas) y aquellos a los que se les niegue sus derechos políticos (y sociales). Fue esta clase de situación en Gran Bretaña y en Francia la que en la primera mitad del siglo XIX condujo a temores bien fundados pues las, así llamadas, clases peligrosas podrían demoler la casa. En ese tiempo los países industrializados inventaron el Estado liberal, justamente para superar este peligro, otorgando el sufragio y ofreciendo el estado de bienestar para apaciguar a los plebeyos. En el 2023 Europa Occidental y Estados Unidos-Japón se pueden encontrar en la misma posición que Gran Bretaña y Francia en 1830. ¿“La segunda vez como farsa”?

La cuarta diferencia tendrá que ver con la situación de los estratos medios en las zonas del centro. Éstos fueron los grandes beneficiarios del periodo 1945-1967/73. Su número aumentó dramáticamente, tanto en términos absolutos como relativos. Su nivel de vida aumentó dramáticamente también, así como el porcentaje de puestos definidos como de “nivel medio”. Llegaron a ser un pilar fundamental de la estabilidad de los sistemas políticos, de hecho un pilar considerable. Más aún, los obreros calificados, el estrato económico inmediato inferior, llegaron a soñar con pasar a formar parte de estos estratos medios a partir de los aumentos de salarios que obtuvieron los sindicatos, la educación superior para sus hijos y el mejoramiento en sus condiciones de vida con ayuda del gobierno.

Por supuesto el precio conjunto de esta expansión fue un alza significativa de los costos de producción, una inflación secular y una seria compresión de la acumulación de capital. Consecuentemente, la actual fase *B* de Kondratieff está sembrando serias preocupaciones acerca de la “competitividad” y acerca de la carga fiscal del Estado. Esta preocupación no disminuirá, sino que se verá acrecentada en una fase *A* en la cual hay dos polos de crecimiento en aguda competencia. Lo que se puede esperar por lo tanto es un esfuerzo persistente para reducir, tanto absoluta como relativamente, el tamaño de los estratos medios en los procesos de producción (incluso en las industrias de servicios). También habrá una continuación de los esfuerzos por reducir el presupuesto fiscal, intento que en última instancia amenazaré más que a nadie a estos estratos medios.

El desborde político de este recorte de los estratos medios será muy duro. Educados, acostumbrados al bienestar, los estratos medios amenazados con ser *déclassé* no aceptarán pasivamente este retroceso en estatus e ingresos. Ya los hemos visto mostrar los dientes durante la revolución mundial de 1968. Para apaciguarlos, en ese entonces, se hicieron concesiones económicas en el periodo 1970-1985 —concesiones por las cuales estos países están ahora pagando el precio—, que será difícil que se renueven, o si se renuevan afectarán la lucha económica entre la Comunidad Europea y Japón-Estados Unidos. De cualquier manera, la economía-mundo capitalista enfrentará el dilema inmediato de limitar la acumulación de capital o sufrir la revuelta político-económica de los otrora estratos medios. Será una decisión amarga.

La quinta diferencia residirá en las restricciones ecológicas. Los empresarios capitalistas han vivido de la externalización de costos desde los comienzos de este sistema histórico. Uno de los costos mayores externalizado ha sido el de la renovación de la base ecológica de una producción global en expansión incesante. Dado que los empresarios no renovaron la base ecológica, y no existía un gobierno (mundial) capaz de exigir un impuesto suficiente para tales propósitos, la base ecológica de la economía-mundo se ha reducido sistemáticamente. La última, y la más grande, expansión de la economía-mundo, de

1945 a 1967/73, se gastó el margen que restaba, lo cual ha dado lugar a los movimientos verdes y a la preocupación de alcance planetario por el ambiente.

La expansión de 2000-2025 carecerá por lo tanto de la base ecológica necesaria. Hay tres resultados posibles: la expansión es abordada, con el consiguiente colapso político del sistema mundial, o la base ecológica es agotada hasta más allá de lo que el planeta puede físicamente sostener, con las consiguientes catástrofes, tales como el calentamiento global, o bien son aceptados seriamente los costos sociales de la limpieza, la limitación del uso y la regeneración.

Si suponemos que el camino colectivo elegido es el tercero, que es el menos dañino de los tres en lo inmediato, esto crearía una tensión inmediata en las operaciones del sistema mundial. O la limpieza se realiza a expensas del sur, y por esa vía se hace aún más aguda la disparidad entre el norte y el sur, constituyéndose así una fuente de tensión norte-sur claramente definida, o bien el norte asume una parte desproporcionada de los costos, lo cual implica necesariamente una reducción del nivel de prosperidad del norte. Más aún, cualquiera que sea el camino que se tome, una acción seria respecto al ambiente reducirá de manera inevitable el margen de ganancia global (a pesar del hecho que la limpieza del ambiente constituirá por sí misma una fuente de acumulación del capital). En función de esta segunda consideración, y el contexto de aguda competencia entre Japón-Estados Unidos y la Comunidad Europea, podemos esperar trampas y engaños considerables y, por lo tanto, ineficacia en el proceso de regeneración, en cuyo caso estamos de vuelta en alguno de los dos primeros resultados.

La sexta diferencia estará en que se alcanzarán dos asíntotas en las tendencias seculares del sistema mundial: la expansión geográfica y la desruralización. En teoría, la economía-mundo capitalista ya se había expandido hasta cubrir todo el globo en 1900. Esto, sin embargo, era verdad principalmente en lo que respecta al sistema interestatal. Llegó a ser verdad respecto de las redes de producción de las cadenas de mercancías sólo en el periodo 1945-67/73. Sin embargo, hoy es verdad respecto de ambos. La economía-mundo capitalista igualmente ha estado sufriendo por 400 años un proceso de desruralización (algunas veces llamado con menor exactitud proletarización), y en los últimos 200 años con velocidad creciente. Los años 1945-67/73 presenciaron un salto espectacular en este proceso. Europa Occidental, Japón y Estados Unidos quedaron completamente desruralizados, en tanto el sur lo fue parcial pero significativamente. Es probable que este proceso se complete en el periodo 2000-2025.

La capacidad de la economía-mundo capitalista para expandirse a nuevas zonas geográficas ha sido históricamente un elemento crucial para mantener la tasa de ganancia y, por lo tanto, de acumulación de capital. Ha sido la forma esencial de contrarrestar la subrepticia alza en los costos de la fuerza de trabajo que ha implicado el aumento combinado del poder, tanto político como en el lugar de trabajo, de las clases

trabajadoras. Una incapacidad para reclutar nuevos estratos de trabajadores que aún no hayan adquirido ni poder político ni poder en el lugar de trabajo, con el fin de aumentar la parte de plusvalía que pueda retenerse, conduciría a la misma clase de restricciones de la acumulación de capital que la causada por el agotamiento ecológico. Una vez alcanzados los límites geográficos, y desruralizadas las poblaciones, las dificultades que implica el proceso político de reducción de costos llega a ser tan grande que no se puede realmente lograr ahorros. Los costos reales de producción deben elevarse globalmente y por lo tanto las ganancias deben declinar.

Hay una séptima referencia entre el próximo periodo *A* de Kondratieff y el último anterior, que tiene que ver con la estructura social y el clima político de los países del sur. Desde 1945 la proporción de los estratos medios en el sur se ha elevado significativamente –lo cual no costaba mucho ya que era muy pequeña hasta entonces. Aún si se elevó de 5 a 10% de la población, significa que la proporción se ha doblado y, dado el crecimiento poblacional, se ha cuadruplicado o sextuplicado en términos absolutos. Y, puesto que éstas representan proporciones del 50 al 70% de la población mundial, estamos hablando de un grupo muy grande. El costo de mantenerlos en los niveles de consumo a los cuales sienten que, mínimamente, tienen derecho será impresionantemente alto.

Además, estos estratos medios, o cuadros locales, estuvieron en gran medida ocupados/reocupados en el periodo 1945-67/73 con la “descolonización”. Esto era obviamente así para todos los que vivían en aquellas partes del sur que para 1945 eran colonias (casi todo África, el sur y el sureste de Asia, el Caribe y una variedad de otras áreas). Era también casi similar para los que vivían en las “semicolonias” (China, partes del Medio Oriente, América Latina, Europa Oriental) donde varias formas de actividad “revolucionaria”, comparable en tonalidades psíquicas con la descolonización, estaban ocurriendo. No es necesario evaluar aquí la calidad o el significado existencial de todos estos movimientos. Basta con observar dos de sus características: ellos consumieron las energías de un gran número de gente, especialmente de los estratos medios, que además transpiraban un optimismo político que tomó una forma particular, resumida mejor que en ninguna otra parte en la enjundiosa cita de Kwame Nkrumah: “Buscad primero el reino político y todas esas cosas os serán dadas por añadidura”. En la práctica esto significó que los estratos medios del sur (y los estratos potencialmente medios) estuvieron dispuestos a ser pacientes de alguna manera con su débil estatus económico ya que se sentían seguros de que si durante un primer periodo de 30 años, más o menos, ellos (los estratos medios del sur) podrían alcanzar el poder político, entonces, en los siguientes 30 años, ellos, sus hijos, encontrarían su recompensa económica.

En el periodo 2000-2025 no sólo no habrá “descolonización” que preocupe a estos cuadros y mantenga su optimismo sino que su situación económica, casi seguramente, empeorará por las varias razones argüidas antes (concentración en China/Rusia, expansión del número de cuadros en el sur, esfuerzos mundiales por recortar los estratos medios). Algunos de éstos pueden escapar, es decir, migrar al norte. Este sólo hará aún más amargo el destino de los que se queden.

La octava, diferencia y al fin y al cabo la más seria, entre la anterior y la próxima fase A de Kondretieff es puramente política: el alza de la democratización y la declinación del liberalismo. Se debe recordar que democracia y liberalismo no son hermanos gemelos, sino opuestos en gran parte. El liberalismo fue inventado para contrarrestar la democracia. El problema que dio origen al liberalismo fue cómo contener a las clases peligrosas, primero en el centro y luego en el sistema mundial en su conjunto. La solución liberal fue otorgar un acceso limitado al poder político y una participación también limitada en la plusvalía económica, ambos en niveles que no amenazan el proceso de acumulación incesante de capital y el sistema estatal que lo sostenía.

El tema básico del Estado liberal nacional y del sistema liberal interestatal a nivel mundial, ha sido el reformismo racional, fundamentalmente a partir del Estado. La fórmula del Estado liberal, tal como se desarrolló en los Estados del centro del sistema en el siglo XIX –sufragio universal más estado benefactor– funcionó maravillosamente bien. Cuando una fórmula comparable fue aplicada al sistema interestatal, bajo la forma de autodeterminación y desarrollo económico de las naciones subdesarrolladas, tropezó con la incapacidad para crear un estado benefactor a nivel mundial (tal como era propuesto, por ejemplo, por la Comisión Brandt). Esto no podía hacerse sin afectar el proceso básico de acumulación de capital. La razón era bastante simple. La fórmula aplicada en los Estados del centro del sistema dependía para su éxito de una variable oculta: la explotación económica del sur, combinada con el racismo antisur. A nivel mundial esta variable no existía y, lógicamente, no podía existir.<sup>4</sup>

Las consecuencias para el clima político están claras. Los años 1945-67/73 fueron el apogeo del reformismo liberal global: la descolonización, el desarrollo económico y, sobre todo el optimismo acerca del futuro prevalecieron por todas partes –Occidente, Oriente y el Sur. Sin embargo, en la subsecuente fase del ciclo, la fase B de Kondratieff, con la descolonización ya completa, el esperado desarrollo económico se transformó en

<sup>4</sup> Una exposición más detallada de estos esfuerzos y su fracaso está desarrollada en dos de mis ensayos: “The concept of National Development, 1917-1989: Elegy and Requiem”, en *Re-examining Democracy: Essay in Honor of Seymour Martin Lipset*, Newbury Park: Sage, 1992, pp. 79-88; “El derrumbe del liberalismo”, *Secuencia*, nueva época, núm. 28, México, enero-abril de 1994, pp. 137-154.

la mayoría de las áreas en un vago recuerdo y el optimismo se disolvió. Más aún, por todas las razones que ya hemos discutido, no esperamos que el desarrollo económico retorne al primer plano en el sur en el próximo periodo *A*, y creemos que el optimismo ha sido así minado fatalmente.

Al mismo tiempo, la presión en favor de la democratización ha venido creciendo sostenidamente. La democracia es básicamente antiautoridad y antiautoritaria. Es la demanda de una voz igual en el proceso político a todos los niveles y de una participación igual en el sistema de recompensas socioeconómicas. La restricción más grande para este impulso ha sido el liberalismo, con su promesa de mejoramiento sostenido inevitable por medio de la reforma racional. A la demanda democrática de igualdad ahora, el liberalismo ofreció la esperanza postergada. Este ha sido un tema no sólo de la mitad más ilustrada (y también la más poderosa) del *establishment* mundial sino también de los movimientos antisistémicos tradicionales (la “vieja izquierda”). El pilar del liberalismo era la esperanza que ofrecía. En la medida que el sueño se seca (como “una pasa al sol”), el liberalismo como ideología colapsa, y las clases peligrosas se vuelven peligrosas una vez más.

### LA IRRUPCIÓN DEL “CAOS”

Esto es, entonces, a lo que parecemos estar dirigiéndonos en la próxima fase *A*, alrededor de los años 2000-2025. A pesar de que en ciertos aspectos pueda parecer un periodo espectacularmente expansivo, será muy amargo en otros. Es por esto que espero poca paz, poca estabilidad y poca legitimidad. El resultado será la irrupción del “caos”, que no es otra cosa que la ampliación de las fluctuaciones normales en el sistema, con efecto acumulativo.

Indicaré una serie de sucesos que probablemente ocurrirán, aunque ninguno de ellos es nuevo. Lo que puede ser diferente será la incapacidad para limitar su ímpetu y, así, traer de regreso alguna forma de equilibrio al sistema. La cuestión es en qué grado prevalecerá esta falta de capacidad para limitar el ímpetu.

1. La capacidad de los Estados para mantener el orden interno, probablemente disminuirá. El grado de orden interno es siempre fluctuante, y las fases *B* son momentos notoriamente difíciles, pero para el sistema en su conjunto, y en 400-500 años, el orden interno ha sido sostenidamente creciente. Podemos llamar a esto el auge de la “estatidad”.

Por supuesto que en los últimos 100 años todas la estructuras imperiales dentro de la economía-mundo capitalista se han desintegrado (Gran Bretaña, Austria-

Hungría y, más recientemente la URSS/Rusia). Pero el punto notable es más bien la construcción histórica de Estados, que han creado su ciudadanía a partir de todos los que se encontraran ubicados dentro de sus fronteras. Tal es el caso de Gran Bretaña metropolitana y Francia, Estados Unidos y Finlandia, Brasil y la India. Y ese fue el caso también de Líbano y Somalia, Yugoslavia y Checoslovaquia. La desintegración o el colapso de estos últimos es bastante diferente de la desintegración de los “imperios”.

Se puede desechar la quiebra de la “estatidad” en las zonas periféricas como esperable o geopolíticamente insignificante. Pero va en contra de la tendencia secular y la quiebra del orden en demasiados Estados crea una tensión seria en el funcionamiento del sistema interestatal. Sin embargo, lo que es más amenazante es la perspectiva del debilitamiento de la “estatidad” en las zonas del centro del sistema, y la descomposición del compromiso institucional liberal, que hemos argüido está ocurriendo, sugiere que el debilitamiento de la “estatidad” está en curso. Los Estados están inundados por demandas tanto de seguridad como de bienestar que son incapaces políticamente de satisfacer. El resultado es la sostenida privatización de la seguridad y el bienestar social, lo que nos mueve en una dirección distinta de la que hemos estado siguiendo por 500 años.

2. El sistema interestatal también se ha estado volviendo más estructurado y más regulado por varios cientos de años, desde Westfalia a la Liga de las Naciones y a las Naciones Unidas y su familia. Hay la suposición tácita de que nos estábamos dotando de un gobierno mundial funcional. Con un espíritu de euforia, Bush proclamó su inminencia como “un nuevo orden mundial”, que encontró una recepción irónica. La amenaza de la “estatidad” y la desaparición del optimismo reformista, por el contrario, han sacudido a un sistema interestatal cuyos cimientos fueron siempre relativamente débiles.

La proliferación nuclear es ahora inevitable, y será tan rápida como la migración expandida del sur al norte. De por sí no es catastrófica. Las potencias intermedias no son probablemente menos “confiables” que las grandes. De hecho, pueden ser más prudentes ya que pueden temer aún más las represalias. Aún así, en la medida que la “estatidad” declina y la tecnología avanza, la subrepticia escalada de la guerra nuclear táctica, loca, puede ser difícil de contener.

Mientras la ideología retrocede como explicación de los conflictos interestatales, la “neutralidad” de una débil confederación de Naciones Unidas se vuelve cada vez más sospechosa. En una atmósfera tal, la capacidad de la ONU para “mantener la paz”, limitada como es, puede disminuir antes que aumentar. El llamado en favor de la “intervención humanitaria” puede llegar a ser visto sólo como la versión del siglo XXI del imperialismo occidental decimonónico, el cual también fingió

justificaciones civilizatorias. ¿Puede haber múltiples secesiones, de las estructuras nominalmente universales (siguiendo la línea sugerida por Corea del Norte frente a la Agencia Internacional de Energía Atómica)? ¿Puede que veamos la construcción de organizaciones rivales? No se puede descartar.

3. Si los Estados (y el sistema interestatal) llegan a ser percibidos como perdiendo eficacia, ¿dónde recurrirá la gente por protección? La respuesta es ya clara —a los “grupos”. Los grupos pueden tener muchas etiquetas-grupos étnicos/religiosos/lingüísticos, de género o de preferencia sexual, “minorías” de caracterizaciones múltiples. Esto tampoco es ninguna novedad. Lo que es nuevo es el grado en que tales grupos se ven como alternativa a la “ciudadanía” y a la participación en un “Estado” que, por definición, alberga muchos grupos (aun cuando los ubique en rangos desiguales).

Es una cuestión de confianza. ¿En quién deberíamos confiar en un mundo en desorden, en un mundo de gran incertidumbre y disparidad económica, en un mundo en el que el futuro no está en absoluto garantizado? Ayer la mayoría respondía en los Estados. Esto es lo que entendemos por legitimidad, si no en los Estados que existían en el presente, por lo menos en aquellos Estados que podíamos esperar crear (posreformas) en el futuro cercano. Los Estados tenían una imagen expansiva, desarrollista; los grupos tienen una imagen defensiva, miedosa.

Al mismo tiempo, y éste es precisamente el punto dificultoso, estos mismos “grupos” son también el producto del fenómeno de democratización, de la sensación que los Estados han fracasado porque la reforma liberal era un espejismo, puesto que el “universalismo” de los Estados implicaba en la práctica olvidar o reprimir a muchos de los estratos más débiles. Así, los “grupos” son el producto no sólo del miedo intensificado y de las desilusiones, sino también de una toma de conciencia igualitaria y, por lo tanto, constituyen un punto de agrupamiento muy poderoso. Es difícil imaginar que su papel político vaya a disminuir pronto. Sin embargo, dada su estructura autocontradictoria (igualitaria pero introvertida), la amplificación de este papel puede ser consecuentemente bastante “caótica”.

4. ¿Cómo, entonces, amortiguaremos la difusión de las guerras sur-sur y los conflictos entre “minorías” en el norte, que son un tipo de derivación de este “grupismo”? ¿Quién está en una posición moral o militar que le permita amortiguar esos conflictos? ¿Quién está dispuesto a invertir sus recursos en ello, especialmente dada la proyección de la competencia norte-norte (Japón-Estados Unidos frente a la Comunidad Europea), intensificada y, a grandes rasgos, balanceada? Se harán algunos esfuerzos aquí y allá, pero en su mayor parte, el mundo sólo mirará, tal como lo hizo en la guerra Irán-Iraq, como lo está haciendo en la ex Yugoslavia o en

el Cáucaso, o, de hecho en los *ghettos* de Estados Unidos. Esto será aún más cierto en la medida en que el número simultáneo de conflictos sur-sur crezca.

Aún más serio, ¿quién limitará las pequeñas guerras norte-sur, no sólo iniciadas sino deliberadamente iniciadas no por el norte sino por el sur, como parte de una estrategia de confrontación militar de largo plazo? La Guerra del Golfo fue el comienzo, no el fin, de este proceso. Se dice que Estados Unidos ganó esta guerra pero, ¿a qué precio?, ¿al precio de revelar su dependencia financiera a otros para pagar incluso las guerras pequeñas?, ¿al precio de fijarse un objetivo limitado, esto es, bastante menos que la rendición incondicional?, ¿al precio de tener al Pentágono discutiendo una estrategia militar mundial de “ganar, mantener, ganar”?

El presidente Bush y los militares estadounidenses apostaron a que podían obtener su limitada victoria sin mucho gasto de vidas (ni de dinero). La apuesta funcionó, pero puede parecer sensato al Pentágono no tentar a la suerte. De nuevo, es difícil imaginar cómo Estados Unidos, o aun las fuerzas militares combinadas del norte, podrían manejar varias “crisis” del tipo de la del Golfo Pérsico simultáneamente. Y dado el patrón de economía-mundo, y el de la evolución de la estructura social mundial que he postulado para el periodo 2000-2025, ¿quién sería tan atrevido como para argumentar que tales “crisis” del Golfo Pérsico, múltiples y simultáneas, no ocurrirán?

5. Hay un último factor de “caos” que no debemos subestimar, una nueva Peste Negra. La etiología de la pandemia de sida sigue siendo objeto de gran controversia. No importa ya, qué puede haber desatado un proceso. El sida ha promovido un retorno de un nuevo tipo de TB mortal, cuya difusión será ahora autónoma. ¿Qué sigue? Esta difusión de enfermedades no sólo revierte un patrón de largo plazo de la economía-mundo capitalista (paralela a la reversión del patrón de crecimiento de la “estatidad” y de fortalecimiento del sistema interestatal) sino que contribuye a profundizar la quiebra de la “estatidad”, tanto por agregar una carga más a la maquinaria del Estado como por estimular una atmósfera de intolerancia mutua, y esta quiebra a su vez alimenta la difusión de la nueva enfermedad.

El hecho clave que se debe comprender es que no se puede predecir cuáles variables serán más afectadas por la difusión de la nueva enfermedad. Reduce a los consumidores de alimentos, pero también a los productores. Reduce el número de migrantes potenciales, pero aumenta la escasez de fuerza de trabajo y la necesidad de la migración. En todo caso, ¿a cuál afecta más? No sabremos hasta que haya pasado. Esto es sólo un ejemplo más de la indeterminación del resultado de las bifurcaciones.

## JERARQUÍA Y PRIVILEGIOS FRENTE A DEMOCRACIA E IGUALDAD

Este es, entonces, el segundo marco temporal, la entrada en un periodo de caos. Hay un tercer marco temporal, cuyo resultado es, el nuevo orden que se crea. Aquí se puede ser más breve debido a que es lo más incierto. Una situación caótica es, en una aparente paradoja, lo más sensible a la intervención humana deliberada. Durante periodos de caos, por oposición a los periodos de orden relativo (orden relativamente determinado), la intervención humana hace una diferencia significativa.

¿Hay algún interventor potencial que tenga una visión constructiva, sistémica? Yo veo dos. Están los visionarios de la restauración de jerarquías y privilegios, los guardianes de la llama eterna de la aristocracia. Personas individualmente poderosas pero carentes de toda estructura colectiva –el “comité ejecutivo de la clase dominante” nunca se ha reunido– ellos actúan (si no conjuntamente, entonces en turno) durante las crisis sistémicas a causa de que perciben que todo está “fuera de control”. En ese punto, proceden de acuerdo al principio de Lampedusa: “todo tiene que cambiar para que todo siga igual”. Qué inventarán y ofrecerán al mundo, es difícil de saber, pero confío en su inteligencia y perspicacia. Se ofrecerá algún nuevo sistema histórico, y pueden tener la capacidad de empujar al mundo en esa dirección.

Frente a ellos están los visionarios de la democracia/igualdad (una pareja que creo inseparable). Ellos emergieron en el periodo 1789-1989 en la forma de movimientos antisistémicos, y su historial de organización fue un éxito táctico gigantesco y un fracaso estratégico igualmente gigantesco. A largo plazo, estos movimientos sirvieron más para mantener el sistema que para minarlo.

La interrogante ahora es, si emergerá una nueva familia de movimientos antisistémicos con una nueva estrategia, suficientemente fuerte y suficientemente flexible como para tener un impacto mayor en el periodo 2000-2025, un impacto tal cuyo resultado no sea la propuesta de Lampedusa. Pueden no emerger en absoluto, o no sobrevivir, o ser tan flexibles como para zafarse del problema.

Después de la bifurcación, digamos después de 2050 o 2075, podemos estar seguros sólo de unas pocas cosas. Ya no estaremos viviendo en una economía-mundo capitalista. Estaremos viviendo en un nuevo orden u órdenes, algún sistema histórico o algunos sistemas históricos nuevos y, por lo tanto, tendremos de nuevo, probablemente, una paz relativa, estabilidad y legitimidad. Pero, ¿serán éstas una paz, estabilidad y legitimidad mejores que las que hemos conocido hasta ahora? ¿O serán peores? Eso no lo podemos saber, pero lo que vaya a ser depende de nosotros.





*Umbra*, 2009, óleo y aluminio sobre madera,  
20x24 cm, col. particular, Ciudad de México.

## ¿PUEDE LA SOCIEDAD MODERNA evitar los peligros ecológicos?\*

Niklas Luhmann

**E**n presente texto, Luhmann parte del análisis en que tradicionalmente se ha pensado el problema ecológico y de los posibles errores de estas concepciones, para pasar a proponer, desde su Teoría de Sistemas, una nueva forma de abordar la ecología. En un erudito esfuerzo, el autor alemán expone algunos conceptos teóricos desde los cuales se puede estudiar el problema ecológico y el cómo se pueden “calcular controladamente” los movimientos en la práctica sobre este terreno.

### ABSTRACT

In this text Luhmann starts off by looking at the traditional analyses of the ecological problem and points out possible errors in these conceptions. He then proposes, in accordance with his Theory of Systems, a new way of approaching the problem. In an erudite article, the German writer puts forth theoretical concepts with which the ecological problem can be studied and which make it possible to “calculate in a controlled manner” movements in the practice in this terrain.

### ¿MORAL O TEORÍA?

En los últimos 20 años se habla, en tono de creciente preocupación, sobre el desarrollo de los problemas ecológicos, en la perspectiva de las catástrofes. Actualmente “la ecología” es la fórmula número uno para aquellos que toman parte en la carrera política o científica. Piénsese, por ejemplo, en temas tan variados como la extinción de los recursos no renovables, incluyendo el deterioro de las tierras de cultivo; en la eliminación de muchos tipos de especies vivientes; en la posible evolución de enfermedades que no

\* Ponencia presentada ante la Academia de la Ciencia del Norte de Westfalia, el 15 de mayo de 1985. Traducción y apéndice: Javier Torres N., profesor de la Universidad Iberoamericana. Publicado en *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, núm. 24, UAM-Xochimilco, México, septiembre de 1996.

pueden ser combatidas por la medicina y que han sido provocadas por la medicina misma; en la sobrepoblación del planeta y, sobre todo, en la contaminación, en la ubicación de materiales peligrosos en lugares que no les corresponden.

Evidentemente que no es nuevo el interés de la sociedad por la naturaleza, ni el conocimiento sobre las posibilidades reducidas de conducirse ante ella. Pero la idea del modo de conducirse la sociedad con respecto a la naturaleza repercute, a su vez, en la sociedad y que esto pueda adquirir formas dramáticas, ha cambiado muy decisivamente la forma actual de pensar.

Desde tiempos antiguos dos momentos son los que han influido con decisión. La filosofía antigua europea y la sociología coincidieron en tratar a la sociedad como si fuera un objeto especial. Miraron a la sociedad como algo *sui generis* que debería delimitarse mediante estudios especiales. No se hablaba, o apenas se hablaba, de medio ambiente. Todavía hoy, por ejemplo, lo que la sociología investiga bajo la etiqueta de “problemas sociales” se limita a problemas que han surgido de causas sociales. A los problemas causados por el entorno no se les presta ninguna atención, a no ser aquella investigación que trata sobre desastres.

Por otra parte, y esto constituye el segundo momento, se trató a la naturaleza por sí misma. Hoy se discute si el punto crucial para ello fue la visión cristiana o estoica, o los motivos de la ciencia moderna; se discute también en qué medida la doctrina del *dominium terrae* preparó el camino para la explotación de la naturaleza sin ningún tipo de consideración. Como quiera que esto sea, esta pertenencia mutua entre naturaleza y sociedad no fue tematizada, y los conceptos *naturaleza* y *sociedad* forzaron la diferencia y no la estrecha y posiblemente fatal vinculación.

Una tan antigua semántica ya consolidada no puede cambiarse con facilidad en unos cuantos años. Por eso no es de sorprender que haga falta teoría sobre este tema tan nuevo. La sociedad se pone en peligro a sí misma, en la medida en que produce efectos en el medio ambiente. ¿Con qué conceptos teóricos debe aferrarse este fenómeno? o ¿cómo se calcula controladamente que no pueda moverse en la práctica en este terreno?

Lo nuevo no está en la exigencia de que haya que comportarse de manera racional con la naturaleza, sino en la representación de que la sociedad, mediante la producción de efectos sobre la naturaleza pueda arruinarse a sí misma. Antigüamente cuando se hablaba de tendencias destructoras se pensaba en el conflicto, o se analizaba el problema con ayuda del esquema de altruismo/egoísmo. Hoy estos problemas no pueden aprehenderse de esta manera. No se necesita ser asocial para arruinar la sociedad; quizás, más bien, se llegue a la catástrofe precisamente porque se es demasiado social.

A primera vista se podría decir: cada vez que la sociedad se ponga en riesgo, debe abandonar los peligros, buscar a los culpables y sacar las consecuencias de todo ello. Pero ¿a quién y por qué? No se trata precisamente de cosas terroríficas como los terremotos

o el oscurecimiento del sol; sin embargo, curiosamente las reacciones a estos nuevos temores son muy parecidas, por su inespecificidad a aquéllos. Y como las causas se encuentran en la sociedad, la exigencia más simple está en bloquear dichas causas sin contemplar las consecuencias que de ahí se derivarían. El problema del medio ambiente se constituye en el punto de partida para un conflicto que se vuelve interno a la sociedad. El medio ambiente se venga en alguna medida de la sociedad, en la sociedad.

No es ninguna sorpresa, pues, que se llegue a posiciones de reacción febrilmente emocionales. Entonces se moraliza el problema (lo que implica que debe haber un enemigo), y se exige una nueva ética sobre el medio ambiente o un cambio de mentalidad en la conciencia de los seres humanos. Pero ¿un problema de este tipo puede ser llevado a cabo? La sociedad es un sistema estructurado de manera hipercompleja. ¿No tiene un efecto de trivialización el hecho de que la moral se enfrente a estructuras tan complejas?, ¿cómo se puede creer con seriedad que una nueva moral pueda traducirse en una conducta adecuada con respecto al entorno, sin entrar en conflicto con otras exigencias sociales? Las normas de derecho tienen, y no en último término, el sentido de proteger contra tales exigencias desmesuradas, que otros las tienen por racionales y que exigen se cumplan moralmente. Y lo mismo puede decirse del dinero que, desde tiempos antiguos, se ha separado de la moral de muchas maneras.

Pero todavía más importante: no hay seguridad de que una moralización de los problemas ecológicos no desencadene consecuencias peores que los propios cambios ecológicos. La moral es un principio discutible, sobre todo en política. No olvidemos que la manzana que no debía comerse, introdujo el juicio moral en el mundo: no era la manzana del árbol de la vida.

Quizás la agresiva autolegalidad de la moralización de los problemas ecológicos sólo sea un síntoma de un déficit teórico mucho más grave. Cuando no se sabe con precisión qué es lo posible y cuáles son las consecuencias, se llega a la idea de que todo es posible y que es sólo cuestión de querer y de hacer a un lado los obstáculos que se interpongan en el camino. Mi propuesta es discutir los principios teóricos fundamentales de tales posiciones. También ésta es una posibilidad de tomar en serio los problemas de los peligros ecológicos y de reaccionar con la correspondiente radicalidad. Sólo cuando los conceptos teóricos han sido suficientemente desarrollados puede descubrirse, en las estructuras, una nueva perspectiva de los problemas. Sólo cuando la estructura paradójica de un sistema que se pone en peligro y que no puede ayudarse a sí mismo se pone de manifiesto, se puede separar lo que es posible y lo que es imposible y formular lo que podrían ser para un tal sistema las expectativas racionales.

Frente al pesimismo ecológico, uno puede ser optimista en relación con la teoría. La discusión interdisciplinaria en campos como la teoría de la evolución, la teoría de sistemas, la cibernética, la lógica de las relaciones autorreferenciales, la teoría de la

información y la teoría de la comunicación, por sólo nombrar algunas, ofrece mayores posibilidades que las usuales de aferrar la sociedad. En las páginas que siguen me limitaré a destacar algunos aspectos bajo la forma de una tesis.

## RESONANCIA

Con el objeto de simplificar nuestra tarea, voy a concentrar en un solo concepto un gran número de consideraciones de la teoría de sistemas: se trata de las *resonancias*. Este concepto se puede usar de manera interdisciplinaria, desde la física hasta la sociología. Lo que quiere decir este concepto es que los acontecimientos que suceden en el entorno sólo pueden producir efectos en un sistema bajo condiciones muy especiales y sobre todo si se colocan en la propia frecuencia del sistema. O para decirlo de manera más abstracta y menos físicamente: los acontecimientos del entorno conducen a una secuencia de reacciones en el sistema dependiendo de las condiciones estructurales del propio sistema. La resonancia, por tanto, es siempre resonancia delimitada, resonancia dependiente de las estructuras. Con ello el concepto deja abierto lo que la resonancia efectuará en el sistema: si logra una reacción por parte del sistema en caso de afectarlo o destruirlo; o si la resonancia tendrá más bien que volver a resonar o, todavía mejor, si puede ser introducida en el proceso normal del sistema.

La delimitación de la capacidad de resonancia tiene que ver con la diferenciación de un sistema: ya que si éste no pudiera filtrar, sino que ante cualquier acontecimiento del medio ambiente pudiera quedar afectado, entonces no sería ningún sistema. En otras formulaciones teóricas de sistemas se habla, como la función primera, de conservación de límites,<sup>1</sup> o de la construcción de un orden a partir de ruido,<sup>2</sup> o de un *couplage par cloture*,<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Véase Talcott Parsons, *The Social System*, Glencoe III, 1951, p. 482 y ss.; P.G. Herbst, "A Theory of Simple Behaviour System", *Human Relations*, núm. 14, 1961, p. 71-94; David Easton, *A Framework for Political Analysis*, Englewood Cliffs, N.J., 1965, sobre todo p. 14 y ss. y 60 y ss.; Roger G-Barker, *Ecological Psychology: Concepts and Methods for Studying the Environment of Human Behavior*, Standford, Cal., 1968, sobre todo p. 11 y ss.

<sup>2</sup> Así Hainz von Foerster, "On Self-Organizing System an Their Environments", en Marshall C. Yovits/Scott Cameron (comps.), *Self-Organizing Systems: Proceedings of an Interdisciplinary Conference*, Oxford, 1960, pp. 31-50. Compárese también con Henri Atlan, "Du bruit comme principe d'auto-organisation", *Communications*, núm. 18, 1972, pp. 21-36; también en *Entre le cristal et la fumée*, París, 1979, p. 39 y ss.

<sup>3</sup> Así Francisco Varela, "L'auto-organisation de l'apparence au mécanisme" en, Paul Dumouchel/Jean-Pierre Dupuy (comp.), *L'auto-organisation: de la physique au politique*, París, 1983, pp. 147-164, p. 148 y ss.

lo cual no permite ninguna direccionalidad específica del sistema producida desde fuera, sino que sólo se trata de irritaciones y perturbaciones, que deben ser aferradas conforme a las estructuras internas y entonces ser normalizadas. Éstas son formulaciones conceptuales de un alto rango teórico. Lo que es común a todas esas formulaciones es la precisión de que sólo mediante una reducción muy aguda de la complejidad del entorno se puede construir la complejidad interna del sistema lo que, a su vez, posibilita el acrecentamiento de la sensibilidad frente a los acontecimientos del entorno.

Este análisis sistémico teórico es el punto de partida para el estudio de la problemática ecológica de la sociedad moderna. Y no parto de la suposición de un ecosistema omnicomprendivo que aferra tanto a su naturaleza como a la sociedad y que hoy se encuentra amenazado con respecto a su equilibrio.<sup>4</sup> En lugar de esto pienso en la diferencia entre sistema y entorno, y la ecología entonces será el término para analizar esta pertenencia mutua, para lo cual no existe ningún sistema omnicomprendivo que se pueda delimitar desde afuera.

La pregunta es, entonces: ¿cómo determina y delimita la sociedad moderna su resonancia respecto a los cambios en el medio ambiente y qué se sigue de esta delimitación para la evolución subsecuente de este sistema de la sociedad?

## LA SOCIEDAD COMO SISTEMA DE COMUNICACIÓN

Mi punto de partida es que la sociedad es un sistema social, esto quiere decir: un sistema que sólo está constituido por comunicación. La sociedad no es algo que se pueda aprehender como totalidad de acontecimientos biológicos o psicológicos. Esto sería un concepto estéril que entraría en colisión con el conocimiento biológico y psicológico de nuestro siglo. El arsénico en la sangre y la furia en la cabeza no son como tales, realidades sociales. Se convertirán en acontecimientos sociales si se traducen en comunicación: cómo sea esto posible, lo regula el sistema mismo de la sociedad. La sociedad debe preparar posibilidades de categorización, formas de lenguajes y ocasiones situativas para la comunicación. Debe consolidar las expectativas de que otros entiendan

<sup>4</sup> Esta comprensión es distinta a la que más peso tiene en la ecología, la cual se esfuerza por delinear los límites de un ecosistema y lo aprehende mediante un análisis de sistemas a partir de una situación de equilibrio o emplea un modo de variables. Pero en ese modelo se encuentra uno con el problema de seleccionar las variables y trabajar con el presupuesto del *near-decomposability* (*ceteris paribus*), y no se puede exponer en la teoría cómo trabaja el mundo verdadero su propia hipercomplejidad y cómo la asimila.

la comunicación y que puedan reaccionar aceptando o rechazando las propuestas comunicativas. De otra manera el arsénico es sólo un hecho bioquímico y la furia un hecho psicológico, a los que les falta resonancia social.

La primera condición para la resonancia es la comunicación, y esto remite a una red muy compleja de precondiciones estructurales. Ahí se producen efectos altamente selectivos. Pensemos en lo poco que se conoce lo que sucede en nuestros cuerpos respecto a los procesos químicos y biológicos que acontecen minuto tras minuto y las pocas ocasiones que tendríamos, en caso de que lo supiéramos, para hablar sobre ello con los otros. El furor, el enojo, la mayoría de las veces nos lo tragamos. El mismo miedo ante los desastres ecológicos debe ser precisado como un hecho comunicable para que pueda constituirse en una forma plausible de comunicación.

El siguiente paso consiste en la descomposición del sistema de la sociedad en diferentes sistemas parciales que organizan su propia capacidad de resonancia. Para la sociedad moderna se efectúa aquí, a partir de la alta Edad Media, un cambio estructural de un significado mayúsculo. Los sistemas primarios de la sociedad ya no están constituidos sobre la base de familias y de comunidades y ya no más sobre la base de los estratos. Los sistemas primarios de la sociedad moderna se orientan por funciones específicas que se llevan a cabo en el sistema de la sociedad: la política, la economía, la comunicación de la intimidad, quizás el arte y otros más.

Toda la comunicación significativa y exitosa está subordinada a tales sistemas de función. Esto no quiere decir que es posible sólo una comunicación específica funcional y que cada comunicación deba pertenecer sólo a un sistema. Pero cuando hay efectos que pueden ser controlados y que puedan ser asegurados mediante capacidad de enlace deben quedar incluidos en las condiciones estructurales de un sistema de funciones, y son meras casualidades para este orden total el que un descubrimiento científico al mismo tiempo se vuelva relevante para la política o para la economía; o, al revés, que una decisión política significara prosperidad o que abriera los ojos a la verdad científica.

Este arreglo funcional distingue a la sociedad moderna de todas las sociedades históricas que han precedido y conduce la evolución social a una situación frente a la cual no tenemos ninguna experiencia. Las actuales crisis y el ambiente de catastrofismo no hacen sino expresar lo que este principio de la diferenciación no se lleva a cabo sin ningún tipo de problema, como ya lo pensaron los ideólogos de la modernidad desde el siglo XVII hasta el XIX. De alguna manera desde el siglo XVIII se empezó a intuir que esta dinámica muy especial traería más ventajas y, al mismo tiempo, más desventajas que cualquier otra formación social histórica. La caja de Europa se abrió, para expresarlo de manera novelesca, y tanto las bendiciones como las maldiciones se dispersaron sobre el mundo.

Para nuestro tema concreto de los peligros ecológicos son, sobre todo, importantes las siguientes consecuencias de esta diferenciación estructural evolutiva:

1. La diferenciación funcional se limita precisamente por las funciones, las cuales acotan redundancia del sistema. Las disposiciones multifuncionales, sobre todo las familiares y las morales pasan a un segundo plano. Las seguridades que se construyeron con ello empiezan a ser derrumbadas. Ningún sistema parcial puede salirse de sí mismo para entrar en otro. Ni la política puede solucionar el problema de la economía, ni la economía los problemas de la ciencia, ni la ciencia los problemas de la religión, ni la religión los de la educación y esto, aunque los sistemas de funciones sean más interdependientes que antes. Pero la interdependencia no garantiza que estos sistemas puedan irrumpir en los otros, o que puedan sustituirlos o descargarlos. Esto no es más que la expresión del elevado riesgo estructural y la elevada sensibilidad y perturbabilidad de este sistema de la sociedad.
2. En compensación por esta renuncia a la redundancia y a la seguridad, por esta renuncia a la multiseguridad de las funciones, se eleva la capacidad de obtención de logros, la capacidad de aprendizaje y de adaptación. Metáforas como las del “mercado” o “democracia” o “esperanza”, que se entremezclan con los principios de competencia o eficiencia, no expresan esto con claridad. La razón del aumento de la eficiencia y de la capacidad de logros y el *tempo* del cambio de las estructuras es producto de la especificación funcional —o como se decía en los siglos XVIII y XIX, con ayuda de un concepto estrecho de la economía: de la división del trabajo. Pero ¿están también en esta dinámica las razones para las esperanzas de un mejor control de los peligros que se resuelven sobre la sociedad? Las esperanzas no pueden estar en otro lado, porque:
3. Esta sociedad renuncia a cualquier tipo de centralización respecto a las relaciones con el entorno. No hay ninguna representación de la unidad del sistema dentro del sistema, ninguna *reapresentatio identitatis* —para utilizar un término antiguo. Ningún sistema particular puede afirmar que él es el representante de la sociedad como un todo. No hay ninguna función particular que pudiera ser más importante que las otras. Cada sistema de función tiene a su propia función como la más importante; pero tal primado funcional sólo es válido para el sistema de funciones mismo y no para la sociedad como un todo. Lo sé: esta concepción es desmentida frecuentemente por el marxismo de cara a la economía, o por las nuevas teorías del Estado en relación con la política. Pero en ellas hay una concepción demasiado simple de una teoría de la sociedad. Asumidas desde el punto de vista político estas tesis a lo que conducen es al totalitarismo; y el mismo totalitarismo conduce, como principio que se introduce en la sociedad, no a la unidad, sino a la diferencia: diferencia entre régimen dominante y enemigo del régimen.

La consecuencia de estas deliberaciones, es que la resonancia del sistema de la sociedad respecto a los peligros ecológicos corren referidos a cada uno de los sistemas de funciones y no pueden ser regulados desde un aposición central. Ni una cima, ni un centro, ni una élite social, ni una ciudad, pueden ser las que representen las relaciones con el entorno de frente a las exigencias de las funciones. Y sobre todo: no existe ninguna solución política pura para nuestro problema, que pudiera tener éxito a partir de la sola voluntad política o de la sola voluntad de imponer cosas.

Este análisis no permite desde el principio ningún tipo de simplicidad en los conceptos o en las posturas agresivas contra lo poco o nada que se hace por resolver los problemas ecológicos. La sociedad reacciona de muchas formas a los cambios en el entorno, algunas veces de manera muy limitada, y se debe tener en cuenta cómo sucede esto, antes de emprender un juicio de cómo operar de mejor manera.

### CODIFICACIÓN Y PROGRAMACIÓN

A pesar de lo distinto que reaccionan los sistemas de funciones y a pesar de las condiciones estructurales respecto a su resonancia, una cosa es común en los distintos tipos de sistemas de funciones: procesan la comunicación según la medida de un código binario, al que sólo le está confiada una función. En el sistema ciencia se trata siempre de la verdad/o falsedad; en el derecho de lo legal/ilegal; en la economía de quién posee, o en último término de quién puede pagar/o no pagar. La política está actualmente centrada en el uso legal de la autoridad estatal en vistas de las decisiones colectivas vinculantes, y en relación con eso se puede estar en el gobierno o en la oposición. El sistema educativo selecciona para las carreras (dentro y fuera del sistema) y decide permanentemente sobre eso mediante un código de selección que premia o reprime, que confiere mejores o peores calificaciones. En el sistema religioso ya no se trata sólo de la salvación o de la condenación (que ya el evangelio de San Mateo en el capítulo 25 había visto que en el juicio final nos llevaremos sorpresas), sino del código de la immanencia y la trascendencia. Los sistemas de botella, otras veces son los cálculos electorales, otras veces las leyes o los contratos y otras, un desconocimiento teórico que tiende a rigidizarse. Una fórmula de reflexión de la sociedad en relación con su entorno no está a la vista; y en caso de que se lo propusiera tendría que renunciar a toda la precisión, a toda capacidad de enlace operativa, a toda necesidad. La movilidad que se ha adquirido para el cambio entre gobierno/oposición, para el aplazamiento de la inversión de capitales, para un cambio de paradigma en la ciencia o para las permanentes regularizaciones del derecho positivo, es dependiente de reducciones previas; y la medida de tales cambios estructurales es dependiente de que se puedan

aislar las perspectivas de las funciones, y que otras cosas en el entorno social del sistema, provisoriamente, permanezcan constantes.

## REGULACIONES DE DERECHO

Los análisis que hemos hecho suponen un nivel de abstracción desusado cuando se habla sobre estos problemas. No he podido ni he querido ahorrarles esto, ya que sólo así se obtiene una adecuada visión de la sociedad en su conjunto, y además es posible, a la vez, hablar de sistema diferenciado. Quiero sólo incursionar en uno de estos sistemas específicos para que veamos las consecuencias de manera ejemplar: se trata del sistema de derecho. Espero que con esto se haga más claro cómo los impulsos ecológicos desembocan en este sistema de funciones y cómo se forman las burbujas.

Evidentemente que el sistema de derecho se puede tratar como algo que no es posible aislar, desde la perspectiva causal. Las interdependencias son obvias, sobre todo desde el momento en que otros campos de funciones producen efectos en el derecho ya que son entorno del sistema de derecho. Baste con recordar que las centrales de energía atómica pudieron ser introducidas porque eran rentables económicamente, porque eran posibles políticamente y porque el derecho pudo prever una legislación sobre los posibles accidentes. Con todo, el sistema de derecho comunica sólo bajo su propio código, y sabe que los argumentos económicos y políticos no pueden ser expresados de manera jurídica. Esto es una anomalía, visto desde el punto de vista histórico. Por lo general el sistema de derecho fue corrupto, es decir, estuvo a disposición de los intereses de los ricos y los poderosos, ya que de otra manera no podía ser integrado socialmente.

Justamente desde hace unos cuantos años se pueden observar cómo los problemas del medio ambiente se introducen en el derecho. La maquinaria de la traducción de problemas no jurídicos a problemas jurídicos corre a toda revolución y ofrece posibilidades específicas de observación.

Primero, y sobre todo: el derecho sólo puede aceptar lo nuevo en la medida en que hace relación al derecho constituido. No llega a una tierra nueva y la cubre con una manta de normas, sino que previamente le antecede el derecho policiaco, el derecho de herencia, el derecho del orden social, el derecho tributario y sobre todo el derecho constitucional. Cada novedad debe asegurar su capacidad de enlace en el sistema, de otra manera no funcionaría técnicamente y no podría provocar efectos previstos. Si se quisiera planear, como se hizo en Bruselas, una prueba general de contratos con el entorno, los juristas inmediatamente le pondrían nombre a esto; pero para saber con precisión qué significa esta introducción novedosa, tendrían que comprobar viendo qué es lo que se debe cambiar en lo concreto y qué es lo que debería considerarse como nuevo.

Por tanto, es de esperar que las perspectivas del entorno desatarán en el derecho una serie de cambios que deberán ser normados. Lo que en la política programáticamente cada vez se exige más, en la práctica constituye una contradicción: se exige una simplificación administrativa, una simplificación jurídica, que el derecho castigue y, por otro lado, se dan razones *de facto* para exigir lo contrario.

Pero éste no es el problema fundamental. El derecho es, debido a su función, un regulador de las relaciones sociales. Los problemas del medio ambiente no tienen esta ciudad en primer término. Son hechos psicológicos, químicos, y biológicos con sus interdependencias. La percepción típica del derecho –como el esquema libertad frente a coacción; permisión/prohibición– no está capacitado para enfrentar los problemas del medio ambiente. Mi impresión general es que a causa de ello el componente arbitrario ha aumentado en los procesos de regulación jurídica, ya que necesitan definir las artificiales o prorrogar. Se necesitan definir nuevas unidades de medidas. Pero sobre todo, se debe tomar una posición frente al riesgo para lo cual no hay ninguna garantía de seguridad y para lo que falta una tolerancia social consensuada. Se ofrecen, para uso de los niños pijamas que pueden ser inflamables y que quizás puedan producir cáncer. He aquí una estructura típica: una ventaja muy clara, que lleva aparejada una probabilidad extremadamente pequeña de producir consecuencias catastróficas. ¿A qué principio jurídico se pueden atener aquí el derecho?

Justamente ahí donde se trata la naturaleza, el derecho natural no funciona. Y tampoco es alcanzable en ello el consenso, esa especie de sustitución movable del derecho natural. Ahora se sabe que para los acontecimientos muy improbables, el cálculo de la probabilidad se vuelve muy subjetivo; de tal manera que en esto, las disposiciones de derecho se tendrán como arbitrarias. La investigación sobre el riesgo científico social puede todavía decir que la proclividad al riesgo está fuertemente dispersa y que puede ser cambiada mediante la regulación de derecho. Los seres humanos corren como bólidos por las autopistas y compran acciones, llenan sus pulmones con humo, se casan, se divierten en los locales de juego; pero cuando intuyen que sobre ellos sobrevendrá un riesgo como el de que un avión pueda caerles sobre la cabeza; o que cerca de donde viven se levantará una fábrica, protestan o procuran, cuando menos, vender muy cara esa disposición al riesgo.

Siempre hay este tipo de problemas, pero en la actualidad esto hace que crezca el lado arbitrario de la regulación. Ciertamente el jurista puede decidir sobre cualquier pregunta que se le proponga. La pregunta es si puede decidir de manera específicamente jurídica, de manera convincentemente argumentativa, o si tiene que apelar a una regulación política previamente dada. Esto significaría entonces que el derecho, ya no llena más la unción de descarga de la política, como en la tradición a la que estamos acostumbrados; sino

por el contrario: por lo detallado de su reglamentación respecto a los miniproblemas, obliga a que la política esté continuamente obligada a decidir.

### MUCHA Y POCAS RESONANCIA

Este resultado no nos debería causar admiración. Está en la línea de lo que en el grado de abstracción de la teoría de sistemas hay que esperar. Conceptos como diferenciación, mantenimiento de límites, resonancia, orden a partir de ruido, *couplage par clôture* señalan justamente que se debe contar con reacciones estrechas e inadecuadas frente a los cambios que acontecen en el entorno. La evolución, contra una concepción largamente extendida, no está orientada hacia una adaptación al entorno. Los mismos sistemas orgánicos y, sobre todo, las sociedades, en una medida muy alta, pueden evolucionar de manera no adaptada, con la única condición de que puedan continuar con su reproducción. En este sentido no debe causar sorpresa, el que estos análisis no conduzcan al ofrecimiento de consejos que vayan de acuerdo con el formato de los problemas ecológicos. No hay seguridad de que las cosas sigan como han sido hasta ahora; pero muchas cosas distintas y, sobre todo, cosas rápidas sólo pueden acontecer mediante cambios que se señalan, en general, con la descripción de las catástrofes.

¿Es ésta una teoría desalentadora? Todo depende de qué expectativas se consideren como plenamente realistas. Se puede reaccionar ante esto de manera aceptable o, como es de esperarse, sentirse decepcionado. Para mí lo más importante es ofrecer dos señales de atención que se desprenden necesariamente de la idea de la capacidad limitada de resonancia.

Antes que nada debe tomarse en cuenta que para cada sistema de funciones en la sociedad, también la sociedad constituye su entorno. En ello no hay ninguna garantía, tampoco ninguna garantía total social, para las, digamos, relaciones adecuadas. Sino más bien, que unos cambios relativamente endebles pueden provocar, en otros sistemas, cambios sobreproporcionados: y cambios muy importantes en un sistema pueden ser tomados con relativa indiferencia por otros. El efecto político de pagos de reparación no está en ninguna relación directa con la racionalidad económica. El valor de prueba científico de la explotación de las centrales atómicas es una cosa; el uso militar y económico de esta posibilidad es otra. La igualación del derecho de huelga traído del derecho puede provocar una cantidad inmensa de daños, y quizás esto se soporta sólo porque políticamente se trata de un hierro caliente. Estos ejemplos deberían bastar para mostrar que pequeños hechos en un sistema pueden desencadenar efectos enormes en otros. Con modelos que sólo manejan linealmente el control de la cualidad, no

se pueden describir estas relaciones. Sorpresas de este tipo serán normales, en tanto que la sociedad opere de manera diferenciada socialmente, autorreferencialmente, autónomamente y dinámicamente según los sistemas de funciones.

En este orden no es que haya sólo muy poca resonancia, sino que puede haber resonancia de más. La manera en que un sistema reacciona a cambios en el entorno, puede ser que algo en este sistema no sea problemático, pero en otros puede desencadenar peligros enormes. La catástrofe no tiene que acontecer necesariamente ahí donde se da el primer contacto con el entorno: puede tener lugar también mediante el retardamiento de los problemas. Cuando el sistema político reacciona con facilidad, en el sentido de que busca una solución consensuada, no puede impedir con esto que en otro sistema acontezcan cambios muy grandes. El ejemplo del sistema de derecho debió haber mostrado esto. En vistas de la típica diferenciación funcional, por tanto, de cara a una alta complejidad que se refuerza y se disminuye a sí misma, y que las causalidades no se pueden controlar centralmente, un tal desarrollo catastrófico es, a la larga, probable. Cuando menos esto debería saberse, aunque un conocimiento científico de este tipo probablemente pertenezca a este tipo de causalidad que en otros sistemas de funciones entren como perturbaciones y puedan ser absorbidas rápidamente.

#### LA RETÓRICA DEL MIEDO Y DE LA MORAL

Una segunda advertencia se desprende de comprender que los sistemas de comunicación son autorreferenciales; esto es, comunican siempre sobre la comunicación. Por tanto no puede quedar fuera que sobre los problemas ecológicos se comunique. Y no sólo sobre los problemas mismos, sino también respecto del cómo deben ser tratados en el sistema de comunicación. Todo será observado y comentado. Toda planeación se lleva a cabo en el sistema y bajo la observación de otras unidades del mismo. Por tanto no hay sólo las secuencias de filtración de los sistemas de función, sus códigos y sus programas con todos sus detalles, sino también hay comunicación sobre la comunicación y con ello el supuesto de que las medidas que se han tomado no son suficientes.

La comunicación orientada por los sistemas de funciones según los precios, las normas de derecho, las elecciones políticas o las teorías científicas, no son la única comunicación. Se puede designar esto como comunicación dominante; pero justamente el hecho de que ésta se ponga en primer plano y que domine la escena, posibilita la comunicación con dicha comunicación. La sociedad produce por una parte comunicación eficiente y por otra insatisfacción con esa comunicación. Su autodescripción incluye un momento de lamentación –justamente porque tanto y, a la vez, tan poco es posible.

Y no me refiero con esto sólo a la literatura fluida de la calamidad o los desastres que comunica la prensa todas la mañanas. Veo más bien en esto la oportunidad del surgimiento de los movimientos de protesta y la alta plausibilidad de sus fines. Estos movimientos se sustentan en decepciones justas o al menos entendibles. Los verdes tienen todo derecho y no se puede más que prestarles atención. Sus objetivos no se dejan conducir en los sistemas de funciones, o sólo por el camino de los ruidos perturbadores.

Esto precisamente es un correlato de las estructuras de una diferenciación funcional del sistema social. Un tal sistema es incapaz de representar la unidad del sistema en el sistema mismo, ya que la unidad no es ninguna función. No hay por tanto ninguna posición privilegiada que pudiera ser comunicada, de la que se pudieran derivar normas o representaciones perfectas que vinculen a los otros sistemas. Un sustantivo de esta comunicación es la comunicación del miedo que tiene la ventaja de que es una comunicación auténtica (porque nadie puede estar en contra de alguien que dice que tiene miedo). Y puede tomar la representación, tratándose de los problemas ecológicos, de que se trata de un miedo en función de los demás, como la autorrepresentación del miedo que puede referirse a pretensiones morales. El miedo lo que permite es la distinción, por tanto las esquematizaciones en relación con la pregunta de si algo aumenta o disminuye el miedo.

La retórica del miedo ofrece una posición desde la cual se puede observar el sistema en lo referente a su capacidad de resonancia. Si se selecciona esta posición, se encuentra uno dentro de la sociedad pero fuera de los sistemas de funciones. Al mismo tiempo es la moral del miedo un equivalente funcional de los principios morales. Ofrecen una sustitución en el caso en el que los principios normativos ya no pueden comunicarse por convencimiento. Mientras que en el esquema de norma/discrepancia simplemente hay que orientarse por la norma para poder vivir libre de la angustia; para la moral del miedo, el miedo se convierte en el principio de la distinción partidario/enemigo.

La diferencia entre comunicación dominante (referida a la función) y comunicación de protesta (referida al miedo) aclara la tendencia que existe de la moralización y la emocionalización de los temas ecológicos. Esto pertenece a la estructura de nuestro sistema social como la diferenciación funcional misma, y se reproduce mediante la comunicación autorreferencial sobre la propia comunicación. Los disparadores de los movimientos sociales no se encuentran simplemente en el déficit estructural del orden establecido, no en la carencia de atención a los intereses sociales. Estos disparadores se encuentran situados más profundamente en el hecho de que cada comunicación expresa la contingencia de la comunicación y que a la contradicción le ofrece la oportunidad

de adquirir una forma. “Cada palabra expresada, hace surgir su contrasentido”, como diría Goethe en el diario de Otilia.<sup>5</sup>

Los sistemas de función no están preparados para la retórica del miedo ni para su moral. El miedo no puede ser prohibido políticamente, esto lo sabía ya Shaftesbury.<sup>6</sup> El miedo no puede ser regulado por el derecho y no puede ser contradicho por la ciencia. Económicamente no se puede vender, y se sabe del sistema de educación que el obtener buenos logros educativos hacen que se acreciente la inseguridad de la valoración personal y el medio ante la capacidad propia.<sup>7</sup> Los sistemas de funciones pueden reaccionar pero en realidad con poca resonancia. Esto lo que muestra es que nosotros tendremos que vivir con esta dualidad de comunicación: la comunicación del miedo y la comunicación funcional.

De lo que todavía hay que quejarse es de la simplicidad de las teorías que fundamentan los nuevos movimientos sociales. Piénsese por ejemplo en la ingenuidad de la crítica del “capital” o del “dominio”. Yo me niego a creer que un compromiso radical tenga que expresarse con escasez de pensamiento. Esta exposición es en verdad una pieza contraria a la insuficiencia de las teorías tradicionales de la sociedad. Las cosas no tienen que permanecer igual. Así como una conferencia como ésta no conduce a propuestas concretas, en el nivel de una teoría de la sociedad estoy seguro que podemos hacer mejor las cosas.

## APÉNDICE

La obra de Luhmann, sin una indicación previa de ciertas claves de lectura, puede resultar un criptograma. Como a Hegel, a Luhmann se le ha echado en cara un defecto en la constitución de su teoría: exceso de sistematicidad, lo cual hace que su pensamiento esté catalogado de alta severidad conceptual. Ningún término de la teoría luhmanniana puede ser entendido sin hacer relación al lugar que guarda dentro del sistema arquitectónico.

<sup>5</sup> Johann Wolfgang Goethe, 1993, “Die Wahlverwandschaften”, en Ludwing Geiger (comp.), *Obras de Goethe*, tomo V, Berlín, 1793, p. 500.

<sup>6</sup> Compárese con Anthony, *Earl of Shaftesbury Characteristicks of Men, Manners, Options, Times*, 2a. ed., o.O. 1714; reimpresso Farnborough Hants, Reino Unido, 1968, tomo Y, p. 16.

<sup>7</sup> En realidad, el efecto no es, visto estáticamente, muy grande, véase Helmut Fend, “Selbsbezogene Kongnitionen und institutionelle Bewertungsprozesse im Bildungswesen: Verschonen schulische Bewertungsprozesse den ‘Kern der Persönlichkeit’?”, *Zeitschrift für Sozialisationsforschung und Erziehungssoziologie*, núm. 4, 1984, pp. 251-270.

Luhmann ha escogido como referencia teórica la *teoría de sistemas*. Con ello ha tenido que soportar sobre los hombros una buena cantidad de mal entendidos que tienen su origen en una crítica acérrima contra una primera teoría de sistemas: se le juzgó, sin hacer nunca el esfuerzo por entenderla, de tecnocrática. A Luhmann, en realidad, no le interesa esa primera teoría de sistemas transferida a lo social en la que quedan prisioneros el funcionalismo estructural y Parsons. Le importa más bien una teoría de sistemas de *segunda generación*. Le parece que en la teoría general de sistemas y en los esfuerzos interdisciplinarios relacionados con ella, se han llevado a efecto cambios profundos y quizás hasta “revoluciones científicas”.

Luhmann no se ha opuesto a la exigencia de formular de modo preliminar una serie de líneas maestras —esos núcleos doctrinales de carácter básico—, sobre los que está fincado su edificio teórico. Lo intentó, sobre todo, en sus últimos cursos de carácter didáctico mientras sostuvo la cátedra de sociología, en la Universidad de Bielefeld, Alemania. Sin embargo, Luhmann es consciente de que estas líneas maestras pueden quedar falseadas en el momento mismo en que se colocan como premisas del sistema y no se las vea actuar específicamente dentro de él.

El cuadro completo de ideas básicas del pensamiento luhmanniano es bastante amplio, ya que se trata de una teoría rica en exceso y, por ello mismo, complicada y difícil. Sin embargo, se puede hacer el intento de resumir la teoría en tres líneas esenciales:

1. La realidad de lo social es pura comunicación (por comunicación se entiende algo que, el mismo tiempo, subsume y recupera todo lo que al respecto se ha dicho en la lingüística, en la teoría de la información, y en la teoría de la comunicación).
2. La estructura de la comunicación —y por lo tanto el procedimiento a partir del cual se desarrolla todo lo social— es la *autopoiesis*.
3. El rasgo peculiar de esta *autopoiesis*, es que está situada más allá de cualquier intento de comprensión sistemática de tipo estrictamente racional.

*Lo social es pura comunicación*: la sociología no es ciencia del hombre ni de una naturaleza. Es ciencia que debe erguirse sobre un principio de *limitacionalidad* en el sentido de demarcar su ámbito de incumbencia, independientemente de la relación con el ser humano. No puede ser ciencia del hombre, porque eso significaría no tomar en serio lo inconmensurable de la individualidad. Querer explicar la sociedad como acuerdos entre los individuos (se expliquen éstos como se expliquen) supondría el presupuesto (altamente discutible) de la simetría de los estados subjetivos.

Ante todo esto, se plantea la necesidad de esclarecer la operación constitutiva sobre la que lo social pueda encontrar fundamento. Esta operación tiene que ser una en el

sentido de exclusividad, ya que no puede pertenecer a otro ámbito de realidad. Con esto se descarta –como lo había hecho ya una tradición teórica de la sociología– que esta operación deba reducirse a alguna disposición en el ser humano: la intención, la voluntad, la acción, o la racionalidad de la conciencia.

Para Luhmann la única operación que es capaz de sustentar lo social de manera autónoma es la comunicación. La comunicación debe ser el punto de partida de una reflexión social ya que, al ser la estructura basal más abarcadora, incluye la acción (en el sentido de Weber) sin agotarse en ella.

*La estructura de la comunicación es la autopoiesis:* el concepto de autopoiesis fue formulado por el biólogo chileno Humberto Maturana al intentar dar una definición a la organización de los organismos vivos. Un sistema vivo, según Maturana, se caracteriza por la capacidad de producir y reproducir por sí mismo los elementos que los constituyen, y así define su propia unidad: cada célula es el producto de un retículo de operaciones internas al sistema del cual ella misma es un elemento, y no de una acción externa.

La teoría de los sistemas sociales adopta el concepto de autopoiesis y amplía su importancia. Mientras en el ámbito biológico se aplica exclusivamente a los sistemas vivos, según Luhmann se individualiza un sistema autopoiético en todos los casos en los que se está en la posibilidad de individualizar un modo específico de operación, que se realiza sólo al interior. De esta manera se individualizan dos niveles ulteriores de constitución de sistemas autopoiéticos, caracterizados cada uno de ellos por operaciones específicas: comunicaciones que se reproducen con base en otras comunicaciones reproduciendo de esta manera la unidad del sistema, mientras no se presenten comunicaciones fuera de un sistema social.

*La autopoiesis está situada más allá de la racionalidad:* la comunicación (por tanto la sociedad) en su estructura más elemental se invisibiliza a sí misma, es decir, produce sus propias paradojas. Por lo tanto no se trata sólo de una infección psicoanalítica y tampoco de un juego de crítica ideológica de la sociología, sino de la introducción de un punto ciego que introduce la misma comunicación, puesto que no puede observar ni el principio ni el final del observar. Por lo tanto hay que conceder valor al hecho de que toda comunicación por el hecho de emplear distinciones se encuentra enredada en una paradoja. La comunicación, por consiguiente, cada vez que emplea una distinción (que echa mano de formas), hace que el mundo resalte como la unidad de lo que aparece en un *unmarked state*, y que hace que esta fase sin marca aparezca como visible y, a la vez, como lo oculto. La comunicación hace que el mundo aparezca como el punto ciego de la observación.

Por consecuencia, una racionalidad plena nunca es alcanzable, en cuanto requeriría la capacidad por parte de la comunicación de observar internamente la distinción entre sí misma y lo que no es sí misma: lo que equivaldría a operar dentro de sí misma y fuera de sí misma.

La comunicación, pues, está construida estructuralmente para llevar sobre las espaldas un punto ciego que no puede eludir.





*Acuática* (2009), óleo, aluminio, madera, textiles vegetales y polvo de mármol, 35x28 cm, colección particular, Ciudad de México.

## TIPOS DE ESTRUCTURA SOCIAL en la vida rural francesa

Marc Bloch

**M**arc Bloch advierte, de entrada, que es de “los campesinos de quienes hay que hablar”. Hablar del campesino en singular lleva al error, y representa, además, ignorar la historia de Francia. Para Bloch importa todo: el desmonte medieval, el diseño de las aldeas, el tipo de suelo, las condiciones del terreno: el campesinado, el señor, los braceros, los labradores, la solidaridad rural. La diferencia de fortunas provoca el individualismo pero surge también con éste la colectividad. Y es a los campesinos a quienes les corresponde adaptarse a los “nuevos tiempos”, concluye Bloch.

### ABSTRACT

To begin with, Marc Bloch warns that it is “the peasants that must be spoken of”. To speak of the peasant in singular leads to misconception, and in addition means to ignore France’s history. Everything is important to Bloch: medieval clearing of land for settlement, village design, the type of soils, the conditions of the terrain; the peasant population, the lords, laborers, rural solidarity. The differences of wealth brings about individualism but with it, also comes the community. And Bloch concludes that it is the peasants’ task to adapt to the “new times”.

### I

Francia no es un país muy vasto. Pero es un país muy diverso. Ahí reside una de las originalidades más impresionantes de su civilización; de ahí vienen los colores particulares y la fuerza misma de su unidad espiritual como nación.

En ninguna parte aparece esta diversidad francesa con mayor claridad que en la fisonomía rural del país: sus contrastes de relieves, tierra, clima, inmediatamente

\* Publicado en revista *Genèses*, núm. 20, París, 1995. Agradecemos a Étienne Bloch, quien generosamente nos autorizó reproducir este texto de su padre en *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, núm. 26, UAM-Xochimilco, México, abril de 1997.

perceptibles a la vista; más los contrastes en las tradiciones sociales, propias de las diferentes regiones y que por lo demás no dejan de inscribirse, también ellas, en atributos materiales del paisaje de casas y campos. Por esta razón, hablar del campesino francés en singular sería usar un término sin contenido vivo. Es de los campesinos de quienes hay que hablar.

Pero un motivo más prohíbe esta esquematización. Ninguna de nuestras pequeñas colectividades rurales jamás ha formado un bloque humano de una sola pieza. Por doquier, con líneas de separación muy diversas según los lugares, se ven coexistir diversas clases de explotaciones y, con mayor razón, de propietarios de la tierra.

Para dar una idea somera de la estructura de la sociedad rural francesa, tomaré como hilo conductor dos órdenes de fenómenos: la repartición y la forma de los asentamientos humanos, enfocados sobre todo en la relación que guardan con la tierra cultivada; las clases, enfocadas en sus relaciones con el ejercicio de los derechos sobre la tierra.

## II

a) En la mayor parte de Francia, el tipo de hábitat más antiguo (al menos desde comienzos de la Edad Media) ha sido la aldea. Hoy en día sigue siendo, en las regiones donde otrora triunfó, si no la única forma de asentamiento, al menos la fundamental, en torno a la cual gravitan los caseríos o las casas aisladas.

La aldea se caracteriza por la presencia de un número relativamente elevado de familias, que viven una al lado de la otra y que forman, juntas, una verdadera comunidad. La aldea no es sólo un conjunto de casas; constituye un centro religioso, jurídico, económico. Muchas de nuestras aldeas son muy viejas y todavía llevan el nombre del jefe, del señor o del propietario con el cual fueron inscritas en el catastro galorromano. Además no todas nuestras aldeas responden a los mismos modos profundos de estructura social. Me limitaré a citar dos casos, que distan mucho de agotar la realidad.

1. En los campos de cereales del norte y Borgoña abundan las aldeas cuyas tierras se componen de campos sin cercas, muy extensos y agrupados de manera muy regular en conjuntos de parcelas paralelas. El diseño mismo de estos terrenos indica un asentamiento sobre un plan colectivo. Por mucho tiempo este diseño impuso el mantenimiento de fuertes explotaciones comunitarias, que dejaron huellas importantes en las costumbres.
2. En la región mediterránea, sobre todo al este del río Ródano, los terrenos, generalmente divididos por el relieve, presentan un diseño en rompecabezas que revela una ocupación sin plan de conjunto. La aldea es, ante todo, un *oppidum*,

del tipo de las antiguas ciudades, lugar de refugio y culto, centro de una vida social cuasi urbana. Las explotaciones comunitarias de rotación y pastizales también existieron en otros tiempos, pero desaparecieron relativamente pronto, porque no habían sido impuestas por el diseño mismo de los terrenos. Más que con fundamento en una acción económica, el sentimiento colectivo encontró su expresión duradera en la vida política y en las fiestas.

- b) Parece ser que, desde la alta Edad Media, en las tierras pobres del oeste armoricano y el Macizo Central, el régimen del hábitat fue sensiblemente diferente del que acabamos de ver. Las familias se establecían muy lejos las unas de las otras. Además eran grandes familias patriarcales. Cuando estas primitivas comunidades consanguíneas se escindieron en familias conyugales, su asentamiento considerable de personas, dio nacimiento a un caserío compuesto por varias viviendas. Como la pobreza del campo exigía una cultura muy de las épocas; si demasiados hombres hubieran permanecido agrupados en conjunto, hubieran estado demasiado lejos de sus campos. Un poblado, generalmente más antiguo que los otros y a menudo parroquial y económico. Pero cada caserío tenía, y en cierta medida sigue teniendo, su propio territorio y sus tierras comunales.

Por otra parte, durante mucho tiempo estas regiones sólo habían practicado los cultivos de temporal. Poco a poco, en torno a las casas, se fueron estableciendo campos permanentes que, para evitar que el ganado paciera en los alrededores, fueron encerrados con cercas permanentes (por lo general de setos vivos) y que por lo tanto resultaron excluidos de la explotación colectiva. Pero un sentimiento comunitario muy fuerte se mantuvo a causa de la existencia de tierras extensas que, destinadas a usos colectivos de recolección y pastura, servían a la vez, y en ocasiones todavía sirven, temporalmente, de reserva para cultivos.

- c) La evolución rural después del siglo XII se encaminó, en su conjunto, hacia una dispersión creciente del hábitat –por el nacimiento de nuevos caseríos, incluso en las regiones de las aldeas–, por la aparición y multiplicación de casas aisladas.
1. En ocasión de los grandes desmontes medievales, se fundaron verdaderas aldeas nuevas, a menudo erigidas como parroquias. Pero también surgieron, especialmente en los bosques, grupos menos numerosos de colonos que formaron pequeños caseríos, más o menos relacionados con una vieja aldea vecina.
  2. La disolución de las familias patriarcales, que por lo demás se llevó a cabo más o menos tardíamente, según las regiones, no dio nacimiento a caseríos sólo por el asentamiento, unas al lado de otras, de las diferentes familias que en otros tiempos habían vivido juntas. Parece ser que en ocasiones hubo verdaderas migraciones de segundas generaciones que, a cierta distancia, formaban nuevas poblaciones. El

caso es muy claro en ciertas regiones montañosas donde había un asentamiento de invierno y un asentamiento temporal de verano. Este último se transformó en un caserío permanentemente habitado.

3. Parece que las primeras casas aisladas también datan de los tiempos de los grandes desmontes medievales. Se trataba de “trojes” señoriales y sobre todo, en sus orígenes, de trojes monásticas, pertenecientes a órdenes cuyos miembros estaban, según sus reglas, obligados a vivir lejos de otros hombres (principalmente los cistercienses). Posteriormente, a partir del siglo XV, las circunstancias económicas y, sobre todo, el endeudamiento de los campesinos llevó a muchos señores, burgueses o labradores ricos a comprar las tierras de los campesinos pobres. Como en general trataban de formar explotaciones de una sola pieza, muy a menudo llegaban a adquirir casi todas las tierras de un caserío. Las viviendas que lo formaban se veían así sustituidas por una casa solariega o una granja sola, y en adelante quedaban aisladas en el campo. Finalmente, sobre todo en las regiones en donde por razones de seguridad las aldeas primitivas habían tenido que buscar lugares elevados e incómodos, el advenimiento de tiempos menos turbios llevó en ocasiones a los habitantes a dispersar sus viviendas para acercarlas a sus campos y a las fuentes de agua.

Pero este movimiento de dispersión encontró sus límites. Primero por la forma misma de los terrenos. Aquéllos de las comarcas de campos abiertos y alargados están divididos de tal manera que la explotación cuenta con parcelas dispersas en amplios espacios; y los intentos de concentración se toparon con el obstáculo de tradiciones campesinas, que de hecho no siempre son tan injustificadas como ciertos agrónomos imaginan. Ahí donde impera este diseño agrario, el labrador evidentemente no tiene ninguna razón para salir de su aldea, porque literalmente le resulta imposible vivir cerca de cualquiera de sus campos. Además las costumbres a menudo no favorecen el aislamiento. Al campesino le repele vivir aparte, “como un lobo”. Y los hábitos de ayuda mutua, todavía muy fuertes, resultan un obstáculo de más para este alejamiento. El caserío o la aldea, más que la casa aislada, son típicos de la vida francesa; y aun ahí donde existe la dispersión relativa, en forma de caserío, o incluso la dispersión más completa, con abundancia de casas aisladas, la presencia de un centro aldeano –desconocido, por ejemplo, en la mayor parte de Estados Unidos o de Noruega– fortalece la vida colectiva.

## III

Pero es una vida colectiva que no se funda en absoluto en la uniformidad ni de las clases ni de los intereses.

- a) Que hubiera, tan lejos como podamos remontarnos en la historia, diferencias de riqueza entre la población campesina es un hecho casi indiscutible. Pero, en la graduación de las fortunas, desde tiempos muy tempranos se marcó una línea divisoria muy clara, por una parte, entre los poseedores de yuntas y, por la otra, entre los pobres diablos que sólo tenían sus brazos para trabajar, entre los “labradores” y los “braceros”. Las más de las veces, el bracero no estaba totalmente desprovisto de tierras. Pero sus campos no le resultaban suficientes para vivir. Debía buscar un indispensable suplemento de ingresos alquilando su trabajo al labrador. Esencialmente era un jornalero.
- b) Por encima de los campesinos, existió durante mucho tiempo el señor. El régimen señorial desapareció bajo la Revolución. Sin embargo, no sin que su largo imperio hubiera dejado en nuestra estructura rural huellas profundas. El señor no sólo poseía el derecho de percibir de sus terrazgueros, rentas o servicios, que las leyes revolucionarias abolieron radicalmente. En la mayor parte de los señoríos, a lado de las tierras así gravadas, existía un “dominio”, es decir una fracción del suelo que el señor ponía a producir, sea directamente, sea por que pagaban, por lo tanto, rentas susceptibles de variar con el tiempo. Cuando el señor era laico y no había emigrado, la Revolución le dejaba naturalmente su dominio, considerado como un bien raíz intangible. ¿Y si, por el contrario, la señoría pertenecía a una comunidad eclesiástica o a un emigrado? El dominio era confiscado como bien nacional, después vendido, pasando así a un nuevo comprador, con el suficiente capital para realizar la operación.

A decir verdad, estos hechos no habrían tenido grandes consecuencias sobre el estado actual de la propiedad de bienes raíces, si los dominios señoriales hubieran estado en general poco extendidos o si, aun de grandes dimensiones, hubieran sido divididos al momento de la venta de un gran número de ellos como bienes nacionales. Hacia el final de la Edad Media, los dominios eran, en su mayoría, de dimensiones muy mediocres. Pero a partir del siglo XVI, los señores modificaron, en general, su política: alarmados por la devaluación monetaria y el alza de precios que disminuían el valor real de las rentas de las tierras, favorecidos por la crisis de endeudamiento campesino, antes señalada, en fin, cuando ellos mismos eran de origen burgués, como a menudo sucedía, dotados de capitales para invertir, hacían compras de tierra masivas que acrecentaban considerablemente sus dominios. Por otra parte, la venta de bienes

nacionales se realizó en condiciones tales que, entre las vastas explotaciones así constituidas, muchas no fueron divididas o sólo lo fueron de manera muy débil. En medio del desbarajuste de tierras campesinas, elevadas al rango de propiedades pequeñas o medianas, la mayoría de los antiguos dominios, resultado de grandes propiedades, siguieron formando grandes manchas blancas.

Por lo demás, sería inexacto limitar la concentración de tierras de los siglos XVI, XVII y XVIII como obra exclusiva de los señores. El mismo trabajo había sido pacientemente llevado a cabo por muchos burgueses, aun por aquéllos que jamás tuvieron acceso a poseer derechos señoriales, e incluso por cierto número de campesinos ricos, quienes además, en su mayoría, junto con el cultivo ejercían los lucrativos oficios de hoteleros, carreteros, comerciantes de ganado, molineros o usureros. De suerte que la coexistencia, entre nosotros tan característica, de la gran propiedad campesina es, en su esencia, resultado de la revolución “capitalista” de los tiempos modernos, ayudada por el régimen señorial.

- c) No se puede decir que la evolución posterior de los siglos XIX y XX no haya dado importantes resultados. Lo que se puede percibir más directamente sin duda fue el gran debilitamiento, y en ciertas regiones la desaparición casi total, de la clase de los jornaleros. El primer éxodo rural de alrededor de 1848 a 1880 abarcaba sobre todo a esta parte de la población campesina, que el extraordinario sobrepoblamiento en el campo de cerca de 1800, y la desaparición de los antiguos derechos de pastoreo colectivo, favorecido por la legislación individualista de la Revolución, habían reducido a condiciones de vida más difíciles que nunca. Todavía hay grupos extendidos de asalariados agrícolas, en ciertas regiones. Pero se trata casi exclusivamente de asalariados de las grandes propiedades y de asalariados sin tierra. El “bracero” de otros tiempos, que ocupaba una parte de su tiempo para cultivar su pequeña parcela y el resto para trabajar para el labrador, es un tipo humano del que sólo existen escasos sobrevivientes. Algunos se beneficiaron de la crisis de la fortuna burguesa para elevarse a la dignidad de verdaderos propietarios. Muchos otros se marcharon a las ciudades o se emplearon como obreros ferroviarios y nunca más volvieron.

No resulta fácil describir las vicisitudes de la grande y pequeña propiedad del siglo XIX y principios del XX. Tanto más cuanto que en esos periodos las variaciones regionales fueron realmente importantes, intensificadas aún más por las transformaciones económicas favorables para que diversas zonas se especializaran en un auténtico monocultivo. Parece ser que, por una parte, el desdoblamiento, posterior a la congestión anterior, que aproximadamente reinó después de 1880, y por la otra, la crisis de ingresos de la posguerra concluyeron en el reciente progreso de la mediana propiedad a expensas de la pequeña y gran propiedad. Entiéndase, de una mediana propiedad campesina. En su conjunto, la coexistencia, anteriormente

señalada, entre los dos tipos fundamentales de propiedad, diferentes por la extensión del área de apropiación y por la posición social del propietario, sigue siendo, con los múltiples matices conforme a las diferentes regiones del país, uno de los rasgos propios de la estructura rural francesa. Más de una reciente oposición de intereses se explica a causa de ello.

#### IV

Aquí no podemos sino hacer aflorar los graves y múltiples problemas que hoy en día se le imponen a nuestra sociedad rural, o mejor dicho, a nuestra población campesina. Por lo demás, se pueden resumir con una palabra: adaptación. Quiero decir: para las formas de vida muy antiguas y cuya persistencia, por sí misma, es deseable, la necesidad de adaptarse a una civilización en plena renovación. Una economía aldeana, fundada en el consumo local o para que el abasto de mercados sea muy próximo o al menos con una demanda de bienes poco diferenciados (como el trigo), debe adaptarse a una economía sin cesar dependiente de inmensos y cambiantes mercados. Una sociedad tradicionalista o bien se ve atraída por sociedades de costumbres urbanas o bien se defiende contra estas costumbres. En fin, las antiguas formas de solidaridad colectiva, que constituyen el armazón de las antiguas comunidades rurales, deben, para conservar su valor, encontrar formas nuevas.





*Franciscana* (2009), óleo y aluminio sobre madera,  
32x24 cm, col. particular, Ciudad de México.

## ANDREI TARKOVSKY: devolver a la naturaleza sus enigmas\*

Sergio Raúl Arroyo García

¿Dónde se está mejor? En otra parte,  
siempre en otra parte.

PUSHKIN

**E**l autor estudia la originalidad del lenguaje cinematográfico de Andrei Tarkovsky, uno de los grandes directores de cine del siglo XX. Para este propósito considera los aspectos simbólicos, poéticos, técnicos y místicos de sus siete películas. Desecha el formato de ficha crítica y construye un lenguaje unitario para la interpretación de una obra reputada como hermética.

### ABSTRACT

The author studies the originality of the film language of Andrei Tarkovsky, one of the great filmmakers of the twentieth century. For this purpose he considers the symbolic, poetic, technical and mystical elements of Tarkovsky's seven films. Beyond the standard critics, he builds an unitary language for the interpretation of a work reputedly tight.

El cine nació en el mercado, para el mercado. Desde su origen, el cine fue concebido para hacer dinero. Esa marca pecaminosa es lo que lo distingue de otras artes. Los medios técnicos con que se realiza lo ligaron de facto, en maridaje a corporaciones y empresarios.

En un segundo momento, el cine fue asimilado también como un vehículo de comunicación ideocrática. Su condición de espectáculo de masas lo ubicó de modo natural como portador de mensajes mayor o menormente evidentes de la política.

Como descendiente de la cultura de occidente, el cine se plegó desde sus primeros pasos a las formas de producción y comercio que en buena medida lo gestaron y que

\* Publicado en *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, núm. 15, UAM-Xochimilco, México, abril de 1992.

las sociedades modernas tienen por más propias: las formas industriales. Su adscripción plena a los mecanismos de la industria apuntaló la aparición de patronazgos privados y estatales que dictaron las reglas del juego cinematográfico.

Toda experiencia fílmica profunda del pasado o del presente ha vivido al acoso de estas reglas, que convirtieron al cine en un objeto obligado a la rentabilidad económica y/o ideológica, por tanto, necesariamente accesible al “gran público”. Este acceso tuvo que garantizarse, en cierta medida, reproduciendo en la estructura cinematográfica modelos narrativos probados, provenientes en algunos casos del siglo XIX, que hicieron posible el alcance masivo. A través de estereotipos y arquetipos ha circulado gran parte del discurso cinematográfico, tradicionalmente autoafirmativo de los valores morales, psicológicos y culturales del poder. Con una gama inmensa pero previsible de matices ideológicos y formales, oscilando dentro de los límites de la linealidad del relato convencional.

De quienes no cumplieron con la cuota económica o política, da cuenta una enorme lista de autores y gente de cine de primer orden, a la que Hollywood, RKO o Mosfilm pasaron la factura. Obras mutiladas, proyectos frustrados, filmes suspendidos, muertes políticas, carreras segadas, conforman varios de los parajes de la historia cinematográfica.

Sin embargo, no han sido pocos aquellos cineastas que se han ocupado en buscar, en construir, dentro y fuera de los canales predominantes, un lenguaje específico para el cine. Estos intentos, generalmente, han encontrado resistencia a lo largo del ciclo constitutivo del cine, que más allá de esos diligentes esfuerzos, se suscribe a una abrumadora realidad: ser presa cautiva de la lógica de producción.

La obra de Andrei Tarkovsky es una presencia tensa frente a la parafernalia comercial y burocrática que rodea al cine, un caso de lúcida intransigencia moral y estética.

Concebido casi místicamente como un devoto oficio, el cine tarkovskiano reintegra al mundo de lo sagrado, aquello que persiste tras la desolación y el horror cotidianos. Cine incompatible con designios y corrientes. Ni funcionarios ni colegas se lo perdonaron: Tarkovsky sólo dirigió siete películas en un extenso periodo de 25 años.

Guerassimov, Bondarchiuk, Naumov, Chujrai y otros corifeos del Hermano Mayor limitan, hasta donde es posible, la producción y distribución de su obra; su trabajo es acusado de hermético, antisocialista, vanguardista, elitista.

Hoy, vistas con el tiempo, esas acusaciones se han convertido casi en un homenaje.

Andrei Tarkovsky nace en 1932 en el pequeño poblado rural ruso de Savrashye; hijo de Maya Vishniakova, correctora de galeras en una imprenta y del poeta Arseni Tarkovsky, quienes se separan siendo Andrei un niño. Crece en el campo apegado a tres mujeres, su abuela, su madre y su hermana. Realiza durante su adolescencia estudios de pintura y música, seguramente importantes en su formación. Hacia 1954 inicia sus

estudios de cine en la escuela oficial de cine de Moscú, la VGIK, donde es alumno de Mijail Romm, gran conocedor del proceso fílmico, quien le aporta el dominio de los recursos técnicos del cine. Tarkovsky adquiere un sólido respeto por el oficio.

De la estancia en la VGIK, resultan sus dos primeras obras. En 1959 realiza un trabajo escolar, el cortometraje *Hoy no hay recreo* y en 1960 filma su tesis, un mediometraje de 52 minutos, con el título *El violín y la compresora*, donde muestra ya un estilo inquietante. A partir de ahí, Tarkovsky dirigirá entre 1962 y 1979 cinco películas en la Unión Soviética, una en Italia (*Nostalgia*) en 1982, y su último filme en Suecia (*Sacrificio*) entre 1985 y 1986.

La hostilidad hacia su cine no es gratuita, en él convergen voces, imágenes, pensamientos que nadie se atreve a convocar, y que en su interior encuentran una armoniosa promiscuidad: el misticismo paneslavista, la iconografía religiosa, la sensualidad pagana, la sabiduría trágica, cierta sabiduría romántica. Nietzsche, Cervantes, Bruegel, Leonardo, Bach, Pergolese, algo de Dovjenko. La propuesta de Tarkovsky es inasible, inclasificable. Representa, en todo caso, un complejo viaje a la naturaleza de la imagen y el sonido, a lo que el cine tiene de específico, y por tanto, de irreductible; un juego hierofánico para atrapar al tiempo y devolverlo en imágenes insólitas: el despertar en un bosque arcaico; el agua que invade todo, techos trasminados por su presencia ubicua y animada la cálida luz del verano sobre el campo; paisajes tensos cargados de pasiones, de pacíficas y absolutas plenitudes, de soledades; sueños que se rompen y nos llevan a la oscuridad de otro sueño; patrias nebulosas habitadas por el silencio.

Se trata de una obra concebida de un modo apasionadamente personal, de la que resulta sumamente difícil encontrar referencias en el ámbito cinematográfico, acaso algunos asideros se localicen en la poesía y la música.

Es un cine que repele tanto los esquemas comerciales como los requerimientos burocráticos. Tarkovsky sitúa su obra dentro del alma rusa, en una suerte de intimidad secular, lejos del mundo moderno. Para Tarkovsky la sede de la creación artística es un espacio ritual en el que participan las voces de la identidad, el recuerdo, la patria-apatriedad y la naturaleza, asumida como una dimensión dramática en la que el bosque, el agua, la luz, la nieve, la noche, son formas vivas.

Pero también su trabajo enfrenta algunos dogmas canónicos.

Tarkovsky mantuvo una olímpica indiferencia por el montaje eisensteniano, al que consideró maniqueista, ya que de acuerdo con un principio dialéctico, aceptado por la totalidad de la academia soviética, el impacto generado por dos secuencias, debe dar como resultado una tercera, un tercer sentido explícito y evidente, que sirve de resolución a una escena. Así se desenvuelve el cine eisensteniano. Para Tarkovsky este llevar de la mano al espectador, dirigirlo a conclusiones visuales e ideológicas,

representa cancelar el pensamiento, negar la posibilidad de crear sensaciones abiertas. Su propuesta es radical: una película debe ser emocional y no racional.

Tarkovsky compara una película con un río. El montaje debe tener una naturaleza espontánea. El paso de un plano a otro por el montaje no debe ser un medio para obligar al espectador a tener una visión más o menos veloz de los acontecimientos. Aumentar el ritmo no significa acortar las secuencias, porque el despliegue, la movilidad de los acontecimientos mismos puede acelerarse y crear un ritmo nuevo, del mismo modo que un plano general puede dar cuenta de un detalle, según se filme. Lo que obligue a un cineasta a pasar de un plano a otro no debe ser el deseo de ver las cosas más lejos o cerca. Tarkovsky rechaza la concepción que ve en el montaje el arte del cine, porque no da a la película la posibilidad de permanecer más allá de la pantalla, no permite al espectador conectar su experiencia personal con lo que ve ante sí. El cine de montaje pone ante el espectador acertijos, lo fuerza a descifrar símbolos, a complacerse con alegorías recurriendo a su intelecto. Pero lamentablemente, cada uno de esos acertijos posee su solución formulada previamente con precisión. Este tipo de cine es un ataque contra el espectador, le impone su propia actitud frente a los acontecimientos.

En el cine de Tarkovsky el plano aislado no tiene sentido, por deslumbrante que sea, sino como parte de una totalidad. Sus películas son como una especie de suma de planos donde cada plano es consecuencia del precedente, digamos que no tiene en el recurso del montaje la significación de su estructura central. Tal como sucede en la vida, debe darse a cada quien la posibilidad de interpretar y sentir cada instante a su manera. Para Tarkovsky el cine, el arte verdadero, sale de los límites del plano y vive en el tiempo, como el tiempo vive en él. Atendiendo a esa idea, el ritmo de un filme debe componerse por la tensión temporal dentro de los planos, lo que le convierte en el elemento constituyente del cine. El ritmo debe crearse de manera orgánica conforme a la percepción y dimensión del tiempo del propio autor, desarrollando una corriente meramente individual de su densidad, de su curso.

Ahí no acaban las divergencias, la expulsión de los mercaderes del templo es implacable. La obra de Tarkovsky es una finísima negación de dos azotes que petrificaron hasta el último resquicio del cine soviético durante las últimas décadas: el clasicismo y el formalismo.

Frente al parco humanismo heroista del realismo socialista, Tarkovsky introduce a personajes ambiguos, figuras polisémicas que potencian permanentemente su significación. Su cine es un canto a lo que él llama “el hombre débil”: seres que no logran adaptarse de manera pragmática a la existencia, aquellos que en una actitud irrealista “se parecen frecuentemente a los niños con gravedad de adultos”. Para Tarkovsky esta polivalencia de la figura cinematográfica corresponde a la imagen de la figura de la vida misma. Personajes que habitan el mundo de la duda, que viajen

interiormente remitiéndonos a interrogaciones filosóficas esenciales, en el marco de una unidad temática que es el vaso comunicante de toda su obra: hombres que tienen algo que vencer, sostenidos por una idea, buscan compulsivamente la respuesta a una pregunta, van hasta el final de su búsqueda para comprender la realidad. Obtienen la mayor comprensión gracias a sus conflictos, a su experiencia individual.

Otro elemento paralelo que disloca las convenciones formales es la persistencia del sueño (filmes invariablemente poblados de imágenes oníricas) y la discontinuidad del tiempo (reminiscencia del pasado) incorporando al subjetivismo como un factor que trastoca la linealidad.

Contra las concepciones brechtianas de participación-distanciamiento, Tarkovsky propone un cine de participación-contemplación, entendiendo ese ejercicio como un acto poético profundo, capaz de transformar la vida de los hombres, subsanando lo que sería el problema axial del mundo moderno, la desarmonía que existe entre materialismo y espiritualidad. La mirada pierde la naturaleza neutra que se le confería.

Frente a la mirada canina que desea abarcar, dominar y delimitar lo que le sale al paso, existe otra mirada que celebra y recrea para sí el mundo sin apropiarlo.

Hay en Tarkovsky una delicada filosofía práctica que ve como esencia del cine la oficiosa tarea de fijar el tiempo, la impresión directa del tiempo. El tiempo impreso en sus formas, en sus manifestaciones formales, es la idea fundamental de la cinematografía, del arte cinematográfico. El tiempo se convierte en una unidad de medida estética que se puede reproducir al infinito. Baste tomar un bloque de tiempo que contiene un conjunto desmesurado de hechos. El cineasta esculpe el tiempo, quita lo accesorio, funda una nueva corporalidad.

El cine tarkovskiano es un llamado a mirar y penetrar el mundo sobre los bordes que el pensamiento racional ilustrado ha forjado, sobre el campo mismo de batalla del nihilismo. Es parte de un pensar sobre la responsabilidad del artista, la creación y el mundo. Sus concepciones tienden a trastocar los códigos modernos de las formas y los géneros. Así, recupera el pasado como una fuente viva en *Andrei Ryblev* o *La infancia de Iván* desmontando los rutinarios preceptos de una historicidad heroica y epopéyica que carcomía al cine; en *Solaris* y *Stalker*, más que una reflexión a partir de la ciencia ficción, la apuesta es a participar en una experiencia abierta que ve en el antropocentrismo, en la voluntad de dominio, la ruina de la existencia; o el desmontaje de lo biográfico-lineal a través de ese caleidoscopio-*collage* que es *El espejo*; o el empleo de altos niveles de abstracción en esos poemas ideográficos sobre la muerte de Dios que son *Nostalgia* y *Sacrificio*, sin que unos y otros problemas dejen de comunicarse interna y externamente en cada filme.

Hacia 1982 Tarkovsky sale de la Unión Soviética, es autorizado para viajar a Italia, donde realiza *Nostalgia*. En 1984 hace pública su decisión de permanecer en

occidente. La impresión que causa es la de alguien extraviado, su personalidad jamás se adaptaría a otro lugar que no fuera al que pertenecía. Las restricciones a su cine, con otras vestiduras, probablemente serían las mismas. Ya en *Nostalgia* hay una profunda decepción de occidente: “¿Para qué quieren la libertad? ¿Para comprarse un par de zapatos cada semana?”.

Después de la filmación de *Sacrificio* había decidido volver a su país, buscando el apoyo de la nueva dirigencia del Goskino (Ministerio del Cine) que parecía traer vientos de cambio.

Tarkovsky no volverá nunca más a Rusia. Durante el invierno de 1986 muere en París, pero los últimos filmes realizados fuera de su país dan cuenta de un hombre que vive profundamente el recuerdo de su patria, esa patria holderliniana construida en la lengua, en el sueño, en las imágenes imborrables del agua, en la presencia lumínica de los elementos y los seres extraños, esa patria fundida enigmáticamente en la identidad.

#### UNA PREGUNTA POR EL MUNDO

*La infancia de Iván* (1962) se ocupa de las experiencias de un niño huérfano que durante la Segunda Guerra Mundial realiza misiones peligrosas para el ejército ruso tras las líneas enemigas. Su hermana y su madre fueron ejecutadas por los alemanes. En Iván hay una voluntad casi mística de venganza; su situación límite le da a su vez la posibilidad de tener una realización interior. Esta experiencia alude directamente al sentimiento de la soledad y al descubrimiento de la vida en el horizonte trágico de la guerra y la orfandad. Es el fin del paraíso maternal de las primeras imágenes, es el fin de los lazos que lo vinculaban a la infancia. En el lindero caótico de la sobrevivencia Iván se pregunta a través del sueño y los recuerdos por su propia existencia, por el sentido de sus actos. La muerte es una presencia que deambula a su lado por la línea de guerra, agazapada en los interiores oscuros o en el paisaje de escombros. Hay en Iván una exploración al vacío, una interrogación sobre el significado de su extravío. Una secuencia devela el espíritu del filme: un túnel que es la entrada a un refugio militar, en un delirio de Iván, es transformado ante nuestros ojos en un pozo en el que su madre y él miran un lucero que está al fondo del agua. La fascinación que esto produce en Iván le impulsa a descender al interior del pozo, con el deseo de tocar la estrella, de pronto, ve que viene cayendo vertiginosamente la cubeta que su madre sostenía en lo alto. El plano se corta. La siguiente escena nos muestra a Iván a la orilla del pozo mirando a su madre que yace muerta sobre el suelo. Toda posibilidad de contacto humano es fugaz, su comunicación es con el pasado. En la iglesia ruinoso Iván descubre

las últimas inscripciones de un grupo de jóvenes fusilados, observa los viejos grabados de un libro de arte alemán.

Su misión, entendida en un sentido amplio, tiene que cumplirse. En la penumbra dos oficiales lo conducen en una barca por un bosque inundado. En un punto, ante la cercanía de los alemanes Iván se despide. Poco después mediante imágenes documentales, sabemos del fin de la guerra. Vemos el cadáver de Goebbels junto con su familia, envenenada por él mismo; la rendición. El Reichstag, uno de los oficiales revisa los archivos en su interior, encuentra el expediente de Iván, descubre que fue capturado y fusilado por el ejército alemán.

La última escena nos devuelve al edén maternal donde Iván juega con otros niños ante la presencia de su madre. Durante el juego Iván corre felizmente por la playa hasta tocar un enorme árbol seco.

En su primer largometraje Tarkovsky establece un tipo de figuras que acompañará toda su obra: un personaje invadido por la duda, que viaja interiormente sin descanso, en crisis y que nos remite a preguntas filosóficas esenciales. En Iván hay una profunda ambigüedad que diluye las fronteras entre su perversión y su inocencia, es un ser lacerado por la guerra, en cuyo espacio realiza la constitución de su vida, prácticamente como un acto religioso: Iván es un personaje perdido pero no sometido, asume la guerra como el ámbito de su redención. Aparece aquí la línea temática que persistirá a lo largo de su obra. *La infancia de Iván* es un filme sombrío, nervioso, en el que Tarkovsky aprovecha profundamente el monocromatismo para agudizar la presencia de texturas y volúmenes.

El universo propio de Tarkovsky aparece pleno durante toda la cinta, no obstante la utilización continua de recursos que para el momento pudieran considerarse experimentales: el uso persistente del plano-secuencia; la combinación magistral de elementos escenográficos con la banda sonora, como es el caso de las secuencias en el refugio, donde paralelamente al flameo de la estufa, que se proyecta sobre los muros del cuarto, se escuchan incisivos sonidos de goteo provocando en el espectador una sensación líquida, o la escena de la plática en el bosque entre la teniente de salubridad Macha, y el oficial Jolin, que tiene como marco sonoro un golpeteo de maderas; posiciones de cámara inusuales, tomas a nivel del suelo, ángulos en picada, tomas cerradas llevadas a un grado inquiriente, sobre todo en la impresión de rostros, llevando a quien las mira a participar en el vértigo y el delirio entre los que Iván oscila (procedimiento utilizado por Elem Klimov en *Ven y mira*); empleo de pietaje documental y del *front-picture* en positivo y negativo. No es poca cosa.

*La infancia de Iván* es una inmersión en el horizonte de la tragedia, un despliegue alucinante de recursos cinematográficos que nos remite no a una lógica vertebrada, sino a una atmósfera de sensaciones.

Junto con sus personajes futuros Iván es un ser en crisis. La crisis del mundo material es un paisaje de su mundo interior.

## EL RITUAL DEL OFICIO

*Andrei Rublev* (1965-1969), más que una reflexión acerca de las relaciones del artista con el poder, como tanto se ha dicho, parece ser un filme sobre la constitución del artista, esto es, una visión de cómo el artista se forja a través de su propia obra y la tensión que mantiene con el mundo de “fuera”, con lo profano que incide en su vida.

Rublev, pintor de íconos entre los siglos XIV-XV, pertenece a la tradición mística ortodoxa, por la cual fue canonizado. Es un punto de referencia fundamental para la historia del arte ruso, es él quien además de aportar elementos técnicos definitivos en la pintura del ícono (el dibujo cerrado y tenue, la composición de colorido suave, una sutil euritmia de las superficies), integra de modo notable el color y el ámbito de la “patria rusa”, mediante la incorporación de elementos regionales.

El ideal ruso de santidad se forma en soledad, en medio de los bosques cuya extensión se pierde de vista. Rublev pertenece a la tradición de los ascetas guardianes de las fuerzas profundas de la vida, que unen el sentido trágico con el asombro de la redescubierta tierra paradisiaca. La espiritualidad ortodoxa se encontró expresada en la armonía profunda y vibrante de su obra.

Tarkovsky sitúa su mirada muy cerca de la de Rublev, con una sacralidad y fuerza fieles a la cosmovisión del santopintor; hay desde el respeto por las jerarquías divinas y humanas hasta esa observancia siempre primaria de la naturaleza y la vida campesina. En este filme Tarkovsky realiza un impresionante trabajo con la luz y el espacio, apoyado por la fotografía introspectiva de su antiguo compañero de escuela Vadim Yussov, una verdadera apología del plano sostenido, plano-secuencia con suaves movimientos de cámara, abarcando no sólo el espacio objetivo-subjetivo de los personajes, sino su ritmo, creando un tiempo narrativo específico, un montaje interno.

La película se ubica en un periodo particularmente importante de la historia rusa: la última etapa de hostilidad tártara, en la que aparece una naciente voluntad de unificación de las fragmentaciones feudales para formar propiamente una nación.

En ese ámbito el joven Rublev vive y observa tanto el pulsar de la vida del pueblo y su visión mágico-religiosa de la existencia, reflejada en la secuencia de la celebración estival de los jóvenes campesinos paganos, como la implacable crueldad de los poderosos: el hermano del gran duque del lugar por un problema de rivalidad política ciega a varios artesanos que iban a unirse a trabajar con Rublev; los tártaros toman por asalto la catedral donde se refugia gente del pueblo, cometiendo una masacre, lo que lleva

a Rublev a tomar un voto de silencio que implica no pintar. Once años más tarde, el gran duque ordena la construcción de una gran campana. El fundidor del pueblo ha muerto, pero su hijo asume el encargo, haciendo creer al duque que su padre le transmitió el secreto de la fundición antes de morir. El trabajo es extenuante. Rublev sigue el proceso. El día que la campana va a ser probada ante el duque se reúne el pueblo. La campana tañe perfectamente. El muchacho confiesa a Rublev que no tenía el secreto y llora emocionado. Ante esta revelación Rublev rompe el voto de silencio, conmovido, y decide volver a pintar.

A pesar de tratarse de un segundo largometraje *Andrei Rublev* es una obra plena con una deslumbrante belleza formal.

Tarkovsky plantea un asunto moral: el paso de la fe intelectual adquirida en un monasterio a la fe producto del sufrimiento y de la vida entre los hombres. El filme es una parábola en la que los acontecimientos se acentúan para rehacer el trazo del camino de Rublev, para potenciarlo. El hombre que vuela en el globo al inicio de la película está movido por la fe, y es capaz de realizar algo que para su tiempo parecía imposible. La construcción febril de la campana encargada al hijo del fundidor funciona simultáneamente como un acto de fe y como la prueba de fuego para la adquisición de un rango, de un oficio. De este hecho, que implica convicción y audacia, depende la constitución de la existencia propia. Rublev encuentra la redención a través de la fe del joven fundidor. Tarkovsky con esa magistral metáfora visual, lo mismo que aquel artesano, demuestra su derecho al oficio, su conocimiento y pasión por el cine.

El contenido religioso de la película, su planteamiento formal, su voluntaria infidelidad a ciertos aspectos de la época provocan la desconfianza y la incomodidad de las autoridades soviéticas; no ven en el filme los lineamientos realistas que supone desde su perspectiva una recreación histórica. Su participación en el Festival de Cannes se condiciona a que se presente fuera de concurso.

Por otra parte, la Columbia Pictures, que adquiere los derechos de distribución, se da a la tarea de mutilarla en casi cuarenta minutos para su exhibición mundial, en un acto de barbarie bajo el amparo de criterios comerciales.

## EL ESPACIO INTERIOR

*Solaris* (1972) es, de algún modo, la última película en que Tarkovsky utiliza una base argumental, un guión de ciencia ficción empleado de manera inesencial. Hay en el espíritu del proyecto el propósito de polemizar con las visiones humanistas institucionales de la ciencia y el cine. El material argumental, proveniente de una novela de Stanislaw Lem, permite mediante sutiles analogías, interrogar a los paradigmas del sistema.

La película, concebida como un ritual de rostros, es un gran estudio de las posibilidades de la tonalidad y la textura. Construida en planos largos, con un tiempo oscilante, *Solaris* es un filme donde pasado, presente y provenir se entrecruzan y convergen.

La integración entre espacio-color-tiempo-sonido es nodal, la continuidad entre las escenas se funde mediante una resolución específicamente formal en la que el ritmo, la tonalidad y la banda sonora nos guían por encima de cualquier encadenamiento demostrativo.

Solaris es un lugar enigmático, un extraño planeta que es causa de una viva preocupación por parte de los científicos de la Tierra. Kris Kelvin, un prestigiado psiquiatra, es enviado a Solaris en una misión crucial para la ciencia: determinar si seguirá operando la estación orbital, cuyos tripulantes están dedicados al estudio de ese planeta.

En la víspera de viajar a Solaris, Kelvin visita el hogar familiar, una *dacha* en la que vive su padre, junto a la que hay un estanque que le trae profundos recuerdos; se trata de un espacio en el que está centrada toda su mitología personal. Ahí quema los trabajos de investigación que ha realizado para el instituto en que trabaja, desencantado de sus vínculos con la ciencia. Las últimas imágenes de la Tierra que Kelvin observa son enormes hileras de automóviles que saturan las arterias de la ciudad y conforman su rutina incurable.

Kelvin encuentra la estación en un abierto estado de abandono, uno de los encargados, el físico Guibarian se ha suicidado, dejando como mensaje el dibujo cuasi infantil de un hombre con una soga en el cuello y una filmación que no revela el origen de la situación.

Otros dos tripulantes, Sartorius y Snawt, están al borde de la demencia y mantienen un fuerte hermetismo frente a Kelvin.

Después de dormir la primera noche en la estación, Kelvin se encuentra al despertar una bella mujer; Tarkovsky inicia la escena mostrando un resplandor dorado sobre la mejilla de una mujer recargada junto a una entrada de luz; se trata de Hary, su esposa muerta, quien se había suicidado tras una crisis matrimonial. Hay en *Solaris* la materialización de los deseos, también la posibilidad de acercarse y comunicarse con lo extraño, con lo otro.

Mientras Sartorius y Snawt resisten y desprecian las apariciones, Kelvin se entrega amorosamente a Hary, pasa con ella todo el tiempo a pesar de las críticas y condenas de aquéllos.

El océano de Solaris es como un enorme cerebro hirviente, los científicos suponen que los fenómenos se deben a que éste realiza maniobras que extraen de la mente humana imágenes y figuras materializándolas. Estos seres compuestos de neutrina son capaces de regenerarse por sí mismos, en tanto quienes los piensan mantengan con ellos una relación estrecha.

A las cinco de la tarde hay un momento de ingravidez en la estación. Hary y Kelvin flotan plácidamente dejándose llevar lo mismo que los objetos que los circundan, en una escena que condensa el ánimo del filme.

La tripulación original pretende expulsar a Hary junto con las demás apariciones, por lo que, para constatar una conjetura, le practican un encefalograma a Kelvin y lo envían al océano de Solaris. No habrá desenlace preciso, sólo un espacio misterioso y abierto en que aparece la figura de Kelvin frente al hogar paterno trasminado por la lluvia, observando en intimidad a su padre, quien apila libros sobre una mesa. La cámara se aleja presurosamente y nos muestra a distancia el exiguo mundo de los hombres, una pequeña isla que descansa como un recuerdo sobre el inmenso mar de Solaris.

En cierto momento del filme un tripulante reflexiona sobre la trampa de la proposición humanista: “No buscamos alcanzar el cosmos, queremos ensanchar la tierra... no queremos conocer el mundo, queremos vernos en un espejo”.

La película está planteada en lentos movimientos de cámara, apego al plano-secuencia, tomas fijas, fundamentalmente en planos medios, en las que se realizan maniobras casi imperceptibles, que dan una absoluta integridad visual al filme. La fotografía alterna el color y el monocromatismo en una vasta gama tonal que opera en función de la resolución específica de cada secuencia, ligada en ocasiones al tiempo y al lugar, otras a la evocación y al ánimo.

Una vez más Tarkovsky realiza un gran trabajo con los semblantes, organizando un ceremonial de rostros, sorprendidos entre la perplejidad y la fascinación, cuya sacralidad se potencia mediante el empleo de los preludios de Bach.

Un elemento central en la película que funciona como contenido latente, es la idea de multiplicidad, que va desde su concepción formal, una gran variedad espacial y tonal, hasta el propio sentido de insensibilidad que implica la certeza de vivir en un mundo que está contenido en otros.

Desde una perspectiva polisémica *Solaris* podría ser: dos jornadas en una estación del espacio interior; la búsqueda de un remedio contra la inmortalidad; la preferencia por una aparición sobre todas las verdades científicas; una alabanza al pensamiento no inquisitorial de los antiguos; la inmersión en una pintura de Bruegel; un poema-ficción que concibe al mar como un ser vivo; una odisea sobre la vuelta a la patria paterna; la aventura de un Ulises que cede al canto de las sirenas.

## LA IMPRESIÓN EN LA RETINA

*El Espejo* (1974). Con *Iván Rublev* y *Solaris* todas las reservas del Goskino se solidificaron. La complejidad y alcance de estas obras provocó la definitiva incomodidad

y desconfianza de las autoridades. Un cine que no está para educar ni prestar servicialidad social. *El Espejo* encontró grandes problemas para su exhibición y distribución. En la Unión Soviética se exhibe tres años después de filmado, de manera prácticamente clandestina, tratándose de propiciar su fracaso. No obstante, la respuesta pública hace del filme un acontecimiento.

*El Espejo* es un mosaico-*collage* que contiene la carga autobiográfica de Tarkovsky. Es, sin duda, un nuevo paso dentro de la propuesta poético-cinematográfica; aquí desaparece en su totalidad la linealidad narrativa, simultáneamente a la posibilidad de algún referente para un seguimiento ordinal. El tiempo, el color, el espacio, la sonoridad, son materias dúctiles insertadas en casi todas sus posibilidades, con un sentido de la composición y la estructura próximos a un cierto tipo de construcción musical. No hay tampoco un juego de significaciones en segunda instancia, la película es lo que está ahí, fragmentos de luz que dentro de su proliferación, preservan su unidad anímica. El problema entre la fidelidad a una idea y su representación formal está ahora más presente que nunca: los recuerdos y los sueños vienen a Tarkovsky con una carga sentimental que el paso al cine no debe neutralizar. Es como el estallido de un ícono que en su desintegración luminosa graba imágenes en la memoria y cada parte guarda secretamente su forma matriz.

*El Espejo* es un espacio en el que Tarkovsky se mira, para instalarse en la visualidad, y al someterse al reflejo invoca todas las figuras íntimas y públicas que lo han conformado.

El padre, la madre-esposa (interpretadas por la misma actriz) y el hijo están presentes no como personajes autónomos, sino como la impresión que su existencia ha dejado a modo de espectro en la subjetividad.

En la primera escena, el hijo de Tarkovsky, Ignat, enciende el televisor, un tipo tartamudo intenta caóticamente expresar su identidad, todo vanamente. Una mujer lo hipnotiza y luego le despierta, el muchacho con pleno desenvolvimiento dice: “puedo hablar”. Con esta analogía Tarkovsky revela su propia emoción al realizar *El Espejo*, frente a cualquier vacilación que hubiera existido en el pasado.

El filme alterna documentos de archivo, pietaje documental, imágenes de especial sentido histórico y personal: Leningrado sitiado por los nazis, reminiscencias del culto a la personalidad Stalin-Mao, la Guerra Civil Española, la caída y destrucción de Berlín, el stajanovismo y su noción de optimismo revolucionario, los noticiarios de la época. Sin embargo, estas imágenes son despojadas de cualquier contenido descriptivo-objetivo y sin el sonido original nos aparecen siendo ya otra cosa.

El aspecto sonoro está formado con la poesía de Arseni Tarkovsky, y extractos musicales de Bach, Purcell y Pergolesse, empleados con un sentido de potenciación de lo sagrado.

*El Espejo* es una evocación de todo lo sensible que preserva la memoria, un retrato propio a partir de los otros, en el que la densidad de la imagen crea proposiciones dispersas sobre el interior del artista, del cine.

## LA MEMORIA SECRETA

*Stalker* (1979) es una gran experiencia estética soportada por una aventura espiritual, por la búsqueda de un absoluto: el estado ideal. Aquí, el imaginario, la creación, elaboran un lenguaje laberíntico. Tarkovsky vuelve a emplear la ciencia ficción apropiándose básicamente del esquema general de la novela de Boris y Arkadi Strugatski.

El filme, que contiene una mayor estilización que *Solaris*, es un enorme despliegue de materia fílmica: Tarkovsky mantiene su fidelidad al plano largo y al plano-secuencia; alternancia del color y el blanco y negro, que ahora tiene una concepción gráfica más elaborada de la textura monocroma que permite variar las tonalidades del contraste; aparece también un juego de oposiciones en las tonalidades policromas; la presencia de elementos y formas del mundo natural, ramajes, lodo, piedras, cobran un valor lumínico y estético nunca alcanzado; la multiplicidad de signos formados por los elementos, en especial el agua, es más aguda.

La Zona, un espacio milagrosamente signado por la caída de un meteoro, es objeto de una intensa vigilancia militar, pues en ella, se dice, suceden cosas extraordinarias que afectan a los individuos.

Tres personajes instalados en la aridez creativa, tres soñadores que viven el reiterado apocalipsis del opaco mundo de los hombres, deciden romper el cerco, huir de la desolación. Del otro lado, se localiza la geografía del deseo, soportada por una tierra cambiante e inasible. *Stalker*, cautivo de su desesperación, sabe que el tránsito por ese laberinto a veces húmedo, otras boscoso o agreste, es la última estación a donde llegan los descorazonados en su ruta hacia otra realidad, un lugar no sometido a relación de dominio alguno.

No importarán los ruegos de la esposa, ni el sentimiento de culpa por la invalidez de la hija; habrá que desafiar las prohibiciones, perder todas las seguridades de la vida gregaria y penetrar ese mundo incierto que subsiste como una memoria secreta. Ahí se produce una suerte de fuga y encuentro de los personajes con su propia vida, la aparición de un signo subjetivo del ser, que se resiste a ser despojado de sus raíces más elementales; el desenvolvimiento infinito de una tierra donde el agua es el vehículo materializador del sueño.

El viaje los instala en un punto límite que pone en estado de revelación sus obsesiones, frustraciones y deseos. El recorrido por la topografía misteriosa de la Zona representa

sólo un temporal alivio a su angustia. En el momento decisivo para la realización de sus deseos, sus propias voluntades los devuelven al vacío: un escritor incapaz de asumir las incógnitas y la fe, un científico cuya única expectativa emocional será poner una bomba en el corazón de la Tierra, el Stalker, dolido por la imposibilidad de penetrar el absoluto de la otredad.

Finalmente, estos héroes abortados se verán reincorporados al mundo monocromático de la soledad colectiva, ajenos a su propia existencia.

## EL LENGUAJE PERDIDO

*Nostalgia* (1983). Hacia 1982 Tarkovsky fue autorizado a salir de la Unión Soviética para filmar una película en Italia, la cual sería reproducida por la cadena RAI, el Ministerio de Cultura y una productora privada. Se termina la filmación un año después. En el transcurso de ese tiempo, Tarkovsky toma la decisión de permanecer en occidente y es probable también que en este periodo tenga plena conciencia de la gravedad de su enfermedad, lo que se reflejará en el tono de su trabajo.

Quienes habían vislumbrado la influencia de cierto universo romántico en la obra de Tarkovsky, pudieron constatar en *Nostalgia* sus suposiciones, no obstante la distancia que él puso de por medio al romanticismo que potencia y proclama el Yo. Aquí se pueden encontrar varios de los elementos privilegiados del romanticismo: el solitario-nómada, el arcaísmo, la búsqueda de otro tiempo y otro lugar, la locura como redención o abismo, la recuperación del sueño como un espacio fundamental, la naturaleza como algo impenetrable, el rechazo a lo mundano, la pugna trágica frente al sujeto del dominio moderno.

La anécdota de *Nostalgia* es ínfima pero significativa: el poeta ruso Andrei Gorchakov viaja a Italia para realizar una investigación sobre un compositor también ruso llamado Pavel Sasenowski, quien vivió por algún tiempo en Bolonia durante el siglo XVIII, alcanzando cierta fama y que, según se dice, decidió volver a Rusia por estar enamorado de una esclava, aun a costa de perder su propia libertad.

Gorchakov es acompañado por una intérprete, Eugenia, con quien mantiene relaciones que no van más allá del trabajo.

Paralelamente a la búsqueda de Gorchakov se sitúa el itinerario del profesor Domenico, quien es señalado como un loco por los residentes y turistas de la estación termal de Vignoni a la que había arribado el poeta, ya que durante siete años mantuvo encerrada a su familia en espera del fin del mundo, tratando de preservar su pureza. Es Domenico un tipo automarginado, en absoluta inadaptación al mundo de los hombres, entregado al misticismo y a la mitología propia. Esta separación del mundo gregario

tiene una analogía con la situación de Gordlakov: vivir una soledad ganada con el riesgo. Domenico se autoinmolará en una plaza pública de Roma como resultado de su angustia, por el acoso a su santidad.

Gorchakov continuará su búsqueda, fundida con las obsesiones de Domenico: deberá cruzar la piscina termal con una vela encendida, a fin de concluir el rito primordial de éste, para después ser tocado por la muerte.

En *Nostalgia* hay una doble evocación. Tarkovsky dedica la película a su madre recientemente muerta y también alude a la imagen hiriente de la patria rusa, persistente en la memoria; es la pérdida de la figura materna en su doble naturaleza. Pero es una reflexión hecha desde un lugar muy remoto al Edipo freudiano y sus implicaciones racionalistas.

Desde la primera imagen nos internamos en el enigma de una aventura poética. Bajo la bruma matinal tres mujeres dispersas en una colina caminan cuesta abajo, un caballo y un perro están con ellas. Esta imagen íntima, fotografiada monocromáticamente nos lleva sutilmente al mundo hermanado del recuerdo y el sueño donde reinan los ángeles del hogar, espectadores ante el regreso o la partida.

La mirada explora más allá de nuestro campo visual, abriendo una oquedad en la atmósfera que nunca se cerrará.

“Una mujer sirve para tener hijos y criarlos con paciencia y sacrificio” sentencia el sacristán del templo medioeval a Eugenia, en un arcaísmo que ella no entenderá, mostrando el conflicto esencial entre la razón y la fe.

Gorchakov y Eugenia se mueven en dos arquitecturas, una sin elevación, arraigada a la tierra, anterior a las certezas del pensamiento renacentista, en estado de ruindad, fundida con el musgo, la piedra y el agua; la otra, sobrehumana, concebida para ser eterna y cuyas cúpulas dominantes rematan su omnipresencia, se trata del espacio de la verdad absoluta y la vida fragmentaria contra la que Domenico hace un alegato.

“La poesía no se puede traducir, pero ¿y la música?”, una pregunta incrustada al inicio del filme, alude a la propia búsqueda de la universalidad de la imagen, dos escenas centran y llevan a la plenitud esta tensión: en un largo plano-secuencia, Gorchakov llega al cuarto del hotel durante una tormenta. El escenario se compone de tres elementos: una ventana abierta por la que penetra la lluvia a la habitación y desde la que se observa un árbol abatido, al centro la cama en la que se recuesta Gorchakov y al otro lado el hueco de la puerta del baño con el foco encendido sobre un espejo. Se plantea y resuelve el problema de la dualidad mediante la integración de elementos esenciales; la luz natural y la luz eléctrica iluminan simultáneamente la escena, el plano frontal es, de un lado, espacio abierto y, en otro extremo, el muro del baño cierra la perspectiva. La creación de este ámbito hace posible la aparición sincrónica del recuerdo, el sueño y el presente cotidiano.

En la escena final se realiza un asombroso movimiento de cámara; Gorchakov aparece en primer plano junto al espacio familiar de la *dacha* y el estanque, asumido como decorado real, para luego abrirse lentamente hasta mostrar el conjunto rodeado de arquitectura arcaica, en una dimensión fantástica que funde el ámbito ruso con el italiano. Esta imagen nos hace repensar la secuencia en que el poeta comenta a Eugenia que a cualquier lugar donde vaya siempre traerá consigo las llaves de su casa.

## UN IDEOGRAMA ORIENTAL

*Sacrificio* (1986). Una mañana Alexander, un ex actor, planta con su pequeño hijo un árbol, le da una serie de consejos para su florecimiento. Otto, el cartero del pueblo, entrega a Alexander un telegrama de felicitación por su cumpleaños enviado por unos amigos. Sostienen una breve conversación. Otto se despide.

La escena, captada en un *traveling* lateral de diez minutos en una cuesta, es una declaración de principios estéticos, de fidelidad al principio del plano-secuencia y a la construcción de la figura. Camino a casa Alexander encuentra a su esposa Adelaide y a Víctor, un médico amigo de la familia, quien le regala un libro de arte antiguo. En la siguiente escena, ya en casa, Adelaide, Alexander y Víctor platican. La mujer reprocha a Alexander haber abandonado la profesión. Aparece un distanciamiento entre ellos. Otto llega a la casa para regalar a Alexander el original de un mapa antiguo, quien le comenta que desprenderse de un documento tan valioso debe representar un sacrificio, a lo que Otto replica: “Qué clase de regalo sería si no fuese un sacrificio?”

Repentinamente, cuando Otto cuenta una historia sobrenatural se registra un fuerte temblor y se escucha un estridente vuelo de aviones. La televisión avisa sobre hechos que pudieran corresponder a una guerra nuclear. Adelaide histérica, reclama a todos, pide que hagan algo. Víctor le aplica un sedante. Durante los acontecimientos el niño duerme en su habitación. Alexander angustiado se retira a su estudio y reza para que no suceda la hecatombe, promete dejar a su hijo, no volver a hablar (voto de silencio semejante al de Rublev), renunciar a todas las seguridades de su vida.

Durante la noche, cuando la familia duerme, Otto el cartero despierta a Alexander para transmitirle un remedio secreto que puede evitar la tragedia: hacer el amor con María, la misteriosa sirvienta islandesa que vive en las afueras del pueblo.

Alexander va a la casa de María quien lo recibe sorprendida. La mujer no entiende. Él amenaza suicidarse y María amorosamente lo acepta. Durante el acto los dos levitan sobre la cama. A la mañana siguiente Alexander despierta en su casa; mientras Víctor y Adelaide discuten sobre la partida del primero a Australia, Alexander apila muebles dentro de su casa y le prende fuego, cumpliendo su promesa.

Alexander contempla el incendio de la casa hasta que una ambulancia le lleva. El filme termina sobre el punto inicial. Su hijo riega el árbol plantado el día anterior y solitario pronuncia suavemente: “En el principio era la palabra”.

El *Sacrificio* es una reflexión realizada en una escritura ideográfica semejante a la de algunas culturas orientales (subrayada en la utilización de la bata japonesa por Alexander), en la que el signo se ha cambiado por un símbolo o soporte de un modo más radical. Esto supone un grado intenso de abstracción en el manejo de los personajes, ya que más que una historia o parábola sobre una enseñanza abre una pregunta dolorosa sobre el lugar del pensamiento espiritual y del arte en el mundo moderno.

Alexander es un loco, un iluminado encadenado al Domenico de *Nostalgia*, su sacrificio –liberación a través del fuego– tiene una íntima vinculación al de aquél. El fuego libera, barre con el lastre, aligera. Los personajes centrales de la película son el silencio y la fe, los actores son soportes, sus relaciones los hacen ambiguos, intensos, creíbles, su soledad o la respuesta a ella los define.

La película es un movimiento circular, donde el sueño nos ha trastocado, donde las cosas han cambiado gracias a que un sacrificio ha tenido lugar.

Es esta la última obra de un autor que hizo preguntas simples y esenciales sobre la naturaleza humana. El laberinto de su obra es un lugar lleno de círculos y de eternos retornos que nunca nos devuelven iguales. Una obra que asume el dolor, lo terrenal, aquello que la razón simula y evade. Tarkovsky nos sumergió en una oscuridad que no es la Nada de la filosofía moderna, sino el recuerdo de que somos esencialmente un milagro.

## BIBLIOGRAFÍA

- Perez Turrent, Tomás, “Andrei Tarkovsky, la nostalgia del sacrificio”, revista *Infame Turba*, núms. 6/7, UAP, primavera, 1988, pp. 90-95.
- Schnitzer, Luda y Jean, “La Rusia de Andrei Rublev (1360/1430)”, revista *Infame Turba*, núms. 6/7, UAP, primavera, 1988, pp. 109-111.
- Tarkovsky, Andrei, *Die versiegelte Zeit*, Ullstein Sachbuch, Frankfurt/M. Berlín, septiembre de 1988.
- , *Hoffmaniana*, Schirmer/Mosel, München, 1987.
- Verniere James, “Conversación con Andrei Tarkovsky”, revista *Infame Turba*, tomada de la revista *Heavy Metal*, abril de 1984.



**GERMÁN A. DE LA REZA**



El juego cromático es llevado a su más alta expresión. Los materiales empleados, óleo, textiles vegetales, madera tratada, aluminio repujado, se trabajan por separado y luego se ensamblan dentro de una composición que recuerda a la escultura. En *Solaris* la técnica es más depurada y los materiales se trasvasan uno en otro, pierden sus características más visibles y se impregnan de otras. ¿Cómo clasificar esta multiplicación de planos en los cuales el afán orfebre trasciende la arquitectura de lo abstracto? Los figurativistas abstractos reconocerían esta obra como a una de las suyas, aunque escasean quienes consagren la innovación cromática a esta manera de devolver la pintura a sus orígenes esenciales.

GETA DELEANU  
Museo de Arte Moderno, Constanta



GERMÁN A. DE LA REZA



*Blandiana* (2009), óleo, aluminio y polvo de mármol  
sobre madera, 32x24 cm, col. particular,  
Ciudad de México.



*Franciscana* (2009), óleo y aluminio sobre madera,  
32x24 cm, col. particular, Ciudad de México.

GERMÁN A. DE LA REZA



*Fuente* (2009), óleo y aluminio sobre madera,  
20x24 cm, col. particular, Ciudad de México.



*Cáliz* (2009), óleo y aluminio sobre madera,  
28x35 cm, col. particular, Ciudad de México

GERMÁN A. DE LA REZA



*Acuática* (2009), óleo, aluminio, madera, textiles vegetales y polvo de mármol, 35x28 cm, col. particular, Ciudad de México.

GERMÁN A. DE LA REZA



*Icarus* (2009), óleo y aluminio sobre madera,  
32x24 cm, col. particular, Ciudad de México.

GERMÁN A. DE LA REZA



*Solaris* (detalles) (2009), óleo y aluminio sobre madera,  
32x24 cm, col. particular, Ciudad de México.



*Umbrá* (2009), óleo y aluminio sobre madera,  
20x24 cm, col. particular, Ciudad de México.

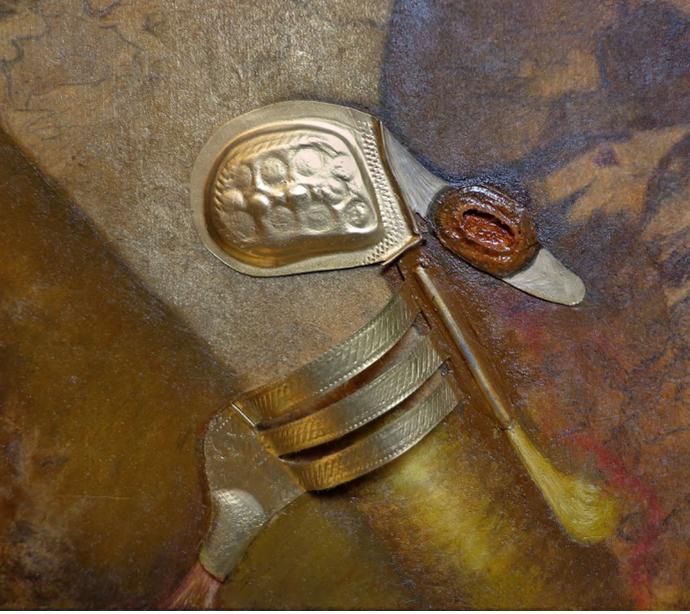
GERMÁN A. DE LA REZA



*Alquimia* (2009), óleo y aluminio sobre madera,  
32x24 cm, col. particular, Ciudad de México.



*Fuente (detalle)* (2009), óleo y aluminio sobre madera,  
20x24 cm, col. particular, Ciudad de México.





GERMÁN A.



DE LA REZA





*Alquimia* (2009), óleo y aluminio sobre madera,  
32x24 cm, col. particular, Ciudad de México.

# JOSÉ MARÍA ARGUEDAS, MARIO VARGAS LLOSA Y EL PAPACHA OBLITAS\*

Adolfo Gilly

El extranjero te permite ser tú mismo  
al hacer de ti un extranjero.

EDMOND JABÈS  
*En su blanco principio*

**E**n *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo* (FCE, México, 1996), Mario Vargas Llosa realiza una crítica ideológica, política y literaria a la obra del escritor José María Arguedas (1911-1969). Vargas Llosa contrapone su idea de un Perú en trance hacia una rápida modernización, con la visión andina e indígena propia de la obra novelística y ensayística de Arguedas. Es una polémica que continúa presente en el mundo andino en las actuales discusiones. En este ensayo, en el que se revisa la obra y las ideas de José María Arguedas, se analizan los alcances y significados literarios y culturales de ambas visiones.

## ABSTRACT

In *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo* (FCE, México, 1996), Mario Vargas Llosa makes an ideological, political and literary critique of the work of the writer José María Arguedas (1911-1969). Vargas Llosa contrasts his idea of Peru in the process of a rapid modernization, with the Andean indigenous view in the novels and essays written by Arguedas. This controversy is still present in the discussions on the Andean world. The essay, that reviews the work and ideas of José María Arguedas, analyzes the scope and the literary and cultural meanings of both views.

\* Texto presentado en la conferencia *Literature and Nationalism in Latin America at the end of the 20th Century*, Georgetown University y Georgetown College, 6 de abril de 1999. Publicado en *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, núm. 50, nueva época, año 19, UAM-Xochimilco, México, enero-abril de 2006.

I

El nacionalismo es un sistema de ideas y creencias fundado en la distinción entre la propia comunidad nacional y las restantes –los extranjeros que pueblan el ancho mundo– y en la suposición de la especificidad –real– y la superioridad esencial –imaginada– de esa comunidad sobre todas las otras.

De ahí la proliferación en América Latina de expresiones que denotan esta diferencia específica e insinúan el orgullo de la implícita superioridad esencial: “mexicanidad”, “bolivianidad”, “peruanidad”, “argentinidad”, “colombianidad”. Que a cada una de estas esencias nacionales corresponda una literatura (una narrativa, una ensayística, una poesía) y una historiografía, parecería ser un corolario ya contenido en el mismo enunciado y tan evidente como el hecho de que les corresponde un territorio. Contra aquel corolario, este extranjero se inscribe en falso.

El nacionalismo supone el orgullo por la nación propia, esa invención de los siglos recientes, un idioma común, ese destilado de los tiempos antiguos, y un sentimiento de pertenencia y protección, esa necesidad sin tiempo de los humanos.

La que será la lengua nacional va desplazando, subordinando y aplastando a las que antes coexistían en el mismo territorio, y se afirma, única, como la lengua del mando y de los intercambios. La nación, una e indivisible, y el Estado en el cual encarna, aborrecen la diversidad. Esta operación de desplazamiento y anulación de las otras lenguas sobre un mismo territorio, en América Latina la realizaron en lo fundamental la Conquista y las Repúblicas del siglo XIX. El despojo de las lenguas indígenas y de sus mundos de imágenes y significados fue parejo con el despojo de los territorios y las tierras, éste siempre unos cuantos pasos adelante de aquél.

Las dos dimensiones constitutivas del espacio de existencia del Estado-nación: la relación de mando-obediencia y la relación de intercambio mercantil (el poder y el dinero, el soberano y el mercante), ambas sancionadas en códigos y leyes, requieren esa lengua común como vehículo de las órdenes y de los intercambios, así como un ejército para aquellas y una moneda para éstos.

Esta comunidad estatal-nacional es un producto histórico; es decir, se funda en un pasado común, como todas las comunidades humanas, e imagina un destino común. Es, como ha sido llamada, una “empresa histórica nacional”.

El nacionalismo es la ideología que exalta esos valores. Para ello necesita, además de un cuerpo de leyes, una literatura que unifique el sentimiento de pertenencia a esa comunidad y una historiografía que imagine y recree ese pasado común y lo convierta en patrimonio mítico de todos. “Idioma nacional” e “historia nacional” son materias en todos los niveles formativos de la educación elemental. Conocidas y repetitivas son las largas disputas historiográficas y literarias a las cuales aquella necesidad dio origen o alimento.

El nacionalismo supone la existencia de una comunidad estatal, existente o en ciernes; una comunidad, esto es, entre gobernantes y gobernados en términos políticos; entre dominadores y dominados en términos sociales; entre propietarios y no propietarios en términos económicos. En esta comunidad doble e internamente separada –de ahí la necesidad de la relación estatal, no como administración sino como cohesión–, el nacionalismo es el conjunto de creencias e ideas compartidas por todos sobre un pasado común, una empresa común y un destino común, el de la nación en la cual todos se reconocen y a la cual todos pertenecen.

El nacionalismo es la ideología que une en una comunidad imaginaria a esas partes diversas en conflicto –ellos los ricos, nosotros los pobres–, las cuales en la vida real saben bien por dónde pasa en cada caso la línea divisoria, ella misma movediza y cambiante por naturaleza. El nacionalismo no habla del ser humano en tanto tal, sino de una identidad compartida y delimitada por una frontera. Es una de las formas modernas de la inmemorial “sed de comunidad”, de protección, de pertenencia. El nacionalismo, como en las sociedades del Antiguo Régimen la religión y los vínculos de la sangre, es un límite que nos define, nos separa y nos protege de Ellos, los Extranjeros, los Judíos, los Musulmanes, los Extraños portadores del mal.

Desesperadamente, la nación necesita ordenar la literatura según su unidad y sus relaciones de mando. El uso nacionalista de la literatura de autores nacionales contribuye a crear el territorio imaginario de la comunidad donde se reconocen superiores e inferiores, quienes viven el pacto no escrito de mando y obediencia. La imaginación literaria forma parte del tejido conectivo de la comunidad imaginaria y, al vivir en esa zona de conexión, de ella saca también materia de trabajo.

El nacionalismo es real e intenso en las comunidades nacionales. Y al mismo tiempo es una construcción imaginaria para cubrir o paliar desgarraduras reales, fronteras internas, tiempos diferentes, relaciones asimétricas y desiguales, e impedir que éstas desintegren a la comunidad nacional imaginada, aquella de la cual un himno dice que “en el cielo tu eterno destino por el dedo de Dios se escribió”.

Como cualquier otro producto del espíritu y del trabajo, la literatura puede –y suele– servir al nacionalismo y el escritor puede creer que es esa misión suya. Pero, en su origen y en su destino, la literatura no tiene que ver con la nación, sino con los seres humanos (uno de cuyos atributos es su nacionalidad), con sus vidas y con sus palabras.

## II

La literatura es una construcción abierta de palabras e ideas, cuyo sustento es una comunidad de lengua y de pasado. Es posible, digo, poner a la literatura al servicio

del nacionalismo (o del comunismo, o de cualquier otro sistema de ideas y creencias), pero es una operación innecesaria y ajena a su naturaleza.

La literatura se nutre de un pasado humano destilado en una lengua. Se nutre, demasiado se ha dicho, de lo vivido y lo leído. “El niño dicta y el hombre escribe”, dice Julien Green, sin que sea obligado tomarlo al pie de la letra. El hombre escribe en una lengua en cuyas palabras “el tiempo ha dejado su huella oscura y profunda”, según decía Humboldt. Ese tiempo que carga de sentido las palabras, sus sonidos y sus combinaciones es, como lo quería Braudel, el tiempo de “la historia particularmente lenta de las civilizaciones, en sus profundidades abismales, en sus rasgos estructurales y geográficos”, una historia que precede a la nación y la contiene.

Las palabras, es cierto, cambian también en los tiempos cortos. Pero por debajo la historia larga las sigue rigiendo, y los sentidos y significados que menos cambian son tal vez los que organizan por debajo a los cambiantes: pasiones, gestos, ritos agrarios o funerarios. De ese *humus* profundo se nutre la lengua y con ella el escritor.

¿Tiene que ver con el tiempo de los nacionalismos, es decir, con el de las instituciones y el imaginario de los Estados-nación? Sí, tiene que ver, pero lo ordena secretamente desde abajo, sin que esa duración oceánica de la historia sea alterada por la superficie móvil de los acontecimientos cotidianos descritos por la crónica nacional. El peso de las palabras, pese a lo cambiante de los discursos, es casi siempre un animal de fondo. Escritor y lengua se nutren de la historia común. Pero esta historia no es tanto la de los acontecimientos cotidianos, aunque ellos sean la materia o el tema de la escritura, sino las vicisitudes y los modos de estar en el mundo –y en esos aconteceres– de los seres humanos sobre los cuales y en los cuales se condensa, uno por uno y por comunidades, el peso enorme y acumulado de la historia anterior. Sobre la literatura y sobre el escritor actúa la historia inmóvil de Fernand Braudel, la larga duración, lo que apenas cambia mientras todo cambia. En realidad, cuando el escritor habla de seres humanos, aunque su narración parezca un trozo ficticio de la historia de los acontecimientos inmediatos y así él mismo lo crea, está hablando de hombres y mujeres cuyos gestos, palabras, reacciones, relaciones y sueños se fueron formando en la larga duración, en el tiempo inmóvil, y cobran vida en el acontecimiento de sus vidas. Algo similar, conforme a sus propios métodos y pruebas, hace el historiador. La relación de la nación y sus instituciones con la historiografía parece sufrir urgencias similares. La nación necesita una historia instituida como ella misma. En cambio la historia, como conocimiento y como arte, no necesita a la nación sino a los seres humanos en sus diversas relaciones cambiantes en el tiempo.

Al impulso del escritor de fondo no lo apasionan las querellas del nacionalismo, aunque no las ignore y aun en el caso en que éstas puedan ser su tema, pero sí la lengua y la vida de esa comunidad humana que ahora es nación.

## III

El escritor, todos lo sabemos, sigue siendo un artesano. Produce quizás para el mercado, pero hace cada vez —o quiere hacerla— una obra única, la trabaja, la pule, la acaricia casi con las manos para tocar la textura o la tersura.

No lo es sólo en el modo de trabajo y en su relación singular con el objeto. Lo que el escritor se propone producir es ante todo un valor de uso. Le importa primero que esté bien hecho y terminado, le importa un poco menos cuánto circule. Cuando comienza a preocuparle primero cuánto circulará y a esa circulación sacrifique palabras o párrafos que sean, cuando en su mente esté el valor de cambio con el uso como mero soporte del valor, seguirá escribiendo, bien o menos bien, pero habrá permutado oficio por carrera.

No estoy diciendo que no pueden producirse y no se hayan producido obras maestras por encargo. Al contrario. En pintura, en arquitectura, en música, en artesanía, obras donde el espíritu parece soplar sin ataduras fueron contratadas en épocas diversas por estricto y especificado encargo. Pero encargo no es mercado moderno, como cualquiera entiende, y no es lo mismo producir por el uno o para el otro. Músico, blusero o escritor siguen siendo oficios cuyo primer destino es el esfuerzo y el deleite propios, es decir, oficios de artesano. Y los artesanos existen antes que las naciones y, primero Dios, las sobrevivirán.

Oficio de artesanos. Diré aquí, en las palabras de ellos, cómo trabajan con la vivencia y con el idioma dos que por vocación y oficio son cosmopolitas y, por lo tanto, tienen idioma, historia y pasado, pero no les alcanzo a ver nacionalismo.

Uno es Sergio Pitol, a quien aún mal conozco pero tendré la osadía de citar. En “El oscuro hermano gemelo”, suerte de cuento, ensayo y divertimento de *El arte de la fuga*, Pitol cita a Justo Navarro: “Ser escritor es convertirse en un extraño, en un extranjero: tienes que empezar a traducirte a ti mismo. Escribir es un caso de *impersonation*, de suplantación de personalidad: escribir es hacerse pasar por otro”. Y luego sigue él:

No concibo a un escritor que no utilice elementos de su experiencia personal, una visión, un recuerdo proveniente de la infancia o del pasado inmediato, un tono de voz capturado en alguna reunión, un gesto furtivo vislumbrado al azar para luego incorporarlos a uno o varios personajes. El escritor hurga más y más en su vida a medida que su novela avanza. No se trata de un ejercicio meramente autobiográfico: novelar a secas la propia vida resulta, en la mayoría de los casos, una vulgaridad, una carencia de imaginación.

Casi de inmediato el texto se dispara en un relato donde se cruzan la anécdota, el novelista y los personajes de su novela de los años siguientes. Recala finalmente en estas líneas penúltimas:

La última novela de José Donoso, *Donde van a morir los elefantes*, lleva un epígrafe de William Faulkner que ilumina la relación de un novelista con su obra en proceso: *A novel is a writer's secret life, the dark twin of a man* (Una novela es la vida secreta de un escritor, el oscuro hermano gemelo de un hombre). Un novelista es alguien que oye voces a través de las voces.

Y aquí aparece el Doble. Entonces, detengámonos y doblemos la esquina.

El otro es E.M. Cioran. En *Historia y utopía* publica una carta escrita en 1957, desde París, “a un amigo lejano” que, “desde ese país que fue el nuestro y que ya no es de nadie”, Rumania, le pregunta si tiene intención “de volver a escribir en nuestra lengua” o si seguirá siendo fiel al francés duramente aprendido:

Sería embarcarme en el relato de una pesadilla referirle la historia de mis relaciones con este idioma prestado, con todas sus palabras pensadas y repensadas, afinadas, sutiles hasta la inexistencia, volcadas hacia la exacción del matiz, inexpresivas a fuerza de haber expresado tanto, de terrible precisión, cargadas de fatiga y de pudor, discretas hasta en la vulgaridad. ¿Cómo quiere que un escita las acepte, aprenda su significado neto y las manipule con escrúpulo y probidad? No hay una sola cuya elegancia extremada no me dé vértigo: ninguna huella de tierra, de sangre, de alma hay en ellas. Una sintaxis de una rigidez, de una dignidad cadavérica las estruja y les asigna un lugar de donde ni el mismo Dios podría desplazarlas. Cuánto café, cigarros y diccionarios para escribir una frase más o menos correcta en una lengua inabordable, demasiado noble, demasiado distinguida para mi gusto. Y sólo me di cuenta de ello cuando, desgraciadamente, ya era demasiado tarde para apartarme; de otra forma nunca hubiera abandonado la nuestra, de la que a veces extraño su olor a frescura y podredumbre, mezcla de sol y de bosta, su fealdad nostálgica, su soberbio desarraigo. Ya no puedo retornar a ella; la lengua que tuve que adoptar me retiene y me subyuga a causa de esos mismos trabajos que me costó. ¿Soy, como usted insinúa, un “renegado”? “La patria no es más que un campamento en el desierto”, reza un dicho tibetano. Yo no voy tan lejos: daría todos los paisajes del mundo por el de mi infancia.

Y aquí aparece el Extranjero Errante. Detengámonos pues una vez más y ahora demos media vuelta. Son demasiados ya los personajes de extramuros.

#### IV

En 1996 Mario Vargas Llosa publicó *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*. Es un estudio de la obra y la vida del escritor peruano muerto por suicidio el 28 de noviembre de 1969. Se ve un libro escrito con apuro, como si un plazo

fijo limitara al autor, sin revisar demasiado el texto, sin agotar las fuentes, simplificante y repetitivo: las mismas afirmaciones y conclusiones se reiteran capítulo tras capítulo, frases enteras se repiten, las citas parecen al azar. Es además un libro cargado de ideología, que desde su mismo título da por supuesto lo que quiere demostrar.

A tantos años de la muerte de Arguedas, Vargas Llosa analiza el contenido político e ideológico que atribuye a su obra, no tanto su escritura ni su lenguaje. Considera a Arguedas un escritor indigenista (cuando éste mismo lo niega en sus ensayos) y decide que su obra corresponde a “una visión de la literatura en la cual lo social prevalecía sobre lo artístico y en cierto modo lo determinaba”. A esta visión atribuida, Vargas Llosa opone la suya propia: “ser un escritor significa primera, o únicamente, asumir una responsabilidad personal: la de una obra que, si es artísticamente valiosa, enriquece la lengua y la cultura del país donde ha nacido” [17].

“El país donde ha nacido”: el nacionalismo de Mario Vargas Llosa es moderno y propone y describe lo que tiene ante sus ojos, un Perú “desindianizado”, formado por millones de migrantes a las ciudades, en “mezcolanza” y “entrevero”, donde no domina un castellano puro sino “un extraño híbrido en el que al rudimentario español o jerga acriollada que sirve para la comunicación, corresponden unos gustos, una sensibilidad, una idiosincrasia y hasta unos valores estéticos virtualmente nuevos: la cultura chicha”, en cuya “música chicha” se combinan, por ejemplo, los huaynos andinos con el rock y con los ritmos caribeños.

En “este nuevo Perú *informal*”, dice Vargas Llosa, gracias a “la economía informal creada por ellos [...] han surgido por primera vez un capitalismo popular y un mercado libre en el Perú” [332]. “Es evidente que lo ocurrido en el Perú de los últimos años ha infligido una herida de muerte a la utopía arcaica”. “Aquella sociedad andina tradicional, comunitaria, mágico-religiosa, quechuahablante, conservadora de los valores colectivistas y las costumbres atávicas, que alimentó la ficción ideológica y literaria indigenista, ya no existe”. Cualquiera sea la forma política de los gobiernos por venir y su política económica, concluye, “el Perú se halla encarrilado hacia una sociedad que descarta definitivamente el arcaísmo y acaso la utopía” [335].

Sí, puede ser: imposible dejar de ver en esta proclama peruana de Mario Vargas Llosa la propuesta de un nacionalismo dinámico y modernizador que en México encarnaron Plutarco Elías Calles en su tiempo, y mucho más Carlos Salinas de Gortari y su stirpe en el nuestro.

Sí, puede ser. Nada más que Arguedas nunca propuso la utopía del retorno al Tahuantisuyo incaico ni fue un escritor indigenista, si por indigenismo entendemos aquella variedad del nacionalismo –extendida después de la revolución mexicana en México, Perú, Ecuador y Bolivia–, que se propone respetar, absorber e integrar a las culturas indígenas en la corriente única de la cultura nacional y de su idioma, contra la

propuesta liberal decimonónica de ignorarla y desaparecerla en nombre del progreso, la república y la unidad de la nación moderna.

La imaginación de Arguedas va por otros senderos. En “La novela y el problema de la expresión literaria en Perú”, ensayo de 1950 que revisó y corrigió en 1968 como prólogo a la edición chilena de *Yawar Fiesta* (Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1968), escribe:

Pero los dos mundos en que están divididos estos países descendientes del Tahuantisuyo se fusionarán o separarán definitivamente algún día: el quechua y el castellano. Entretanto, la *vía crucis* heroica y bella del artista bilingüe subsistirá. Con relación a este grave problema de nuestro destino, he fundamentado en un ensayo mi voto a favor del castellano.

En *Los ríos profundos*, cúspide literaria en torno a la cual giran su obra y su vida, Arguedas se propone dos cosas: narrar el mundo encantado de los Andes peruanos desde su propia infancia trasfigurada y encontrar en su idioma castellano el lenguaje para decir ese mundo que se nombra a sí mismo en quechua, un idioma en cuya estructura perviven el encantamiento del mundo y el pensamiento indígena que con él forma un todo. Hablar él, José María Arguedas, bilingüe, hijo de un abogado errante del Cusco y de una madre que murió cuando él tenía tres años de edad, nacido en 1911 en la provincia de Andahuaylas donde, en 1940, de una población total de 90 195 habitantes sólo 265 no hablaban quechua y 80 611 eran monolingües quechuas, criado por indios y enseñado en su infancia por don Felipe Maywa y don Víctor Pusa, comuneros; hablar él en la lengua que diga la voz de éstos y la voz de los ríos profundos, los cerros y las piedras, que por supuesto hablan.

A la idea misma de ese mundo no tiene acceso Vargas Llosa, a juzgar por su libro. Lo traduce a lo más por “naturaleza animada” o por “concepción animista” [101-104]. Esta podría ser en todo caso una fuente de inspiración, dice Vargas Llosa, para “los movimientos llamados ecologistas”, “el fenómeno político más novedoso de los últimos años”: “Los jóvenes que militan en esta cruzada pueden reivindicar a José María Arguedas, pues la utopía del autor de *Los ríos profundos* es la suya” [315].

En cuanto a la infancia, Mario Vargas Llosa simplifica a tal punto la cuestión que, en las anécdotas de la infancia vivida por Arguedas, busca el correspondiente directo de los episodios narrados en sus novelas. El positivismo y sus escritores no conocen al “oscuro hermano gemelo” ni oyen “voces a través de las voces”. Se inclinan, más bien, a “novelar a secas la propia vida” en una especie de ficción realista y a rastrear la misma inclinación en la obra ajena. Similar es la manera en que el nacionalismo de los críticos literarios busca la relación de cada escritor con lo nacional.

Otra cosa busca Arguedas al recrear el mundo indígena con los materiales oscuros de su infancia y hacerlo hablar por una lengua “casi extranjera”:

Realizarse, traducirse; convertir en torrente diáfano y legítimo el idioma que parece ajeno; comunicar a la lengua casi extranjera la materia de nuestro espíritu. Esa es la dura, la difícil cuestión. La universalidad de este raro equilibrio de contenido y forma, equilibrio alcanzado tras intensas noches de increíble trabajo es cosa que vendrá en función de la perfección humana lograda en el transcurso de tan extraño esfuerzo. ¿Existe en el fondo de esa obra el rostro verdadero del ser humano y su morada? [...] Pero si el lenguaje así cargado de extrañas esencias deja ver el profundo corazón humano, si nos transmite la historia de su paso sobre la tierra, la universalidad podrá tardar quizá mucho; sin embargo vendrá pues bien sabemos que el hombre debe su preeminencia y su reinado al hecho de ser uno y único (Prólogo cit.).

Para lograrlo era necesario encontrar los sutiles desordenamientos que harán del castellano el molde justo, el instrumento adecuado. Y como se trata de un hallazgo estético, él fue alcanzado como en los sueños, de manera imprecisa.

¿Lo alcanzó? Arguedas dice que sí, que ya en su cuento *Agua*, y para que no queden dudas lo dice de este modo:

¡Ese era el mundo! La pequeña aldea ardiendo bajo el fuego del amor y del odio, del gran sol y del silencio; entre el canto de los zorzales guarecidos en los arbustos; bajo el cielo altísimo y avaro, hermoso pero cruel.

¿Sería transmitido a los demás ese mundo? ¿Sentirían las extremas pasiones de los seres humanos que lo habitaban? ¿Su gran llanto y la increíble, la transparente dicha con que solían cantar a la hora del sosiego? Tal parece que sí.

## V

En *Los ríos profundos* conversan el mundo encantado del tiempo indio y el mundo encantado del tiempo de la infancia, lo cual no quiere decir, ni de lejos, dos mundos felices o dos mundos ideales: violencia, pasión, mezquindad, exaltación, humillación conviven en ellos cada hora. El lirismo del texto arguediano dimana de la tensión constante entre ambos mundos y de su propia materia de trabajo: un castellano construido y hablado con resonancia quechua, una imaginería campesina indígena que se hace una con las formas de decirla.

Llega el muchacho Ernesto a la picantería, donde se toma chicha y se comen platos picantísimos. “Oirás, pues, al Papacha Oblitas”, le dice la moza que sirve a los parroquianos, señalando al arpista. El músico trashumante, “maestro famoso en centenares de pueblos”, empieza a cantar un huayno, hablando con el río estrofa tras estrofa en el sonido dulce de la lengua quechua: “Río Paraisancos, caudaloso río, no has de bifurcarte hasta que yo regrese”. El muchacho recuerda:

La voz aguda caía en mi corazón, ya de sí anhelante, como un río helado. El Papacha Oblitas, entusiasmado, repitió la melodía como la hubiera tocado un nativo de Paraisancos. El arpa dulcificaba la canción, no tenía en ella la acerada tristeza que en la voz del hombre. ¿Por qué, en los ríos profundos, en estos abismos de rocas, de arbustos y sol, el tono de las canciones era dulce, siendo bravío el torrente poderoso de las aguas, teniendo los precipicios ese semblante aterrador? Quizá porque en esas rocas, flores pequeñas, tiernísimas, juegan con el aire, y porque la corriente atronadora del gran río va entre flores y enredaderas donde los pájaros son alegres y dichosos, más que en ninguna otra región del mundo [226].

Sigue cantando el arpista y hablándole al río: “Cuando sea el viajero que vuelve a ti, te bifurcarás, te extenderás en ramas”. Los parroquianos dejan de tomar y conversar. Escuchan. El muchacho también:

¿Quién puede ser capaz de señalar los límites que median entre lo heroico y el hielo de la gran tristeza? Con una música de esas puede el hombre llorar hasta consumirse, hasta desaparecer, pero podría igualmente luchar contra una legión de cóndores y de leones o contra los monstruos que se dice habitan en el fondo de los lagos de altura y en las faldas llenas de sombra de las montañas. Yo me sentía mejor dispuesto a luchar contra el demonio mientras escuchaba ese canto. Que apareciera con una máscara de cuero de puma, o de cóndor, agitando plumas inmensas o mostrando colmillos, yo iría contra él, seguro de vencerlo [227].

Llegué a Perú en 1959, después de tres años de vivir, extranjero, en Bolivia. Un amigo me dio alojamiento y un libro, *Los ríos profundos*, apenas publicado. Empecé a leerlo y me invadió la misma agitación interior que al muchacho con la música y el canto del arpista. Era el mismo castellano con el quechua por debajo en que me hablaban, en esos años bolivianos, el minero Nina en La Paz, el minero Constantino en Oruro, el estudiante Amadeo Vargas, cochabambino. Eran los olores, eran los paisajes lentos e inmensos del altiplano bajo la bóveda azul cristal de la alta montaña.

¿“Sería transmitido a los demás ese mundo? ¿Sentirán las extremas pasiones de los seres humanos que lo habitaban?”, se preguntaba Arguedas. “Tal parece que sí”, se

respondía. Me fui a vivir a Europa al año siguiente. Llevé conmigo sólo dos libros: *Los ríos profundos* y *Poemas humanos*, y una traducción para hacer en el largo viaje por mar: los *Écrits*, de León Trotsky. El barco era nuevo, se llamaba Maipú, hacía la travesía entre Buenos Aires y Hamburgo, y naufragó pocos viajes después.

## VI

El libro de Mario Vargas Llosa, según creo yo, es un exorcismo progresista, positivista y nacional para ahuyentar a viejos fantasmas que siguen viviendo en el Perú andino y en el “Perú informal”, en lo que Vargas Llosa describe como “ese nuevo país compuesto por millones de seres de origen rural, brutalmente urbanizados por las vicisitudes políticas y económicas”: la humillación, el odio, la violencia.

Antigua es la costumbre criolla y mestiza de humillar al indio, y así de antiguas son también las costumbres del odio. Sus raíces más hondas están en los mundos que Arguedas recrea y tal las ve el autor, mucho más que sus críticos. Esas costumbres viven siempre y persisten en la fractura entre las dos comunidades —ellos y nosotros— en que está dividida cada comunidad nacional imaginada en estos países latinoamericanos. El nacionalismo no constata esa fractura en su registro. Los humillados, sí. No sé decir si hay literatura de estas tierras que no roce alguna vez sus bordes.

El 14 de noviembre de 1969 Hugo Blanco, preso desde 1963 en la isla cárcel de El Frontón frente al puerto de El Callao, escribió una carta en quechua a José María Arguedas, quien le había enviado con Sybila, su esposa, su novela *Todas las sangres*:

Yo no puedo decir qué es lo que penetra en mí cuando te leo, por eso, lo que tú escribes no lo leo como las cosas comunes, ni tampoco tan constantemente: mi corazón podría romperse. Mis punas comienzan a llegar a mí con todo su silencio, con su dolor que no llora, apretándose el pecho, apretándolo.

Luego le refiere el movimiento indio que lo llevó a la cárcel:

Cuánta alegría habrías tenido al vernos bajar de todas las punas y entrar al Cuzco, sin agacharnos, sin humillarnos, y gritando calle por calle: ¡Que mueran todos los gamonales! ¡Que vivan los hombres que trabajan!

Bajamos de las punas y entramos a la ciudad “sin agacharnos, sin humillarnos”: esa fue la hazaña nueva. “Les hicimos oír todo cuanto hay, la verdad misma [...] Se lo dijimos en quechua [...] Y casi hicieron estallar la Plaza de Armas estos maqtas emponchados”. La carta quechua del prisionero de El Frontón provoca una intensa

agitación espiritual en Arguedas. Le responde también en quechua: “Ayer recibí tu carta: pasé la noche entera, andando primero, luego inquietándome con la fuerza de la alegría y de la revelación”. Sin fecha, pero escrita el 24 de noviembre, cuatro días antes de su suicidio, esta carta de Arguedas comienza diciendo: “Hermano Hugo, querido, corazón de piedra y de paloma”, y enseguida va, intuyendo tal vez que podía ser la última, a *Los ríos profundos*:

Quizás habrás leído mi novela *Los ríos profundos*. Recuerda, hermano, el más fuerte, recuerda. En ese libro no hablo únicamente de cómo lloré lágrimas ardientes; con más lágrimas y con más arrebatos hablo de los pongos, de los colonos de hacienda, de su escondida e inmensa fuerza, de la rabia que en la semilla de su corazón arde, fuego que no se apaga. Esos piojosos, diariamente flagelados, obligados a lamer tierra con sus lenguas, hombres despreciados por las mismas comunidades, esos en la novela, invaden la ciudad de Abancay sin temer a la metralla y a las balas, vencíéndolas. Así obligaban al gran predicador de la ciudad, al cura que los miraba como si fueran pulgas; venciendo balas, los siervos obligan al cura a que diga misa, a que cante en la iglesia: le imponen la fuerza.

Dice después que imaginó esta invasión “como un presentimiento” para que “los que entienden de luchas sociales y de la política [...] comprendan lo que significa esta toma de la ciudad que he imaginado”:

¡Cómo, con cuánto más hirviente sangre se alzarían estos hombres si no persiguieran únicamente la muerte de la madre de las pestes, del tífus, sino la de los gamonales, el día que alcancen a vencer el miedo, el horror que les tienen! “¿Quién ha de conseguir que venzan ese terror en siglos formado y alimentado, quién? ¿En algún lugar del mundo está ese hombre que los ilumine y los salve? ¿Existe o no existe, carajo, mierda?”, diciendo, como tú lloraba fuego, esperando, a solas.

“Temo que ese amanecer cueste sangre, tanta sangre”, continúa. “Tú sabes y por eso apóstrofas, clamando desde la cárcel”. Y entonces vuelve al odio, el de los humillados:

Como en el corazón de los runas que me cuidaron cuando era niño, que me criaron, hay odio y fuego en ti contra los gamonales de toda laya; y para los que sufren, para los que no tienen casa ni tierra, los wakchas, tienes pecho de calandria; y como el agua de algunos manantiales muy puro, amor que fortalece hasta regocijar los cielos. Y toda tu sangre había sabido llorar, hermano. Quien no sabe llorar, y más en nuestros tiempos, no sabe del amor, no lo conoce.

Después, el regreso a la infancia, las voces que le hablan a través de las voces y el anuncio de su muerte cercana, como una despedida:

Tu sangre ya está en la mía, como la sangre de don Víctor Pusa, de don Felipe Maywa. Don Víctor y don Felipe me hablan día y noche, sin cesar lloran dentro de mi alma, me reconviene en su lengua, con su sabiduría grande, con su llanto que alcanza distancias que no podemos calcular, que llega más lejos que la luz del sol. Ellos, oye Hugo, me criaron, amándome mucho, porque viéndome que era hijo de misti, veían que me trataban con menosprecio, como a indio. En nombre de ellos, recordándolos en mi propia carne, escribí lo que he escrito, aprendí todo lo que he aprendido y hecho, venciendo barreras que a veces parecían invencibles. Conocí el mundo. Y tú también, creo que en nombre de runas semejantes a ellos dos, sabes ser hermano del que sabe ser hermano, semejante a tu semejante, el que sabe amar. ¿Hasta cuándo y hasta dónde he de escribirte? Ya no podrás olvidarme, aunque la muerte me agarre, oye, hombre peruano, fuerte como nuestras montañas donde la nieve no se derrite, a quien la cárcel fortalece como a piedra y como a paloma. He aquí que te he escrito, feliz, en medio de la gran sombra de mis mortales dolencias. A nosotros no nos alcanza la tristeza de los mistis, de los egoístas; nos llega la tristeza fuerte del pueblo, del mundo, de quienes conocen y sienten el amanecer. Así la muerte y la tristeza no son ni morir ni sufrir. ¿No es verdad hermano? Recibe mi corazón.

Digo que el “oscuro hermano gemelo” acompañó hasta ese momento al escritor. A través de las voces oía voces en sus dos idiomas, el “dulce y palpitante quechua”, el castellano heredado y literario, los “sutiles desordenamientos” en que los dos se cruzan. ¿Es esto nacionalismo? El nacionalismo amortigua este conflicto, para este extranjero en su Perú el conflicto se volvió insufrible: la humillación, el odio y la ternura, como en su carta última, no tenían ya consuelo ni salida en su gran oficio de escritor.

Habrá quien pueda leer en esta carta a un escritor político. Yo no la veo así. Veo en ella lo que es, el adiós del escritor a su mundo donde ya no se halla, recordando con ira, con odio y con ternura. Veo la sombra de Walter Benjamin, judío y extranjero, que en 1940, vísperas de su suicidio, escribía que en la clase trabajadora, “el nervio principal de su fuerza”, el odio y la voluntad de sacrificio, “se nutren de la imagen de los antepasados oprimidos y no del ideal de los descendientes libres”.

Dicen los que estudian, los que conocen y los que nomás miran la vida, que en este fin de siglo la pobreza en el mundo crece vertiginosamente año con año. No es un estado pasajero, sino una relación social estable y necesaria para reproducir el mundo éste en que vivimos. Con ella crecen el desamparo, la humillación y el odio, se dividen y fragmentan las naciones y se separan las nacionalidades. Tal vez no tan buenos porvenires, pero sí fuertes ideas y grandes obras literarias deben de estar gestándose

en esta explosión de la desigualdad, de la ira y de la diversidad, porque para ellas son fértiles los tiempos como éstos.

## VII

En la madrugada del 1 de enero de 1994 un ejército de indígenas chiapanecos en rebelión, armados y no armados, enmascarados y hablando entre sí en sus idiomas, tomaron la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, la antigua Ciudad Real de la Colonia, la capital de los terratenientes, y al otro día se retiraron a la selva en el mismo orden en que habían venido. No sé si todos, pero Arguedas de seguro sí, comprendieron entonces la inmensidad del gesto.

## BIBLIOGRAFÍA

- Arguedas, José María, *Los ríos profundos*, Losada, Buenos Aires, 1998.  
—, *Un mundo de monstruos y de fuego*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993 (selección e introducción de Abelardo Oquendo). Aparece aquí el prólogo de 1968 a la edición chilena de Yawar Fiesta: “La novela y el problema de la expresión literaria en Perú”.
- Cioran, E.M., *Historia y utopía*, Artífice Ediciones, México, 1981.
- Pitol, Sergio, *El arte de la fuga*, Ediciones Era, México, 1996.
- Vargas Llosa, Mario, *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
- Las cartas entre Hugo Blanco y José María Arguedas se publicaron inicialmente en la revista *Amaru*, núm. 11, Lima, diciembre de 1969.



*Fuente* (2009), óleo y aluminio sobre madera,  
20x24 cm, col. particular, Ciudad de México.

## MARIO VARGAS LLOSA: caballero errante de la imaginación liberal\*

Gerald Martin\*\*

**E**l presente trabajo examina las obras de Mario Vargas Llosa desde la perspectiva de sus diferencias con los temas y estilos dominantes del *boom* latinoamericano. Su estudio se concentra en dos novelas, *La ciudad y los perros*, y *Conversación en La Catedral*, consideradas como las más importantes del novelista peruano. En ese marco entremezcla aspectos literarios, políticos y biográficos.

### ABSTRACT

This paper examines the romans of Mario Vargas Llosa from the perspective of their differences with the dominant themes and styles of the Latin American *boom*. His study focuses on two novels, *The City and the dogs*, and *Conversation in The Cathedral*, considered the most important works of the Peruvian novelist. In this framework it combines literary, political and biographical elements.

### PIONEROS DE LITERATURA LATINOAMERICANA EN EL INSTITUTO POLITÉCNICO DE PORTSMOUTH-INGLATERRA

En 1959, Mario Vargas Llosa, un peruano de sólo 23 años, publicó su primera obra de narrativa, una colección de cuentos cortos titulada *Los jefes* cuyo tema predominante lo constituye la violenta manera como los jóvenes ponen en tela de juicio el poder, tanto en contra de sus mayores como entre sí mismos. Fue el año de la Revolución Cubana, punto de partida y centro, en muchos sentidos, de todo lo que desde entonces ha ocurrido en América Latina, al igual que esas sus primeras narraciones fueron el punto

\* Traducción de Mario A. Zamudio. Publicado en *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, núm. 10-11, UAM-Xochimilco, México, diciembre de 1990.

\*\* Gerald Martin, "Mario Vargas Llosa: Errant King of the Liberal Imagination", en John King (ed.), *Modern Latin American Fiction: A Survey*, Faber and Faber, Londres, 1987.

de partida de una carrera literaria cuyos primeros años coincidieron con el auge de la llamada nueva novela latinoamericana en los ultramodernos años de la década de 1960 y en cuya fase actual, a los 50 años, él mismo ha llegado al poder como el novelista latinoamericano de más éxito, quizá, y, sin duda alguna, como el más controvertido de los últimos 25 años.<sup>1</sup>

Con todo, Vargas Llosa sigue siendo una figura enigmática que despierta la curiosidad. Todavía joven, encantador y carismático, se desenvuelve con facilidad entre la alta sociedad y la alta política, entre el arte, la narrativa y la cultura popular, por lo que alguien podría tomarlo por un vigoroso latinoamericano piloto de autos de carreras o jugador de polo, quizá el Julio Iglesias de la narrativa internacional contemporánea; sin embargo, es el autor, no de esa basura de libros de bolsillo sensacionalistas y cursis, como podrían pensarlo los incultos, sino de ocho novelas importantes, tres de las cuales son verdaderas obras monumentales, que van desde lo serio hasta lo intensamente serio, y que forman en su conjunto un tono narrativo cuya calidad y alcance no tienen parangón en la literatura latinoamericana contemporánea. Sólo el colombiano ganador del Premio Nobel, Gabriel García Márquez, y el mexicano Carlos Fuentes pueden equipararse con él. Vargas Llosa se ha entrevistado con muchas de las personalidades más importantes del mundo moderno, desde Fidel Castro hasta Margaret Thatcher, ha polemizado con otros escritores, desde Graham Green y Günter Grass hasta García Márquez, ha tomado partido en casi todas las disputas políticas y literarias referentes a América Latina en los últimos 20 años, le ha sido ofrecido el puesto de primer ministro de Perú, ha sido presidente del concurso Miss Universo y del PEN Club Internacional (a los 40 años), ha sido conductor de su propio programa semanal de televisión en Lima (“La Torre de Babel”, que abordaba la cultura en el sentido más amplio posible y obtuvo los primeros lugares en la preferencia del auditorio), e incluso se ha convertido en invitado regular de algunos programas de televisión ingleses y en tema habitual de los suplementos dominicales.

Ahora bien, como en sus novelas, en Mario Vargas Llosa hay mucho más de lo que puede apreciarse a simple vista, ya que el autor peruano, tan tranquilo, urbano, y de buenos modales –en realidad, tan frío y evidentemente racional– ha sostenido a lo largo de su vida algunos puntos de vista desconcertantes respecto a la demoníaca función de la escritura (el escritor busca vengarse a sí mismo en su familia, en la sociedad, en la vida y en el mismo Dios; se alimenta de carroña como un buitres, participa en toda

<sup>1</sup> Hasta la fecha, el estudio crítico más sobresaliente de las obras de Vargas Llosa es de J.M. Oviedo, *Mario Vargas Llosa, la invención de una realidad*, Barral, Barcelona, 1970, segunda edición, 1977. Véase también D. Gerdes, *Mario Vargas Llosa*, Boston, 1985.

forma de perversión, del “voyerismo” para abajo; y se ve obligado a exponerse, exhibirse, humillarse y prostituirse a sí mismo como una artista del *strip-tease* por el bien de su misión crítica).<sup>2</sup> Un resultado práctico de esta perspectiva improbablemente romántica –que fue, lo podemos ver en retrospectiva, una estrategia defensiva para dar libertad de maniobra a su imaginación esencialmente liberal en un ámbito literario dominado por perspectivas socialistas– es que Vargas Llosa ha convertido de manera transparente (aunque engañosa, sin duda alguna) muchas de las experiencias más importantes de su vida en el tema central de su narrativa, lo cual es más notorio en el caso de *La ciudad y los perros* (1962), en la que la academia militar donde estudió la secundaria es descrita sin piedad alguna bajo su propio nombre y en toda su más secreta nimiedad (algunas copias de la novela fueron quemadas ceremoniosamente en el campo de desfiles de la academia), y en *La tía Julia y el escribidor* (1977), en la que convierte su matrimonio con la ex esposa de su propio tío en una hilarante telenovela peruana, lo que precipitaría –sin sorpresa alguna– un juicio legal y una secuela biográfica escrita por la propia Tía Julia, quien dio su versión personal en *Lo que Varguitas no dijo*.<sup>3</sup> Por cierto, la novela termina con la inevitable separación de la pareja y con un giro más, en el que el joven Mario se casa con su prima hermana, Patricia; lo que hizo en la realidad el joven Mario.

Quizá la paradoja más interesante de las muchas que surgen incluso del más casual y condensado guión de Vargas Llosa es el contraste entre la insistencia casi obsesiva en su propia independencia personal y una necesidad, con igual decisión pero disfrazada

<sup>2</sup> No contamos con el espacio para explorar en detalle la evolución –notablemente coherente– de la filosofía literaria de Vargas Llosa durante los últimos 25 años. El lector interesado puede recurrir al importante debate entre Vargas Llosa, Julio Cortázar y Óscar Collazos titulado *Literatura en la revolución y revolución en la literatura, 1969-1970*, publicado por Siglo XXI Editores, México, 1970; y entre Vargas Llosa y el gran crítico uruguayo Ángel Rama en 1972, subsecuente a la publicación de Vargas Llosa *García Márquez: historia de un deicidio*, Barcelona, 1971. Los artículos de Vargas Llosa aparecieron coleccionados en *Contra viento y marea* (1962-1982), publicada en Barcelona, 1983. No obstante, la declaración más importante del credo polítilcoliterario de Vargas Llosa continúa siendo su discurso “La literatura es fuego”, pronunciado en Caracas en 1967 cuando le fue entregado el Premio Rómulo Gallegos por *La casa verde*.

<sup>3</sup> Julia Urquidí Illanes, *Lo que Varguitas no dijo*, La Paz, Bolivia, 1983. El matrimonio se efectuó en 1955 y terminó en 1964; y en mayo de 1965 se casó con su prima Patricia. La justificación que Vargas Llosa da para el uso por parte del escritor de su propia vida o la de otros como materia prima para la narrativa la expuso, ya en 1964, en un análisis crítico de la obra de Simone de Beauvoir, *Une Mort sidouce*, en el que concluye que “la literatura es, por antonomasia, un oficio impúdico”; *Contra viento y marea*, p. 63.

con mucho más cuidado y más intrigante, de provocar (y, por ende, tal vez, de atraer la atención sobre sí mismo). Seguramente la explicación de esa paradoja proporcionaría una pista no sólo para desentrañar su comportamiento público (y, sin duda, privado) sino, además, la dinámica de su escritura.<sup>4</sup> Vargas Llosa es también un aventurero, tanto en la realidad como en su imaginación, combatiente de demonios y enderezador de entuertos. Su entusiasmo por las novelas medievales de caballería, en particular por *Tirant le Blanc*, de Martorell, es bien conocido y revela quizá al lector infantil de Dumas y Víctor Hugo. Como todo hombre viril que sueña despierto, en ocasiones es el caballero andante del Viejo Mundo, en otras, el vaquero duelista del lejano oeste, y no se opone, metafóricamente hablando, a descender a las camorras callejeras de su juventud escolar peruana. Su valor moral nunca ha sido puesto en duda, y él nunca ha retrocedido ante cuestiones políticas o literarias difíciles ni ha sido un seguidor de modas intelectuales; pero en el continente donde tradicionalmente se espera que el escritor se comprometa con las causas progresistas, el cambio gradual del novelista peruano hacia posiciones más conservadoras le ha creado una sucesión de problemas y antagonismos personales.

Hasta ahora, la carrera de escritor de Vargas Llosa ha pasado por dos fases bien distintas. Primero, el periodo que va de 1959 a 1971, en el que fue reconocido mundialmente como miembro sobresaliente tanto de la nueva ola literaria como de la izquierda progresista posterior a la Revolución Cubana; segundo, el periodo de 1971 a 1984, durante el cual mantuvo su preeminencia literaria pero convirtió en enemigos a sus antiguos camaradas políticos a medida que se acercaba gradualmente a la derecha liberal. Hace 15 años, en 1971, escribí un breve artículo intitulado “Mario Vargas Llosa: nueva novela y realismo”.<sup>5</sup> El punto de vista básico que expuse en él, aunque teóricamente un tanto subdesarrollado, todavía me parece válido, a pesar de que los 15 años pasados se han visto dominados por un titánico conflicto entre la crítica marxista y la estructuralista, de cuyo agotamiento y defunción mutua surgió la actual manía de

<sup>4</sup> Los padres de Vargas Llosa ya se habían separado cuando él nació, por lo que, en ausencia del padre, fue criado por su madre en Cochabamba, Bolivia, rodeado, como él lo ha hecho notar a menudo, por mujeres adorables que lo trataban como si en realidad fuera una niña. Podría especularse acerca del efecto de tal situación sobre la psicología de Vargas Llosa y la dinámica de su escritura; y quizá con mayor razón debido a su sorprendente (y más bien sospechosa) declaración de decepción ante el fracaso de Sartre (su ídolo literario) en *L'Idiot de la famille*. El hecho de que el propio Vargas Llosa considera crucialmente determinantes los años de la niñez y la adolescencia se hace evidente en su estudio de García Márquez o, también, en su estudio “Sebastián Salazar Bondy y la vocación del escritor en el Perú” (1966), en *Contra viento y marea*, pp. 89-113.

<sup>5</sup> “Vargas Llosa: nueva novela y realismo”, en *Norte*, núm. 12, Amsterdam, 1971, p. 112-121.

desconstrucción cargada de fatalidad. En 1971, el peruano era ya uno de los “cuatro grandes” boyantes escritores de la llamada “Nueva novela latinoamericana” (los otros eran Julio Cortázar, Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez).<sup>6</sup> Mi punto de vista era en el sentido de que, a pesar de su inclusión en ese círculo interno, Mario Vargas Llosa era diferente en orientación literaria a todos los otros principales escritores latinoamericanos de su generación y a toda la nueva ola en su conjunto. En esa época, las corrientes más características de la narrativa latinoamericana eran una especie de metafísica de fantasía laberíntica que emanaba de las ciudades del Río de la Plata, cuyos exponentes mejor conocidos eran Borges y Cortázar, y lo que podría llamarse un realismo mágico tropical centrado en la zona caribeña, que se inspiraba en los antecedentes de Asturias y Carpentier y se ejemplificaba en escritores tan diferentes como Guillermo Cabrera Infante y Gabriel García Márquez. Parte de esa opinión —expuesta antes del llamado “asunto Padilla”— era que al escritor que se dejase circunscribir por las circunstancias concretas de la dramática realidad histórica de América Latina le sería inevitablemente más difícil que a los experimentalistas mantener posiciones de moda —ya fuesen literarias o políticas. Y así fue.<sup>7</sup>

En esencia, en 1971 afirmé que la orientación de Vargas Llosa era la de los grandes realista del siglo XIX (Balzac, Flaubert, Tolstoi) y sus sucesores del siglo XX (Dos Passos, Faulkner): psicológica, sociológica, histórica o, en una palabra, crítica. No es necesario decir que lo que no afirmé fue que hubiese alguna intención positivista en su perspectiva literaria. Vargas Llosa había sido el crítico más despectivo de la narrativa realista social latinoamericana de las décadas de 1920 y 1930 y, sus propias obras, como las de sus mentores Flaubert y Faulkner, muestran en realidad una preocupación obsesiva por la forma y la estructura. No obstante, como lo señalé, siempre que durante ese periodo se le preguntaba acerca de sus obras, rigurosas, sobrias y profundamente serias,

<sup>6</sup> La novela hispanoamericana ha conocido tres fases durante este siglo: de 1915 a 1940, aproximadamente (Azuela, A. Arguedas, Rivera, Güiraldes, Gallegos, Icaza, C. Alegría, entre otros); de 1945 a 1960 (Asturias, Borges, Carpentier, Marechal, Onetti, Yanez, Rulfo, Roa Bastos, J.M. Arguedas, entre otros); y de 1960 a la década de 1980 (Cortázar, García Márquez, Fuentes, Vargas Llosa, Cabrera Infante, Donoso, Puig, entre otros).

<sup>7</sup> El “asunto”, provocado por la prisión del poeta disidente Heberto Padilla a principios de 1971, es ahora una de las *causes célèbres* mejor conocidas de la historia literaria latinoamericana. Vargas Llosa fue uno de los principales promotores de la protesta elevada por numerosos intelectuales europeos y latinoamericanos que provocó una furiosa respuesta de Fidel Castro y un mayor endurecimiento de la política cultural cubana. El asunto provocó directamente también que Vargas Llosa y otros renegados de la izquierda pro Cuba, como los españoles Juan Goytisolo y Jorge Semprún, fundaran en París una revista de corta vida llamada *Libre*.

hablaba de tal manera que sugería que lo que en realidad quería era ser humorístico, extravagante y ligeramente fantástico, como sus camaradas del *boom*, como si el autor de *La ciudad y los perros*, *La casa verde* y *Conversación en La Catedral*, todas entre las grandes novelas latinoamericanas –y yo diría: las más grandes de todas las novelas “realistas” latinoamericanas–, habría preferido ser el autor de tramas tan frívolas, aunque chispeantes, como *Rayuela*, de Cortázar (1963), *Tres tigres atrapados*, de Cabrera (1964), *Cambio de piel*, de Fuentes (1966), o *Cien años de soledad*, de García Márquez (1967). Mi punto de vista fue profético. A partir de ese preciso momento, que por cierto coincidió con la separación de Vargas Llosa de la Revolución Cubana y de la izquierda latinoamericana, dejaron de aparecer obras como *Conversación en La Catedral* y surgió el nuevo Vargas Llosa, humorístico, paródico y paternalista (ni tan joven ni tan airado como en sus primeras obras), un Vargas Llosa que realmente perteneció de todo corazón a la nueva novela latinoamericana y cuyas nuevas influencias literarias realmente determinantes fueron sus propios camaradas escritores latinoamericanos (desde luego, siendo quien es y lo que es, Vargas Llosa se las arregló por lo general para mejorar los modelos) y no ya sus mentores franceses, mortalmente serios y muy comprometidos, desde Flaubert hasta Sartre.<sup>8</sup>

Viendo en retrospectiva ese primer periodo, la obra que le produjo la celebridad instantánea fue *La ciudad y los perros* (1962). Esta novela, que tuvo varios títulos diferentes, apareció cuando su autor apenas tenía 27 años, en el inicio del auge de la nueva novela latinoamericana, y fue notable por la maestría de la técnica, la eficacia de la narrativa, el control de la pasión y la desolación de la visión. La novela tiene como base un montaje cinematográfico de Flaubert, en el sentido de que la densidad fue alcanzada mediante un cuidadoso trabajo de “corte y bordado de punto de cruz” que comprimió una novela muy larga en las dimensiones de un texto de longitud promedio. La obra se desarrolla en la Academia Leoncio Prado, a la que asistió Vargas Llosa, y ofrece un retrato esencialmente despectivo, y también clarividente, de los militares peruanos, puesto que fue escrita en un momento en que la nueva ola de regímenes militares neofascistas de América Latina todavía no había dado su primer golpe, el de 1964 en Brasil. También es una de las descripciones literarias más precisas del machismo\* latinoamericano y una reflexión brutal, aunque real, de los efectos de los aparatos

<sup>8</sup> Quizá debería hacer notar aquí que, a pesar de las diferencias literarias, Sartre se distanció de la Revolución Cubana en el mismo momento y, en realidad, en la misma carta que Vargas Llosa, después de la aprensión de Padilla en 1971. No es necesario decir que la afirmación de que el desplazamiento de Vargas Llosa hacia la literatura carnavalesca coincidió con un giro hacia la derecha no implica necesariamente una relación entre esas dos posturas en el caso de otros escritores.

\* En español en el original (N del T).

ideológicos del Estado y de los medios de comunicación masiva sobre la conciencia de los indefensos adolescentes del Perú de la década de 1950, mucho antes de que la Nueva Izquierda llegara a teorizar sobre tal fenómeno. Ningún autor había aplicado antes tan eficazmente tal realismo crítico a la sociedad latinoamericana mediante la novela. Pero había más. Formalmente, la narrativa está estructurada por medio de una arquitectura fantasmal construida sobre conceptos esencialmente Faulknerianos, cuyos usos y estrategias aplicados al texto sólo los elaboraría Vargas Llosa teóricamente un decenio más tarde, en 1971, cuando produjo, una sólida guía crítica de la narrativa de García Márquez, su amigo cercano en esa época.<sup>9</sup> Ese espectral esquema arquitectónico, que organiza fácilmente el espacio social y el tiempo histórico, que centra con suprema precisión los acontecimientos de la novela y las respuestas del lector, es lo que explica el impacto de sus primeras novelas, una fusión de emoción moral y estética raramente igualada en la historia de la novela latinoamericana, que se ha distinguido en muchos aspectos, pero no en las supremas virtudes del texto realista que Flaubert convirtió en una bella arte con *Madame Bovary*, como tan a menudo lo ha señalado el propio Vargas Llosa.<sup>10</sup>

Con todo, esa primera novela tuvo otras dos características importantes menos frecuentemente reconocidas. Primero, exploró la naturaleza de la narrativa y la posición de la novela como género histórico. En esencia, se trata de un asesinato misterioso –¿quién mató al personaje conocido como “el Esclavo”?– y, por lo tanto, de una historia de detectives, aunque, como en todas las obras de Vargas Llosa, no hay solución al misterio ni respuesta satisfactoria a ninguna de las interrogantes obvias, puesto que el libro –naturalmente– trata de algo por completo diferente. Segundo, además de la falta de naturalidad que caracteriza por todas partes a la obra de este novelista engañosamente franco (que usa el lenguaje menos “literario” de la narrativa latinoamericana contemporánea y sólo raramente permite la discusión de “ideas” educadas en sus textos), la obra también es autorreferencial, no simplemente porque todos los personajes son “cuenta cuentos” en ambos sentidos del término (narradores y mentirosos) o porque a uno de los dos personajes centrales, el medioclasero Alberto, lo llama “el Poeta”, sino

<sup>9</sup> La obra gigante de Vargas Llosa sigue siendo el más importante estudio crítico jamás emprendido sobre García Márquez, un homenaje notable a un colega escritor por parte de su contemporáneo más grande. Desafortunadamente, sus posiciones políticas los han alejado cada vez más desde entonces. Vargas Llosa hizo su doctorado en Madrid y ha trabajado en numerosas universidades e institutos de investigación, incluidos el King’s College de Londres, la Universidad de Cambridge y el Wilson Center.

<sup>10</sup> Sobre todo en su segunda obra crítica importante, *La orgía perpetua: Flaubert y “Madame Bovary”*, Madrid, 1975.

porque precisamente la última escena de la novela, un *tour de force*, es, simultáneamente, una parodia del enfoque fotonoveler de la realidad humana (uno de los vicios propios de Vargas Llosa) y una tomadura de pelo que satiriza los confusos motivos que guiaron a sus lectores por medio de una narrativa prolongada, sórdida y a menudo violenta que está a punto de fallar ante ellos como un buscapiés mojado.

La segunda novela, *La casa verde*, apareció en 1966, cuando su autor tenía apenas 30 años. Lo asombroso es que ésta sigue siendo su obra más madura, una de las más grandes novelas que hayan surgido en América Latina. Aunque en realidad la novela parece no “decir” nada (sus personajes se las arreglan para, al mismo tiempo, ser obstinadamente irreflexivos e incorregiblemente ensimismados), se trata de un relato de la transición de una sociedad tradicional a una moderna (el desarrollo de América Latina del mundo del siglo XIX, en el que todavía permanecía en las décadas de 1920 y 1930, al mundo de la década de 1960, cuando la novela fue escrita),<sup>11</sup> y de la relación entre la ciudad y el campo, condensado en la yuxtaposición de una serie de sucesos que se desarrollan en el Amazonas peruano y otros que ocurren en la ciudad costera de Piura. Naturalmente, esa yuxtaposición implica otros contrastes, incluso algunos de los principales soportes temáticos de la historia cultural latinoamericana, entre Europa y la América nativa, hombre y mujer, cultura y naturaleza, cálculo y espontaneidad, dominación y liberación, pero a los lectores toca rastrearlos en el bosque de detalles entretejido con el laberinto de signos. Es decepcionante el que los críticos que han podido responder a obras cuya pertenencia a la nueva novela de las décadas de 1960 y 1970 es más evidente, conceptualmente pretenciosas o metafóricamente impenetrables y opacas, no hayan podido percibir en ocasiones la extraordinaria riqueza de ese vasto y ambicioso clásico realista. También en este caso, la estructura del texto es intrincada; se trata, sin duda alguna, del logro arquitectural más sobresaliente de Vargas Llosa, en el que cada estratagema formal ha sido concebida con perfección para el propósito al que sirve y en el que el diseño global es casi pasmoso por su complejidad y su coherencia simultáneas. En este caso, también, es autorreferencial: la cambiante geografía del río Amazonas, que se ramifica temporal y espacialmente por medio del bosque, al igual que la susceptibilidad de Piura al involucramiento en la arena arrastrada por el viento del desierto, sugieren la hábil alternancia de la novela entre la apertura y el cierre, alternancia que, a su vez, refleja un texto en el que la historia tiene un significado para

<sup>11</sup> Al mismo tiempo, *La casa verde* es también el equivalente más cercano de Vargas Llosa a las novelas de caballería, y su particular genealogía es explicada por Vargas Llosa en su fascinante declaración personal *Historia secreta de una novela*, Barcelona, 1971. En 1967, año siguiente a la publicación de *La casa verde*, fue publicado su cuento corto *Los cachorros*.

el autor pero casi ninguno para los personajes, para quienes es simplemente vida, en ocasiones tan infinitamente abierta y misteriosa como el Amazonas o cualquier otro territorio inconquistado, en otras, tan cerrada como las sociedades opresivas y desiguales que han existido en América Latina desde la Conquista en el siglo XVI. Escrita en la década de 1960, cuando el impacto de la Revolución Cubana era más fuerte y mientras Vargas Llosa exploraba su potencial completo como novelista, *La casa verde* representa el punto más alto de su radicalismo político, una crítica inconfundible, si no militante, del capitalismo, el imperialismo y la característica patriarcal de la época.<sup>12</sup> Es la única obra de Vargas Llosa en la que las mujeres pueden ser interpretadas como triunfadoras sobre su condición social e, igualmente, la única en la que temas normales del Nuevo Mundo, como el llamado de lo salvaje y, de hecho, la primacía de la naturaleza misma, parecen tener mucho atractivo como conceptos moldeadores; aunque, simplemente en función de un logro de la imaginación, debe subrayarse el hecho de que, en este caso, por primera vez en su carrera, Vargas Llosa se embarcó en la aventura de escribir tanto acerca de un mundo que sólo conocía indirectamente como acerca de personajes a los que prácticamente no conocía, sin casi dejar huellas de su *alter ego* como autor.

*La casa verde* puede parecer una novela sombría y brutal, pero el tono de su conclusión es de reconciliación, si bien arduamente alcanzada, y hay algo casi homérico en la extensión de su visión y en la madurez de su erudición. Nada, por lo tanto, preparaba a sus lectores para *Conversación en La Catedral* (1969), con la que Vargas Llosa regresó en su venganza contra el mundo que él mismo conoció tan bien y que ya había descrito en su primera obra mayor, *La ciudad y los perros*. *Conversación en La Catedral* sigue siendo una de las novelas más amargamente pesimistas jamás escritas en América Latina, si bien, en una primera lectura, sentimos la compulsión vergonzosa y casi hipnótica de nuestros deseos más íntimos y perversos. Ninguna otra novela sobre la vida en una ciudad latinoamericana del siglo XX posee su sincero sentido de convicción realista y, aunque se desarrolla en el periodo dominado por el general Odría (1948-1956), cuando Vargas Llosa era un adolescente, su apreciación de la sociedad peruana no se confina a esa época, sino que adquiere un significado más generalizado. Es una novela llena de repugnancia por su país, su clase e incluso, lo cual se siente por medio del carácter de su protagonista Santiago Zavala, por importantes partes de sí mismo.<sup>13</sup> A primera vista

<sup>12</sup> Quizá la más clara declaración implícita de la ideología socialista de Vargas Llosa deba encontrarse en su importante artículo "Sartre y el marxismo", de 1965, en *Contra viento y marea*, pp. 72-74.

<sup>13</sup> Al comenzar una mordaz novela semiautobiográfica, *Una piel de serpiente* (1964), de su amigo Luis Loayza, Vargas Llosa reflexiona sobre el hecho de que las generaciones futuras se preguntarán si "¿hubo gentes así?" en Perú y responde a su propia pregunta de esta manera: "Sí, nosotros fuimos ese

podría parecer que el entusiasmo de Vargas Llosa por el socialismo cubano y otros avances políticos radicales de la década de 1960 fue lo que produjo ese amargo ajuste de cuentas con el pasado; sin embargo, es más convincente la idea de que el pesimismo del texto es el síntoma de que, por medio del acto de escribir, Vargas Llosa había llegado finalmente a adquirir una conciencia cabal de su propio escepticismo político: en lo sucesivo, antes bien que el mundo y su experiencia sean los que modelan la ideología, la ideología es la que cubre al mundo. Cualquiera que sea la verdad, la mayoría de los lectores estará de acuerdo en que un novelista que había escrito tal novela no podía llevar su trayectoria implícita mucho más lejos, y apenas es sorprendente el que, a partir de ese momento, haya empezado a distanciarse mediante la parodia y se haya entregado a los deleites de la fantasía y el realismo mágico.

*Conversación en La Catedral* es la novela más larga y más intensa de Vargas Llosa, una obra de sordidez incesante, de corrupción, violencia y pesimismo pernicioso, lúgubre y nocturna, un retrato de “Lima la horrible”, tan sombría como todo lo que haya sido previamente escrito sobre la ciudad capital de Perú. Su personaje central, Santiago Zavala, miembro de la burguesía limeña, asiste a la Universidad de San Marcos, se compromete brevemente en la política revolucionaria y la deja para trabajar como periodista en el periódico *La crónica*, experiencias todas que el propio Vargas Llosa había vivido en la misma época. Santiago es sensible, inteligente, de espíritu liberal y bien intencionado, pero, en último caso, débil de voluntad y vano; aunque, proveniente de la alta burguesía, es el epítome del intelectual *petit bourgeois*, despreciado en toda una sucesión de novelas latinoamericanas del siglo XX, anhelante por comprometerse en algo, pero incapaz de creer que nada en lo que se comprometa posee la importancia trascendental que sola podría justificar y exigir tal compromiso, con el resultado de que se distancia de todos y de todo en lo que cree y generalmente provoca lo opuesto del fin que busca. Un inocente sofisticado, Santiago pasa de una desilusión a otra, en un mundo de perversión política, hasta que finalmente pierde su propio lugar privilegiado en una sociedad que rechaza pero para la que no tiene alternativa disponible en este mundo, y el resultado es que pierde una vida pero no gana otra, víctima del idealismo que tan implacablemente exploró Lukács, de la mala fe que Sartre condenó. La novela contiene dos mensajes principales, entre muchos. Primero, los pobres son superiores a los ricos, aunque sólo sea porque tienen más excusas para sus crímenes y transgresiones.

---

vacío y ese desgano visceral que corrompía anticipadamente todos nuestros actos. Contradicciones vivientes, detestábamos nuestro mundillo, sus prejuicios, su hipocresía y su buena conciencia, pero no hacíamos nada para romper con él, y, al contrario, nos preparábamos a ser buenos abogados” (“En torno a un dictador y al libro de un amigo”, en *Contra viento y marea*, p. 65).

Este tema se comunica por medio de la historia del segundo personaje principal, Ambrosio, el chofer mulato que trabaja para el rico padre socialista de Santiago; y su amor por Amalia, una sirvienta en la casa de los Zavala. En este caso, se trata de un mensaje esperado, de una conclusión transmitida reiteradamente por medio de todas las obras anteriores de Vargas Llosa. El segundo mensaje consiste en que, después de todo, los jóvenes no son moralmente superiores a los adultos. Esto marca un cambio radical –en realidad, el cambio radical señalado por *Conversación en La Catedral* en su conjunto–, porque todas las primeras novelas y cuentos cortos (incluido *Los jefes*, 1959, y *Los cachorros*, 1967) parecen asumir que la humanidad posee una inocencia natural que se ve corrompida por la sociedad de adultos. En ese momento en sus 30 años, Vargas Llosa había decidido que esa también era una cruel ilusión. Cuando descubrimos que el idealismo juvenil de Santiago sólo es superficial, como el del Alberto en *La ciudad y los perros*, vemos que no existe un joven correspondiente de la clase trabajadora, como Jaguar en esa novela anterior, que compense la fragilidad de la clase media con su pasión, su perseverancia y –a pesar de todo– su lealtad. Ambrosio es el equivalente estructural, pero su perspectiva moral es aún más opaca que la de Jaguar, y el vigor juvenil no es una de sus características.

Quizá no sea sorprendente que, despidiéndose de su propia juventud, a Vargas Llosa le haya parecido este descubrimiento un asunto demasiado serio como para volver a escribirlo con tan apasionada intensidad. Había explorado la sociedad y a sí mismo desde el interior hasta donde era capaz, sobre todo sociológicamente (es decir, sincrónicamente), terminando cada historia personal sin énfasis, en el momento en que todavía no era necesario sacar “conclusiones” acerca de la historia como tal. Ahora, tales ilusiones las dejaría tras él. En lugar del juvenil punto de vista: “Mirad lo horrible que es esto, lo lejos que se encuentra de nuestras expectativas”, la nueva perspectiva sería un maduro “¿Qué más puede esperarse?”; aplicado este cambio a la naturaleza humana, al socialismo y a casi todo lo demás de importancia. No estoy seguro de hasta dónde aceptaría Mario Vargas Llosa esta interpretación de su propia historia, aunque un análisis de sus artículos coleccionados, titulados significativamente *Contra viento y marea* (1962-1982), traza la evolución de una manera bastante ambigua; pero creo que en esa coyuntura, a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, Vargas Llosa dejó de creer en la viabilidad de explorar las realidades de la existencia concreta por medio de la forma narrativa y empezó a explorar la naturaleza de la literatura y de la historia mismas, una empresa un tanto diferente, pero por completo característica de la nueva novela latinoamericana. Ahora, simplemente, se ajusta un poco la ideología, se reenfoca para instruirse en cada nuevo acontecimiento y situación históricos, pero la perspectiva histórica es mucho más inflexible.

En justicia, debe reconocerse con honestidad que el primer periodo había sido infinitamente más propicio que los últimos quince años para el optimismo y el idealismo, en especial en América Latina, y que el cambio de Vargas Llosa es un reflejo bastante preciso de todo lo que ocurrió entre los dos primeros periodos. Aunque en la década de 1960 su enfoque casi geométrico de la composición narrativa parecía similar en la superficie al formalismo obsesivo del *nouveau roman* francés (predominante cuando él comenzó a escribir), en realidad era lo opuesto. Su perspectiva narrativa, pesimista sólo superficialmente, implicaba una creencia en que la crítica era constructiva y el cambio concebible; y la obsesión con la estructura implicaba la existencia de orden y significado, lo cual quería decir que la comprensión era posible y que la razón todavía podía prevalecer sobre el material aparentemente incipiente con el que está formado nuestro mundo. Sus estratagemas técnicas eran calculadas para concentrar la atención del lector-detective en las pistas tan cuidadosamente ocultadas y tan parsimoniosamente dosificadas y, por lo tanto, para incrementar tanto el placer como la intensidad del texto. En su mayor parte, esos objetivos gemelos eran inseparables. Los artificios literarios preferidos de Vargas Llosa eran las conocidas técnicas faulknerianas que él llama “cajas chinas” y “vasos comunicantes” técnicas que ni siquiera Faulkner desarrolló con tanta finura.<sup>14</sup> La primera, planteada solamente, es la de la historia dentro de la historia y la segunda, la de la yuxtaposición. Las dos constituyen fenómenos binarios, y Vargas Llosa ha hecho énfasis a menudo en la importancia de lo binario en función de la comparación y el contraste que dan dinamismo a la narrativa en un texto. Ambas técnicas se funden por primera vez en el sorprendente epílogo de *La ciudad y los perros*, en el que Jaguar, el verdadero héroe de la novela, cuenta a su viejo amigo, el ladrón Flaco Higuera, la manera como obtuvo a la muchacha. La técnica de la caja china es, sin duda, el principio sobre el que está construida *Conversación en La Catedral*, ya que toda la historia “escurre” poco a poco de la conversación (y los silencios) entre Santiago y Ambrosio en el sórdido bar llamado La Catedral durante cuatro horas de un día de la década de 1960, muchos años después de los acontecimientos que forman el meollo de la novela. De manera similar, el artificio de los vasos comunicantes es el principio estructural sobre el que está construida *La casa verde*, ya que la novela oscila continuamente entre la selva amazónica y la ciudad de Piura.

Los prostíbulos desempeñan un papel central en las tres novelas (tanto “La casa verde” como “La Catedral” son nombres de burdeles), y descubrimos que esas casas

<sup>14</sup> La exposición más clara se encuentra en “García Márquez: historia de un deicidio”, como se indicó antes. Los otros artificios principales son el “detalle oculto”, el “elemento extra” y el “salto cualitativo”.

de vergüenza y explotación no son peores en realidad que la mayoría de las otras instituciones de las sociedades que hemos construido. Pero esta posición perversa, característica de los escritores naturalistas desde Balzac, se ve cubierta por otra aún más extrema –Dostoiévsky, Celine, Bataille, Genet– que parece arguir que los asesinos y los violadores no son en general más despreciables que el resto de los seres humanos. Los dos personajes centrales de *La ciudad y los perros* y de *Conversación en La Catedral* que con más cuidado defiende el autor (lo que puede demostrarse técnicamente), Jaguar y Ambrosio, personajes pertenecientes a la clase trabajadora, son presuntos asesinos, pero los dos son fieles a su visión de las cosas, a sus amigos y a sí mismos, a diferencia de los ambiguos y soñadores Alberto y Santiago, miembros de la pérfida burguesía. En ambos casos, el lector se ve inducido a identificarse con un protagonista de clase media atractivo y familiar mediante una variedad de artificios técnicos brillantes, sólo para verse defraudado y quedarse al final de la novela con la clara impresión de que su propio prejuicio lo hizo verlos así y de que los verdaderos triunfadores morales son los héroes de la clase trabajadora y no los de su propia clase. En *La casa verde* ocurre algo similar, tres mujeres, Chunga, Lalita y Bonifacia, a pesar de todas sus desventajas e infortunios iniciales, triunfan sobre los tres hombres que han constituido su mundo, Anselmo, Fushia y Lituma. Es francamente inconcebible que Vargas Llosa pudiera situarse en tal perspectiva como autor en la actualidad.

En realidad, todo comenzó a cambiar de una manera muy pronunciada después de *Conversación en La Catedral*. El mundo de las novelas de Vargas Llosa seguía siendo tan opresivo como antes, pero ya no lo perturbaba tanto, y su punto de vista comenzó a cambiar inexorablemente: no se puede hacer nada acerca de la naturaleza de la sociedad humana y, por ende, no tiene caso angustiarse al respecto. En pocas palabras, o él había cambiado su perspectiva de clase o la propia historia –la situación de América Latina– estaba cambiando para él, o ambas cosas. El mundo seguía pareciendo tan sombrío como antes, pero su posición personal era envidiable y su mundo esencial –el Perú de finales de las décadas de 1940 y 1950– ya no parecía peor que el Perú contemporáneo en su conjunto o, en realidad, que ningún otro mundo, pasado o presente. Sus primeras obras habían visto ese Perú como un Perú represivo y moralmente despreciable, mientras que otras posibilidades (Cuba, París –esa intoxicante alternativa para los latinoamericanos de la década de 1960–) estaban abiertas y eran seductoras. Ahora, en el pasmoso decenio latinoamericano de 1970, todo lo alentaba a experimentar un cambio. Empezó a distanciarse de sus antiguos aliados (estaba envejeciendo y cada vez era más distante: habían pasado los años de 1959 a 1974 en gran parte fuera de Perú), a escribir sátiras, comedias y fantasías, e inició la larga marcha hacia la derecha y la medianía de edad junto con la mayoría del resto del mundo occidental de la época posterior a Vietnam.

Lo irónico de todo ello fue que sus obras parecieron realmente más jóvenes, nada menos (de hecho, muchos críticos habían protestado por la sobriedad y mortal seriedad del personaje autobiográfico de las tres primeras novelas). El primer resultado de su cambio ideológico fue la hilarante *Pantaleón y las visitadoras* (1973), la historia de un capitán del ejército peruano que en 1956 recibe la orden de establecer un prostíbulo militar en la selva amazónica, cerca de Iquitos. El oficial, Pantaleón Pantoja, es un personaje sin imaginación y convencional que simplemente cumple órdenes, por absurdas que sean. La novela es narrada casi por completo por medio de documentos oficiales, diálogos, cartas y las fantasías nocturnas de Pantoja. El humor —que apenas se había hecho presente en la obra anterior de Vargas Llosa— es vulgar, pero irresistible, y a menudo es difícil para el lector no reír con fuerza de su satírico asalto a la mentalidad militaroburocrática. La novela es un texto escrito con un profesionalismo brillante, más sería de lo que parece y merecedora del tiempo y la molestia del lector, pero apenas si es una obra importante en comparación con sus logros anteriores.

Su siguiente novela, *La tía Julia y el escribidor* (1977), representó una especie de apoteosis en la trayectoria de Vargas Llosa a causa de que la recepción que le hicieron los críticos, en especial en Europa y Estados Unidos, fue casi unánimemente acogedora y apreciativa, a la manera como los grandes éxitos literarios son recibidos acogedora y apreciativamente. Con *Pantaleón y las visitadoras*, Vargas Llosa había descartado su imagen más bien espartana y puritana en favor de la travesura y la parodia, y *La tía Julia y el escribidor* sigue siendo su novela más despreocupada y la más francamente divertida.<sup>15</sup> Es importante hacer notar que también es una novela que normaliza en lo internacional la experiencia latinoamericana y que no ahorra concesión alguna al misterio, la magia o el melodrama exóticos. Alterna reminiscencias autobiográficas —su relación de la vida real con su tía boliviana, Julia Urquidi, y su trabajo en una estación de radio— con las lúdricas historias de telenovela supuestamente escritas por el decano de los escritores de Lima, un diminuto boliviano llamado Pedro Camacho. El empuje crítico implícito en su obra previa, incluso en *Pantaleón y las visitadoras*, se ha disipado casi al punto de la desaparición, a medida que Vargas Llosa “se une al partido literario latinoamericano”, para citar a *New Republic* (en su sobrecubierta). La novela contiene puntos de comparación evidentes con la obra del novelista argentino Manuel Puig (autor de *El beso de la mujer araña* y otras), con la excepción de que, en este caso, Vargas Llosa no hace ninguna crítica implícita de los efectos de los medios de comunicación masiva sobre la indefensa conciencia individual, como lo hace Puig

<sup>15</sup> Su epígrafe, de lo más adecuado, es de la obra maestra de la autorreferencialidad en la escritura, *El grafógrafo* (1972), de Salvador Elizondo.

de manera invariable; antes bien, de la manera más despreocupada, convierte su propia vida en una telenovela (al igual que la novela misma fue convertida en una telenovela en Bogotá) y diluye en un melodrama cómico, mediante la ironía de su penetrante mirada retrospectiva, lo que evidentemente fue una dramática experiencia emocional.

A sus lectores los fascinó (sospecho que la mayoría eran nuevos lectores, pero tuvo muchos más), y su siguiente novela, *La guerra del fin del mundo* (1981), a pesar de toparse con objeciones más serias, aunque sólo haya sido porque se trataba de un libro mucho más serio, tuvo también un merecido gran éxito tanto entre los lectores como entre los críticos. Salman Rushdie, por ejemplo, la denominó una “obra maestra trágica”, digna seguidora de la obra maestra cómica que fue *La tía Julia y el escribidor*.<sup>16</sup> Se trata quizá del equivalente más cercado de *La guerra y la paz* en la literatura latinoamericana, puesto que convierte en novela el trágico enfrentamiento que se dio entre los renovadores de la religión primitiva y las tropas gubernamentales republicanas en Canudos, Brasil, en 1896-1897, y así, emula la célebre narración sociohistórica de principios de siglo *Os sertões*, de Euclides da Cunha. Como Tolstoi, Vargas Llosa rastrea la huella de los personajes a partir de diferentes trasfondos sociales y por medio de una experiencia histórica dolorosa para llegar a conclusiones acerca de la relación entre la vida y la historia. Es interesante hacer notar que optó por escribir una novela respecto al siglo XIX con un tono del siglo XIX, un fascinante gesto de arrojo del más grande artífice técnico de la narrativa latinoamericana del siglo XX, consecuentemente, se trata de una novela de obvias pretensiones clásicas, sin artificios técnicos impertinentes y sin la intención de distraer o confundir a su público. El resultado es una obra enérgica, austera y generalmente lúcida que, no obstante, se agota en el momento culminante, al menos para sus lectores, porque su lógica interna exige esa coherencia ideológica que el propio Vargas Llosa había rechazado tan firmemente en años anteriores, lo cual resulta tanto más irónico cuanto que la conclusión de la obra pone el énfasis en la naturaleza ilusoria de las ideologías. La clásica transparencia que suele lograr Vargas Llosa produce en esta obra, ahora que su ideología se ha desplazado a la derecha, una especie de parálisis conceptual. Su incapacidad o renuencia para concluir una novela anudando los cabos sueltos una sección antes del final y permitiendo después que se desenmarañen otra vez, más que adecuada para su antigua ideología de indiferencia (cada una de las tres primeras obras había terminado con una inconexa conversación en un bar), le impide ahora “concluir” cuando lo desea y necesita hacerlo. Pero si

<sup>16</sup> Salman Rushdie, “A moderate goes to extremes” (“Un moderado va a los extremos”), *The Guardian*, Londres, 10 de octubre de 1986. Este artículo fue un análisis crítico de *Historia de Mayta*, publicado por Faber and Faber en 1986.

hubiese que tomar en serio las secciones finales de esta novela, la deducción sería en el sentido de que, a una edad en que los fines son irremediabilmente corrompidos por los medios empleados para lograrlos,<sup>17</sup> aquellos cuyo impulso proviene de una ideología, cualquiera que sea ésta, morirán por ella y se llevarán con ellos a muchos otros que son “inocentes” de ideología; mientras que aquellos que viven para el amor (o el sexo) y la vida misma, cualquiera que sea su clase o su medio ambiente social, merecen perdurar. Cualesquiera que sean las reservas que los lectores puedan tener respecto a este desenlace filosófico, *La guerra del fin del mundo* confirmó a Vargas Llosa como un clásico contemporáneo, el narrador (vivo) en gran escala más grande de América Latina, un novelista que podría hacer frente a casi cualquier desafío.<sup>18</sup> Se trata de un relato soberbiamente estructurado, narrado con claridad, eficacia y dinamismo en una escala grandiosa, que restituyó a su autor la ambición, la gravedad del propósito y, sin duda alguna, la desolación de sus primeras obras.<sup>19</sup>

Su siguiente novela fue *Historia de Mayta* (1984). Esta obra, también situada parcialmente en la década de 1950, explora la historia de un militante trotskista, Alejandro Mayta, que viaja de Lima a Jauja en un intento por desatar una revolución socialista en los Andes en 1958. En un apocalíptico futuro cercano (es obvio que la novela fue escrita con 1984 en mente, aunque su desarrollo transcurre quizá a finales de la década de 1980, así como el espectro de la “catástrofe final” se enseñoorea de *La guerra del fin del mundo*), un novelista bien conocido, manifiestamente el propio Vargas Llosa, intenta desenterrar la historia de Mayta mientras se encuentra rodeado de un marco aterrador de trastornos sociales a causa de que un ejército invasor apoyado por Cuba ha ingresado en Perú desde Bolivia y es combatido por marines estadounidenses transportados en avión para reforzar al gobierno nacional (por supuesto, esta trama un tanto histérica fue característica de los sombríos años de principios de la década de 1980). La técnica narrativa empleada nos hace volver a algo cercano al tipo de montaje complejo utilizado en las tres primeras novelas, esto es, al estilo de composición que se asocia singularmente a Vargas Llosa en la historia literaria latinoamericana. Como esas obras, *Historia de Mayta* asume una de

<sup>17</sup> Un punto de vista elocuente, aunque expresado más bien con desaliento, en su artículo “El homicida indelicado” (1977), en *Contra viento y marea*, pp. 265-275.

<sup>18</sup> Esta opinión fue expuesta con amplitud por Ángel Rama en su importante análisis crítico de la novela, el cual constituye una de las obras críticas más significativas de los últimos años sobre Vargas Llosa, “Una obra maestra de fanatambientismo artístico”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 14 (nueva época), junio de 1982, pp. 8-24.

<sup>19</sup> 1981 vio también la publicación de *La señorita de Tacna*, Barcelona, la primera de tres obras que Vargas Llosa ha escrito en los años recientes. Las otras son *Kathie y el hipopótamo*, Barcelona, 1983, y *La Chunga*, Barcelona, 1986.

las muchas formas de la historia de detectives. El efecto que se logra es una narrativa hipnótica y compulsiva, aunque, a fin de cuentas, de textura un tanto más basta que la de su obra anterior y no más satisfactoria en su conclusión que *La guerra del fin del mundo*. Una vez más, el mensaje consiste en que la ideología es ilusión, una ilusión, que lleva finalmente a la catástrofe. La izquierda, en particular, desea cambiar el mundo con demasiada rapidez, lo cual explica la trayectoria en la novela de la absurda aventura quijotesca de Mayta, desde el movimiento de Hugo Blanco en la década de 1960 hasta Sendero Luminoso en la de 1980, y la colisión entre el comunismo y el capitalismo que, según nos informa el narrador de la novela, está desgarrando al Perú mientras el escritor da forma a la novela. El toque maestro, inspirado quizá en su experiencia con la llamada Encuesta en los Andes,<sup>20</sup> consiste en hacer que ese narrador, sin duda alguna el propio Vargas Llosa, como ya indicamos, inventa un Mayta ficticio a medida que, simultáneamente, investiga la vida del “verdadero” Mayta, en una narrativa a la que, a su vez, se yuxtapone un tercer Mayta, el Mayta de la novela. Esto hace surgir una serie de interrogantes muy interesantes y sutiles que, creo, no han sido apreciadas por los críticos en toda su magnitud (la novela fue recibida con una hostilidad inusitada), al grado de que Vargas Llosa relativiza por completo toda su narrativa, aun cuando –o precisamente porque– aclara perfectamente su posición personal, más bien conservadora y contradictoria. Es muy posible que ésta sea la novela más honesta escrita por un latinoamericano en los últimos 25 años. El triunfante y rico escritor que da forma a la novela aparece en ella, viviendo en la Lima contemporánea como en una pesadilla e “imaginando” más bien que siendo testigo de las vidas de sus conciudadanos, mientras culpa a la izquierda de todo lo que ha resultado mal. La técnica no es distinta al enfoque adoptado por Gabriel García Márquez en su *Crónica de una muerte anunciada* (1981), pero Vargas Llosa establece su propia posición de una manera mucho más mordaz y difícil (se trata de un texto más específico desde el punto de vista histórico) que el colombiano ganador del Premio Nobel. La novela parece escrita de una manera más apresurada que cualquiera de sus obras previas (las distracciones que provoca el estatus

<sup>20</sup> “Encuesta en los Andes” fue el título de un artículo escrito por Vargas Llosa en 1983, después de su participación en una investigación acerca de cómo fueron asesinados por indígenas ocho periodistas peruanos en los Andes, cerca de Ayacucho, en la época de la campaña guerrillera de Sendero Luminoso. Vargas Llosa concluye que todo el asunto tuvo como origen una serie de trágicos malentendidos y que los protagonistas indígenas “parecían venir de un Perú diferente de aquel en el que yo vivía, un Perú antiguo, arcaico, que ha sobrevivido en esa montañas a pesar de siglos de aislamiento y adversidad”. El artículo apareció en muchos periódicos y revistas de todo el mundo: véase, especialmente, *The New York Times* del 31 de julio de 1983.

de “superestrella”, quizá), sin el característico sentido de perfección y virtuosidad técnica, aunque la primera lectura es tan absorbente y compulsiva como siempre.

En 1986 publicó una novela más corta titulada *¿Quién mató a Palomino Molero?* Una vez más, la acción se desarrolla en la década de 1950, cerca de la norteña ciudad de Piura (lugar de algunas de sus primeras historias y de *La casa verde*), con algunos personajes de sus primeras obras,<sup>21</sup> y una vez más el formato es el de la historia de detectives. Es su narrativa menos compleja. El cuerpo de un aviador, brutalmente torturado y asesinado, es descubierto y se ordena a dos guardias civiles, un teniente y un alguacil, que investiguen. Éstos descubren finalmente que la hija adolescente de un coronel tenía una relación amorosa con el aviador y que el oficial, furioso por la insolencia del joven, había incitado a otro enamorado a que llevara a cabo el asesinato. La relación posiblemente incestuosa del coronel con su hija es la raíz de todo el asunto y, cuando la investigación amenaza con acercarse más a él, mata a su hija y después se suicida. Esta anécdota, característica de la “nota roja” de los periódicos latinoamericanos, evoca parte del material de *Conversación en La Catedral* (basada ésta en la experiencia de Vargas Llosa como periodista en Lima) o, en realidad, de *Crónica de una muerte anunciada* (1981) de García Márquez, la cual, a su vez, marca un retorno a la tendencia de las primeras novelas, las de la década de 1950, del colombiano, como *En mala hora* o *El coronel no tiene quien le escriba*. A la historia de detectives se yuxtapone una serie de episodios divertidos e incluso bufos en los que participan los dos policías, a uno de los cuales, el teniente, lo consume el deseo por una mujer casada de mediana edad. Este hilo conductor nos evoca *Pantaleón y las visitadoras*, y una vez más, como en todas las obras de Vargas Llosa, el cabal cumplimiento del deber provoca en realidad que los dos policías sean castigados y degradados mediante su transferencia a regiones inhóspitas del país. En cierto sentido, como *Crónica de una muerte anunciada* de García Márquez, se trata de una historia simple cuya solución es obvia, por lo que el misterio reside en la manera de relatarla. Ello, inevitablemente, hace pensar en Faulkner, influencia primordial en ambos escritores, y en particular en *Sanctuary* (1929). Así, *¿Quién mató a Palomino Molero?* bien puede ser otra obra maestra, aunque menor, y parece señalar un cambio de rumbo o quizá –¿podríamos atrevernos a esperarlo?– un regreso al modo objetivista de las primeras obras de Vargas Llosa. En esta novela, la tensión perceptible en el texto se subordina una vez más a las intenciones de la escritura y de la narrativa, y no es distorsionada por las contradicciones del autor. Éste recobra el control completo, no sólo de sus materiales sino

<sup>21</sup> Un personaje, el sargento Lituma, que puede o no ser siempre la “misma” persona, aparece en una de las historias de *Los jefes* (1959), y en *La casa verde* (1966), *La tía Julia y el escribidor* (1977), *Historia de Mayta* (1984), *¿Quién mató a Palomino Molero?* (1986) y *La Chunga* (1986).

también de sus emociones, lo cual puede deberse a que ha vuelto, aunque sin pasión, a la perspectiva de su propia juventud, cuando casi todo lo malo que ocurría en el mundo era culpa de una clase alta insensible que no dejaba lugar ni para la evolución democrática de las oportunidades para los menos afortunados que ella ni para el surgimiento de los escritores jóvenes, como el mismo novelista solía quejarse.

Vargas Llosa nunca ha escrito nada que no sea un texto de alta calidad, entretenedor y provocador de reflexiones. Desde el punto de vista puramente profesional (dominio del lenguaje, campo de la expresión y tema), en la actualidad se encuentra en el mejor momento de su capacidad, y una de las obras de la segunda fase de su vida de escritor, *La guerra del fin del mundo*, es una creación de proporciones casi tolstoianas, como lo he hecho notar. Sin embargo, no es posible que yo sea el único en creer que ni ésta ni las otras obras escritas a partir de 1970 han logrado alcanzar cabalmente esa combinación de rigor, emoción, arte y significación compartida por las tres primeras novelas importantes, de una de las cuales, *La casa verde*, continúo persuadido de que se cuenta entre las novelas latinoamericanas realmente más grandes de todos los tiempos. Por supuesto, Vargas Llosa no está de ninguna manera cerca del final de su ciclo creador, pero sólo se puede lamentar el que, por lo visto el único escritor latinoamericano que parecía tener el potencial para producir una comedia humana balzaciana, una representación histórica realista del mundo en desarrollo de América Latina a través del caso particular del Perú, sea, en este momento, manifiestamente incapaz o se muestre renuente a emprender tal proyecto.

Hemos examinado algunas de las posibles explicaciones. Vargas Llosa pasó mucho tiempo lejos de América Latina después de convertirse en estrella literaria en la década de 1960. El prolongado, lento y gradual rechazo de su herencia intelectual a medida que se desplazaba hacia la derecha política (como la mayoría de los demás intelectuales, en América Latina y en todas partes a partir de 1971) provocó que su manera de pensar llegara a ser, lo cual es quizá sorprendente, más cruda a medida que se volvía más conservadora, y, lo que es más serio en el caso de un escritor de su intuición, más manifiesta desde el punto de vista ideológico. El impulso hacia la definición ideológica, en parte, una reacción defensiva (fue fuertemente atacado por la izquierda después del asunto Padilla de 1971), en parte, una confianza y una certidumbre crecientes y, en parte, por lo visto, el simple resultado de volverse más “sensato” a medida que se tiene más edad, fue perjudicial para un escritor cuyo secreto más importante había sido el cuidadoso equilibrio que logró alcanzar entre el ser social y el devenir histórico, con el resultado de que las últimas obras han sido más históricas que sociológicas, más dogmáticas que imparciales desde el punto de vista ideológico, más decididas por adelantado que exploradas por medio de la práctica misma de la escritura.

Lo que resulta particularmente irónico a este respecto es que, como lo hemos hecho notar, el propio Vargas Llosa ha rechazado cada vez más los enfoques ideológicos de la política, de la sociedad y de la propia literatura. En *Contra viento y marea*, por ejemplo, documenta, con sus propias palabras, “los mitos, utopías, entusiasmos, querellas, esperanzas, fanatismos y brutalidades entre los que vivía un latinoamericano en las décadas del sesenta y setenta”,<sup>22</sup> con lo que implica que el escepticismo es la única actitud racional. Y aún resulta más irónica su renuncia a Sartre, su primer gran héroe literarioideológico, en favor de la personalidad de Camus, más escéptico y partidario del procedimiento gradual. En realidad, en otra descripción de *Contra viento y marea*, hace notar que los textos incluidos muestran “el itinerario de un latinoamericano que hizo su aprendizaje intelectual deslumbrado por la inteligencia y los vaivenes dialécticos de Sartre y terminó abrazando el reformismo libertario de Camus”.<sup>23</sup> Y lo más irónico de todo, cuando Vargas Llosa convirtió finalmente la ideología política en un compromiso concreto, no mucho tiempo después de la caída de los sandinistas en Nicaragua, lo hizo para buscar desempeñar el papel de presidente conservador del Perú.

<sup>22</sup> *Contra viento y marea*, p. 9.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 11.



*Icarus* (2009), óleo y aluminio sobre madera,  
32x24 cm, col. particular, Ciudad de México.

## FOUCAULT Y EL LIBERALISMO

### Racionalidad, revolución, resistencia\*

Jacques Bidet\*\*

En 1978, en sus cursos del *Collège de France*, Foucault comienza a abordar lo que se anuncia como la nueva política. Transita entonces de las “técnicas sectoriales del poder” (prisiones, hospitales, asilos, escuelas) a la “tecnología del poder del Estado”, que incluye una reflexión sobre la gobernabilidad y el liberalismo. En este ensayo se aborda esa reflexión en su relación con el análisis de Marx. Ello nos permite descifrar el lugar de la *revolución* y la *resistencia* en el gran relato foucaultiano.

Palabras clave: Foucault, Marx, gobernabilidad, liberalismo, revolución, resistencia.

#### ABSTRACT

In 1978, in his courses of *Collège de France*, Foucault begins to tackle what promises to be the new politics. He goes then of “sectorial skills of the power” (prisons, hospitals, asylums, schools) to the “State’s technology power”, which includes a reflection on the governmental action and the liberalism. In this essay this reflection is tackled in his relation with the analysis of Marx. It allows us to decipher the place of the *revolution* and the *resistance* in Foucault’s great narration.

Key words: Foucault, Marx, governance, liberalism, revolution, resistance.

\* Traducción del francés de Rhina Roux. Publicado en *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, núm. 52, nueva época, año 19, UAM-Xochimilco, México, septiembre-diciembre de 2006.

\*\* Esta reflexión se concentra en los textos de Michel Foucault *Securité, territoire, population* y *Naissance de la biopolitique*. Son citadas, respectivamente, con las siglas 1978 y 1979, en referencia a los años en que estos cursos fueron pronunciados. La sigla DE remite a la obra de Foucault *Dits et Ecrits*, volúmenes I a IV. La argumentación presentada en este texto presupone conceptos y explicaciones expuestas en Jacques Bidet, *Théorie générale* (1999), referida con la sigla TG y *Explication et reconstruction du Capital* (2004), referida como ERC. Consúltense las referencias bibliográficas al final del texto.

En 1978, en el momento en que retumba en Francia y en Europa la oleada comunista surgida del 68 y en que despuntan los “nuevos filósofos” y los “nuevos economistas”, Foucault comienza a abordar en su seminario del *Collège de France* lo que se anuncia como la nueva política. Hasta ese momento Foucault se había mantenido en los márgenes de la “gran política”: prisiones, hospitales, asilos, escuelas, cuarteles. Transita entonces de esas “técnicas sectoriales” a la “tecnología del poder del Estado”, hasta llegar a comentar –a partir de sus precedentes de los siglos XVIII al XX– las propuestas de los gobernantes de la época: Chaban y Barre, Giscard y Stoleru. En otras palabras, el neoliberalismo como estadio presente del liberalismo.

Pero ¿qué entendía exactamente Foucault con el término “liberalismo”? ¿cómo se situaba en relación con él?, ¿cuál fue el sentido general de su intervención? Se trata de una cuestión más difícil de lo que parece. La trataré aquí a partir de su relación –indirecta pero evidente– con el análisis marxista, al mismo tiempo que con la vulgata marxista de la que toda una generación intenta liberarse. Un estudio sistemático de la relación de Foucault con Marx debería considerar al menos cuatro cuestiones. Me limitaré aquí a la tercera.

1. A través de múltiples referencias, Foucault asume a Marx como un elemento de su cultura teórica. No pregona sin embargo ninguna coincidencia con cualquier utopía colectivista o planificadora. Muestra un compromiso resuelto contra el estalinismo y sus secuelas y una simpatía mitigada en relación con el comunismo en general. La perspectiva dialéctica, totalizante, conduce a sus ojos a terribles atolladeros. Foucault asume en cambio que hay que hacer ciencia consagrándose a cuestiones “específicas”. Pero es a partir de ahí que comienza a desestabilizar los discursos de la totalidad y particularmente del que era entendido como “el marxismo”. Para redimensionar esta cuestión habría que considerar su obra completa a partir de su *Historia de la locura* (1961).
2. Concentrándose en el decenio post-68, en los cursos de los años 1971-1976 y en los textos de ahí surgidos, podría componerse un florilegio de propuestas y desarrollos en los que Foucault habla de “clases sociales”, de “la burguesía” y “el proletariado”, colocando en escena y en teoría una historia moderna dominada por instituciones y enfrentamientos de clase; un Foucault para quien la cuestión política última era saber si “la revolución –y cuál– vale la pena” (DE, III:269). Se trata ciertamente de una propuesta enigmática.
3. Durante 1978-1979 –a los que me limitaré– comienza a ocuparse de política económica y social: de la *governabilidad*. Cruza entonces, necesariamente, los caminos de Marx.

4. El debate en torno a Foucault se concentra hoy en la subjetivación, objeto de investigación fecunda de su último periodo: 1980-1984. Transita entonces de la gobernabilidad al “gobierno de sí”.

Estos dos conceptos están estrechamente relacionados. Visto retrospectivamente, el discurso de la gobernabilidad parece incluso ocupar un lugar central en el conjunto de su obra, marcando a la vez una ruptura y una continuidad entre sus trabajos anteriores y sus últimas investigaciones. Merece entonces ser considerado en sí mismo. Señalando que “vivimos en la era de la gobernabilidad, aquella descubierta en el siglo XVIII” (1978:112), Foucault comienza finalmente a enfrentarse a la cuestión de la totalidad social, considerada en términos de la “racionalidad occidental”. Es también a partir de esa reflexión que podremos interrogarnos acerca de la respuesta que Foucault habría dado al enigma de “la revolución”.

Mostraré de entrada que a pesar de las apariencias la investigación foucaultiana no puede interpretarse como un *elogio* del liberalismo opuesto a la *crítica* marxista de la economía política. Conviene más bien interrogarse sobre el hecho de que, paradójicamente, los dos discursos comparten la forma de *gran relato*. Se muestra entonces que estos dos relatos proceden de dos formas filosóficas diferentes y que, a partir de ello, puede comprenderse la tensión entre dos políticas: una llamada *revolución* y otra *resistencia*.

Faltará aún dilucidar lo que tienen que decirse la una a la otra.

Naturalmente conviene no perder de vista que la publicación de estos cursos nos coloca delante de un proceso de investigación: frente a un camino arriesgado en el que hay que ir midiendo, bajo formulaciones a veces tajantes y polémicas, los retornos e incertidumbres. El resumen que Foucault redactó inmediatamente después de su curso de 1979 (DE, III:819-825) –también un borrador– marcó una mayor distancia respecto del liberalismo. Pero las formulaciones, menos prudentes, de su curso oral nos iluminan sobre ciertos presupuestos profundos de su andar. Va de suyo que uno puede interesarse en estos dos grandes libros de historia sin preocuparse por las cuestiones de epistemología filosófico-política que aquí les serán planteadas.

#### ¿ELOGIO VERSUS CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA?

Si se recuerda que Marx se consagró esencialmente a una “crítica de la economía política” (éste es el subtítulo de *El Capital*) sorprende descubrir que Foucault, interesándose en los mismos autores, fisiócratas y liberales ingleses, parece por el contrario abandonarse a una suerte de *elogio*. De fisiócratas y liberales ingleses Marx analizó sus *teorías*

*económicas*; Foucault, las *políticas* que inspiraron. No obstante, ambos trabajaron el mismo material: sus discursos económico-políticos. Y sin embargo sus recorridos se oponen frontalmente. Marx intentó demostrar que el objeto de la producción capitalista no es, como postulaban fisiócratas y liberales, la “riqueza de las naciones”, la riqueza concreta, el valor de uso, sino la riqueza abstracta, el plusvalor. Foucault por el contrario intentó demostrar que la economía política liberal tenía como objetivo la vida, la población, la riqueza y el poder de la sociedad.

En la primera Sección del Libro I Marx expuso el modelo de la producción mercantil, definida como lógica racional de la riqueza social. La ley del valor, que impone la competencia, asegura la maximización de la productividad y la colocación óptima de los recursos (ERC, 50-51). Sin embargo –continuó en la sección III– no debemos detenernos en este nivel de análisis, porque en el mercado capitalista la competencia no gira en torno a la producción de mercancías como valores de uso, sino en torno a la maximización de la ganancia. El objetivo de la producción capitalista –del empresario capitalista– no es, por tanto, “la riqueza” sino la ganancia, riqueza abstracta. Marx no niega que el “modo de producción capitalista” sea infinitamente más productivo (de riquezas) que los precedentes. Sin embargo señala que la acumulación capitalista, fundada en la explotación, no se analiza en términos de riqueza, sino de plusvalor. En su encuentro con los liberales, Marx elabora los conceptos de la diferencia y la contradicción entre riqueza y ganancia. Y es a partir de ahí que interpreta el movimiento histórico.

Para Foucault, por el contrario, los economistas liberales simplemente inventan la “gubernabilidad moderna y contemporánea” (1978:356), es decir “nuestra racionalidad política” (DE, IV:826). Superando el “poder soberano” del Renacimiento y la “razón de Estado” de la época clásica, los liberales introducen la figura más modesta del “gobierno”, que se limita a promover los “procesos naturales” de la economía (mercantil) y la “gestión de la población” (comprendida ésta también como un fenómeno natural) a través de “ciertas formas de libertad” (1978:362-364). El liberalismo desarrolla un *saber* que tiene por objeto la riqueza de la nación, que no se preocupa únicamente de los sujetos, ni de los administrados, sino de una *población* a la que intenta mejorar. La economía es una ciencia de la población que comprende las reacciones colectivas a la escasez, la carestía, etcétera. La economía identifica los problemas y las leyes relativos a un conjunto de personas (tasas de fecundidad, de mortalidad, epidemias, producción), es decir de un sujeto colectivo que no es ya el del contrato social. Esto es lo que significa la “gubernamentalización del Estado”. El Estado moderno no tiene como único objetivo “la reproducción de relaciones de producción”: *gobierna* (1978:112). La historia del capitalismo no puede entonces ser comprendida como había pensado Marx.

Naturalmente podemos intentar articular estos dos discursos. Marx no olvida que si bien la lógica de los capitalistas es la ganancia –riqueza abstracta–, ésta no puede

obtenerse más que a condición de la venta de sus mercancías y que, por tanto, éstas deben portar un valor de uso pertinente, riqueza concreta. Marx puso esta cuestión en el centro de su estudio sobre la reproducción, la crisis y la acumulación: no estudia jamás las contradicciones del sistema sino a partir de su relativa racionalidad. Podría decirse, empero, que no elaboró conceptualmente la coacción “gubernamental”, es decir *hegemónica* en el sentido gramsciano, que se impone a la clase dominante en la forma capitalista de la sociedad. Marx no consideró el tejido multiforme del saber social y de las prácticas sectoriales mediante las cuales se ejerce tal poder. Podría agregarse que Foucault estaría de acuerdo con Marx en que detrás del discurso liberal hay también explotación y que aportó lo que faltaba para comprender que el capitalismo es una época de progreso...

Sin embargo, si nos contentáramos con este modo de combinar los dos enfoques, se correría el riesgo de ocultar aquello que los separa. Hay que comenzar entonces por enfrentar una cuestión fundamental: Foucault argumenta a partir de *otra filosofía política* que, si no desahucia a Marx, por lo menos vuelve al marxismo radicalmente problemático. Si se quiere comprender en qué se oponen estos dos discursos hay que partir de lo que los une y comenzar por leer, tal y como se produce, el “gran relato” foucaultiano.

## EL GRAN RELATO FOUCAULTIANO Y LA CUESTIÓN NEOLIBERAL

Foucault propone una “genealogía del Estado moderno y de sus diferentes aparatos a partir de una historia de la razón gubernamental” (1978:362). Esta *genealogía*, no más que la lechuza de Minerva, no anuncia el futuro. Se desarrolla sin embargo en una serie de tres “momentos” progresivos que definen una “apuesta política” última: la cuestión de la “sobrevivencia del capitalismo”, de la invención posible de un “nuevo capitalismo”. Con extraordinaria pasión Foucault increpa a sus oyentes, sin duda aún mal reconvertidos: “ustedes entienden muy bien que si no hay más que una sola ‘lógica del capital’, la de la ganancia, su fin está inscrito entonces en ‘callejones sin salida’ y no habrá ‘ya capitalismo’; pero si por el contrario (¡como voy a mostrarles!) el capitalismo se produce según una diversidad de espíritus y racionalidades, entonces se le abre todo ‘un campo de posibilidades’” (1979:170-171). ¿No está aquí nuevamente, sublimada en una gran interrogante, la inexorable búsqueda del “gran relato”?

Los tres momentos son continuamente recordados a los estudiantes de su seminario. La entrada en la modernidad se realiza con el triunfo, en el Renacimiento, de la figura de la *soberanía* ejercida por la ley sobre un sujeto sometido: es el “Estado de justicia” regido por “el sistema del código legal que define lo permitido y lo prohibido” (1978:7).

La paz de Westfalia (1648) marca el inicio de la época clásica, caracterizada por el *Estado administrativo* y el desarrollo de instituciones disciplinarias. Más allá de las formas legales y judiciales se busca entonces prevenir y corregir con técnicas “policiacas, médicas, psicológicas” adecuadas (1978:7). Es la época de la “razón de Estado”, fundada en la “estadística” de recursos y poblaciones (1978:280). Es el tiempo de los mercantilistas, que plantean como objetivo de la economía –por el desarrollo de los intercambios– la baja del precio del trigo con el fin de exportar y atraer el oro que asegure el poder del Estado. El “Estado de policía”, en el sentido antiguo del término, busca promover “la vida” y la “felicidad” de la población, pero en la perspectiva de su propio poderío (DE, IV:823). En el contexto del “equilibrio entre Estados” (1978:306), de la razón diplomática y militar, aquella lógica se impone a todos. Es por tanto el “golpe de Estado permanente” (1978:347): ordenanzas, prohibiciones, consignas, reglamentos, disciplinas locales de la fábrica, de la escuela, del ejército. En términos de derecho natural y de contrato social, una limitación interna a la razón de Estado se deja escuchar, aunque débilmente.

Es a partir de 1750, con los fisiócratas, que aparece la figura del *Gobierno*. Su principal técnica de intervención es la economía política. Ésta no busca de entrada el comercio internacional sino la producción nacional. El mercado, como lógica de producción, es su “lugar de verificación” (1979:33). El mercado supone presupuestos jurídicos de libertad que la gobernabilidad liberal intenta promover: no la libertad en general sino la “libertad del mercado, la libertad del vendedor y del comprador, libre ejercicio del derecho de propiedad, libertad de discusión, eventualmente libertad de expresión, etcétera” (1979:65). Y es por estas intermediaciones, la económica y la jurídica, que se realiza –contra el Estado de policía ilimitado– la autolimitación de la razón gubernamental. *De otra parte* se desarrolla el dominio múltiple de la intervención gubernamental, pero bajo una forma más flexible que en la anterior época disciplinaria: la de la búsqueda de la “seguridad” fundada sobre lo aceptable, lo probable, suponiendo procedimientos de “normación” (1978:59). Emergen así los conceptos de caso, de riesgo, de crisis, etcétera. El contexto, como hemos visto, es el de la “población”, que Marx no hace más que “rodear” a través del concepto de “clase” (1978:79).

Notemos aquí de entrada que un problema decisivo podría ser el de la división de la “tecnología gubernamental liberal” entre estos dos polos, uno de los cuales se ejerce sobre el *mercado*, al que guía sometién dosele y el otro sobre la *población*, a la que toma a su cargo por la vía de la organización. No es seguro –como veremos– que la problemática foucaultiana permita aprehender en todas sus implicaciones esta bipolaridad, a pesar de que contribuye poderosamente a actualizarla.

Es en contraste con esta forma clásica del liberalismo que a partir del 24 de enero de 1979 Foucault comienza a estudiar la nueva opción, más unilateralmente mercantil, que emerge entonces sin éxito: la del *neoliberalismo*. Foucault la asume como una respuesta

al keynesianismo, al que considera como el origen de una “crisis del liberalismo” (1979:71). Este “nuevo dispositivo de gobernabilidad” es explorado desde los años treinta por Hayek y otros. Pero es la situación de Alemania, año cero, la que va a nutrir el terreno de experimentación. La destrucción total del orden económico anterior permite hacer tabla rasa y plantear el problema de otra manera: abordar el mercado no como un *hecho natural*, sino como un *objetivo* a realizar y universalizar, como un “proyecto de sociedad”: que la sociedad se vuelva un mercado. Dejando de perseguir fines concretos, de obrar mediante medidas y correctivos, el Estado se limitará a fijar las reglas del juego dejando jugar a los actores económicos. Fue ésta la doctrina recuperada por Giscard contra los compromisos keynesianos anteriores. Cuando se excluye de este modo la idea de plan, de intervención sustancial en la economía, se ha instaurado un “Estado de derecho” exclusivamente regido por “principios formales”: los que requiere el mercado (1979:177). Hay que hablar entonces de un “orden económico-jurídico” en el cual “lo jurídico forma lo económico” (1979:168) –y también lo recíproco, porque se trata “de reglas de derecho que son necesarias a partir de una sociedad regulada desde y en función de una economía competitiva de mercado” (1979:166). Se abandona entonces la idea de que el empleo puede ser un objetivo y la igualdad una categoría socialmente pertinente: se regulará la “cuestión social” fuera del derecho y en los márgenes de la economía como una cuestión moral, relativa a la pobreza moralmente aceptable. El neoliberalismo estadounidense va aún más lejos con la “teoría del capital humano” (1979:225-235) que, en contra de Marx [que no conocerá sino el “trabajo abstracto”..., y Foucault abunda en este sentido (1979:227)], consiste en tomar al trabajo como un capital, que el trabajador considera desde el punto de vista de la “asignación óptima de los recursos escasos con fines alternativos”. Y esta “mutación epistemológica” (1979:228) va a invadir, como se sabe, todo el campo social, de lo conyugal a lo penal.

Foucault insiste en subrayar, repetidamente, sus distancias respecto de esos “modos de acción al menos tan comprometedores para la libertad” como los que “se quieren evitar”, o sea “el comunismo, el socialismo, el nacionalsocialismo, el fascismo” (1979:70-71). De esta “fobia del Estado” (1979:77) evoca los peligros [por ejemplo la genética, (1979:234)], subraya las “connotaciones políticas inmediatas” (1979:237), evidentemente enojosas. Pero, añade, “este producto político lateral” no autoriza a quedarse en la “denuncia”. Eso sería “falso y peligroso” desde el punto de vista de las luces que esos análisis aportan sobre muchos fenómenos. Foucault evoca entonces cuestiones tan diversas como las inversiones educativas, la baja tendencial de la tasa de ganancia, el crecimiento japonés y hasta el posible desarrollo del Tercer Mundo. Observa que en esta dirección se orientan las “políticas económicas”, “sociales”, “educativas” y “culturales”. Subraya “la eficacia del análisis y de la programación” neoliberales (1979:239) –a considerar también, ciertamente, con “su coeficiente de amenaza”. Foucault ve ahí “el

tema-programa de una sociedad en la cual habría una optimización del sistema de la diferencia, en la cual un campo sería dejado a los procesos oscilantes, en la cual habría tolerancia hacia los individuos y las prácticas minoritarias” (1979:265).

En todo ello se trata por supuesto de descripciones de “racionalidades” respecto de las cuales Foucault se sitúa en otra parte más netamente en posición de observador (DE, III:818-825). Sin embargo, sorprende no verlo más comprometido en la evaluación de esta “racionalidad”. ¿Se puede ir al fondo de estas pretensiones de gobernar racionalmente sin preguntarse sobre su racionalidad sustancial? Foucault describe el neoliberalismo como una tecnología que intenta a la vez *unir el derecho y la economía y separar la economía de lo social*. Lo que significa producir un *derecho separado de lo social, es decir, también de lo político*. Una idea semejante ¿no debería suscitar un cierto malestar teórico en el seno de la racionalidad liberal?

Parece válido pensar que fue justamente tal malestar lo que llevó a Foucault, desde el 28 de marzo de 1979, a regresar al estudio del liberalismo clásico. Se trata en efecto entonces, según el programa que evocaba al principio de su curso, de pensar en conjunto las cuestiones de derecho político y de utilidad económica. Foucault subrayaba que en el seno del “liberalismo” existen dos vías para pensar esta unidad: “la vía revolucionaria”, que parte de los derechos del hombre y “la vía radical utilitarista”, orientada hacia la independencia de los gobernados (1979:43). Pero fue más bien la segunda la que le inspiró en la última parte de su curso, consagrado a la reconstrucción de un cierto liberalismo.

#### EL GRAN CUADRO FOUCAULTIANO: SOCIEDAD CIVIL Y ARTES DE GOBERNAR

Foucault no deja nunca de señalar que estas tres figuras de la razón gubernamental: Soberanía, Estado, Gobierno, que emergen más o menos sucesivamente, no se excluyen sino se conjugan, se superponen y deben ser tratadas como un “triángulo” (1978:111), es decir, como formando la compleja figura de la racionalidad política moderna. Falta sin embargo pensar su unidad.

El objetivo es ya no tender a “escindir el arte de gobernar en dos ramas: el arte de gobernar económicamente y el arte de gobernar jurídicamente”. Es decir, se trata de superar la escisión entre el *homo oeconomicus* y el *homo juridicus*. Y esto es lo que realiza el liberalismo dándose un “campo de referencia nuevo”: “la sociedad civil” (1979:299). De este concepto –y a partir de Ferguson– Foucault proporciona dos lecturas: una, diría yo, en términos de *Gemeinschaft* (comunidad) y la otra en términos de *Gesellschaft* (sociedad), cuya supuesta fusión brinda efectivamente –y milagrosamente– la clave del problema. Según la primera lectura, la sociedad civil debe comprenderse como la forma de vida concreta de una comunidad histórica, que es siempre simbiosis

*espontánea* de intereses desinteresados, atravesada por las relaciones interesadas de la economía; por lo tanto hecha de relaciones que no son “ni puramente económicas ni puramente políticas” (1979:311) y que se inscriben en una relación de “subordinación” (1979:312), es decir en una relación entre gobernantes y gobernados. El problema a resolver es lograr “gobernar según las reglas del derecho” en un “espacio de soberanía [...] poblado por sujetos económicos” (1979:298). La segunda lectura nos enseña que la sociedad civil, entendida ya como concepto específicamente moderno, nos da la solución por “indexación” del derecho a una economía de mercado: es la “economía jurídica de una gobernabilidad indexada a la economía económica” (1979:300). En contraste con Marx, quien enfrenta el “mal infinito” del capital, su propensión ilimitada a la riqueza abstracta, Foucault –en clave liberal– tiene constantemente en la mira la propensión ilimitada del Estado al poder más concreto. Ajustándose a la espontaneidad del juego económico natural, cuya naturaleza es permanecer abierto, no totalizable, el gobierno “se autolimita” –palabra clave. Respeta así “las reglas del derecho” respetando la “especificidad de la economía” (1979:300).

Sin embargo, uno puede preguntarse si Foucault no reemplaza de este modo el programa que se había trazado: el de pensar el “triángulo” de lo heterogéneo. Lo que se dificulta es que este concepto de sociedad civil, traducido en términos de economía mercantil, ignora la otra dimensión de la gobernabilidad: aquella de “la disciplina”, de la “policía” y más generalmente de la gestión de la población, que Foucault ha analizado tan notablemente también en términos de gobernabilidad. Reduce así subrepticamente el problema del “triángulo” a *dos términos: derecho y economía*. Foucault lo resuelve ficticiamente por la traducción de los dos términos el uno en el otro, planteando que obedecer al derecho es obedecer a la economía y recíprocamente. Tal operación ha sido posible gracias a una idea *débil* del “derecho”, argumentada regularmente en el discurso de Foucault por una *débil* representación del tema moderno del contrato social, reducido a la idea de que con él se “renuncia” a los derechos (1979:278). Idea contraria al axioma planteado por Rousseau (quien había comprendido bien la lección de Spinoza), según el cual no se renuncia jamás en realidad a ningún derecho. Sólo una traducción estrechamente utilitarista hace del derecho algo a lo que se podría renunciar. Parece, al final, sumamente difícil encontrar en este concepto de sociedad civil la solución a los problemas que Foucault plantea, como los de la heterogeneidad de la racionalidad política moderna.

Sin duda es también lo que intuye Foucault, quien al final de su último curso –y como última lección a extraer de su enseñanza– nos propone un cuadro de conjunto en el cual los tres elementos del “triángulo” –Soberanía, Estado, Gobierno– se presentan como el juego de *tres artes de gobernar*: “Vean el mundo moderno, el que conocemos desde el siglo XIX, toda una serie de racionalidades gubernamentales que

se entrelazan, se apoyan, se cuestionan, se combaten unas a otras. Arte de gobernar la verdad, arte de gobernar la racionalidad del Estado soberano, arte de gobernar la racionalidad de los agentes económicos” (1979:316). No es sino hasta este momento cuando aparece claramente que su enfoque desborda el cuadro del “liberalismo clásico”, puesto que las “políticas nacionalistas” y las “políticas estatales” –incluso “algo como el marxismo”, dice, “indexado [...] a la racionalidad de una historia que se manifiesta poco a poco como verdad”– participan también del mismo “debate político” (1979:316). “Nuestra racionalidad” se amplía, en esta peroración ecuménica, en racionalidades diversas. Queda claro que Foucault otorga al “liberalismo” una posición privilegiada. Si quedaba alguna duda sobre este tema, nos referiremos a la fórmula –dos veces repetidas en la última página– según la cual el liberalismo, alineándose en la racionalidad de los “sujetos económicos” y de los sujetos “en tanto que sujetos de interés” (“interés en el sentido más amplio del término”, ciertamente) ha fundado un “arte de gobernar sobre el comportamiento racional de quienes son gobernados”, un “arte de gobernar la racionalidad de los propios gobernados” (1979:316).

La cuestión planteada al finalizar la lectura de estas lecciones no es entonces saber en qué medida Foucault se adhiere a los enunciados que refiere, sino cuál es su pretensión teórica al reconstituir todo el escenario político-social moderno como un asunto entre “gobierno” y “gobernados”.

## EL ARTE DE GOBERNARSE

A este tema nos conduce la cuestión, planteada de muy lejos, en términos de “el arte de gobernar”. De muy lejos, porque este es el motivo de una figura de la que nadie había escuchado hablar en el debate filosófico-político moderno: la del *pastorado*, con la cual Foucault introduce –con gran perspicacia, hay que decirlo– el concepto de “governabilidad”. Foucault actualiza una línea de pensamiento y de prácticas que toman cuerpo en el cristianismo antiguo, sobre todo monástico: la del “gobierno de las almas”. Esta figura liga un imperativo de conocimiento de cada uno y de salvación de todos a una categoría de obediencia que implica también al gobernante en la misma suerte de sujeción. Según esta conducta de conductas, el sujeto se encuentra convocado a una crítica de su verdad interna, a una designación auténtica de sí, que oscila entre sujeción voluntaria y resistencia. La fórmula evangélica del “buen pastor” –que se escribe que conoce a sus ovejas y que sus ovejas lo conocen, que cada uno cuenta tanto como todos, que él está a la búsqueda de la oveja perdida y que da su vida por sus ovejas–, se integró naturalmente en el cuerpo revolucionario de la modernidad. Resurgió en términos religiosos y políticos en el tiempo de la Reforma y la Contrarreforma. El desarrollo

del espíritu científico quitó al soberano su carácter trascendente. El pastor político no gobierna ya a imagen de Dios, porque Dios mismo ya no gobierna: reina solamente, por leyes generales, a las que la razón tiene acceso. El gobierno se vuelve un asunto de responsabilidad humana y de razón social. Es a justo título que Foucault inscribe en esta línea tanto la emergencia sucesiva del Estado administrativo y del gobierno liberal, como las “insurrecciones de conducta”, que se suceden de la época de las Reformas a la de las Revoluciones, hasta 1917 (1978:234).

Foucault no brinda en estas obras un desarrollo analítico profundo de esta figura para el estudio de la racionalidad política moderna –sino sólo para conducirnos en la pista de herejías, resistencias y otras disidencias con una insistencia particular en el caso de la URSS, pastoral en exceso (1978:204). El objeto de este paradigma es, en un sentido, más extenso y fundamental. Le dio a Foucault la clave para un reciclaje profundo de toda la cuestión llamada del “liberalismo”, porque le permitió refundar todo el análisis de la racionalidad social y política moderna a partir del concepto “arte de gobernar”, es decir *a partir de la relación entre gobernantes y gobernados*. Y es precisamente esta manera de plantear el problema político la que le permite evitar la cuestión, *revolucionaria*, del derecho considerado a partir de la cuestión de su “comienzo”, o sea, “el problema teórico y jurídico de la constitución originaria de la sociedad” (1979:312). Esto se expresa igualmente en una cierta definición de la libertad: “La libertad no es jamás algo distinto –lo que ya es bastante– a una relación actual entre gobernantes y gobernados” (1979:64).

Frente a ello, se puede objetar que la cuestión política moderna no puede reducirse a la cuestión, negociable entre gobernados y gobernantes, de un “arte de gobernar”. Porque para los sujetos modernos ¿no se trata más bien (desde Hobbes) de gobernarse? O más aún: ¿un arte de gobernar puede, en la época moderna, *darse* de otra manera que como modo de transacción entre sujetos que pretenden gobernarse? ¿Y no es la cuestión planteada en el interior mismo del liberalismo por la crítica anti-utilitarista, comprendida la de Rawls?

Podría considerarse que, ante tal *pretensión*, sería más realista partir de *lo que es*: las relaciones de poder, de saber-poder, porque a partir de ahí se piensan también las *resistencias*. Y fue a esto a lo que se dedicó Foucault con éxito. Pero ¿puede plantearse en estos términos el problema político moderno en su verdadera radicalidad? *Nuestra pretensión de gobernarnos* a nosotros mismos, de la que parte toda una línea de filosofías políticas a través de Hobbes, Locke, Rousseau, Kant y –como veremos también– Marx, ¿sería *algo irreal*? Es notable que en el discurso de Foucault la evasión de esta cuestión se revele en el hecho de que este “nosotros” sea reemplazado regularmente por el “se”. Página tras página, toda esta racionalidad del arte de gobernar es escrita, nos es propuesta en términos de “se”. Y se observa que la cuestión de la democracia, que evoca el resumen en

términos de “democracia parlamentaria”, está paradójicamente ausente de la investigación presentada, como si ella fuera extrínseca a “nuestra racionalidad moderna”.

Esta incertidumbre se traduce en las categorías que Foucault nos brinda para la resolución del problema. Quien había declarado el fin del humanismo y enterrado la figura del hombre hace resurgir aquí la del *homo*. Después de Hume, Foucault instala frente a “la heterogeneidad formal”, la separación radical entre el *homo oeconomicus*, sujeto de interés y el *homo juridicus*, sujeto de derecho (1979:280). Y se ha visto a qué precio la “sociedad civil” le proveyó la síntesis entre estos términos. En realidad, más que esta pareja dudosa, la figura del “triángulo” podría haberle conducido a identificar mejor la naturaleza del desafío político moderno: el de una subjetividad política. La exigencia política no es simplemente de una parte económica o *racional* y de otra parte jurídica o *normativa*. Es racional, normativa e *identitaria* en el sentido de que de lo que se trata es de *gobernarse a sí mismo*. Es esto lo que se expresa en el “giro lingüístico”, por el pasaje de una filosofía del *sujeto* a una filosofía de la *transacción*. Es en todo caso la lección que puede extraerse del análisis habermasiano de la acción comunicativa. La pretensión política moderna es la de gobernarse, en última instancia, por vía del acuerdo discursivo. Las pretensiones modernas de gobierno deben por lo tanto responder a la triple exigencia “ilocucionaria” de ser *racionales*, *justos* y de ser *los nuestros*, aquellos que *nosotros* planteamos (TG, 11-17).

## FOUCAULT Y MARX, INEXTRICABLES

Existe un autor que demostró por qué el liberalismo económico no estaba capacitado para afrontar esta triple exigencia ilocucionaria: Marx, en su análisis de la Sección I del Libro I, consagrado a la lógica social de la producción mercantil. El primer capítulo expone su *racionalidad* (la configuración competitiva, fundada en la propiedad privada, maximiza la producción y optimiza la localización de los factores) y su *legitimidad* (que no conoce más que propietarios libres e iguales). El segundo capítulo considera la tercera exigencia: la de la *identidad* del ciudadano y de la *autenticidad* de su pretensión gubernamental. Marx expone ahí que el dinero y la forma mercado de la que es condición no es un hecho natural porque la historia ha producido otro tipo de acuerdos: implica entonces un *acto* social. “Al comienzo era la acción”, dice Marx —a comprenderse no en el sentido histórico, sino como principio de una lógica social. Tal acción entre productores-comerciantes supuestamente *libres*, no puede ser sino un *pacto*, pero de *servidumbre voluntaria*. Porque es un acto instituyente que se olvida él mismo si considera al mercado como un orden natural al que uno se declara sometido. Elaborada en el capítulo 2, esta inversión de la figura hobbesiana en un

pacto de servidumbre mercantil debe considerarse como la crítica del concepto *liberal* del contrato social mercantil. Su objeto, o su efecto, es enunciar a la vez (1) que es imposible para seres libres someterse a una ley de la que no habrían sido autores y (2) que pierden toda libertad estableciendo “libremente” una ley supuestamente natural –es decir, trascendente– como constitutiva del orden social. La supuesta “ley” del mercado –que no es en realidad sino una “regla” que uno se da– implica por tanto la misma suerte de “contradicción pragmática” que el contrato de esclavitud, en el cual se niega la posibilidad de contratar. *Semejante “ley” no puede entonces ser considerada como un “hecho de razón”*. Es en realidad un hecho histórico.

Foucault reencuentra este problema de *la institución* cuando señala que los neoliberales rechazan la visión tradicional liberal del mercado como fenómeno natural y lo transforman en un puro objetivo racional. Finalmente abandonará el neoliberalismo, que separa la razón y el derecho. Su repliegue en el liberalismo clásico, como hemos visto, no le permite en realidad hacerlo mejor. Por lo tanto, considerando su texto con atención, el empleo particular que hace de la noción de “sociedad civil”, la distancia epistemológica con la que la trata, le permite encontrar un camino entre lo que podría llamarse el institucionalismo constructivista de los neoliberales y el naturalismo histórico del liberalismo clásico. Esto es por lo menos lo que se deduce de su traducción de las categorías de la “sociedad civil” en términos de “realidades de transacción”: “creo que hay que ser muy prudentes en cuanto al grado de realidad que se atribuye a esta sociedad civil”. Ésta no debe ser considerada como una “realidad primera e inmediata” frente a las instituciones políticas: “Es algo que forma parte de la tecnología gubernamental moderna [...] eso no quiere decir que ella no tenga realidad. La sociedad civil es como la locura, como la sexualidad. Son lo que yo llamaría realidades de transacción, es decir que es en el juego de relaciones de poder y de aquello que se les escapa, que nacen de alguna manera, en el encuentro de los gobernantes y los gobernados, estas figuras transaccionales y transitorias que, por no haber existido todo el tiempo, no son menos reales” (1979:300-301). Esta realidad de transacción no es lo real de la estructura de la sociedad considerada; no define su esencia. No es tampoco una pura idealidad a realizar. Es la de un orden real de enunciados implicados en prácticas reales, que configuran esta forma social históricamente determinada.

Esto es justamente lo que, en relación con Marx, he propuesto entender en términos de “metaestructura”. Existe en efecto un autor que considera la cuestión institucionalista en tales términos: nuevamente Marx. Porque según su análisis la “ley del mercado”, no siendo un hecho antihistórico de la razón, es un hecho de la historia: en su forma histórica de ley universal y exclusiva de las relaciones sociales, es precisamente el capitalismo quien *la pone*, y la pone *como su presupuesto*. El mercado –la “sociedad civil” en este sentido– es el presupuesto del capitalismo, que lo ensancha indefinidamente a medida que se despliega

históricamente. Por tanto Marx, después de haber abierto su exposición teórica por el mercado, forma de la transacción, comienza el estudio del orden *estructural* del capital, que pone la relación mercantil, la sociedad civil, como su presupuesto *metaestructural* de transacción, su orden de razón y de referencia (ERC, 220-223).

En este sentido, es Marx quien nos dice de qué habla Foucault en sus libros sobre el liberalismo y el neoliberalismo. Foucault no es un “ideólogo” del liberalismo. No propone tampoco, en el arte liberal de gobernar, la clave para la comprensión inmediata de prospectos efectivos de la historia. Enunciando la verdad del liberalismo, no señala que el liberalismo sea la verdad. Expone solamente la pretensión, la posición de verdad del liberalismo la cual, naturalmente, no está desprovista de efectividad. Como insiste desde *La arqueología del saber*, Foucault se propone hacer algo distinto a una historia del pensamiento. No estudia simplemente teorías, sino enunciados: enunciados que toman cuerpo en dispositivos y prácticas. Enunciados o tecnologías, inseparablemente *techné* y *logos*. Analiza las relaciones entre prácticas y enunciados. Pero precisamente la fuerza del análisis *dialéctico* de Marx es enfrentar la cuestión de saber en qué tipo de *estructura social* se desarrollan *prácticas* que tienen como presupuesto tal *metaestructura*, es decir tales pretensiones, tales enunciados: los de la sociedad civil comprendida, a la manera de Foucault, como transacción. De la Sección I a la Sección III del Libro I, Marx pasa de alguna manera del estudio del liberalismo al del capitalismo. Este paso Foucault no lo franquea. Supone por supuesto las molestas realidades del sistema, que su investigación a menudo hace surgir elocuentemente. Pero en este estudio general de “nuestra racionalidad”, ellas quedan fuera de su objeto. A diferencia de Marx, Foucault no se compromete en la relación *dialéctica* entre racionalidad e irracionalidad del sistema. No le pedimos entonces lo que no puede darnos.

Sin embargo la paradoja es que, en cierto modo, hay que buscar en Foucault “lo que falta en Marx”. Marx, en este sentido más liberal que los liberales, hace –al menos en su gran obra teórica–, como si toda la modernidad se pensara a partir del mercado, comprendida la “forma organizada” que (a partir de la fábrica) se desarrolla en su seno y que, virtualmente, debe finalmente reemplazarla, conduciendo a la abolición de la “forma mercado” y a la construcción de un concepto superior de subjetividad social solidaria. Es Foucault quien revela, más profundamente que quienes desde Weber lo habían precedido, que la racionalidad política moderna se desarrolla paralelamente a la *forma mercado*, en esta *forma organizada* de la que ha explorado las racionalidades ambiguas en los terrenos del hospital, la cárcel, la escuela y el ejército, el urbanismo y la actividad científica, actualizando la cuestión de los “saberes poderes” ahí anclados (los cuales conciernen también a otros campos, como los de la sexualidad y la locura, cuya comprensión supone otros universos de conceptos que aquellos de la sociedad civil, del modo de producción o del Estado...). Esto no debe ser simplemente comprendido como

un “complemento” aportado a Marx. Porque ejerciéndose en términos de saber-poder en el terreno de la gobernabilidad, Foucault abre un nuevo objeto de investigación.

Comprender las cosas de este modo permite entender la lección de Foucault sin dejarse ganar por la música liberal —y aprovechar esta lección. Si tiene razón en este punto, eso significa también que el arte de gobernar inaugurado por eso que llama “liberalismo” se presenta también en términos de poder “administrativo”, “disciplinario”, “policíaco”. Foucault dice haber descubierto el modelo en la forma *organizada* (*versus mercantil*) de la fábrica, analizada por Marx en *El Capital*. La primera cuestión planteada por la política moderna es sin duda la de la relación entre *estos dos modos de transacción* (estos dos modos de coordinación social propuesta) y del antagonismo entre aquellos que tienen allí respectivamente la carga, en los dos polos (mercado *versus* organización) de la racionalidad económico-política. Y ella no se reduce a la cuestión (racional) del *costo* de transacción, porque, en su pretensión ilocucionaria, remite también a aquella cuestión (normativa) de la *legitimidad*, de la justicia, de la ley, tanto como a la de la *soberanía* (auténtica). Falta saber en qué sentido se entiende el término de soberanía. Bajo este nombre, Foucault pone en escena un arte de gobernar que habría aparecido en primer lugar. Y la entiende en el sentido de una soberanía trascendente. La pretensión moderna del *ciudadano designándose como soberano* marca sin embargo el origen mismo de la idea moderna de soberanía “auténtica”. Y cuando ésta aparece históricamente, hacía tiempo que había comenzado a conjugarse en occidente la cuestión del mercado y la de la organización de la sociedad, y es justamente en la co-imbricación antinómica de estas dos figuras que la cuestión política moderna, la del ciudadano-soberano, ha podido emerger lentamente (ERC, 268-276).

Lo propio de esta cuestión moderna de lo político es en efecto avanzar a través de la triple pretensión “ilocucionaria” que es la de la contractualidad social supuesta entre seres pretendidamente libres e iguales. Que este orden no tenga más que una existencia *metaestructural* de transacción, de pretensión, que sea “invertido en su contrario”, en el sentido en que las relaciones sociales modernas, las *estructuras* de clase se constituyen precisamente en la *doble mediación* en la cual se plantea esta pretensión (la del *mercado*, como lo muestra Marx, y la de la *organización*, como lo hemos percibido en la línea de Weber), pero reasumiéndola sin cesar —he aquí desde donde se piensa el proceso revolucionario inmanente a la modernidad. Tal es “el problema teórico y jurídico de la constitución originaria de la sociedad” (1979:312) que quería evitar Foucault: el presupuesto necesario, reconducido sin cesar hacia costas nuevas en la carne y la sangre de luchas históricas, de una filosofía de la *revolución*.

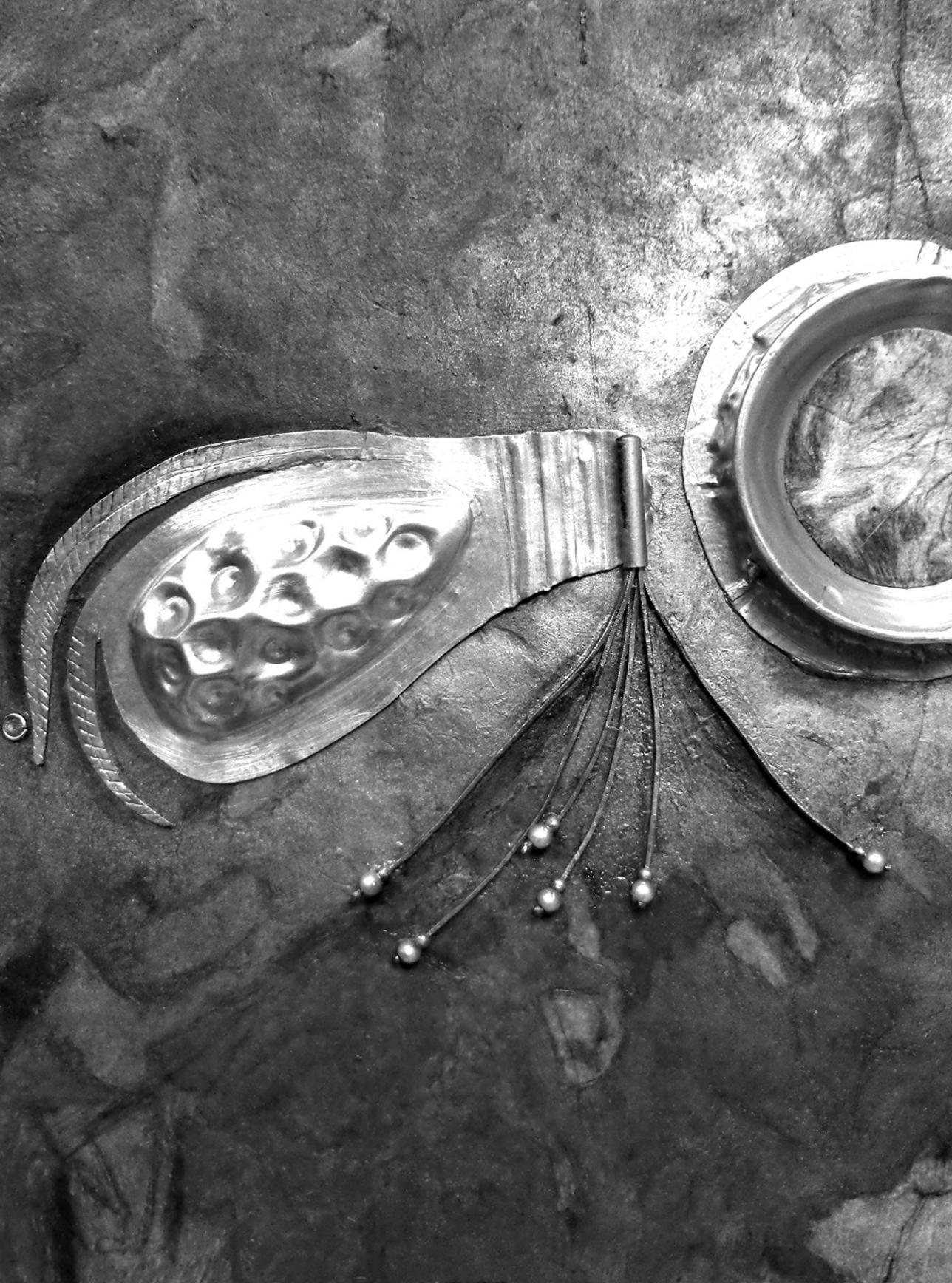
Lo importante no es saber en qué medida Foucault se adhiere a los liberalismos de los que habla. Lo importante es más bien, de una parte, su reinterpretación de “nuestra racionalidad política” moderna en términos de relaciones entre gobierno y

gobernados, alternativa a la pretensión revolucionaria de *gobernarse*. Pero es también la positividad del saber-poder dado a la gubernamentalidad moderna, y su contraparte según la cual el ciudadano supuestamente soberano no escapa tampoco a la sujeción a saberes y poderes.

El enfoque que parte de la figura pastoral, que no conoce de entrada más que gobernantes y gobernados, dibuja –como aquella que procede de la injusticia más que de la pretensión de justicia–, las perspectivas de la *resistencia*. Y es posible que la revolución tenga todo que aprender de la resistencia, de su subversión inventiva, y que ambas deban leerse mutuamente en el espejo de la subjetivación. Pero ésta es otra cuestión que merece ser estudiada en sí misma.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bidet, Jacques, *Théorie générale*, PUF, París, 1999.  
—, *Explication et reconstruction du Capital*, PUF, París, 2004.  
Foucault, Michel, *Sécurité, territoire, population. Cours au Collège de France, 1977-1978*, Gallimard, París, 2004.  
—, *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France, 1978-1979*, Gallimard, París, 2004.  
—, *Dits et écrits* (vols. I a IV), Gallimard, París, 1994.



*Solaris* (detalle) (2009), óleo y aluminio sobre madera,  
32x24 cm, col. particular, Ciudad de México.

# ELEMENTOS PARA UNA CONSTRUCCIÓN TEÓRICA sobre América Latina\*

Jaime Osorio

**A**mérica Latina no constituye un objeto dado, como supone el positivismo-empirista. Tampoco es pura desarticulación, como concluye el planteamiento posmoderno. Por el contrario, aquella es resultado de una construcción en donde se imbrican elementos lógicos, teóricos e históricos que nos permiten configurarla y convertirla en un problema teórico. La tarea en este artículo será mostrar un camino posible en tal dirección, que contemple el todo regional y permita, al mismo tiempo, asumir las diferencias y diversidades prevaecientes en su interior.

Palabras clave: América Latina.

## ABSTRACT

Latin America does not constitute a given object, as supposed by empirist-positivism. Yet, it is neither pure disarticulation, as concluded by Posmodern approach. Latin America is constituted as a theoretical problem as questions arise around its way of being in a world ruled by the logics of Capital, that in its unfolding becomes Capitalism. It is in the vortex of that social tornado that the region becomes intelligible. The aim of this article is to show a possible path in that direction, one that contemplates the regional whole and that allows, at the same time, to assume the differences and diversities that preveil in its interior.

Key words: Latin America.

## DE LA TOTALIDAD A LOS PARTICULARES

Un punto de partida fundamental en esta empresa es arrancar desde la noción de *totalidad*,<sup>1</sup> con lo cual hacemos referencia a aquello que *organiza, articula y jerarquiza la vida social*

\* Publicado en *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, núm. 58, nueva época, año 21, UAM-Xochimilco, México, septiembre-diciembre de 2008.

<sup>1</sup> “Lo verdadero es el todo”, afirma Hegel, ya que la filosofía existe “esencialmente en el elemento de lo universal, que lleva dentro de sí lo particular”. G.W.F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, Fondo de Cultura Económica, México, 1966, decimoquinta reimpresión, 2004, pp. 7-16.

y que le otorga sentido. En nuestro tiempo ese papel lo cumple la lógica del capital y su despliegue histórico como organización económico-social: el capitalismo.

El capitalismo constituye una organización de la vida social en donde el grueso de lo producido por los humanos adquiere la condición de mercancías,<sup>2</sup> y en donde la riqueza “se nos aparece como un inmenso arsenal de mercancías”.<sup>3</sup> La propia capacidad de trabajar (que incluye elementos fisiológicos, como los musculares, nerviosos, cerebrales, óseos, etcétera, y espirituales, como la imaginación y la creatividad) es decir, la fuerza de trabajo, se convierte en mercancía. A ello se añade que este mundo social gira en torno a la producción y acrecentamiento de la plusvalía, de un dinero (D) que lanzado al mercado con el fin de incrementarlo (D’), desata un verdadero tornado que en su vorágine termina arrastrando –atrapando e imponiendo su impronta– a toda la vida social. Una de sus expresiones más significativas es la apropiación por parte del capital de la propia existencia de los trabajadores y su capacidad de poner sus vidas en entredicho.<sup>4</sup>

Desentrañar la totalidad –en el caso actual, la lógica del capital– constituye por tanto un requisito necesario para descifrar el sentido del actual mundo social, aquello que permite explicar la forma como los hombres se organizan, las modalidades y relaciones que establecen para producir, los vínculos con la naturaleza, el tipo de comunidad política posible, las subjetividades que se forman.

No pasará inadvertido que la idea de totalidad camina en sentido contrario a las propuestas de autores como Karl Popper, desde la filosofía, o de Max Weber, desde la sociología, para quienes en tanto la realidad es infinita y el conocimiento es finito, postulan que nunca se puede llegar a conocerlo todo,<sup>5</sup> asunto éste que nos remite más a una noción empírica de completud<sup>6</sup> y no a la de totalidad. Más a fondo, lo que estos autores niegan es la posibilidad de definir algún sentido a la vida social en términos sustantivos y, en el caso de Weber, la postulación que debemos conformarnos entonces sólo con la comprensión de fenómenos particulares, los únicos al alcance de las limitadas facultades humanas de conocer.

<sup>2</sup> Productos destinados al mercado, para ser vendidos o intercambiados, no para el autoconsumo.

<sup>3</sup> Carlos Marx, *El Capital*, FCE, México, séptima reimpresión, 1973, tomo I, p. 3.

<sup>4</sup> Sobre el tema véase de Jaime Osorio, “Biopoder y biocapital. El trabajador como moderno *homo sacer*”, *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, núm. 52, UAM-Xochimilco, México, septiembrediciembre, 2006.

<sup>5</sup> De Popper puede verse *La miseria del historicismo*, Alianza-Taurus, Madrid, 1973. De Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1973.

<sup>6</sup> Noción formulada por Edgar Morin, aunque no con el carácter empírista que aquí le atribuimos para diferenciarla de la noción de totalidad. Véase su *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona, 1998.

Esta suerte de resignado reconocimiento de las limitaciones para conocer encuentra sus raíces filosóficas en el planteamiento del ilustrado Kant, quien señala que el conocimiento se remite sólo a los fenómenos, porque aquel nunca alcanza el *noúmeno*, la “cosa en sí”.<sup>7</sup> Los humanos no estamos en condiciones de alcanzar la esencia de las relaciones sociales. Llevando a su extremo este planteamiento, con otros argumentos, se ubicarán posteriormente Nietzsche, Foucault y la deriva posmoderna en sus cuestionamientos a la posibilidad de conocer y hacer inteligible el mundo social.<sup>8</sup>

En su hacerse mundo y complejizarse, la lógica del capital deviene capitalismo, una forma histórica particular de organización del conjunto de la vida social.<sup>9</sup> Burgueses y proletarios, por ejemplo, presentes en el estadio anterior como capital y trabajo, terminan tomando forma como clases sociales, las fundamentales, en relación entre sí y con otras clases. El Estado, inscrito como germen en el capital en tanto poder despótico, asume su dimensión acabada no sólo en tanto coerción, sino también legitimado por formas consensuales, y además como un aparato, esto es, un conjunto de instituciones, con funciones jerarquizadas, personeros, cuerpos legales y administrativos.

El *capitalismo*, por su parte, en tanto expresa la esencia del capital, reclama un espacio planetario para desplegarse, dando vida al *sistema mundial capitalista*. Aquí debe hacer frente a una contradicción que le es intrínseca: el capital necesita de un espacio mundial en su expansión constitutiva, pero su conformación histórica ha debido sustentarse sobre la base de Estados nacionales, los que impulsan pero también limitan aquella vocación.

La lógica del capital, en su despliegue en tanto *sistema mundial*, termina generando diversas *formas de capitalismos*, o capitalismos particulares, que no deben ser reducidos al universal capital o capitalismo. Lo más significativo en relación a los problemas que aquí nos ocupan, ello implica concebir el sistema mundial capitalista como una unidad heterogénea compuesta a lo menos de regiones y Estados con mayor poder y con la

<sup>7</sup> Véase *Crítica de la razón pura*, Losada, Buenos Aires, 2003.

<sup>8</sup> Al fin que la ilustración y su crítica posmoderna son dos caras de la propia modernidad, al decir de Carlos Pérez Soto, véase su *Desde Hegel. Hacia una crítica radical de las ciencias sociales*, Itaca, México, 2008; sobre el tema véase de Nietzsche, *La gaya ciencia*, Akal, Madrid, 1998; de Foucault, *Estrategias de poder, Obras esenciales*, vol. II, Paidós, Barcelona, 1999, en particular cap. 8: “La verdad y sus formas jurídicas”, puntos I y II, pp. 169-202.

<sup>9</sup> Para una exposición del hacerse mundo y complejización del capital, con énfasis en su aspecto político, remitimos al texto de Gerardo Ávalos, “El despliegue político del capital”, en el libro de G. Ávalos y Joachim Hirsch, *La política del capital*, UAM-Xochimilco, 2006, primera parte, cap. II, pp. 57-127.

capacidad de apropiarse de valor desde otras economías, y que generan sus propias formas de reproducción, el llamado mundo central o imperial, junto a regiones y Estados que sufren despojos de valor y que en mutua relación con aquellos, generan a su vez sus formas específicas de reproducción del capital, el mundo dependiente.

Considerar estos mundos en su relacionalidad nos permite comprender que desarrollo y subdesarrollo emergen como las dos caras de un mismo y único proceso, el despliegue del capital como sistema mundial, concretizados en centros o economías imperiales y periferias o economías dependientes. No hay forma entonces de intentar comprender el llamado atraso o el subdesarrollo latinoamericano, por ejemplo, amén de sus formas de dominación y demás aspectos sociales, fuera de ese campo de relaciones y de las particularidades que presenta en diversos momentos y épocas históricas.

Esta es una vía –posible y quizá ineludible– para construir a América Latina como un problema teórico: ¿cuál es su lugar en la producción, reparto y apropiación del valor a nivel del sistema capitalista?, y ¿cuál es la modalidad particular que asume la reproducción del capital en una región dependiente como ésta con consecuencias en el conjunto de su entramado y dinámica societal?

Los particulares pueden multiplicarse, reclamando explicaciones sobre su originalidad. Porque América Latina siendo una unidad atravesada por la condición dependiente presenta en su interior diversidades: Argentina no es Guatemala; Bolivia no es México. Unas naciones fueron (y siguen siendo) economías de enclave, otros de control nacional; unas producen valores de uso que son bienes salarios básicos (carne, trigo), otras exportan “los postres” (café, frutas, azúcar, cacao), lo que propicia diferencias, por ejemplo, a la hora de crisis internacionales; unas crearon Estados nacionales fuertes y sociedades complejas desde el siglo XIX; otras sólo desde mediados del siglo XX.

A contrapelo de la mistificación que establece el discurso posmoderno sobre lo particular y la diferencia, aquí se deben agotar las exigencias de explicación de dichas diferencias. Pero ello sólo será posible, en sentido duro, en tanto se contemplen a su vez los procesos que unifican las partes diferenciadas, en el ejemplo, formaciones con un lugar específico dentro del movimiento del capital en su despliegue como sistema mundial. Universal y particular no son entonces dos aspectos que pueden ser desligados.

Postular a la realidad como un todo estructurado (en contra de la idea de realidad puramente desorganizada), y jerarquizada (en contra de la idea de una totalidad indiferenciada), nos pone en un camino que permite avanzar en comprensión. Por ejemplo, para alcanzar conocimiento de las partes. Pero el todo o la totalidad siempre es más que la suma de las partes, por una razón sencilla: *el todo debe considerar las relaciones que establecen las partes*. Para el problema que nos ocupa, América Latina es mucho más que lo que podamos decir y agregar sobre todos y cada uno de sus Estados o economías. Hace

falta establecer sus relaciones con el sistema mundial capitalista donde se encuentra inscrita y de ahí definir su estructuración interna.

Esto evidencia los problemas de quienes creen que por la vía de sumar estudios parciales (países, regiones o subregiones), terminarán reconstruyendo (la explicación de) América Latina. Los (enormes) libros que suman ensayos país por país sobre un mismo tema, con la ausencia de una articulación de la totalidad ejemplifican esta postura. Hay un cierto empirismo en estos esfuerzos: que la suma de datos o informes resuelva lo que en el terreno teórico (y más a fondo, filosófico) no se ha podido resolver.

Establecido el cuadro desde donde construimos el problema latinoamericano, y desde donde podemos integrar totalidad (universales) y partes (particulares), pasemos al análisis de algunas propuestas en donde América Latina termina diluyéndose en tanto problema.

## DIVERSAS VÍAS PARA OLVIDARSE DE AMÉRICA LATINA

### AMÉRICA LATINA: UN PROBLEMA PRÁCTICO

El pensamiento reinante, alimentado por las visiones neoliberales, ha vuelto a convertir el desarrollo en un recetario con validez universal. Los supuestos de las viejas tesis sobre “las etapas del crecimiento”,<sup>10</sup> aquellas a las cuales pueden acceder todas las sociedades, a condición de cumplir con ciertas tareas, vuelven a hacerse presentes, ahora remozados, bajo una fase de ajuste y estabilización que permita “sanear” los desequilibrios macroeconómicos, y una fase de crecimiento con estabilidad y redistribución del ingreso.<sup>11</sup> Estos supuestos y sus nuevas “etapas” constituyen un denominador común en las propuestas para alcanzar el desarrollo formuladas por organismos internacionales y gobiernos regionales. Esta forma de razonar no es nueva: repite, simplemente modificando el tipo de tareas, los recetarios formulados desde mediados del siglo XX en adelante.

<sup>10</sup> Su formulación correspondió a Walt Whitman Rostow. Véase *Las etapas del crecimiento económico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961.

<sup>11</sup> No desconocemos que existen diferencias respecto a los actores del crecimiento, a los instrumentos y a las políticas económicas entre las propuesta rostowiana del crecimiento y la neoliberal. Aquí nos interesa destacar sus similitudes en su concepción del desarrollo como etapa. Para una exposición de los fundamentos del neoliberalismo véase de José Valenzuela Feijóo, *Crítica del modelo neoliberal*, Facultad de Economía, UNAM, México, 1991.

La estructura y la historia, en estos enfoques, son asumidas de una manera particular. Las diferencias (económicas) entre Holanda y Perú, por ejemplo, se deben a la presencia de ciertos elementos (innovación tecnológica, productividad, ahorro, disciplina, eficiencia, inversiones en capital humano, conocimientos) en el primer país, los que no existen –o existen insuficientemente– en el segundo, y a una articulación de los mismos que da como resultado un “círculo virtuoso” de desarrollo en un caso, y de atraso en el otro.

La noción de estructura –entendida como un número determinado de piezas articuladas de una manera específica– es homogénea. La heterogeneidad que se presenta entre naciones es resultado de la ausencia de algunas piezas y/o a su mala articulación. Cada pieza puede ser alcanzada (o incorporada) por cualquier economía que haga los esfuerzos pertinentes con tal fin, con lo cual Perú, siguiendo con el ejemplo, si se lo propone, puede llegar a ser Holanda en materia económica.

De un plumazo desapareció el problema referido no sólo al número de piezas, sino a la gestación de piezas distintas, en tanto existen matrices estructuralmente diferenciadas, por lo que el rompecabezas peruano, aun terminado de armar, producirá un resultado diferente del holandés.

También desapareció el dato que junto a la historia de una Holanda aislada (si es que esto puede concebirse), hay una historia más global e integrada, que ha ligado y liga de maneras diversas las historias de los dos países.<sup>12</sup> Por ejemplo, Braudel destaca que “toda economía-mundo” tiene un “corazón” o “centro”, el cual, en la etapa de surgimiento y madurez del capitalismo “operó un centramiento hacia 1380, a favor de Venecia. Hacia 1500, se produjo un salto brusco y gigantesco hacia Venecia y Amberes y después, hacia 1550-1560, una vuelta al Mediterráneo, pero esta vez a favor de Génova; finalmente, hacia 1590-1610, una transferencia a Ámsterdam, en donde el centramiento de la zona europea se estabilizará durante casi dos siglos. Entre 1780 y 1815 se desplazará hacia Londres, y en 1929, atravesará el Atlántico para situarse en Nueva York”.<sup>13</sup>

Lo que nos importa destacar es que en los siglos XVII y XVIII existía una organización específica de la economía mundial que hizo posible que mucha de la inmensa riqueza en metales preciosos que las coronas española y portuguesa extrajeron de América Latina (y de Perú, gran productor de oro y plata) fueran a parar a Ámsterdam (actual

<sup>12</sup> Con razón Eric R. Wolf se pregunta: “Si por doquier encontramos conexiones ¿por qué nos empeñamos en convertir fenómenos dinámicos e interconectados en cosas estáticas y desconectadas?”. Véase *Europa y la gente sin historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, p. 17.

<sup>13</sup> Fernand Braudel, *La dinámica del capitalismo*, Breviario del Fondo de Cultura Económica, México (1986), primera reimpresión, 1993, pp. 88-93.

capital de Holanda) y posteriormente a Londres y sus alrededores. El desarrollo de estas ciudades (y regiones aledañas) no puede entenderse entonces ajeno a este proceso, como tampoco el auge del comercio y la acumulación para la posterior Revolución Industrial en Inglaterra. Habrá que responder porqué Sevilla y Lisboa, corazones de los imperios español y portugués, no pudieron retener esos valores. Pero este problema no puede hacer perder de vista un asunto central: en la acumulación de valor en el mundo europeo de aquellos siglos y en los procesos que pondrán en marcha en materia de despliegue capitalista, las colonias latinoamericanas desempeñaron un papel relevante.

Regresando a nuestro ejemplo: ¿se puede explicar el florecimiento de Ámsterdam de aquellos años exclusivamente como un asunto “interno”, ajeno al papel del Perú colonizado productor de oro y plata que llegan inicialmente a España y, bajo modalidades diversas, posteriormente a la ciudad holandesa que fungiera como centro del sistema mundial?<sup>14</sup> ¿No tuvieron este tipo de relaciones consecuencias estructurales diferenciadas en unos y otros casos? Es en esa historia paralela y global donde se encuentran muchas claves para comprender el surgimiento de matrices estructurales diversas que produjeron y reproducen hoy desarrollo y subdesarrollo.

Con posterioridad a la etapa colonial, los mecanismos que propician las transferencias de valores de las periferias al centro se mantienen, pero bajo otras formas, primero institucionales: hablamos de relaciones entre naciones formalmente libres; pero también de las modalidades como se realizan: pago de intereses por préstamos, traspaso de ganancias de empresas filiales a sus casa matrices, pago de derechos, patentes y tecnología, intercambio desigual, entre otros, alimentando las formas particulares de reproducción del capital y del desarrollo, así como del subdesarrollo en cada caso.

Pero los análisis, bajo nuevos ropajes, regresan nuevamente a los antiguos supuestos de la existencia de un camino para alcanzar el desarrollo, sobre la base de tareas, pasos y etapas que naciones de manera independiente realizan.<sup>15</sup> Si se llega a plantear la pregunta por qué en nuestro ejemplo Perú no tiene algunas piezas del rompecabezas

<sup>14</sup> Un análisis de las condiciones que permitieron la hegemonía holandesa, y de Ámsterdam en particular, y los mecanismos para concentrar capitales, puede verse en el libro de Giovanni Arrigó y Beverly J. Silver, *Caos y orden en el sistema mundo moderno*, Akal, Madrid, 2001, en especial, cap. I.

<sup>15</sup> En esta línea vale la pena volver a consultar materiales clásicos que desde América Latina critican a las teorías del desarrollo. Por ejemplo, véase, de Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, Siglo XXI Editores, México, 1970, en particular los capítulos I, II, IV y V de la tercera parte: “La teoría del desarrollo económico”. También de Andre Gunder Frank, *América Latina: subdesarrollo o revolución*, Ediciones Era, México, 1973, en especial el punto 2 del capítulo II: “Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología: un examen del traje del emperador”.

(llámese una clase empresarial “empresarial”, innovación tecnológica, etcétera), las respuestas caminarán por el lado de su falta de modernidad debido a la presencia de factores que “obstaculizan” la marcha. Removidos esos obstáculos y apurando el paso se alcanzarán los nuevos estadios, con suerte hasta en plazos menores al que requirieron las naciones ya desarrolladas. O bien se responderá que Perú no sólo va atrasado en la modernidad, sino que, además, ha caminado desviado de la norma universal, por lo que junto con remover obstáculos y apurar el paso, se requiere enderezar el rumbo. La disciplina para no apartarse del camino correcto será la clave del éxito en la materia.

La posibilidad de que nunca surja en Perú una clase empresarial “empresarial” como la holandesa, a pesar de que se haga lo que el recetario del desarrollo dice, o que esta clase no se plantee las mismas tareas de aquella es algo que difícilmente se puede pensar desde esta perspectiva teórica. La relación entre los sectores exportadores latinoamericanos del siglo pasado y la tecnología es un buen ejemplo para graficar este punto. Para una oligarquía que producía preferentemente para los mercados europeos y estadounidense, con casi total despreocupación por la conformación de un mercado interno, sobre la base de una aguda explotación de abundante población trabajadora (alimentada incluso con la importación de esclavos), hubiera sido irracional pedirle que sustentara su producción sobre avances tecnológicos, como sí tuvo que hacerlo la clase empresarial inglesa, necesitada de mercado interno para su producción, por lo que –a partir de los avances tecnológicos y la elevación de la productividad– tuvo que congeniar incrementos en la explotación y la salvaguarda del consumo obrero. Las modalidades de inserción de las economías latinoamericanas al mercado mundial hacían que lo “irracional” en términos teóricos sobre el desarrollo (como una “vía oligárquica” de desarrollo capitalista que desprezaba las innovaciones tecnológicas) fuese lo más “racional” en términos reales.

Bajo los supuestos que venimos considerando, América Latina deja de ser un problema *teórico* para convertirse sólo en un problema *práctico*: el subcontinente es una región atrasada que no ha realizado adecuadamente las tareas para ingresar al camino que lleva al desarrollo. O que ha realizado algunas, pero no todas, de manera coordinada. Por lo tanto, el problema es sólo de ajustes: se remite a poner a la región en la ruta correcta. Desde estos supuestos es difícil que se pueda cuestionar la factibilidad que se recorra el camino de otras naciones y si es viable hoy la manera como ellas lo hicieron. La respuesta a ambas preguntas es sí... y a poner manos a la obra.

## UNIVERSALIDAD ABSTRACTA SIN SIGNIFICACIÓN DE LO(S) PARTICULAR(ES)

Desde un extremo opuesto al enfoque recién expuesto, el asunto teórico del subdesarrollo y el de América Latina en particular también desaparecen del horizonte. En algunas interpretaciones que se reclaman marxistas se concibe la realidad como la encarnación y la expresión espacial de las leyes de la acumulación capitalista, mismas que generan riqueza en un polo y miseria en el otro. Es en el capital y en el capitalismo en donde reside la clave de toda explicación, por lo que basta conocer su lógica para comprender las leyes que rigen en toda organización capitalista. Aquí, nociones como imperialismos o centros y regiones dependientes o periferias pierden relevancia en tanto formas particulares de capitalismo. A lo sumo se conciben como simples espacios de apropiación-expropiación, pero sin contenidos propios. Es el universal teórico lo sustantivo, en tanto los particulares quedan relegados como simples manifestaciones de aquel.

En una versión más historizada, como la propuesta teórica del sistema-mundo formulada por Immanuel Wallerstein, tenemos una visión en la que se reconocen heterogeneidades, como la constitución de centros, semiperiferias, periferias y áreas externas.<sup>16</sup> Pero la visión holística asume una significación que vacía teóricamente la relevancia de los elementos ahí incluidos, particularmente todo lo que no sea “el sistema-mundo”. Por ello las formas particulares como se reproduce el capital en el llamado centro y en las llamadas periferias no pueden ser pensadas, uno, por carecer de relevancia teórica y, dos, porque no se cuenta con las herramientas teóricas con las cuales abordar estos procesos. De esta forma *no aparecen las redes conceptuales para entender a su vez las relaciones de las partes*.<sup>17</sup> El universal abstracto sistémico engulle aquí los particulares.

Wallerstein ha sido claro en su planteamiento: “No creo que el mercado mundial ‘engendre’ versiones del capitalismo; tampoco creo que existan múltiples ‘versiones del capitalismo’. Lo que sí creo es que solamente hay una clase de capitalismo, la única que ha existido históricamente. Es esta entidad, única en su género y eminentemente empírica, la que me interesa describir y analizar”.<sup>18</sup> La visión del capitalismo latinoamericano como

<sup>16</sup> Véanse sus libros *El moderno sistema mundial* (tres tomos), Siglo XXI Editores, México, El primero fue editado en 1979.

<sup>17</sup> Esta suerte de debilidad teórica y conceptual en el planteamiento de Wallerstein y la presencia de un cierto sesgo empirista (datos sin claros referentes teóricos), lo asemejan a su maestro, Fernand Braudel, asunto señalado sobre este último por Jean Chesneaux en *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, Siglo XXI Editores, México, 1977, pp. 149-150, y por Romano Ruggiero en *Braudel y nosotros*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p. 13.

<sup>18</sup> En “Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern”, *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, julio-septiembre 1989, México, p. 341.

dependiente, en tanto un capitalismo particular y específico, deja de tener significación sustantiva en esta propuesta.<sup>19</sup>

Tanto en la versión teórica que da por supuesto que todo se encuentra establecido en “el capital”<sup>20</sup> (universal abstracto), como en la visión más histórica en donde sólo el sistema-mundo tiene existencia real, el problema latinoamericano tiende a diluirse como problema teórico.

## UNITAS MULTIPLEX

Lo anterior nos remite a lo señalado por Edgar Morin, quien indica que “el pensamiento simplificante es incapaz de concebir la conjunción de lo uno y lo múltiple (unitas multiplex)”. Y agrega que ese pensamiento “o unifica abstractamente anulando la diversidad o, por el contrario, yuxtapone la diversidad sin concebir la unidad”.<sup>21</sup>

De manera sucinta, aquí se encuentra referido uno de los problemas más serios de las ciencias sociales: cómo hacer análisis globales, análisis de la totalidad social, pero sin desconocer o aplastar las unidades menores: lo micro, lo regional, lo local, a los sujetos. Pero, a su vez, cómo considerar estos elementos en el análisis, pero reconstruyendo la unidad de lo diverso, *el mapa en donde la dispersión alcanza sentido*.

Las dificultades de integrar teórica y metodológicamente estos elementos conllevan en las ciencias sociales a dos modalidades de reduccionismos (o de “pensamiento simplificante”, al decir de Morin): una, que asume un sesgo holístico, en tanto “no ve más que el todo”.<sup>22</sup> Otra modalidad reduce las ciencias sociales al pequeño relato de actores y contextos, a lo micro, a lo local, en donde lo que importa es lo diverso, lo particular, pero nunca lo que integra y organiza lo diverso y lo particular.

En relación con el primer reduccionismo, ya hemos señalado algunas de sus manifestaciones en la crítica a la forma como Wallerstein asume el análisis del sistema-mundo, desde un holismo en donde las partes pierden relevancia teórica. Pero así

<sup>19</sup> Este tipo de visiones alcanza a pensadores tan lúcidos como Enrique Dussel, para el cual el problema de la dependencia se reduce a la transferencia de valores, por lo que el problema teórico de un capitalismo dependiente, es decir, de descifrar cómo éste se reproduce y reproduce el proceso de transferencias, pierde toda significación. Véase su tratamiento del problema en *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los manuscritos del 61-63*, Siglo XXI Editores, México, 1988, cap. 15.

<sup>20</sup> Que no es ajena a la idea de que todo está establecido, a su vez, en el libro *El Capital*, de Marx, Fondo de Cultura Económica, México, séptima reimpresión, 1973.

<sup>21</sup> Edgar Morin, *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona, 1998, p. 30.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 144.

como hay un holismo que oscurece el análisis, también existe una mistificación del conocimiento parcelario, de la exhaustividad fragmentaria, que termina provocando los mismos resultados: oscurecer la realidad, aunque por otros medios. En este caso el estudio de lo diverso es lo que importa, borrando del escenario lo que organiza lo diverso. De esta forma nunca es posible una recomposición de unidades mayores, mucho menos de la totalidad, que no sea como un gran agregado que no permite definir las relaciones y jerarquizaciones de las partes componentes.

Lo uno y lo múltiple no termina nunca de conjugarse. Lo que importa es la unidad, lo total, dirán algunos (el sistema-mundo o América Latina en su conjunto), en tanto otros enfatizarán que lo que importa es lo múltiple, lo diverso, lo particular (Guatemala, una provincia de Guatemala, un municipio o localidad de Guatemala), derivando en posiciones extremas que apuntan a señalar una verdad, pero al absolutizarla, la trastocan empañando lo que pretenden aclarar.

Los primeros enfatizarán que América Latina es una unidad, y tienen razón, en tanto los segundos afirmarán que Argentina y Guatemala son muy diferentes, y también tienen razón. El interrogante que sintetiza estas dos verdades y que no niega ninguna de ellas es aquel que se pregunta: ¿qué es lo que hace común a América Latina en el sistema mundial, y qué es —dentro de lo común— lo que hace diverso a Guatemala y Argentina? Este interrogante, que permite entender procesos generales y situaciones particulares, es difícil de encontrar en nuestros días.

### LAS UNIDADES DE ANÁLISIS: ¿SISTEMA MUNDIAL? ¿AMÉRICA LATINA?

Un ejemplo de las dificultades de imbricar lo general y lo particular lo podemos ver en el viejo debate de la década de 1970 en torno a si América Latina era feudal o capitalista entre los siglos XVI y XIX. Ese debate tenía consecuencias políticas inmediatas, particularmente en el seno del marxismo, entre quienes postulaban la falta de madurez capitalista de la región, lo que implicaba acelerar su paso y para ello establecer alianzas con sectores burgueses encargados de precipitar dicha madurez, auspiciando un capitalismo autónomo, y el marxismo que emerge con posterioridad a la Revolución Cubana, el cual negaba esa inmadurez, destacando el estar frente a otra forma de ser capitalista y que rechazaba a su vez la vocación progresista y nacionalista de la burguesía, mucho menos una vez establecida la integración de ésta con el capital extranjero en el desarrollo del propio proceso de industrialización.

Más allá de estos asuntos políticos, lo que nos importa destacar es que en aquellos debates uno de los problemas presentes remitía a la unidad de análisis considerada para comprender las especificidades del capitalismo latinoamericano. ¿Cuál debía ser

esa unidad? ¿América Latina aislada y remitida a sus relaciones sociales internas? ¿El sistema mundial, desconociendo las relaciones sociales internas? Al establecerse el debate en estos términos, las corrientes en disputa difícilmente podían encontrar un punto de acuerdo.

Las necesidades de incrementar la masa de metales preciosos, materias primas y alimentos llevaron a los antiguos colonizadores españoles y portugueses y a la oligarquía local, una vez realizados los procesos de independencia, a redoblar la implantación de modalidades serviles de explotación, así como la importación de mano de obra esclava, ante las nuevas demandas de aquellos bienes establecidas particularmente desde Europa.

Para quienes miraban el problema desde las necesidades del sistema mundial capitalista en ascenso, como André Gunder Frank e Immanuel Wallerstein, quien se inscribe en estos debates en años posteriores, América Latina no podía sino ser capitalista desde sus orígenes coloniales, porque su producción incidió en favorecer el avance de ese sistema a nivel planetario.<sup>23</sup> Pero para quienes miraban el problema desde las relaciones de producción internas, América Latina era feudal, o a lo menos precapitalista, por el peso de las relaciones serviles y esclavistas en su interior.<sup>24</sup>

El problema de este diálogo de sordos derivaba de mirar separadamente uno u otro aspecto: el todo llamado sistema mundial, o la parte llamada América Latina, y no la relacionalidad presente entre ellos. Desde ahí aparece un problema paradójico: mientras América Latina pasa a desempeñar un papel clave para el avance y consolidación de una nueva organización reproductiva mundial, el capitalismo como sistema, lo hace reproduciendo en su seno modalidades precapitalistas de explotación, esclavas y serviles, conjugando de manera simultánea lo “arcaico” y lo “moderno”. El problema pasaba por encontrar una perspectiva que integrara ambas visiones y las categorías que dieran cuenta de la novedad, pero no como “deformación”, al compararla con las características económicas o políticas de algún modelo (el llamado mundo desarrollado), sino como una forma original y particular de organización capitalista, a lo menos desde mediados del siglo XIX,<sup>25</sup> distinta a otras formas posibles.

<sup>23</sup> Véase de Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1970. De Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, op. cit.

<sup>24</sup> Sobre el intenso debate referido al tema feudalismo o capitalismo en América Latina, véase de Assadourian, Cardoso, Laclau et al., *Modos de producción en América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 40, Córdoba, 1973.

<sup>25</sup> Una de las críticas a Frank fue confundir situación colonial con situación dependiente. Esta última, en tanto un proceso interno de reproducción capitalista, sólo puede emerger en economías y naciones (formalmente) independientes y soberanas. Véase de Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, Ediciones Era, México, 1973.

En definitiva, el problema de estas particularidades no se lograba resolver si se tiene en la mira simplemente el sistema global; pero tampoco se entiende si se tiene en frente sólo a América Latina, separada de los movimientos del sistema mundial en ascenso. *Junto a una teoría del sistema mundial capitalista era indispensable entonces una teoría del capitalismo dependiente para comprender los procesos latinoamericanos.*

## LA MUNDIALIZACIÓN COMO INTERRELACIÓN

La mundialización (globalización en el lenguaje común)<sup>26</sup> nos remite a la idea de un mundo interrelacionado. Pero no toda interrelación conduce a hacer visible “el problema” América Latina. Destaquemos como ejemplo tres visiones.

### LAS INTERRELACIONES COMO RESPONSABILIDAD GLOBAL

Esto puede expresarse así: todas las naciones forman parte de un mismo planeta, por lo que son responsables de lo que acontece en él. La defensa del Amazonas es responsabilidad de todos, así como la protección de la capa de ozono o de determinadas especies animales. Las diferencias de desarrollo entre las naciones sólo son significativas sea para decidir quienes aportan más y quienes menos recursos, sea para quienes son más o menos responsables frente a los problemas detectados. Lo importante son las responsabilidades compartidas para la defensa de “la casa común”.<sup>27</sup>

### LAS INTERRELACIONES COMO (INTER)DEPENDENCIA GLOBAL

Estamos en un mundo en donde todas las economías se necesitan. La economía A necesita lo que produce B y ésta lo que produce C, en tanto esta última requiere lo que produce A. No hay economías que puedan subsistir aisladas. Economías abiertas y mutuamente necesarias es el signo de nuestro tiempo. Todos dependemos de todos o,

<sup>26</sup> La noción de globalización, de raíz anglosajona, remite a la idea de un mundo que avanza hacia la homogenización, sea en desarrollo, pautas de consumo o democratización, por lo que optamos por la noción de mundialización, de raíz francófona, que recoge mejor la idea de un mundo que avanza en integración, pero de manera crecientemente heterogénea.

<sup>27</sup> Un enfoque en esta perspectiva lo constituye el exitoso libro *Los límites del crecimiento*, de D.H. Meadows, D.L. Meadows, J. Randers y W.W. Behrens III, FCE, México, 1972.

lo que es lo mismo, todos somos (inter)dependientes. Y en este proceso sólo cuentan las diferenciaciones de valores de uso que cada economía produce. Unas exportan robots, otras azúcar, terceras computadoras, las de más allá trabajadores. La diferenciación así asumida sólo tiene consecuencias en la generación de mutuas necesidades y en la necesidad de la cooperación.<sup>28</sup>

#### LAS INTERRELACIONES COMO RESULTADO Y DETONANTE DE DIFERENCIACIONES ESTRUCTURALES

Junto a la producción de distintos valores de uso, las economías nacionales participan de manera diferenciada en la generación y apropiación de valor, proceso que gesta economías con matrices de reproducción particulares.<sup>29</sup>

En rigor, sólo la última forma de concebir la interrelación entre regiones y naciones permite plantear interrogantes sobre las originalidades de éstas y en particular sobre América Latina. En las primeras dos visiones el subdesarrollo (latinoamericano) no existe como problema teórico.

#### COMENTARIO FINAL

El conjunto de problemas antes abordados nos ofrece elementos para construir a América Latina como un problema teórico. En ese esfuerzo, caminar de la mano de la filosofía (y de lo epistémico) a territorios de diversas ciencias sociales parece ineludible. Lo disciplinario debe ser transgredido, ya que se convierte en una camisa de fuerza para la reflexión. El propio problema llamado América Latina reclama una visión que rebase lo disciplinario. Su construcción, sin embargo, no se logra por la sumatoria de pedazos disciplinarios (un poco de economía, otro de sociología, un tanto de historia, etcétera), sino de una perspectiva de totalidad, la que nos orientará respecto a qué tomar de lo actualmente disciplinario y cómo estructurarlo en el análisis.

<sup>28</sup> Argumentos en esta línea fueron vertidos años atrás para criticar la teoría de la dependencia: las naciones siempre necesitan algo de otras; todas son mutuamente dependientes. Por tanto, ¿por qué sólo atribuir “la dependencia” a determinadas naciones o regiones? Estamos en un mundo *interdependiente*, dirán otros.

<sup>29</sup> La corriente marxista dentro de la teoría de la dependencia puede ubicarse en esta posición. Para un examen más pormenorizado del tema remitimos a Jaime Osorio, *Crítica de la economía vulgar. Reproducción del capital y dependencia*, UAZ/Miguel Ángel Porrúa, México, 2004.

## BIBLIOGRAFÍA

- Arrighi, Giovanni y Beberly J. Silver, *Caos y orden en el sistema mundo capitalista*, Akal, Madrid, 2001.
- Assadourian, C.; Cardoso, Laclau et al., *Modos de producción en América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 40, Córdoba, 1973.
- Ávalos, Gerardo, “El despliegue político del capital”, en G. Ávalos y Joachim Hirsch, *La política del capital*, UAM-Xochimilco, primera parte, cap. II, 2006.
- Braudel, Fernand (1986), *La dinámica del capitalismo*, Breviario del Fondo de Cultura Económica, México, primera reimpresión, 1993.
- Chesneaux, Jean, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, Siglo XXI Editores, México, 1977.
- Dussel, Enrique, *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los Manuscritos del 61-63*, Siglo XXI Editores, México, 1988.
- Foucault, Michel, *Estrategias de poder*, Obras esenciales, vol. II, Paidós, Barcelona, 1999.
- Frank, Andre Gunder, *América Latina: subdesarrollo o revolución*, Ediciones Era, México, 1973.
- , *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1970.
- Hegel, G.W.F. (1966), *Fenomenología del espíritu*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004.
- Kant, Immanuel, *Crítica de la razón pura*, Losada, Buenos Aires, 2003.
- Marini, Ruy Mauro, *Dialéctica de la dependencia*, Ediciones Era, México, 1973.
- Marx, Carlos, *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.
- Meadows, D.H.; D.L. Meadows, J. Randers y W.W. Behrens III, *Los límites del crecimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
- Morin, Edgar, *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona, 1998.
- Nietzsche, Friedrich, *La gaya ciencia*, Akal, Madrid, 1998.
- Osorio, Jaime, “Biopoder y biocapital. El trabajador como moderno *homo sacer*”, *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, núm. 52, División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-Xochimilco, México, septiembre-diciembre, 2006.
- , *Crítica de la economía vulgar. Reproducción del capital y dependencia*, Miguel Ángel Porrúa/UAZ, México, 2004.
- Pérez Soto, Carlos, *Desde Hegel. Hacia una crítica radical de las ciencias sociales*, Itaca, México, 2008.
- Popper, Karl, *La miseria del historicismo*, Alianza-Taurus, Madrid, 1973.
- Romano, Ruggiero, *Braudel y nosotros*, FCE, México, 1997.
- Rostow, Walt Whitman, *Las etapas del crecimiento económico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961.
- Sunkel, Osvaldo y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, Siglo XXI Editores, México, 1970.
- Valenzuela Feijóo, José, *Crítica del modelo neoliberal*, Facultad de Economía, UNAM, México, 1991.

Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial*, tomo I, Siglo XXI Editores, México, 1979.

—, “Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern”, *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, julio-septiembre, México, 1989.

Weber, Max, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1973.

Wolf, Eric R., *Europa y la gente sin historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

**CRÍTICA  
de libros**





## EL BRASIL EN EL CONGRESO ANFICTIÓNIC de Panamá de 1826

Germán A. de la Reza

En días pasados recibimos el libro *El Congreso Anfictiónico de Panamá de 1826. La presencia de Brasil en su historia* de José Carlos Brandi Aleixo, profesor emérito de la Universidad de Brasilia y reconocido especialista en temas como el principio de no intervención, las relaciones interamericanas y el papel de Brasil en la formación de la identidad latinoamericana.<sup>1</sup> El profesor Aleixo es un sólido especialista en el Congreso de Panamá y gracias a sus gestiones fructificó la entrega por parte de Brasil de las Actas del Congreso de 1826 al gobierno de Panamá para su custodia permanente. En ese sentido, estamos ante una obra especializada precedida por la experiencia académica, la vitalidad intelectual y el prestigio público de su autor.

El libro se compone de la introducción, nueve capítulos y una sección final formada por 16 anexos documentales. El periodo estudiado abarca los antecedentes europeos del régimen anfictiónico, la realización

y el cierre del Congreso de Panamá. Un capítulo adicional se consagra a la historia de las Actas, dadas por perdidas en una época y que quizá correspondieron originalmente a la copia de Pedro Gual, canciller de la Gran Colombia y líder moral de la Asamblea del Istmo. Los capítulos 6, 7 y 8, principalmente, concentran la parte más atractiva de libro: la acogida de la invitación por parte del emperador Pedro I a la invitación de Simón Bolívar; el contexto general que rodea la decisión de Brasil de enviar a su representante a Panamá y la explicación de su ausencia.

Este último asunto no ha encontrado una explicación satisfactoria entre los historiadores. Sin sorpresas, los autores se refieren al episodio con excesivo laconismo a pesar de que tiene importantes antecedentes. En efecto, en 1822, poco antes de la proclamación de la independencia del Brasil, Silvestre Pinheiro Ferreira, todavía Ministro de Negocios Extranjeros y Guerra del Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarves, propone la creación de una “Sagrada confederación de los pueblos agredidos” por los imperios europeos. Intenta transmitir el proyecto a Simón

<sup>1</sup> José Carlos Brandi Aleixo, *El Congreso Anfictiónico de Panamá de 1826. La presencia de Brasil en su historia*, Editorial Académica Española, Saarbrücken, 2012.

Bolívar y aunque no fructifica prepara el terreno para nuevos acercamientos.

Un siguiente proyecto unionista es defendido por José Bonifácio de Andrada e Silva, Ministro de Negocios Extranjeros del recientemente creado Imperio del Brasil. Expone su propósito al cuerpo diplomático acreditado ante la corte de Río de Janeiro, advirtiendo sobre el carácter americano de la “alianza o federación” y especificando los objetivos de libertad de comercio y defensa de la independencia del continente. Enseguida escribe a su homólogo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Bernardino Rivadavia, para proponerle organizar la “repulsa contra las imperiosas pretensiones de Europa”. Las diferencias entre ambos países respecto de la Banda Oriental darán al traste con esta iniciativa.

El tercer acercamiento se realiza en Londres en 1824, cuando Felisberto Caldeira Brant y Manoel Rodrigues Gameiro, ministros del Brasil, y Mariano Michelena, ministro de México y futuro delegado al Congreso de Panamá, convienen “en la idea de un plan de unión entre los nuevos Gobiernos del Gran Continente americano”. La idea no prospera al no ser apoyada por sus respectivos gobiernos, pero un año después germina en la propuesta de la Gran Colombia de invitar al Brasil al Congreso de Panamá a través de los mismos Caldeira Brant y Rodrigues Gameiro. Por el decreto del 25 de enero de 1826, don Pedro I nombró al comendador Theodoro José Biancardi Plenipotenciario del Brasil junto al Congreso Anfictiónico de Panamá.

No se conoce explicación comprobada para la no comparecencia del Plenipotenciario Biancardi al Congreso de Panamá. El historiador Pedro Calmon afirma que él se trasladó de Río de Janeiro a la ciudad brasileña de Salvador y que ahí, enfermo, interrumpió el viaje. La ausencia del Brasil se atribuye a diversos factores combinados: la incertidumbre de poder llegar a Panamá antes de la realización del areópago bolivariano en razón de la gran distancia geográfica y a la carencia de líneas navieras directas entre el Brasil y Colombia; la noticia de la no participación de las Provincias Unidas del Río de la Plata y consecuentemente la no necesidad de, eventualmente, contraponer la visión del gobierno del Brasil sobre el conflicto uruguayo; los rumores que circularon sobre posibles críticas a la forma monárquica del gobierno brasileño. Las hipótesis son interesantes y se basan en bibliografía y documentos de archivo poco conocidos en el ámbito hispanoamericano.

En conclusión, cabe referirnos a otro de los atractivos de éste y otros libros del profesor Aleixo: a pesar de no tratarse de su idioma materno, su manejo del español es impecable, con giros y recursos idiomáticos que evocan una sólida formación clásica. No son muchos los intelectuales que pueden escribir con fluidez en los dos idiomas de Sudamérica. El profesor Aleixo es uno de esos escasos y esenciales puentes, lo que le ha permitido ser una suerte de múltiple embajador de su país ante las repúblicas de Hispanoamérica, así como un representante de estas últimas ante la sociedad brasileña.

# EL FUTURO ESTÁ ESCRITO EN EL CINE

Miguel Ángel Hinojosa Carranza

[...] esa pura vivencia donde el soñante y su sueño no están distanciados [...] donde todo hombre es a la vez su sueño, estar soñando y ser lo que sueña [...] Quien llegue a despertar a la libertad dentro de su sueño habrá franqueado la puerta y accedido a un plano que será por fin un *novum organum* [...] volver de la vigilia onírica a la vigilia cotidiana con una sola flor entre los dedos.

JULIO CORTÁZAR

“Para una espeleología a domicilio”

¿Qué les parece hacer un breve recorrido por la historia del cine de ciencia ficción, por sus orígenes, desarrollo, géneros y subgéneros (*cyberpunk*, *postcyberpunk*, *biopunk*, *steampunk*...), por los elementos que le caracterizan?, ¿y si a ello agregamos un veloz repaso por algunas de sus películas y un análisis a detalle de cuatro de sus cintas hollywoodenses más representativas a partir de 1970 y hasta la década del 2000: *Cuando el destino nos alcance* (1971), *Blade Runner* (1982), *The Matrix* (1999), *V de venganza* (2005)?

¿Y si de éstas se destacan los héroes, los mitos, los sueños, las esperanzas, los temores sociales de ayer y de hoy, puestos en perspectiva?, ¿y si además, se nos da la posibilidad de echar un vistazo a las distopías proyectadas en las pantallas del cine, a ese futuro que

no queremos ver, con el que muchos no estamos de acuerdo; con ciudades contaminadas, oscuras, sobrepobladas, con hambre, desempleo, pobreza, violencia, tecnificación a más no poder, un mundo individualista, mecanizado, desigual, injusto; habitado por seres deshumanizados, con escasos derechos laborales, políticos, culturales y económicos, carentes de sueños y esperanzas, de dignidad y de amor, cabizbajos, mediocres, alienados, controlados por Estados totalitarios, sometidos a la guerra, al trabajo excesivo y mal pagado, a las crisis económicas, ambientales, al cansancio, a la frivolidad, a lo material, a la vorágine de lo inmediato, de lo pasajero, de lo veloz, a los mandatos y las imposiciones de los medios de comunicación masiva?

¿Y si consideramos que muchos de los guiones de dichas cintas fueron escritos a principio o mediados del siglo XX y que ese futuro que presentan bien puede ser nuestro presente o, a lo sumo, el futuro de la Tierra a corto plazo?, ¿nos interesaría esa lectura, ese acercamiento a las propuestas del cine de ciencia ficción mediante la lectura de un libro?, a mí sí, y mucho, porque se juntan en una sola lectura algunos de mis más grandes amores: literatura y actuación, creatividad intelectual y artística que retrata la situación social a partir de la ficción científica y el cine.

Cine y libro, imaginación y realidad, pasado, presente y futuro reunidos en unos cuantos minutos de celuloide, en pocas décadas de ciencia ficción cinematográfica, en las páginas de este libro en comentario<sup>1</sup> y de los que dieron vida y espíritu a las películas que en él se documentan: *Metrópolis* (1927), *La guerra de los mundos* (1953), *1984* (1956), *El planeta de los simios* (1968), *2001, una odisea en el espacio* (1968), etcétera; se da una bifurcación infinita de imágenes y de papel que muestra un aquí y un ahora que nos habla de lo que somos como sociedad, como grupos humanos, como personas; el análisis del discurso cinematográfico hecho en esta obra se sustenta en la teoría social, en el imaginario (instituido e instituyente) de lo que hemos sido, de lo que somos y, mejor aún, en una prospectiva de lo que podemos llegar a ser si hoy no ponemos manos a la

obra, si no ponemos firme, tenaz, *Resistencia al porvenir*.

Es más que obvio que en estos *Tiempos modernos* no necesitamos a un solo Charlot, sino a muchos, que se harten de la explotación laboral, que lleguen al límite, que se preocupen por los demás, que compartan, que se enamoren, que sueñen con tener una mejor calidad de vida, y ello no es sólo para México y los mexicanos; en España, en Grecia, en Estados Unidos, en todo el orbe se requieren más héroes como V, el protagonista de *V de Venganza*, cuya imagen ha sido retomada recientemente por los integrantes de Anonymu0s, colectivo de ciberactivistas abocado a realizar acciones de protesta en favor de la libertad de expresión y del conocimiento libre, entre otras causas sociales; o más Tomas Anderson, el protagonista de la saga *The Matrix*, que lleva una doble vida y luego de ser un programador de computadoras durante el día, al anochecer se convierte en Neo, quien descubre que el mundo en el que vive no es más que una simulación, un lugar de apariencias en el que los seres humanos viven únicamente los sueños que otros les insertan, pero se olvidan de sí, de los sueños y las fantasías propios; y es ese conocimiento, ese saber de sí lo que permite a Neo construirse una vida propia, liberada de la gran máquina que controla y homogeiniza a los demás. Esas películas con sus tramas nos demuestran de manera sencilla que para cambiar al mundo, sólo se necesita despertar o, mejor aún, vivir nuestros propios sueños, hacerlos realidad.

<sup>1</sup> María Josefa Erreguerena Albaitero, *Resistencia al porvenir. Las distopías en el cine hollywoodense*, UAM-Xochimilco, México, 2011.

De este modo, moviéndonos entre el soñar y el andar despiertos, entre el imaginar, observar y actuar, es como transformaremos el porvenir; por medio de su libro Josefa Erreguerena nos hace ver cómo mediante sus narraciones, el cine de ciencia ficción se posiciona como una herramienta que nos posibilita estudiar el futuro para comprenderlo y poder influir en él. Pero, ¿cómo resistir al porvenir, a lo que aún no sucede? A partir del presente nos dice nuestra autora, a partir de la imaginación, pero principalmente de la prospectiva que es “primero, un acto imaginativo y de creación, luego una toma de conciencia y una reflexión sobre el contexto actual, y por último, un proceso de articulación y convergencia de las expectativas, deseos, intereses y capacidades de la sociedad para alcanzar el porvenir que considera deseable. El futuro es un concepto mental, una construcción social” (pp. 19-20).

Y la prospectiva implica hacer lo que los escritores de ciencia ficción realizan de principio: una crítica al sistema social existente; porque si algo ha caracterizado permanentemente a este género literario vuelto cine es precisamente su inconformidad ante lo que se realiza con el avance científico y tecnológico, *La guerra de los mundos* nos enseña que no son las armas más sofisticadas ni los ejércitos más preparados lo que salvará a la humanidad de sus interminables enfrentamientos,

sí lo hará, en cambio, lo más natural, la vida más pequeña, la que no pocas veces consideramos insignificante. *Blade Runner*, nos muestra qué tan mecanizados o autómatas nos podemos volver los humanos si dejamos de lado nuestro ser gregarios, la confianza en los demás, la solidaridad, la búsqueda de una mejor y más prolongada calidad de vida, los replicantes resultan ser por mucho, más humanos que nosotros, lo mismo acontece en *Inteligencia artificial*, *Pinocho* y en *Fluyan mis lágrimas dijo el policía*, en todas ellas los rastros de la especie humana, los rasgos más característicos de nuestra esencia: amor, amistad, solidaridad, confianza, perseverancia, lucha..., pero también: violencia, miedo, ansia de poder, egoísmo, mezquindad, celos, envidia..., son rescatados, llevados al extremo por los no humanos, quienes se convierten en nuestro reflejo, en el otro, en lo “bueno” y lo “malo”. Y, en ese sentido, ¿hay algo más actual para nuestro país que *1984*, y su *Big Brother* o el control social mediante los medios de comunicación masiva, más específicamente la televisión, quizás sólo *Rebelión en la granja*, pero en México, tan surrealista como siempre, hicimos una revuelta de ambas novelas y acá la televisión trata de imponer como presidente al tiránico burro, algo que ni Orwell hubiera imaginado, así de real es la ciencia ficción, así de actual lo escrito a mediados del siglo XX; así de claro, de pertinente, *Resistencia al porvenir*, *las distopías en el cine hollywoodense*.



## UN FANTASMA RECORRE EL SIGLO

Ángela Ixkic Bastian Duarte

¿Cuáles son los retos inmediatos y a largo plazo para los feminismos en un México en el que la pobreza se ha agravado, la violencia se ha intensificado, y los grupos conservadores se han fortalecido?, ¿son suficientes las reivindicaciones “puras” de género para enfrentar la problemática de las mujeres y la del feminismo mismo?, ¿cómo trabajar por el cumplimiento de los derechos sociales y políticos desde una perspectiva feminista?, ¿de qué manera el feminismo puede construir articulaciones más sólidas con otros movimientos y grupos sociales?, ¿cómo se han formulado históricamente estas interrogantes?

Acercas de estas y otras preguntas reflexionan las 18 colaboradoras de *Un fantasma recorre el siglo. Luchas feministas en México 1910-2010*.<sup>1</sup> Cada uno de los 16 ensayos del libro marca un punto importante en el mapa de este pensamiento libertario: como la batalla por el reconocimiento a la ciudadanía de

las mujeres, a los derechos políticos y al voto femenino, que desarrollan Ana Lau Jaiven, en “Mujeres, feminismo y sufragio en los años veinte”, Esperanza Tuñón Pablos en “El Frente Único Pro Derechos de la Mujer durante el Cardenismo” y Enriqueta Tuñón Pablos en “El derecho de las mujeres al sufragio”; o el sentido y la importancia de la educación para y por las mujeres que aborda Mercedes Barquet en “Feminismo y academia”; o la lucha por el derecho a decidir sobre el propio cuerpo, y por la despenalización del aborto, trabajado por Marta Lamas en “Cuerpo y política: batalla por la despenalización del aborto”; o la relación entre medios de comunicación y feminismo, que trabaja Sara Lovera en “Feminismo y medios de comunicación”; o la construcción de un ambientalismo feminista, expuesta por Hilda Salazar Ramírez, Rebeca Salazar Ramírez y Lorena Paz Paredes, en “El ambientalismo feminista”.

Se trata de la historia de importantes episodios del último siglo del feminismo mexicano, escrita por agudas e incansables pensadoras y activistas que han abierto camino desde el trabajo político y desde

<sup>1</sup> Gisela Espinosa Damián y Ana Lau Jaiven (coords.), *Un fantasma recorre el siglo. Luchas feministas en México 1910-2010*, UAM/Itaca/Conacyt, México, 2010.

la academia con preguntas críticas frente al Estado, a las estructuras patriarcales, al conservadurismo, y frente al propio feminismo. Aporta nuevas miradas e interroga creativamente. Una tarea de este tipo representó, sin duda, retos importantes. Sobre esto, cito un fragmento de la introducción:

Armar la historia de las luchas feministas implica necesariamente posicionarse desde la subalternidad social, desde los márgenes; comenzar desde abajo, revisar lo hecho desde un ángulo distinto, escudriñar fuentes inexploradas, recuperar voces y experiencias excluidas, descubrir de qué manera las formas de pensar y sentir los malestares, de imaginar alternativas y horizontes de futuro, se expresan en formas específicas de emprender y construir los movimientos feministas.

Las autoras hablan de procesos y de personas: Martha Eva Rocha Islas, en su capítulo “Feminismo y revolución” analiza la participación de las mujeres en la lucha armada y la forma en que su entrada en la vida pública transformó las ideas imperantes acerca del género durante el porfiriato. Nos cuenta la historia de Juana Castro Vázquez, Rosa Padilla Camacho, Valentina Ramírez Avitia, María de la Luz Espinosa Barrera y otras mestizas e indígenas que, junto con sus comunidades, tomaron las armas en 1913 para combatir a Victoriano Huerta; y a quienes, por ser mujeres, la Secretaría de Guerra y Marina les retiró los nombramientos militares

obtenidos en campaña. Rocha les da un lugar en la historia del feminismo porque, a pesar de no haber impugnado el sexismo como tal, al irrumpir en el espacio militar, por excelencia masculino, cuestionaron los roles de género que culturalmente les habían sido asignados.

El libro dista de ser una narración lineal, o una enumeración de hechos y apellidos, es una reflexión compleja acerca de los planteamientos teóricos del feminismo, de sus prácticas políticas y de los puentes entre ambos elementos. Un ejemplo brillante y estupendamente logrado es el capítulo de Irma Saucedo y Guadalupe Huacuz, titulado “Movimientos contra la violencia hacia las mujeres”. Es un trabajo que logra el difícil reto de hablar de la violencia contra las mujeres en el marco de la violencia estructural. En este sentido las autoras establecen los vínculos entre las inequidades sociales, la incapacidad para garantizar justicia a quienes han sufrido algún tipo de abuso, y la perpetuación misma de la violencia.

Las autoras de dicho capítulo consideran que “la pregunta sobre cómo el discurso y práctica feminista contra la violencia hacia las mujeres se inscribe en el mundo globalizado de hoy, requiere examinar también cómo se construye el orden social en el mundo globalizado de principios del siglo XXI y las tendencias presentes en la organización de los sistemas punitivos”. En este sentido, apuntan, al develar las enormes ineficiencias del Estado mexicano para atender la problemática relativa a la violencia contra las mujeres, las feministas

han contribuido a demostrar que si bien la violencia está asociada a patrones culturales, también lo está a la profunda corrupción institucional.

En este libro el feminismo es abordado como proyecto emancipatorio, como propuesta teórica y como heterogéneo movimiento social. Autonomía e institucionalización: dos propuestas confrontadas que han marcado al feminismo son analizadas por María Luisa Tarrés, Martha Castañeda, Gisela Espinosa y Ximena Bedregal.

Tarrés analiza la experiencia contradictoria de los institutos de las mujeres como “propuesta que cristaliza una parte del proyecto feminista, ya que supone la generalización de la perspectiva de género” y la formulación de políticas públicas dirigidas a atender las desigualdades entre hombres y mujeres. Reflexiona acerca de los aportes y limitaciones, así como de las implicaciones de transformar las demandas en leyes y reglamentos.

Ximena Bedregal, por su parte, en el capítulo titulado “El feminismo autónomo radical: una propuesta civilizatoria”, formula la crítica profunda e implacable de los feminismos autónomos: la institucionalización ha llevado a muchas feministas a manejarse con las reglas del sistema autoritario y patriarcal, arriesgando el potencial emancipatorio de esta búsqueda política. Cito a la autora:

Desde ese feminismo –se refiere al institucional–, el nuevo lugar de relación y práctica política de

y para las mujeres es el lugar del poder masculino: el Estado y sus instituciones. Los métodos de trabajo de autoconciencia se transformaron en grupos terapéuticos sin contenido político, el análisis sobre mujeres y política se transformó en talleres de liderazgo y empoderamiento; los trabajos de cuerpo en estrategias de salud reproductiva; la teoría feminista se transformó en *estudios de la mujer*.

La década de 1980 se caracterizó por la formulación de cuestionamientos realizados por mujeres de los movimientos populares mixtos al feminismo acerca de la disposición para entender su propia diversidad interna. Y la década de 1990 fue testigo de cuestionamientos esgrimidos por mujeres indígenas organizadas al etnocentrismo de algunos feminismos. Gisela Espinosa y Aída Hernández abordan estos procesos que han evidenciado la necesidad de construir una práctica política abierta a las diferencias.

Aída Hernández en el artículo titulado “Movimiento de mujeres indígenas: repensando los derechos desde la diversidad” explica cómo los planteamientos de las indígenas evidencian las limitaciones de una agenda que parte de la perspectiva liberal de la igualdad y de una visión universalizante de los derechos. De esta forma contribuyen a complejizar teórica y políticamente al feminismo mexicano.

El feminismo popular, analizado por Gisela Espinosa, deja un aprendizaje similar. La autora así lo expresa:

Habrà que aprender a construir lo común en medio de lo diverso, reconocer la diferencia, no para constatarla o tratar de homogeneizarla, sino para buscar en lo específico los puntos de contacto y los elementos que, sin ser idénticos al proyecto propio, sean legítimos, justos y emancipadores para las mujeres y los grupos oprimidos.

Otra reflexión que ha sacudido al feminismo ha sido la lesbica. Gloria Careaga en el texto titulado “Las lesbianas organizadas” explora las consecuencias de la invisibilidad de las lesbianas en las narraciones, incluso en las realizadas por feministas; así como las experiencias organizativas y los cuestionamientos que dicho grupo ha planteado frente al heterosexismo que marca nuestra sociedad, e incluso a algunos espacios feministas.

El libro que aquí se reseña nos invita a analizar los logros alcanzados hasta hoy por el feminismo mexicano, diverso y contradictorio como es; a aquilatar la experiencia y las herramientas propias para la transformación social. Otras preguntas importantes que abordan las autoras desde distintas perspectivas son: las relaciones de poder y las diferencias políticas al interior de las organizaciones; la capacidad del

feminismo de transformarse a sí mismo; la necesidad de establecer mecanismos más fuertes y claros de articulación con otros movimientos y grupos sociales; cómo formular estrategias para el futuro, que consideren de forma realista y crítica las dimensiones de la crisis actual.

Muchos cambios han ocurrido desde 1910. Hoy las mujeres en nuestro país cuestionan activamente las desigualdades y la discriminación, y trabajan desde distintos frentes contra la opresión. Sin embargo, en los últimos 10 años hemos visto un retroceso en los logros alcanzados en cuanto al respeto y la promoción de los derechos sexuales y reproductivos, el acceso a métodos anticonceptivos en los servicios de salud es más limitado, los grupos de ultraderecha se han fortalecido, el tráfico y la trata de menores se ha incrementado al igual que la pornografía infantil. En el contexto de la guerra contra el narcotráfico y de la criminalización de la protesta, organizarse se ha vuelto mucho más complejo de lo que ya era. *Un fantasma recorre el siglo*, habla de la vigencia del feminismo, como uno de los movimientos más relevantes del siglo XX, y de sus posibilidades de acción en el contexto actual, acrisolando las experiencias previas.

## LOS AUTORES

**Adolfo Gilly.** Historiador. Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Ha sido profesor visitante en University of Chicago, Columbia University, Stanford University, entre otras. Algunos de sus libros son *La revolución interrumpida* (1971); *El cardenismo. Una utopía mexicana* (1994); *El siglo del relámpago* (2002) e *Historia a contrapelo. Una constelación* (2006).

**Ángela Ixkic Bastian Duarte.** Profesora investigadora de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Es comunicadora social por la UNAM e hizo la maestría en Antropología Social en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

**Gerald Martin.** Ensayista y crítico literario. Catedrático Emérito “Andrew W. Mellon” de Lenguas Modernas en la Universidad de Pittsburgh. Fue profesor de Estudios Caribeños en la Universidad de Londres. Es autor del libro *Gabriel García Márquez: una vida* (2009) y coordinador de *Miguel Asturias. Hombres de maíz* (1996).

**Immanuel Wallerstein.** Sociólogo e historiador. Fue director del Centro Fernand Braudel para el Estudio de Economías, Sistemas Históricos y Civilizaciones en la Universidad del Estado de Nueva York (SUNY) en Binghamton, director de la revista *Review* de ese mismo Centro y presidente de la Asociación Internacional de Sociología (ISA). Entre sus últimas publicaciones en español se cuentan *Después del liberalismo* (1996); *El futuro de la civilización capitalista* (1997) y, como coordinador, *Abrir las ciencias sociales* (1996).

**Germán A. de la Reza.** Profesor-investigador del Departamento de Producción Económica de la UAM-Xochimilco. Investigador nacional Nivel III, Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Doctor en teoría de sistemas (Universidad Toulouse Le Mirail) y doctor en ciencias económicas (Universidad de París II). Ha sido investigador de la Universidad de Estocolmo y del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM. Es autor de las obras que ilustran este número de *Argumentos*.

## LOS AUTORES

**Jacques Bidet.** Filósofo. Profesor e investigador adscrito a la Université de Paris X Nanterre. Autor de *Théorie générale* (1999) y de *Explication et reconstruction du Capital* (2004). Fundador y director de la revista *Actuel Marx*. Entre sus últimos libros se encuentra *L'État-monde L'État-monde, Libéralisme, Socialisme et Communisme à l'échelle mondiale, Refondation du marxisme* (2011).

**Jaime Osorio Urbina.** Doctor en Sociología. Profesor-investigador adscrito al Departamento de Relaciones Sociales de la UAM-Xochimilco. Autor, entre otros, de *El Estado en el centro de la mundialización. La sociedad civil y el asunto del poder* (2009); *Estado, biopoder, exclusión. Análisis desde la lógica del capital* (2012). Especialista en América Latina y autor de múltiples artículos en revistas especializada. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

**John Womack Jr.** Historiador. Profesor de historia latinoamericana y economía en la Universidad de Harvard. Es autor de *Posición estratégica y fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros* (2007), *Rebelión en Chiapas: una mirada histórica* (1999), *Chiapas, el obispo de San Cristóbal y la revuelta zapatista* (1998), *Zapata y la Revolución Mexicana* (1969).

**Marc Bloch.** Historiador (1886-1944). Fundador, junto con Lucien Febvre, de la revista *Annales d'Histoire Économique et Sociale* (1929). Autor de *Los reyes taumaturgos* (1924); *Los caracteres originales de la historia rural francesa* (1931); *La extraña derrota* (1946), *Introducción a la Historia (Apologie pour l'histoire ou métier d'historien)* (1949), entre sus obras principales.

**Miguel Ángel Hinojosa Carranza.** Sociólogo, psicólogo y maestro en psicología social de grupos e instituciones por la UAM-Xochimilco; desde 1988 está dedicado al mundo de la edición y actualmente es responsable de la Sección de Publicaciones de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de esta institución universitaria.

**Niklas Luhmann.** Sociólogo. Catedrático de Sociología de la Universidad de Bielefeld, Alemania. En su extensa obra abordó diversos temas, incluyendo leyes, economía, política, arte, religión, amor, ecología y medios de comunicación. Entre sus obras traducidas al español se encuentran *El derecho de la sociedad* (2005), *El arte de la sociedad* (2005), *La sociedad de la sociedad* (2007).

**Sergio Raúl Arroyo García.** Etnólogo. Investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Ha sido profesor en la UNAM, la ENAH, la UAM y la Universidad Iberoamericana. Es autor de *Andrei Tarkovsky: tiempo sagrado, tiempo profano, Aproximaciones a la modernidad, Mirada y memoria, Un lugar en el Sol* y otros ensayos, *El Temporal* (1:4) y *Señales de vida*.

## REQUISITOS PARA LA PRESENTACIÓN DE TEXTOS

### *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*

1. El artículo deberá ser inédito (no se acepta duplicación del texto ni impreso ni en internet).
2. La recepción de artículos será sólo en formato electrónico y se enviará al correo: [argument@correo.xoc.uam.mx](mailto:argument@correo.xoc.uam.mx)
3. El artículo deberá presentarse escrito en computadora; en cuartillas tamaño carta, a doble espacio, con tipo Times New Roman, número 12 (se sugiere utilizar un programa en español que marque acentos, signos de puntuación y ortográficos).
4. Todas las hojas deberán estar paginadas.
5. Los títulos y subtítulos deben estar jerarquizados uniformemente a lo largo de todo el texto.
6. Los títulos y subtítulos deben ir sin sangría, pegados al margen izquierdo.
7. El párrafo siguiente después de un título o subtítulo debe ir sin sangría.
8. No se citará en forma Harvard sino como nota al pie de página.
9. Las referencias bibliográficas deberán contener todos los elementos de una ficha. En las notas referidas al texto se citará a los autores, empezando por el nombre y siguiendo con el/los apellidos. En la bibliografía se comenzará con el o los apellidos y luego el nombre (citar sólo material referido en el artículo).
10. Cada artículo deberá estar precedido de una hoja de semblanza del autor con los siguientes contenidos: título del trabajo, nombre del (los) autor (es) con una concisa referencia curricular de no más de cinco renglones, así como dirección personal e institucional, dirección electrónica y teléfono de al menos uno de los autores.
11. Pueden presentarse reseñas (revisiones críticas de libros o de ediciones nuevas de textos clásicos) pertinentes a la luz de los problemas vigentes, cuya extensión tendrá entre cinco y quince cuartillas. La reseña deberá tener título.
12. En el caso de las reseñas y las notas bibliográficas, la ficha del libro referido deberá contener al menos: autor, título del libro, editorial, lugar, año y número de páginas.
13. Todo artículo deberá incluir resumen y palabras clave en español e inglés (el resumen debe comprender entre cinco y diez renglones).
15. El número máximo de cuartillas oscila entre 20-25.
16. En ningún caso se aceptarán artículos que no cumplan con los requisitos mencionados.

NOTA: los artículos se dictaminan por el método de “doble ciego”. De ser aceptados los artículos también serán publicados (texto completo) en la página electrónica de nuestra revista y en índices electrónicos nacionales e internacionales.



**DIRECTORES DE**  
*Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*  
(1987-2012)

Ricardo Yocelovsky Retamal (1987-1988) (1999-2004)

Gonzalo Arroyo (1988-1989)

Jorge Galeano (1989-1990)

Sonia Comboni Salinas (1990-1991)

Arturo León López (1991)

Nicolás Cárdenas García (1992-1993)

Alicia Poloniato (1994-1995)

Mario Alejandro Carrillo (1996-1998)

Rhina Roux (2005-2007)

Mario Ortega Olivares (2007-2010)

Álvaro Ruiz Abreu (2011-2012)

Germán A. de la Reza (2012)



## COMITÉ EDITORIAL (1987-2012)

Adolfo Gilly (2006-2012)  
Alejandro Gálvez (2006-2012)  
Álvaro Ruiz Abreu (2005-2010)  
Ana Lau Jaiven (2005-2008)  
Antonio Paoli (2006)  
Arturo Lara Rivero (2012)  
Arturo León (1990-1991)  
Bruno Lutz (2007-2012)  
Claudia Parodi (2011-2012)  
Daniel Villavicencio (1993-2008)  
David Barkin (2005-2012)  
Denise Fay Brown (2009-2012)  
Dolores París (2005-2008)  
Elizabeth Hernández (2009-2012)  
Emilio Duhau López (2012)  
Enrique de la Garza Toledo (2012)  
Enzo Falleto (2001-2006)  
Etelberto Ortiz (2005-2006)  
Felipe Campuzano Volpe (2011-2012)  
Felipe González (2009-2012)  
François Lartigue (1988-1994)  
George Couffignal (1994-2004)

## **COMITÉ EDITORIAL (1987-2012)**

Gilberto Giménez (1988)  
Gonzalo Arroyo (1987)  
Graciela Bensusan (1987-2008)  
Graciela Rahman (1990-1992)  
Guillermo Almeyra (2005-2006)  
Guillermo Delahanty (1987-1991)  
Guillermo Villaseñor (2005-2007)  
Gustavo Leyva (2011-2012)  
Héctor Padilla (2006-2008)  
Hira de Gortari (1987)  
Hugo Aboites (2006-2008)  
Jacques Gabayet (2005-2006)  
Jaime Aboites Aguilar (2011-2012)  
Jaime Osorio (2012)  
Javier Esteinou (1989-2012)  
Javier Meza (2007-2010)  
Jeffrey Bortz (2005-2012)  
Jesús Rodríguez (1993-1998)  
Joel Flores Rentería (2007-2008)  
Jorge Fuentes Morúa (2007-2012)  
Jorge Galeano (1987-1990)  
José A. Alonso (1989-1992)  
Manuel Canto Chac (2005-2008)  
María Aurea Valerdi (2009-2012)  
María José Aguilar (2009-2012)  
María Lucero Jiménez (2009-2012)  
Mariana Busso (2009-2012)  
Mario Alejandro Carrillo (2000-2004)  
Mario Ortega (2007)

Mario Ramírez (1987)  
Mario Robles (2005-2008)  
Octavio Maza (2009-2012)  
Olac Fuentes (1988)  
Patricia Ortega (2011-2012)  
Patrick Gun Cuninghame (2009-2012)  
Pierre Salama (2007-2008)  
Pilar Domínguez (2009-2012)  
Rafael Loyola (1993-2004)  
Ricardo Yocelefsky (1992-1998)  
Roberto Gutiérrez (1990-1992)  
Robinson Manuel Salazar (2009-2012)  
Romana Falcón (1988-1991)  
Sergio Zermeño (1993-1998)  
Silvia Carrizosa (2005-2008)  
Tatiana Sorókina (2007-2012)  
Turid Hagene (2009-2012)  
Vania Salles (1987-2006)  
Victoria Novelo (1987)  
Xavier Medina Luque (2009-2012)



**ÍNDICES NACIONALES E INTERNACIONALES EN LOS QUE SE  
ENCUENTRA REGISTRADA LA REVISTA**  
*Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*

**NACIONALES**

- Índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica (Conacyt)
- Red de Revistas Mexicanas de Ciencias Sociales
- Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades (Clase)
- Catálogo comentado de revistas mexicanas sobre educación (Catmex)
- Hemeroteca y Biblioteca digital de habla hispana in4mex (Infourmex)
- Índice de Revistas sobre Educación Superior e Investigación Educativa (IRESIE)
- Directorio de Publicaciones Seriadas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (Latindex)
- Catálogo Biblioteca Iberoamericana

**INTERNACIONALES**

- Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal (RedALyC)
- Scientific electronic library online (SciELO)
- Directory of Open Access Journal (DOAJ)
- e-revistas. Plataforma Open Access de Revistas Científicas Electrónicas Españolas y Latinoamericanas
- Latin American Periodicals Tables of Contents (LAPTOC)





## ■ Dossier

**John Womack, Jr.** = La economía de México durante la Revolución, 1910-1920: historiografía y análisis

**Immanuel Wallerstein** = Paz, estabilidad y legitimidad, 1990-2025/2050

**Niklas Luhmann** = ¿Puede la sociedad moderna evitar los peligros ecológicos?

**Marc Bloch** = Tipos de estructura social en la vida rural francesa

**Sergio Raúl Arroyo García** = Andrei Tarkovsky: devolver a la naturaleza sus enigmas

**Adolfo Gilly** = José María Arguedas, Mario Vargas Llosa y el Papacha Oblitos

**Gerald Martin** = Mario Vargas Llosa: caballero errante de la imaginación liberal

**Jacques Bidet** = Foucault y el liberalismo: racionalidad, revolución, resistencia

**Jaime Osorio** = Elementos para una construcción teórica sobre América Latina

## ■ Crítica de libros

**German A. de la Reza** = El Brasil en el Congreso Anfictionico de Panamá de 1826

**Miguel Ángel Hinojosa Carranza** = El futuro está escrito en el cine

**Ángela Ixkic Bastián Duarte** = Un futurismo recorre el siglo

